

ROSA BLASCO



EL
SANATORIO
DE LA **PROVENZA**

Lectulandia

Un sanatorio. Extrañas muertes. Un investigador con un misterioso pasado.

La Provenza, año 1889. Galo Aldave, un joven médico de origen español llega a Saint-Rémy para investigar unas extrañas muertes ocurridas en un sanatorio mental.

A su llegada serán muchos los sospechosos pero contará con la ayuda la hermana Anne Marie, una joven novicia, y del doctor Larroque, un psiquiatra entregado a su profesión, para llevar a cabo la investigación. No será tan bien recibido por todos ya que el apuesto médico y su investigación provocarán los celos y la ira de algunos de los trabajadores del centro.

Nuestro protagonista no solo logrará esclarecer el enigma en torno a la muerte de los pacientes fallecidos en el sanatorio de Saint Paul. Durante su estancia en Saint-Rémy Galo vivirá experiencias que cambiarán su vida para siempre. Entablará una relación amorosa con Pauline Murat, una atractiva viuda, descubrirá un importante secreto de su misterioso pasado y aprenderá el valor de la amistad de la mano de la hermana Anne Marie, a la que Galo abrirá del todo su corazón.

Un thriller histórico lleno de misterio, amor, intriga y celos en el sugerente paisaje de la Provenza.

Lectulandia

Rosa Blasco

El sanatorio de la Provenza

ePub r1.0

macjaj 09.05.14

Título original: *El sanatorio de la Provenza*

Rosa Blasco, 2013

Diseño de la portada: David Olloqui

Editor digital: macjaj

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mi padre, el hijo del herrero...

PREFACIO

«¡El tren para Marsella sale en cinco minutos!».

Antes de subir al vagón, Galo Aldave introdujo la mano en el interior de la levita para comprobar que llevaba consigo el billete. Le extrañó notar algo más en el fondo del bolsillo e, intrigado, sacó todo. Eran dos entradas para el estreno de *L'elisir d'amore* en el Palacio Garnier, tres meses antes. Las había adquirido con la idea de asistir con Camille, para obsequiarla, porque ella amaba la ópera y Donizetti era uno de sus autores preferidos. Pero no le dio tiempo a invitarla; la negra mano del destino se había interpuesto entre ellos y ahora las dos entradas, ya caducas, permanecían en su ropa como cruel recordatorio de los días felices. Una fina pero certera daga le atravesó el pecho y a duras penas subió la escalerilla que le separaba del pasado y le conducía a un futuro incierto.

CAPÍTULO 1

—Adelante, doctor Aldave, no sabe cuánto ansiaba su llegada —exclamó con gozo el prefecto mientras tendía su mano al recién llegado—. Acomódese y considérese como en su propia casa. ¿Ha tenido un buen viaje?

El joven médico, guiado por su anfitrión, penetró en el soberbio despacho y se sentó en una de las dos butacas color burdeos colocadas frente a la magnífica mesa de caoba. Detrás de la mesa, en el centro de un amplio ventanal, el sillón del prefecto, un Bergère estilo isabelino, también de caoba, regía toda la estancia. De cara a la puerta de entrada, era lo primero que se vislumbraba nada más atravesar el umbral, flanqueado por una gran bandera de Francia. Todas las paredes estaban revestidas de una tela de seda de color rojo anaranjado, brillante sobremanera en las zonas alcanzadas por algún temerario rayo de sol. A la derecha según se entraba, un tresillo Luis XIV tapizado con motivos orientales custodiaba una chimenea apagada sobre la que reposaba el retrato de un caballero. Casi al lado, un buen número de botellas de licor parecían aguardar el momento en el que bajara del lienzo para servirse, dispuestas de manera aparentemente aleatoria sobre una mesa auxiliar de madera de nogal. Como su butaca estaba algo girada hacia la izquierda, nada más sentarse Galo apreció en toda su magnificencia la gran librería que ocupaba por completo esa pared. A través de los cristales se revelaban docenas de libros perfectamente ordenados por colores y tamaños, pacientes, como si a lo largo de los años nadie los hubiera consultado y permanecieran vacíos de ocupación, con todo su saber contenido. Contrastaba ese orden con el desorden de las botellas de licor, y Aldave pensó, sin temor a equivocarse, cuál era la prioridad diaria del prefecto.

—Sí, la verdad es que ha sido un viaje estupendo a pesar de lo largo del trayecto. —Aunque no era hombre de excesivas explicaciones, como intuyó que el prefecto esperaba algo más, Aldave prosiguió—. En Lyon han tenido que cambiar la locomotora debido a una avería, pero no me he percatado de ningún otro incidente. Además, a mí me gusta mucho viajar, con lo que no me ha supuesto ningún sacrificio, sino todo lo contrario. No se puede imaginar lo interesante que es recorrer Francia de un extremo a otro en una jornada. ¡Las cosas que se aprenden dentro y fuera del tren!

El prefecto, entre el engominado bigote y la afilada perilla, esbozó una aduladora sonrisa. En el ambiente se apreciaba un intenso aroma a tabaco de pipa mezclado con un perfume seco que recordaba a la madera recién cortada.

—Ya veo que le gusta observar.

—Es inevitable. ¡Forma parte de mi profesión!

Al señor Cabasset, prefecto del Departamento de Bouches-du-Rhône, le agradó Galo Aldave a primera vista: bien parecido, educado, risueño, y con un «apretón de

manos» de los que le satisfacían. Él dividía a los desconocidos en tres categorías: los que entregaban su mano lánguida y sudorosa, sin vida (esos eran personajillos repugnantes), los que oprimían la mano ajena con ahínco, como queriendo estrujar todos los huesos de un solo gesto (esos eran los prepotentes y avasalladores), y los que saludaban estrechándola con firmeza y decisión, pero sin superioridad (como Aldave). El tema del saludo de las mujeres era otro cantar...

—Ya que saca a colación su profesión y yendo al grano, como a mí me gusta siempre ir, hablemos del motivo por el que he requerido aquí su presencia. ¿Qué le pareció mi carta? —preguntó el prefecto, con evidente expectación.

Aldave no esperaba que Cabasset entrara en materia tan pronto, pero lo prefirió; a él tampoco le gustaban los rodeos y el tema se aventuraba lo suficientemente enrevesado como para no perder el tiempo con palabras vanas. Al otro lado de la mesa el prefecto había mudado su primera expresión, desenfadada, por otra más seria. Parecía que su cara redonda y reluciente se había reducido de pronto a dos ojos oscuros, menudos, clavados en el español.

—Si le soy sincero —repuso Aldave sonriendo, aun habiéndose percatado del semblante de Cabasset—, me pareció un poco... intrigante.

—Comprendo —dijo Cabasset, ahora sin mirarle, mientras alargaba la mano para alcanzar una pipa de un extremo de la mesa—, nunca me ha resultado fácil expresar con la pluma todo lo que quiero transmitir, y menos aún cuando existe el riesgo de que alguien extraño, aunque sea de manera fortuita, pueda acceder al contenido del mensaje. —El prefecto se tomó unos minutos para sacar de un cajón de la mesa un paquete de tabaco, rellenar la pipa y encenderla dando pequeñas aspiraciones hasta conseguir una correcta combustión. Cuando quedó satisfecho de toda la operación, continuó—. Pero, bueno, de todas formas, usted está aquí y, en primer lugar, me gustaría que me respondiera a dos preguntas. La primera: ¿puedo confiar en usted, en su máxima discreción?

—Por supuesto, señor Cabasset —respondió Aldave en el acto, con convencimiento—, de otro modo no habría venido hasta Marsella.

El prefecto prosiguió.

—Y la segunda: ¿cuáles son las auténticas razones por las que, sin conocerme en persona y con la escasa información que le proporcioné sobre el tema en cuestión, ha acudido a mi llamada?

Aldave esbozó de nuevo una leve sonrisa. Tardó escasos segundos en ordenar sus pensamientos para que resultaran rotundamente convincentes mientras sostenía la mirada inquisitiva de Cabasset.

—La razón fundamental, sin lugar a dudas, es la deuda que tengo contraída con su cuñado, el profesor Leroy. Es una deuda de agradecimiento, no me interprete mal. Él ha sido y sigue siendo no solo mi maestro, sino también mi mentor en París. Me

acogió casi como a un hijo desde que llegué a la Facultad de Medicina, me ha enseñado todo lo que sé y me ha apoyado en momentos muy complicados (no olvide que soy español y que las dificultades comunes en la vida de un francés se multiplican por diez para los extranjeros, también en la universidad). Cuando me comentó que un familiar próximo me necesitaba en el Midi, ni lo dudé.

—Muy bien —manifestó el prefecto, cada vez más satisfecho con la elección del joven—. Las personas como usted no abundan, al menos en este país. A eso en España lo llaman *ser un caballero*, ¿no?

—*Ser un hombre*, lo llama mi padre —apuntó Aldave, esta vez riendo—, pero no crea —dijo ya más serio—, en mi país hay gente de todo tipo: gente agradecida y gente que a la vuelta de la esquina se olvida de la mano que le acaba de ayudar a salir del pozo. Ese no es mi estilo.

—De acuerdo, doctor Aldave, usted ha dicho «la razón fundamental», ¿hay más razones? —insinuó el prefecto, inclinando despacio su cuerpo hacia delante hasta rozar la mesa.

Antes de contestar, Galo se tomó un tiempo. El prefecto estaba en su perfecto derecho de interrogarle para cerciorarse de su lealtad, pero temía que, de seguir por ese camino, se reavivasen algunas heridas todavía recientes...

—Siempre las hay... o puede haberlas. Lo mejor para llevar a cabo con agrado una «obligación» es acompañarla de circunstancias gratificantes, ¿no cree?

—Por supuesto. Y en este caso...

—En este caso esas circunstancias gratificantes son muchas. El hecho de conocer esta región es una de ellas. Todo el mundo en París cuenta maravillas de su clima, de su paisaje, de la calma que transmiten sus ciudades... Muchos artistas están viniendo a la Provenza; parece ser una gran fuente de inspiración. Yo tengo poco de artista, pero me va a sentar bien un poco de sol y de color. Y también, por qué no decirlo, me ha hecho decidirme la singularidad del caso, el reto profesional que supone.

—Me alegro de oírle hablar así. Sería para mí muy doloroso que, por cualquier motivo, tal vez porque usted no se sintiera cómodo en un ambiente tan distinto al de la capital, abandonase todo antes de concluir la tarea que le voy a encomendar. Podría descubrirse su verdadera identidad, su «misión», y mi nombre quedar en entredicho. Usted no perdería nada, pero yo... —dijo el señor Cabasset algo nervioso—. En fin, no nos pongamos sombríos. Ya le he dicho que me gusta su actitud, tengo inmejorables referencias de usted por parte de mi cuñado y, una vez que está aquí, no vamos a dar vuelta atrás. Confío en usted, es todo lo que le puedo decir.

A medida que se acercaba el momento de exponerle todo a Aldave, el prefecto comenzó a intranquilizarse. Su mayor preocupación era que el joven doctor, al conocer en profundidad el tema por el que se le había requerido, se negase a proseguir, bien por falta de interés, por la incomodidad de vivir en el campo o por lo

ingrato que debía de ser trabajar con dementes...

—Pero... ¡disculpe, doctor Aldave! —exclamó de repente el prefecto, levantando dramáticamente los brazos—, llevamos ya un rato charlando y todavía no le he ofrecido nada de beber —dijo levantándose del sillón—. Yo mismo le serviré. Tengo un ayudante tremendamente eficaz, pero con un único defecto: siempre está ocupado en algo urgente cuando más lo necesitas.

Se dirigió a la mesita de los licores. Al lado de las botellas, que descansaban sobre una bandeja de plata, había una caja alta de madera adornada con incrustaciones de nácar. Cabasset la abrió. Estaba repleta de copas de licor de distinto tamaño, todas de fino cristal tallado. Unas reposaban en la base de la caja y otras más pequeñas estaban sujetas con finos aretes a la parte interna de la tapa. Aunque le quedaba un poco lejos, Galo pudo apreciar el color rosa desvaído de la seda que forraba toda la caja.

—¿Prefiere un *cognac*, doctor, o acaso un chartreuse...?

—Una copa de *cognac*, gracias —respondió Aldave.

El prefecto cogió dos copas grandes y sirvió de la misma botella. Le entregó la suya a Galo y comenzó a andar pausadamente por el despacho con la propia en la mano. Con la otra mano se atusaba continuamente el bigote y la perilla, un gesto reincidente que ponía un poco nervioso al español. Había dejado la pipa apoyada en la fabulosa escribanía de plata reluciente, pero con una visible abolladura en uno de sus extremos, que presidía su mesa. Al contemplarlo de espaldas, Aldave se fijó en la coronilla rala y en la disposición del cabello, peinado de una oreja a otra, en un intento conseguido de disimular una instaurada calvicie. Era de estatura mediana, pero su porte casi aristocrático, unido a una cierta elegancia al caminar, le hacían parecer más alto, a pesar de la gran envergadura de sus hombros y de su bien nutrida cintura. En conjunto, su apariencia era impecable, afianzada por un traje de percal y unos zapatos lustrosos. Lo único que desmerecía era la exagerada longitud de la uña del meñique izquierdo, más evidenciada por su costumbre de tocarse continuamente bigote y perilla.

—Ya sabrá usted que desde hace diez años, concretamente desde 1879, el Ministerio del Interior (del que yo tengo el honor de formar parte en el rango más alto del escalafón) tiene encomendada la importantísima tarea de supervisar el funcionamiento de todos los hospitales, hospicios, sanatorios, clínicas, manicomios..., de Francia, sean de titularidad pública o privada —explicó Cabasset—. Yo, como prefecto del Departamento de Bouches-du-Rhône, es decir, como máximo representante del Ministerio en este territorio de la República, soy el último responsable de lo que ocurra en todos los establecimientos que le he mencionado. De manera periódica, un cuerpo de inspectores enviado desde París visita uno a uno todos estos centros y elabora un informe detallado de cada uno de ellos en el que

pone de manifiesto los posibles fallos en el funcionamiento, los errores en la contabilidad, las posibles alteraciones de las normas de salubridad..., y también establece algunos índices en relación al buen quehacer de la práctica médica, como número de muertes por año, enfermedades por las que ingresan los pacientes, estado de salud física de los internos en hospicios y manicomios... El resultado se envía directamente al Ministerio, aunque algunos inspectores tienen la deferencia de mostrarlo al prefecto del Departamento en cuestión por si quiere realizar alguna observación. —Cabasset volvió a tomar asiento. Cada vez parecía más nervioso—. Pues bien, hace aproximadamente un mes terminó la inspección de la subprefectura de Arles (que como bien sabe depende de Bouches-du-Rhône) y el inspector, conocido mío desde hace tiempo, se presentó en este despacho con un informe del sanatorio de dementes de Saint Paul de Saint-Rémy (población que pertenece a dicha subprefectura) en el que quedaban reflejadas sin lugar a dudas varias cuestiones: los internos estaban notablemente delgados, su peso era muy inferior al de otras instituciones similares, el número de enfermos con crisis epilépticas era altísimo, casi de un 80%, y el número de muertes al año también era claramente superior. Antes de que piense usted en la posible exageración de un técnico le diré que el inspector tiene una gran experiencia y, antes de comentarme el caso, lo revisó concienzudamente. Lo habitual es que pasen por alto pequeñas desviaciones de lo que se considera normal, pero, según él, este asunto comporta cierta gravedad, máxime cuando se trata de un centro privado, sin el control exhaustivo que la Administración establece para los públicos.

Antes de que prosiguiera, aprovechando una mínima pausa en su discurso, Aldave intervino.

—Una persona con tanta experiencia supongo que tendrá una hipótesis sobre la causa de esa «desviación de la normalidad». El inspector habrá interrogado al personal médico, a los subalternos, habrá indagado...

—No ha indagado mucho porque no es su misión (su misión es elaborar un informe con las posibles deficiencias del centro) y porque no es su oficio: no es médico, no es científico, no es... forense como usted. El Ministerio es el que debe ahora investigar, y no dude de que lo hará. Afortunadamente, el informe lo tengo yo, no ha llegado aún a París, gracias a mi amistad con el inspector. Hemos llegado a un acuerdo: me deja cuatro meses de plazo, el mismo que él tiene para entregarlo a sus superiores, mientras sigue con su ruta por todo el departamento.

—¿Y por qué no deja que la instrucción siga su curso? Al fin y al cabo, el sanatorio de Saint Paul es una institución privada, usted no forma parte directa de la administración del centro, su responsabilidad se limita a la supervisión a través de los inspectores. En cuanto se ha percatado de una anormalidad, lo más adecuado, según mi criterio, es comunicarlo a París cuanto antes para que tomen las medidas

oportunas. De esa forma usted cumple con su obligación. Si retrasa el proceso sí que puede incurrir en falta.

—No es tan sencillo, doctor Aldave. —El prefecto apoyó los codos sobre la mesa y se cubrió el rostro unos segundos con la palma de las manos—. No todo en la vida es tan sencillo.

El español estaba expectante.

—Hay muchas cosas en juego —justificó Cabasset mirando fijamente la mesa—. Un puesto como el mío es difícil de conseguir y difícil de mantener. Sin que muevas un solo dedo, por la simple razón de subir un escalón social o de ostentar cierto poder (y usted conoce el poder de un prefecto de departamento en este país), ya te has labrado decenas de enemigos. Además —prosiguió el prefecto con un hilillo de voz, para después enmudecer durante unos segundos—, yo cometí un pequeño error del que ahora me arrepiento. El año pasado la supervisión del Saint Paul la realizó otro inspector al que yo desconocía. No vino a mi despacho a notificarme el resultado, lo remitió directamente a París y posteriormente desde el Ministerio me comunicaron que el informe reflejaba algunas irregularidades en el sanatorio que iban a investigar, sin entrar en más detalles. En ese momento no quise saber nada más, pero «moví mis hilos» en París y logré que cerraran el caso. El «mover hilos» en esas instancias supone, como puede imaginar, pedir favores o pedir devolución de favores propios, pero, claro, a personas que en cualquier momento pueden ser tus rivales a la hora de competir por un puesto mejor, más influyente... En el fondo uno hace pocos amigos en las altas jerarquías, un amigo de hoy puede ser tu competidor mañana. —Cabasset apuró su copa de *cognac*—. Este es un momento delicado para mí. Yo estoy muy a gusto en Marsella, he vivido aquí unos años muy felices y seguiría en este puesto mientras el ministro lo estimase conveniente, pero mi mujer es parisina, tiene allí a toda su familia, a su hermana, la esposa del profesor Leroy, y aquí no acaba de encontrar su sitio. No le agrada el clima, ni la ciudad, ni sus gentes. Desde que vinimos hace cuatro años no hace sino soñar con el día en que volvamos a París. Se da la circunstancia de que va a quedar vacante una prefectura cerca de la capital y yo tengo muchas probabilidades de conseguirla. Si en este momento llega a oídos del ministro que he ordenado modificar un informe oficial (ese fue mi error, del que ahora me arrepiento, no sabe usted cómo), se han acabado para mí las oportunidades de acercarme a París, y si me apura, hasta mi carrera estaría en peligro. Ese es mi verdadero problema. Por eso debo adelantarme y conocer cuál es la causa de esas «anormalidades» en el Saint Paul, así al menos puedo presentarlo como un logro personal y no creo que nadie se atreva a «desempolvar» el asunto de hace un año.

De alguna manera, el prefecto «descansó» tras su «confesión». Estaba colorado, sudoroso, con los ojos inyectados. Había sacado un pañuelo de un bolsillo de la chaqueta y se secaba las manos sin mirar, maquinalmente. Parecía otra persona

distinta a la que había estrechado la mano Aldave momentos antes, tan segura de sí misma, tan omnipotente.

—Comprendo su situación, señor Cabasset —dijo el español—. Bastante complicada, tiene usted razón. Ya que se ha sincerado conmigo, lo cual le agradezco para poder llevar a cabo mi tarea, permítame una pregunta: ¿por qué silenció el año pasado el asunto? Sigo pensando lo mismo que antes: su responsabilidad en el sanatorio es limitada. Ahora sí se ha complicado.

El prefecto suspiró. Aldave lo observaba enmarcado en su suntuoso asiento. No pudo evitar pensar que en ese instante el asiento tenía más valor en sí que la persona que lo ocupaba, humana al fin y al cabo, y por lo tanto débil, por muy elevado que fuera su rango.

—La vida es muy compleja. Usted, aunque es inteligente, también es muy joven —señaló el prefecto mirándole a los ojos—. Yo soy natural de Saint-Rémy. Sigo teniendo allí casa y en ella paso algunas temporadas cortas cuando el trabajo me lo permite. Tal vez fue por no involucrar a mi villa natal en un potencial escándalo, o por cobardía, para no ser acusado en Saint-Rémy de sacar a la luz posibles «trapos sucios». La cuestión es que no lo pensé dos veces, fue algo fácil y sencillo —reconoció Cabasset—. Ya ve, así de fácil y sencillo es ejercer el poder.

El silencio se adueñó de la habitación por unos segundos. Después, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el prefecto enderezándose en su sillón.

Entró un ordenanza con lo que parecía un telegrama en la mano y lo entregó a Cabasset. Cogió un abrecartas de marfil de la escribanía y lo abrió. Mientras lo leía afirmaba con la cabeza al tiempo que despedía a su subordinado.

—Noticias relacionadas con usted, doctor Aldave, pero mejor se las comento luego.

—Como usted quiera.

El prefecto encendió de nuevo su pipa, que estaba medio apagada. Parecía más relajado, como si «lo peor» hubiera pasado, como si se hubiera liberado de buena parte de la tensión que le suponía contarle con detalle el caso (en la carta que le había enviado a París tan solo le había esbozado que se había detectado un problema en el sanatorio de Saint Paul y consideraban conveniente la intervención de un médico forense para investigarlo). Ahora, conocedor ya de los hechos, o, mejor dicho, de las consecuencias de unos hechos que debería investigar, el español comprendió la exigencia de discreción por parte del prefecto e incluso de su maestro y jefe, el doctor Leroy.

—Hasta ahora hemos hablado de pasado, ahora vayamos al presente —propuso Cabasset—. Desde que tuve el último informe delante de mis ojos mi cabeza no ha parado de cavilar: ¿cuál es la causa de las «irregularidades» del Saint Paul?, ¿se trata

de una mala praxis médica?, ¿hay alguien detrás del asunto?, ¿ese «alguien» tiene una intención criminal?... Todo esto siendo un profano en medicina, por supuesto: desde una perspectiva policial, como corresponde a mi oficio. Y también: ¿cómo averiguar la verdad sin levantar sospechas? Llegó un momento en que me encontraba acorralado entre preguntas, cábalas y soluciones que no llevaban a ningún puerto. En ese punto, no sé por qué, tal vez sería inspiración divina, me vino a la cabeza mi cuñado: catedrático de Medicina Legal, en numerosas reuniones familiares nos ha entretenido contando resoluciones de casos de envenenamientos, homicidios... dignos de una novela. En cuanto pude me trasladé a París. Con mucho esfuerzo y, por qué no decirlo, vergüenza, le relaté lo mismo que a usted. Afortunadamente, ya lo conoce, se trata de un hombre excepcional. Me tranquilizó, restándole importancia a mi actuación y, sobre todo, buscando una solución: el joven y prometedor doctor Aldave.

El prefecto, por un instante, pensó en su cuñado. Cuántas veces lo había menospreciado delante de su esposa tildándolo de vanidoso, de hombre con suerte, de haber conseguido su cátedra y su prestigio sin esfuerzo, a base de influencias proporcionadas por su familia..., cuando Cabasset sabía que no era cierto. Leroy era una persona brillante, un trabajador incansable, un médico que ambicionaba la excelencia para aportar lo máximo a la ciencia, pero desde la humildad de los más grandes. Y esto carcomía de envidia a su cuñado que, a pesar del importantísimo puesto social que ocupaba, se sentía inferior a él. Después de tantos años de formar parte de la misma familia, ahora estaba realmente avergonzado ante la generosidad de Leroy, que ni siquiera le interrogó acerca del porqué de su estúpido proceder.

—Sin duda el profesor Leroy —dijo Aldave— me ha sobrevalorado. Por mi parte, puede estar seguro de que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para estudiar este caso, pero no le voy a negar que, ya desde el principio, se presenta como algo complejo. Quiero decir que, aunque los dos debemos confiar en llegar hasta el final, tampoco debemos crearnos falsas esperanzas.

—No me diga usted eso, doctor Aldave. ¡Ni siquiera ha pisado todavía el sanatorio!

—Simplemente soy realista —replicó el español—, pero debe saber también que es tremendamente difícil que yo me dé por vencido en algo, sobre todo si está relacionado con mi profesión, y más aún si es un encargo del profesor Leroy.

—Eso está mejor —celebró el prefecto con una sonrisa—. Pero no teorizamos más, tenemos que concretar aún muchos detalles. Para empezar, su «papel» en el Saint Paul. Evidentemente, nadie debe sospechar que es usted forense. Un experto en medicina legal no tiene cabida en un sanatorio para dementes. Van a contratarle como médico de medicina general, es decir, el médico encargado de la atención de los internos que sufren, además de su demencia, alguna otra enfermedad física, aguda o

crónica. El médico que cubría esta plaza, el doctor Jalou, que también es médico titular de Saint-Rémy, acaba de jubilarse. En cuanto recibí la notificación de su baja en el sanatorio me puse en contacto con el director del centro, el doctor Théophile Peyron. Le dije que un doctor de origen español y residente en París, pariente de mi esposa, deseaba ejercer la medicina durante unos meses en un medio rural. Habitualmente, uno de los médicos titulares de Saint-Rémy se ocupa de la plaza de medicina del sanatorio. Hasta que salga a concurso la plaza vacante del doctor Jalou en Saint-Rémy usted ocupará su puesto en Saint Paul, más o menos el tiempo con el que contamos hasta la entrega del informe en el Ministerio.

—¿También he de hacerme cargo de la plaza de médico titular en la villa de Saint-Rémy?

—No, la ocupa ya un médico interino. Eso supone que usted no va a recibir ningún tipo de honorarios. El puesto de médico de medicina general en Saint Paul, como suele suceder en la mayoría de los hospitales, es honorífico, sin remuneración, es una plaza que otorga prestigio y, por lo tanto, muy solicitada, como ocurrirá en cualquier hospital de París.

—Sí, por supuesto. Respecto al tema económico, yo sigo recibiendo mi salario como profesor de la Facultad de Medicina, como convenimos por carta —recordó Aldave.

—Exacto. El alojamiento y la manutención corren a cargo de la prefectura. El director del sanatorio de Saint Paul ya le pondrá al tanto de todo, quiero decir, del lugar donde hospedarse y esas cosas. Es un hombre completamente dedicado a la medicina; el sanatorio de Saint Paul es su vida. Siempre he tenido una magnífica relación con él y, en cuanto le pedí que lo admitiera en el centro durante unos meses, no puso ni la más mínima objeción; es más, se alegró de que un médico joven viniera desde París, «seguro que vendrá con aires nuevos, estupendo», me dijo rápidamente.

—¿Y el doctor Jalou sigue viviendo en Saint-Rémy tras su jubilación? —preguntó Aldave.

—No lo sé —repuso Cabasset—. Tendrá que informarse una vez llegue usted allí.

El prefecto abrió entonces un cajón de su mesa, sacó una llave y se la mostró al doctor.

—Esta llave es una copia de la llave maestra del Saint Paul. Con ella podrá abrir todas las puertas del sanatorio: despachos, salas de tratamiento, habitaciones de los internos, habitaciones de las religiosas..., todo. Solo posee una igual el director, el doctor Peyron, y guardada en la caja fuerte. La madre superiora de la comunidad religiosa que presta sus servicios en el Saint Paul tiene otra llave maestra diferente con la que no puede acceder a determinadas áreas: despachos de médicos, oficina de contabilidad, etc. Por favor, procure no perderla, y lo siento mucho, pero no le autorizo a que realice otra copia. Una vez finalizada su misión deberá devolvérmela.

No me pregunte cómo la he obtenido, pero nadie puede saberlo porque yo no estoy autorizado a tenerla: recuerde que el Saint Paul es un centro privado.

Galo Aldave la cogió casi con recelo, pensando que ese simple gesto suponía el punto donde ya no se podía dar marcha atrás. De repente se sintió un extraño en medio de aquel lujoso despacho, frente a un hombre desconocido que le pedía ayuda, inmerso en una situación tan ajena como singular: un sanatorio de dementes, una región ignota, un alto cargo de la República confiándole un secreto... Verdaderamente sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. ¿Se había precipitado aceptando una propuesta así sin medir bien las consecuencias? ¿Había antepuesto su deseo irrefrenable de huir de París a una razonada valoración del caso? Para su carrera y su amor propio un fracaso podría resultar desolador. Ahora veía la cosa mucho más complicada y comprometida que antes de llegar a Marsella. Pero no podía dar media vuelta y desentenderse, ni siquiera con una excusa bien ideada. No podía ni quería volver a París como un cobarde ante sí mismo y ante el profesor Leroy. Vio de reojo la bandera de Francia, tan alta como la estatura de un hombre, al lado de la mesa y, sin saber exactamente por qué, quizás porque representaba el espíritu de un país que tanto había admirado desde la distancia, le sirvió de acicate para restaurar el ánimo que traía antes de entrar en la prefectura y tiró para adelante.

—Antes de acabar —dijo— me gustaría conocer su propia opinión sobre el asunto. Conoce el lugar de los hechos y, por lo que veo, también al personal o, al menos, a parte de él. Después de tantas conjeturas, alguna hipótesis tendrá que pueda ayudarme a estudiar el caso.

El prefecto vaciló antes de contestar.

—No sé si es conveniente que yo le aventure mis hipótesis, que las tengo, cómo no. Quizás lo mejor sería que llegase al sanatorio sin prejuicios para que así su investigación fuera totalmente objetiva; pero si me lo pregunta, voy a responderle, no quiero dar la impresión de que lo abandono en medio de un desierto. En primer lugar, por si no lo sabe, el Saint Paul no es un sanatorio para enfermos mentales común. Junto con otros —el prefecto se levantó, se dirigió a la librería de madera, cogió una carpeta y extrajo de ella un documento que ojeó—, como el sanatorio del doctor Blanche en Passy, el sanatorio de Charenton o el hospital psiquiátrico Parère en Rodez, son centros en los que se practica una medicina especial: no solo se aplican los remedios más avanzados en psiquiatría, sino que se facilita a los internos que lo solicitan y muestran cualidades la posibilidad de ejercer sus dotes artísticas, bien sea pintura, música, escritura..., lo cual se considera beneficioso para su recuperación. Usted que es médico sabrá que esto es algo innovador. No todos los especialistas están de acuerdo. Habrá que ver si llevan o no razón los que propugnan esta «filosofía», pero lo cierto es que dota al Saint Paul de una singularidad que puede desatar la polémica. Sin ir más lejos, el doctor Jalou no comulgaba con este proceder

y continuamente mantenía discusiones con el director a propósito de algún paciente en particular a la hora de administrar un tratamiento u otro. Una de las hipótesis sería que al aplicar esta teoría de «la curación a través del arte» se obviarán los remedios que los pacientes precisan, y de ahí la elevada tasa de enfermedad y de muertes en el sanatorio. También podría haber alguna «mano negra», y no acuso a nadie, Dios me libre, que estuviera interesada en el descrédito del centro, precisamente por estar en desacuerdo con su «filosofía» y, de alguna manera, hiciese enfermar a los internos. Por otra parte, no debemos olvidar que el doctor Jalou ha apurado sus años de actividad profesional al máximo, realmente es un anciano y, por lo que he podido indagar, con una práctica médica arcaica que, sin él pretenderlo, podía haber llevado a los enfermos a semejante situación. También hay que tener en cuenta que el Saint Paul es un centro privado que se financia con el montante que pagan los enfermos, pero también con donaciones privadas y alguna aportación benéfica del Ayuntamiento de Saint-Rémy y de la subprefectura de Arles. Ya sabe, cuando hay dinero por medio... todo es posible.

Cabasset, al finalizar su «análisis», abrió los brazos, como rindiéndose:

—Ya ve, ¡no tengo ni idea!

—Al menos su enfoque me proporciona varios puntos de partida —dijo Aldave.

—Que igual están equivocados —observó el prefecto.

—No se preocupe, como policía que es, usted sabe perfectamente que en numerosas ocasiones un punto de partida equivocado puede llevarte al verdadero. Lo importante es contar con una completa visión global y su opinión es fundamental para obtenerla —Aldave titubeó unos segundos antes de proseguir—. Por cierto, y sin pretender en absoluto molestarle, yo le he dado mi palabra en cuanto a discreción y entrega, pero también tengo que estar seguro de que me ha puesto al corriente de todo lo que sabe sobre el Saint Paul, de que no me oculta nada, sea cual sea la razón.

—Me sigue gustando su manera de actuar, doctor Aldave —señaló el prefecto mirándole a los ojos—, pero puede estar tranquilo, todo lo he puesto sobre la mesa. Si de ahora en adelante descubro algo más o mis cavilaciones llegan a otro puerto, no dude de que lo mantendré informado. Yo soy el primer interesado en resolver todo esto cuanto antes, lo sabe perfectamente.

—Muy bien —repuso el español reafirmando sus palabras con la cabeza.

—No sé si queda algo pendiente... —dijo Cabasset mirando al techo—. ¡Ah, sí! ¿Cuándo piensa partir para Saint-Rémy?

—Si nuestra reunión ha finalizado, hoy mismo. A media tarde sale un tren para Arles, allí puedo tomar otro hasta Saint-Rémy y llegar antes de la noche —respondió el médico.

—¡Ah, muy bien! Precisamente en el telegrama que he recibido antes, el doctor Peyron me comunicaba que esta tarde el cochero del Saint Paul va a trasladar a un

interno desde la estación de Saint-Rémy hasta el sanatorio. Si a usted no le importa compartir asiento con el demente, puede trasladarle directamente hasta su alojamiento.

—Estupendo —apuntó el español—. ¿Cómo conoceré al cochero?

—No se preocupe por eso, la gente de aquí es muy lista, seguro que le reconoce él a primera vista. No se ven médicos de París todos los días en Saint-Rémy. Bueno —indicó el prefecto levantándose, mientras Galo Aldave lo imitaba—, creo que ya está todo hablado. ¡Ah!, por cierto, una última pregunta: ¿está usted casado o, quizás, prometido? —dijo el prefecto mientras acompañaba a su invitado a la puerta.

—No —concretó el médico, sin más explicaciones.

—Mejor, así se centrará mejor en el asunto —dictaminó Cabasset tendiéndole la mano con una sonrisa de aprobación.

Nada más salir Galo Aldave del despacho, el prefecto cerró la puerta, cerró los ojos y suspiró profundamente. Por fin todo estaba en marcha. Pensó en su mujer, un espíritu simple, pero lleno de bondad, ilusionada cada vez que su marido le anunciaba un probable traslado cerca de París. Ella confiaba en vivir próxima a su familia, sobre todo a su hermana, la esposa del profesor Leroy, a la que siempre había estado muy unida. Desde el primer momento de llegar a Marsella, después de dos destinos anteriores de menor categoría, detestó la ciudad, que se le antojaba sucia y vulgar, repleta de fábricas y extranjeros malolientes. Soñaba con los bulevares de la capital, con los árboles, los jardines, el río, los cafés, las mujeres refinadas y los salones... El de su hermana era de los mejores de París; en él se daba cita lo más encumbrado de la ciudad: hombres de ciencia, artistas, prósperos empresarios, damas elegantes... También ambicionaba matricular a sus hijos en los colegios más prestigiosos, donde pudieran convivir con compañeros que sin duda en un futuro constituirían la clase dominante del país. Incluso le había propuesto a su marido la posibilidad de que estudiaran en la capital en régimen de internado, a lo que este se había opuesto rotundamente: «soy nada menos que el prefecto de Bouches-du-Rhône, cuya capital es la segunda ciudad de Francia; sería un desprecio enorme hacia Marsella y hacia el departamento. Además, en Marsella hay tan buenos colegios como en París». El tema entonces quedó zanjado, pero ahora...

Se dirigió hasta el gran ventanal. El sol estaba en su cénit. Los jardines de la plaza de la prefectura deslumbraban. La gente iba de acá para allá sin saludarse, sin detenerse, a no ser para intentar cruzar la vía repleta de coches tirados por caballos. Distinguió al doctor Aldave atravesando a buen paso la calzada para adentrarse en la zona ajardinada, erguido, joven, decidido... Un escalofrío le recorrió el cuerpo. A lo lejos se oía una sirena.

CAPÍTULO 2

La primera tentación de Galo Aldave cuando pisó de nuevo la calle fue girar sobre sí mismo y contemplar, aunque fuera con escasa perspectiva, el edificio de la Prefectura. Su majestuosidad lo abrumó. Semejaba un gigante con los brazos extendidos abarcando a todo el que se le acercase, dominando no ya solo la plaza que lo acogía, sino toda la ciudad de Marsella y todo el departamento. «Nada es verdad ni es mentira —le decía a menudo su padre, recordando esos versos de Campoamor—, todo depende del color del cristal con que se mira». Rememoró esta frase porque una hora antes, al entrar en la prefectura, ni había reparado en la magnificencia del inmueble, ensimismado en las razones del encuentro que iba a producirse, ni en la importancia de su interlocutor, algo que, ahora, frente al edificio neoclásico, quedaba rotundamente de manifiesto. Contó dieciséis ventanas por planta, que multiplicadas por tres alturas suponían cuarenta y ocho ojos con los que vigilar a los marselleses y a los habitantes del departamento. Tendría no menos de cincuenta metros de largo, y la piedra algo ocre de su fachada a esa hora del día irradiaba una cálida luz que atemperaba el rigor de los asuntos que en su interior se decidían. «El ventanal central con las banderas debe de ser el de su despacho», pensó. Pero a la vez que era consciente del enorme poder del prefecto, también lo era de su debilidad. ¿Cómo si no un hombre de su rango pone en peligro su carrera por un asunto menor? Objetivamente, para el sanatorio, para su director, el tema de las «irregularidades» del Saint Paul era, sin duda, algo grave, pero para un prefecto, para el hombre que detenta el mando de uno de los departamentos más importantes de Francia... resulta poco más que insignificante en medio de las importantes cuestiones que a diario con toda seguridad se le presentan. «*Le Figaro*», voceó un niño. Galo compró un ejemplar: «Miércoles, 8 de mayo de 1889», leyó de soslayo mientras doblaba el ejemplar y lo guardaba en el bolsillo. «Sea un tema mayor o menor para un político, para un forense el asunto del sanatorio de Saint Paul es magnífico, una gran oportunidad para poner en práctica el método científico». Por un momento se sintió a gusto consigo mismo, se sintió afortunado al ser elegido para investigar un caso así. Alto, con el cabello castaño oscuro, ondulado, la barba poblada y un traje de pantalón y levita de color gris, encargados un año antes a un joven sastre de París que comenzaba a despuntar, la mayoría de las damas que se cruzaban con él le obsequiaban con miradas sugerentes y él les respondía de igual forma desde unos ojos profundos y, para muchas, enigmáticos.

Consultó el reloj: cerca del mediodía; por suerte aún tenía tiempo de conocer el puerto. De ninguna manera podía admitir que la razón por la que había aceptado el caso era poder pisar el puerto de Marsella, pero su devoción por Alejandro Dumas y

especialmente por la vida y peripecias de Edmond Dantés le habían llevado a soñar muchas noches de su adolescencia con la isla y el castillo de If, frente a la costa de Marsella, donde el sufrido conde de Montecristo permaneció preso hasta que, ingeniosa y valientemente, se escapó. Mejor ocasión que aquella para poder divisarlo con sus propios ojos... Se orientó por el sonido de las sirenas de los buques, que parecían potentes plañideras pretendiendo atraer a todo el que estuviera de paso. Mientras recorría sus calles le sorprendió la vivacidad de la ciudad, la más antigua de Francia, fundada 600 años antes de Cristo por los focenses, procedentes del golfo de Esmirna, en el Asia Menor. Desde principios del siglo XIX había progresado de manera espectacular debido a la expansión francesa hacia Argelia desde 1830 y a la apertura en 1869 del canal de Suez. A partir de entonces todo había crecido: el puerto, la población, la urbe... y el número de fábricas, que a su vez atraían a mano de obra trabajadora. Contaba con unos 400 000 habitantes. Y su puerto era el cuarto en importancia mundial, tras los de Londres, Liverpool y Nueva York. El español, siguiendo las enseñanzas de su padre, nunca viajaba a ningún lado sin antes informarse bien de adónde iba. Conforme se acercaba al muelle iba percibiendo, cada vez con mayor intensidad, su aroma húmedo y salado. Empezaron a aparecer puestos de vendedores con comida, ropa, aparejos de barco... y multitud de gente diversa, tanto en el color de la piel y en la variedad de rostros y figuras como en su vestimenta. Marineros de todas las razas y pelajes, mujeres de dudoso aspecto, caballeros atildados, fornidos descargadores, niños sucios con caras felices jugueteando sin control, algún clérigo... Todos parecían caber armoniosamente en esa especie de escenario que a Galo se le antojó extraordinario. «Lo mejor de Marsella —pensó—. La prefectura, al lado de esto, es una anécdota». Las naves, como formidables templos, dejaban entrar y salir de sus tripas sin cesar a decenas de estibadores con contenedores de madera, fajos de carga, bidones, aparatosos baúles... Algunos eran hombres corpulentos, pero en cambio otros estaban enjutos e impresionaban por su aparente debilidad porque aun así portaban los mismos bultos, a veces más voluminosos y pesados que ellos mismos, y caminaban encorvados, casi tocando con la nariz el suelo, empapados de sudor, uno tras otro, con rítmica cadencia sobre un estrecho puente de madera y cuerda que se bamboleaba a su mismo son. Entre ellos, de vez en cuando, algún adolescente imberbe, por poco un niño, acompañando seguramente al padre o habiendo heredado de él el puesto. Entraban por una puerta, descargaban, salían por otra... y vuelta a empezar. Unos navíos partían, otros atracaban. Le llamaron poderosamente la atención las grúas y los ascensores que funcionaban a presión con vapor de agua. Se oían gritos en multitud de idiomas. Todo estaba en febril movimiento, en un aparente caos de ruidos, olores, visiones..., pero un caos perfectamente coordinado. Se acercó a un hombretón con aspecto de capataz que dirigía a un grupo. Arrastraban una especie de vagoneta con

ruedas de madera cargada de carbón para alimentar el fuego de una grúa. Galo tenía interés por conocer cuáles eran los productos que entraban y salían a diario del puerto. Mientras se liaba un cigarro, y sin quitar ojo a sus subordinados, el hombre le explicó que por allí pasaba de todo, desde alimentos como cereales, azúcar, café, cacao, grano, legumbres o vino, hasta seda, tabaco, metales o madera. Mirándolo de arriba abajo le preguntó si iba a embarcar y en ese caso si necesitaba a alguien que le acercase el equipaje. Aldave le aclaró que tan solo estaba de paso y aprovechó para preguntarle acerca de la isla de If. Tenía que recorrer todo el puerto y, desde el extremo de la bahía, la podría ver, le explicó el capataz. El mar estaba en calma aquella mañana. Una multitud de gaviotas gritaba estruendosamente volando por doquier. De repente alguna pasaba cerca del español rozándole el sombrero, obligándole a sujetarlo, lanzada en busca de alguna migaja o de algún trozo de pescado abandonados en el suelo. Conforme se aproximaba al final de la bahía, los barcos atracados ya no eran de carga, sino de pasajeros, y los estibadores habían dado paso a los criados de los viajeros y al personal de las embarcaciones, vestidos con mayor pulcritud y con ademanes más esmerados. Dos muchachas idénticas, pelirrojas, mientras aguardaban el momento de subir a su barco, ofrecían trocitos de pan a las gaviotas, levantando la mano lo más alto que podían. Las aves, en cuanto adivinaban la comida, se dirigían como flechas a las chicas, consiguiendo solo las más rápidas el trofeo. Era curioso observarlas porque también sus vestidos eran iguales, tan solo se distinguían por un pequeño matiz de color, más verdoso el de una y más azulado el de su hermana. Galo sonrió viendo cómo disfrutaban y se preguntó de dónde vendrían y adónde irían, y deseó en su fuero interno que esa felicidad no se limitase a un instante, que permaneciera en sus corazones juveniles y en sus corazones de mujeres adultas para siempre. El final del muelle estaba próximo. Cuando lo divisó a lo lejos, en mar abierto, cuando distinguió el castillo y la fortaleza que le habían hecho soñar años atrás, sintió que aquel viaje ya no sería una aventura baldía. Aquella visión que tenía ante sí lo justificaba y le exhortaba a seguir hasta Saint-Rémy y a bregar con lo que el destino le tuviera preparado. Aspiró el aroma del Mediterráneo mientras contemplaba un horizonte azul y alentador.

Ya de vuelta hacia la ciudad, antes de abandonar el puerto, sintió un contacto extraño:

—La buenaventura, señor...

Una gitana le había cogido la mano. Aldave la retiró al instante, con un estremecimiento, pero la mujer insistió:

—Señor, solo son unos céntimos, ¿no quiere saber su futuro?

—No, déjelo, mujer —replicó Galo con seriedad.

—¡Puedo ahuyentarlo el mal de ojo! —insistió ella acercándose aún más.

El médico se puso nervioso. Aborrecía las supersticiones y a las personas que

vivían del engaño a los ignorantes, que, desgraciadamente, eran muchos. Pero la gitana seguía acorralándole sin permitirle dar ni un paso. El resto de transeúntes seguía su camino sin siquiera mirarlos. «Quizás tenga cerca a un compinche y, si no cedo, se alíen para robarme. En ese caso, seguro que entre tanta gente nadie saldría en mi ayuda», pensó Aldave. Para acabar cuanto antes con ese inesperado encuentro, tendió su mano.

—¡Gracias, señor, qué bueno es el señor! —profirió la mujer sujetándole con firmeza la mano.

Entonces sintió el roce de las suyas, cálidas pero con cierta aspereza, como las de las campesinas que ayudaban a su madre en casa, cuando le retenían contra su voluntad para lavarle la cara o peinarle.

—Por favor, vaya rápido, tengo prisa —requirió impaciente.

La mujer lo condujo con gracia a la pared más próxima. Llevaba el cabello largo, de color castaño, recogido a modo de diadema con una tira de tela estampada, aunque alguna greña le caía por la frente. De entre la tez oscura, apergaminada sin duda prematuramente, sobresalían dos ojos verdes como piedras preciosas que compensaban con creces la oscuridad de algún diente. Llevaba una blusa parda abrochada con botones de arriba abajo, como las de los hombres, y una falda abullonada de rayas verticales y grandes flores verdes, grises y granates, de colores más vivos en unas zonas y más mortecinos en otras, con algún que otro remiendo aquí y allá..., y toda su vestimenta —blusa, falda, pañuelo— estaba recubierta de una capa de mugre tal que incluso en aquel ambiente variopinto llamaba la atención. Varios collares dorados y dos grandes aretes en las orejas dignificaban el conjunto mientras asomaban por las faldas como dos ratoncillos curiosos los pequeños pies del color de la ceniza.

—A ver, a ver... —le decía, concentrada en la palma de la mano, guiñando un ojo, como queriendo embeberse de la ciencia que transmitían los surcos de la piel—: le gusta ganar y le gusta gastar... Ha sido infeliz y ha sido feliz... Ha recibido una buena noticia hace poco tiempo... Se va de viaje... Y esa noticia va a cambiar su vida... —Galo miraba aquí y allá con miedo de hacer el ridículo y, en el fondo, temiendo también, a pesar de su descreimiento, el vaticinio de la mujer—. Va a vivir muchos años, hasta los noventa, y va a ser muy feliz —concluyó la gitana, tendiendo ella esta vez su palma ante el médico. Aldave le entregó un franco—. ¿Solo esto? —le espetó la mujer.

«Conque solo quería unos céntimos», estuvo a punto de decirle. El médico le entregó uno más. Rápidamente ella los guardó en algún bolsillo entre sus faldas floreadas. Mientras se alejaba, gritó:

—¡Les pondré velas a los santos para que le protejan!

Instintivamente, Galo se llevó las manos a la pechera: allí estaba su cartera y

también palpó la llave que le había entregado el prefecto. «A todos les diré lo mismo —pensó del augurio de la gitana. Ahora lo encontraba hasta divertido—. Pobre mujer, tener que ganarse la vida con este cuento». Y decidió dar por finalizado su paseo por el muelle. No quería que cualquier otra sorpresa le hiciera perder el tren.

Había aparcado su equipaje en la consigna, pero todavía le quedaba algo de tiempo antes de tomar el tren para Tarascon. Llevaba horas sin probar bocado porque los puestos de comidas del puerto le habían producido una cierta repugnancia, con su olor a aceite rancio y sus escuadrones de moscas libando sin cesar de las sardinas recién fritas y de los quesos. La estación de Saint Charles estaba a rebosar. Echó un vistazo a las cantinas. En una, una muchacha con una trenza morena aguardaba a los clientes apoyada en el mostrador, erguida, con una gran sonrisa como aderezo. En otra era un paisano orondo con un mandil rojizo el que ofrecía sus productos a los viajeros. No lo dudó. La joven le invitó a probar una ración de *tapenade*, una especie de pasta negra elaborada con olivas y anchoas. Detrás de ella, de espaldas, una mujer se afanaba preparando los productos que vendía la joven. Mientras esta le untaba una gran rebanada de pan con *tapenade*, la otra, seguramente su madre, miró de reojo por encima del hombro a Aldave sugiriéndole que probara el *pastis*, la bebida típica de la Provenza. Galo, aunque solo fuera por no menospreciar el ofrecimiento, se animó. Nada más ingerir el primer sorbo, a punto estuvo de escupirlo, de tan amargo. Lo contuvieron las miradas de las dos mujeres, que ahora reían al verle tan apurado mientras se disculpaban por no haberle advertido del sabor y de la cantidad de alcohol que contenía. Sin embargo, el *tapenade* le encantó y, por supuesto, se lo hizo saber.

Por fin anunciaron su tren. Aún le quedaba un considerable trayecto hasta Tarascon y, tras realizar transbordo, unas cuantas leguas hasta Saint-Rémy. Esa misma mañana, cuando el convoy llegaba a la estación de Saint Charles amanecía; por eso, al andar el camino en sentido inverso, contemplaba el paisaje por primera vez. El cielo, de un nítido y luminoso azul, contrastaba con los colores de los cultivos. Se sucedían las plantaciones de árboles frutales intercaladas con extensos campos amarillos plagados de girasoles. De pronto se adivinaba una mancha roja en el horizonte, y cuando el tren la alcanzaba se convertía en una alfombra de amapolas solicitadas sobremanera por mariposas y libélulas. Bandadas de aves sobrevolaban la extensa llanura dibujando evanescentes estelas. La luz del sol se reflejaba y brillaba en cada pétalo, en cada hoja, y el aroma de la lavanda penetraba por las ventanillas medio abiertas purificando el aire del humo y la carbonilla que exhalaba el ferrocarril. Mirara por donde mirara, el espectáculo que la naturaleza ofrecía era sublime. Se llenó de optimismo.

—¿Qué bonito paisaje, verdad? —El caballero que viajaba frente a él le sacó de su abstracción.

Hasta entonces el hombre había permanecido ensimismado leyendo un pequeño libro ayudado por unos quevedos. Era enjuto y menudo, apenas le llegaban los pies al suelo, pero tenía una nariz prominente, disarmónica con el resto de su cara, coronada, para colmo de males, con una gran verruga.

—Ya lo creo —respondió Aldave.

—¿Es la primera vez que visita la Provenza?

—Sí, y puedo asegurarle que jamás he visto una luminosidad como la de aquí. Y eso que yo procedo de una tierra con mucho sol.

Al médico no le importó entablar conversación. Su interlocutor debía de ser de la tierra, por el acento, más parecido al de Marsella que al parisino, y parecía amable.

—Extranjero, ¿verdad? ¿Tal vez español?

—Sí, soy navarro, ¿conoce Pamplona?

—¡Claro!, quiero decir que he oído hablar de ella, aunque no la conozco personalmente. ¿Es usted de allí?

—No exactamente, de una ciudad al sur, de Tudela —contestó Aldave.

—¿Toledo?

—No, Toledo es una ciudad al sur de Madrid. Tudela es una pequeña ciudad cercana a Pamplona —corrigió Galo.

—¡Ah!, comprendo. ¿Y está usted de paso? —volvió a preguntar.

—Llevo viviendo en Francia nueve años, si es a eso a lo que se refiere, concretamente en París. Pero asuntos profesionales me han traído a la Provenza, a Saint-Rémy.

—¡Ah, Saint-Rémy! —dijo el desconocido con cierta ampulosidad—: ¡La cuna de Nostradamus!

—¿Nostradamus? ¿Quiere decir que Nostradamus nació en Saint-Rémy? —preguntó extrañado el médico.

—Allí mismo. ¿Conoce su vida? —le preguntó el hombre acercándose a él y bajando el tono de su voz.

—No en profundidad, pero sí sé quién fue y conozco algo de su obra —contestó Galo.

—Un personaje enigmático, sin duda. Y muy interesante. No deje de visitar su casa natal. Dicen que irradia energía..., lo que no sé si positiva o negativa —balbuceó el caballero, como si estuvieran hablando de algo misterioso.

—La visitaré, pierda cuidado..., y espero que la energía que irradie en ese momento sea positiva —terció Galo, medio en broma.

Sin apenas darse cuenta, el cansancio acumulado pudo con el médico y se durmió. Cuando despertó estaba solo en el compartimento. El sol estaba ya declinando.

—¡Tarascon! —gritó el revisor desde el pasillo.

Aldave se apresuró a bajar del tren. El enlace con Saint-Rémy estaba a punto de

salir. Sentado ya en el nuevo vagón, más modesto, observaba a la gente en el andén. Le llamaba la atención la indumentaria, distinta a la de Marsella, y no digamos a la de París. Casi todas las mujeres portaban un mantoncillo sobre los hombros y una especie de gorrito blanco en la cabeza. Los hombres llevaban camisas blancas y alguno, de vez en cuando, chaleco. Parecían animados, parloteando sin parar con grandes ademanes. Algunos llevaban cestos con hortalizas o frutas... Le recordaban a los hortelanos de su tierra cuando regresaban al caer la tarde a sus hogares después de una jornada de trabajo.

El convoy partió. Si la belleza de la tarde le subyugó, el atardecer acabó de conquistarle: los últimos rayos de sol cubrían con una infinita gama de amarillos y anaranjados el horizonte, y todo en medio de una armoniosa quietud, alterada tan solo por el paso del tren. Conforme se acercaba a su destino comenzó a sentir una cierta intranquilidad y, a pesar de lo prolongado del viaje, deseó poder dilatarlo aún más... Pero todo llega y él lo sabía..., también la estación del final de trayecto.

Apenas había puesto un pie en la escalerilla, oyó una voz:

—¡Doctor! —gritó un hombre joven levantando la mano hacia el médico.

—¡Sí, soy yo! —exclamó Galo.

Qué razón tenía el prefecto: con una simple ojeada el cochero lo había localizado entre todo el personal que pululaba por el andén de Saint-Rémy.

—François Poulet, a su servicio —se ofreció el joven quitándose la gorra de la cabeza.

Era de mediana estatura, flaco y un tanto desgarbado, rubio, cercano a la treintena. Sobre la camisa blanca llevaba un blusón abierto de rayas grises que le llegaba casi a la rodilla.

—Galo Aldave —dijo el español mientras le tendía la mano.

—Deje que le lleve el equipaje, señor.

—No se preocupe, lo llevaré yo, señor Poulet, muchas gracias.

—Nada de eso —insistió el cochero mientras le arrebatava las maletas—. Tengo el coche aquí al lado. Nos están esperando dos caballeros que he de llevar al sanatorio. Antes lo dejaré a usted en mi casa.

Aldave debió de poner una expresión de extrañeza, porque el joven añadió al instante:

—Hemos acordado con el director del Saint Paul, el doctor Peyron, que usted se alojaría en mi casa hasta nueva orden.

—¡Ah!, estupendo.

El cochero llevaba el cabello muy corto y en la frente se le formaba un gracioso remolino que le confería cierto aire de pilluelo.

—Tenemos una casa bastante espaciosa y hospedamos a alguna persona de confianza si tenemos ocasión, ya sabe, maestros, médicos, comerciantes de paso...

Ahora la habitación de huéspedes la tenemos libre... En principio, si a usted le parece bien, la hemos preparado para esta noche, después usted decidirá.

—Seguro que estaré de maravilla, no se preocupe, señor Poulet.

Tanto la mirada como los ademanes del joven reflejaban lo avisado que era.

—En la casa vivimos mi mujer, nuestra hija de cuatro años y mi suegra, que es una excelente cocinera, como muy pronto podrá usted comprobar.

Al lado del coche esperaban dos individuos. Uno de ellos vestido completamente de negro, con aspecto de pastor protestante; y el otro, estafalario, con el pelo y la barba de un color rojo cobrizo, un aparatoso vendaje en la cabeza y la mirada extraviada. Poulet los presentó a su manera:

—Señores, van a compartir asiento por unos minutos; el señor es médico y viene de París, los señores vienen de Arles y van al sanatorio de Saint Paul.

El supuesto pastor y Aldave se saludaron con sendos movimientos de cabeza llevándose la mano al sombrero. El hombre pelirrojo no se inmutó. Iba vestido con un modesto traje gris de percal bastante arrugado y una camisa de tono parecido. Se acomodaron como pudieron en los asientos mientras Poulet colocaba el equipaje sobre el techo del coche.

—Nos ha comentado el cochero que va a ejercer usted en el Saint Paul —comentó el presunto pastor, una vez iniciado el trayecto hasta la casa de Poulet.

—Sí, así es —confirmó con brevedad el médico.

—El señor Van Gogh —prosiguió, mirando de reojo a su acompañante— va a ingresar allí. Tal vez sea paciente suyo.

—Posiblemente... —respondió Aldave con una sonrisa amable hacia el enfermo, que continuaba abstraído.

—Yo, en cuanto lleguemos y hable personalmente con el director del sanatorio, que me está esperando, volveré a Arles con el último tren. Soy pastor y tengo obligaciones en mi parroquia, pero no podía permitir que el señor Van Gogh viajara solo hasta Saint-Rémy —dijo el hombre justificándose.

—Comprendo —concluyó el español, sin más.

Durante el breve trayecto evitaron mirarse. Aldave y el pastor miraban por las ventanillas. El pintor tenía los ojos clavados en el suelo.

El coche paró.

—Ya hemos llegado —anunció Poulet.

Aldave se despidió de sus compañeros de viaje.

—Frédéric Salles —dijo el pastor tendiéndole la mano.

—Galo Aldave. Nos veremos, señor Van Gogh —saludó al enfermo llevándose la mano al sombrero.

Este hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza.

La mujer y la suegra del cochero habían salido a la puerta a recibirle. La primera

era una bonita muchacha rubia y sonrosada, de grandes ojos azules, muy parecida a su madre, algo más baja y redondeada. Las dos le aguardaban con sendas sonrisas matizadas por la timidez. Aunque su ropa era sencilla transmitía pulcritud y eso le gustó a Galo, le causó buena impresión.

—¡Le dejo en buenas manos! —le había gritado Poulet en el pescante al reemprender la marcha.

—¡No lo dudo! —le respondió Galo en el mismo tono campechano.

Ya había anochecido y empezaba a refrescar. En la calle no se oía ni el movimiento de una hoja. Con gran amabilidad las mujeres lo condujeron a su dormitorio, en el segundo piso de la casa. Entre ellas hablaban un idioma que Galo solo comprendía en parte y supuso que se trataba del provenzal. Al darse cuenta madre e hija, por cortesía, cambiaron de inmediato al francés.

Cenó él solo en un pequeño comedor, servido por Charlotte, la mujer de Poulet. Llevaba el pelo recogido en un moño alto que le dejaba al descubierto un cuello blanco y delicado. Tenía las paletas un poco separadas y alguna peca despistada en la diminuta nariz. Sus manos eran tan sonrosadas como su rostro, pero carecían de la finura de su cutis, prueba innegable del trabajo diario que realizaban. Para empezar le sirvió una sopa de judías blancas con patatas, tomate, trozos de cerdo y laurel. Después, una cazuelita con una especie de estofado de buey con cebolla, zanahoria y, por el sabor, una buena cantidad de hierbas aromáticas. Y para colofón, una fuente con nueces, higos secos, almendras, avellanas, uvas pasas... y dulce de membrillo. Casi no podía con su alma cuando se despidió de sus anfitrionas. Mientras subía despacio por la angosta escalera, iluminándose con una humilde palmatoria, iba rememorando todos los acontecimientos de la intensa jornada: el largo viaje de norte a sur atravesando toda Francia, la intensa visita al prefecto, la extraordinaria visión del puerto con la isla de If en mar abierto, la misma localidad recóndita de Saint-Rémy donde ahora se encontraba, acogido por una familia desconocida... Cuando se acostó en la sencilla habitación, todavía le bombeaban todas esas imágenes en la cabeza: la gitana del muelle y su buenaventura, las gemelas pelirrojas jugando con las gaviotas... y hasta el desdichado demente que habría ingresado ya en el sanatorio de Saint Paul... A su pesar también recordó París y lo que allí había dejado... Pero poco a poco se apoderó de él el cansancio acumulado y cayó en el más profundo de los sueños.

CAPÍTULO 3

La mayor ilusión de don Fermín Aldave, padre de Galo, era que su hijo fuese médico. Él mismo había estudiado medicina, en contra de las intenciones de su propio padre, que auguraba para él un próspero futuro como terrateniente. Fermín era el primogénito de una acaudalada familia del norte de Navarra. Su padre era propietario de un considerable número de fincas de cultivo y de una importante extensión de terreno para pasto, todo adquirido por él mismo —su hermano mayor había heredado la hacienda familiar—. Con dieciocho años recién cumplidos, en plena ocupación napoleónica, aprovechando la magnífica situación de su casa, cercana a la frontera con Francia, empezó a comerciar con el país vecino comprando y vendiendo mercancías de todo tipo, la mayoría de las veces de contrabando. Una vez finalizada la contienda y con una pequeña fortuna a sus espaldas, se especializó en la importación de vino. Su principal proveedor era un mayorista de Pau con el que congenió nada más conocerlo, hasta llegar a convertirse en grandes amigos. Con él se lamentaba de que Fermín, su único hijo varón, en vez de dedicarse al negocio y patrimonio familiares, se decantara por una profesión que, con casi total seguridad, le iba a impedir seguir los pasos de su progenitor. En uno de sus viajes a Pau, Fermín, recién licenciado, acompañó a su padre. Se alojaron en casa del comerciante francés y en tan solo tres días, al percibir la sintonía del joven médico con la hija menor del anfitrión, quedó pactado el compromiso de los dos jóvenes.

Constance no sabía nada de español cuando llegó a Tudela. Su marido había obtenido por oposición un puesto de médico titular en la ciudad regada por el Ebro. Aunque añoraba a su familia y a su país, la joven desde un principio decidió no arredrarse y convertirse en una verdadera española, aunque fuera por no dejar en mal lugar a su esposo, del que se había enamorado desde el primer instante en que lo vio. Él mismo le impartía clases de castellano después de finalizar cada día su trabajo. Muy pronto comenzó a chapurrear el idioma y al año de su llegada ya ayudaba a Fermín en la consulta. Por su juventud, su posición social, la nacionalidad de ella, muy pronto la pareja se hizo popular en la localidad. A Constance, por supuesto, la llamaban *la Francesa*.

Fermín adoraba Francia. Quizás fuese esa la primera razón por la que le gustó la muchacha nada más verla. Irradiaba *espíritu francés*, como él acostumbraba a denominar la mezcla de modernidad, racionalidad, ilustración, refinamiento... que el país galo le mostraba a través de los viajes con su padre o de sus lecturas. Con Constance en casa un pedazo de Francia le pertenecía y se dejaba contagiar de su discreción, su cultura, su elegancia...

Por eso, cuando Galo manifestó el deseo de ser médico, su padre no lo dudó ni un

instante: lo enviaría a estudiar a París. Vendió parte de la herencia de su padre el comerciante, la invirtió en deuda del Estado y con los intereses sufragó la matrícula y los gastos.

Por su parte, Galo, ya desde adolescente, no concebía su futuro fuera de la medicina. La consulta de su padre siempre le había parecido un lugar asombroso, con la mesa ordenada, la camilla inmaculada, el armario repleto de frascos e instrumentos variados y desconocidos, el olor a medicinas..., pero su vocación la debía por entero al ejemplo de su progenitor, que disfrutaba todos los días del año de su trabajo. Cursó el bachillerato en Pamplona y, nada más finalizar el último curso, acompañado de sus padres y del abuelo francés, llegó a París para matricularse en la Facultad de Medicina. Como no podía ser de otra manera, la ciudad le deslumbró. Las capitales que hasta entonces conocía —Pamplona, Zaragoza— no dejaban de ser «pueblos grandes». París era algo extraordinario, y más para un joven de dieciocho años lleno de dinamismo y ganas de comerse el mundo.

El primer día de clase se sentó por casualidad al lado de otro alumno impecablemente vestido y, aparentemente, tan solo y perdido como él. Se trataba de Philippe Bruneau, perteneciente a una familia de jueces y magistrados de mucho renombre en París. Él era el primer miembro de la saga que se decantaba por una carrera alejada del mundo del derecho. Se hicieron amigos. Aunque Galo hablaba un perfecto francés «del sur», Philippe enseguida adivinó que era extranjero: su atuendo lo delataba. Cuando la amistad profundizó, Philippe le insinuó, de la manera más delicada que pudo, la idoneidad de modernizar su ropa al estilo de la capital. Orgullosa, Galo, en su fuero interno, se molestó, aunque se esforzó por ocultarlo. Sin embargo, rápidamente encargó dos trajes completos y veinte días más tarde era un completo parisino.

Al igual que en el tema de la ropa, Philippe le aleccionó en todos los aspectos de la ciudad que solamente un nativo de cierta posición social conoce y domina. Le presentó a sus amigos, le mostró los barrios de París, le enseñó las costumbres y modos de relación... y lo introdujo en su familia. Su padre apenas pisaba la casa, pero su madre lo acogió con cordialidad. La belleza de Camille, la única hermana de Philippe, unida al carácter decidido y extrovertido de la joven turbaban a Galo, que apenas se atrevía a dirigirle un escueto saludo. Había permanecido los últimos cuatro años de su vida en un rígido internado y solo había tenido trato con muchachas en los escasos días de vacaciones. Por supuesto que Camille nada tenía que ver con esas chicas. Ella era distinta incluso al resto de jóvenes que paseaban por los bulevares parisinos. Tenía una elegancia innata que no dependía tanto de la lujosa ropa que llevaba como de su manera de andar, de sentarse, de mirar a través de la ventana o de, simplemente, sonreír sin disimulo ante cualquier torpeza de Galo en un mundo muy por encima de sus posibilidades. El tono dulce de su voz no era sino una continuación

de un rostro sereno y nacarado y de unos ojos verdes que reflejaban el estallido de un manantial de agua cristalina. Hasta sus manos eran preciosas, aderezadas con una sencilla sortija con varias turquesas dispuestas en forma de corazón. Alguna vez Aldave se había quedado magnetizado contemplando la gracia de aquellas manos sirviendo café para los tres o colocando delicadamente unas flores secas o unas plumas en un sombrero que acababa de comprar para adornarlo ella misma, a su gusto. Y también sabía ser divertida, ocurrente, chispeante en el momento más oportuno, cuando los dos amigos llegaban cabizbajos tras una mala calificación o cuando querían celebrar un gran acontecimiento, como la jubilación de un profesor huraño o la conquista de Philippe de algún amor que se le resistía... Si desaparecía, toda la alegría que emanaba parecía evaporarse; y al contrario, si de repente entraba en la casa, solo con adivinarla, aun sin verla, el ambiente se impregnaba de un hálito especial, mucho más potente que el mejor de los perfumes. ¿Cómo no estar cohibido ante ella? ¿Cómo no verla como una diosa en el Hades a una distancia inalcanzable para un mortal?

Entre estudio, clases, amistades y diversión fueron pasando los meses y los cursos y los muchachos se convirtieron en dos hombres con un prometedor futuro. A los dos les apasionaba la medicina y con frecuencia entablaban largas conversaciones que se prolongaban hasta las primeras luces del alba. Philippe había alquilado una habitación con la excusa de concentrarse mejor en el estudio y allí se reunían a diario para compartir libros y discutir de cualquier tema que estuviese de actualidad, pero sobre todo de su carrera. Les interesaba la figura del insigne fisiólogo, ya fallecido, Claude Bernard, y sus experimentos en la Sorbona. Comentaban con entusiasmo tanto su famoso libro *Introducción al estudio de la medicina experimental* como pasajes de sus dos obras póstumas, *Lecciones de fisiología operatoria* y *Lecciones sobre los fenómenos de la vida comunes a los animales y los vegetales*, y cómo la ruptura con su maestro Magendie se había producido al criticar Bernard el empirismo radical del primero. Corrían ya tiempos de positivismo y experimentación.

También encontraban tiempo para asistir a exposiciones, cafés y tertulias... El barrio de Montmartre, plagado de artistas y *cabarets*, lo conocían a la perfección. Con su planta, su simpatía, su juventud, su distinción..., les sobraban admiradoras por todas partes y ellos, sobre todo Philippe, se dejaban querer...

Sin más preámbulo, un día Philippe le espetó a su amigo que su hermana estaba enamorada de él. Estaban en la habitación alquilada, uno de espaldas al otro, estudiando cada uno en una mesa. Galo ni siquiera se giró. Su corazón comenzó a palpar atropelladamente. Se quedó mudo, incapaz de articular ni una sola palabra, es más, incapaz de elaborar un solo pensamiento. Al notar su azoramiento, Philippe se levantó de la silla y le pasó el brazo por los hombros susurrándole al oído: «bienvenido a la familia Bruneau». Era domingo y se oía con claridad el bullicio de

la gente en la calle, pero el joven español solo escuchaba una y otra vez el murmullo de las palabras que su amigo acababa de ofrecerle como el mejor de los regalos. A partir de ese instante su mundo cambió y Camille se convirtió en el centro de su vida y de sus ilusiones. Incapaz de dejar de pensar en ella, andaba distraído, no se concentraba en el estudio, olvidaba citas... El día en que le declaró su amor a la muchacha, esta le confirmó lo que su hermano ya le había adelantado. Galo no imaginaba que se pudiera ser tan feliz. Como por arte de magia todo lo que le rodeaba era más hermoso: las calles, las aulas, la pensión donde vivía, hasta el mismo sol..., todo estaba impregnado del amor y la dicha de los dos jóvenes, que vivían su historia a plena luz del día, pero, por consejo de Philippe, con total reserva dentro de la casa familiar («mis padres no quieren que Camille se comprometa tan joven»).

En el último curso de carrera, Galo obtuvo una codiciada plaza de alumno interno pensionado tras examinarse de unas pruebas teórico-prácticas dificultosas, y entró a formar parte de la cátedra de Medicina Legal que encabezaba el afamado profesor Leroy. Este le había cautivado con sus lecciones magistrales, inyectándole el germen de la curiosidad y de la pasión por una rama del saber tan interesante como compleja: averiguar el porqué y el cómo de los actos criminales para ponerlos al servicio de la justicia. Philippe, por su parte, se decantó por la reina de las especialidades médicas: la medicina interna. Su sueño era instalar una consulta privada en el centro de París y ejercer a su vez en uno de los hospitales de la ciudad, como hacían los médicos más prestigiosos.

Juntos comenzaron la carrera y juntos la terminaron. El profesor Leroy se había percatado de la inteligencia, la sagacidad y la capacidad de trabajo del español, y le ofreció una plaza eventual de profesor de prácticas con un sueldo que le permitía mantenerse por sí mismo. Al catedrático le agradaba mucho Aldave, lo consideraba uno de sus discípulos más aventajados, con un gran porvenir. Si el joven respondía a sus expectativas, pretendía no solo enseñarle todo lo que él mismo sabía, sino proporcionarle una situación laboral estable en su cátedra para que no se viese obligado a volver a España a ejercer, país con un retraso de siglos respecto a Francia.

Cansado de ocultar por más tiempo a los señores Bruneau su relación con Camille y en vista del aprecio que le habían profesado durante todos los años de amistad con Philippe, Galo comentó a su amigo su decisión de pedir la mano de la muchacha. Se encontraban en un diminuto café de Montparnasse y el ambiente estaba bastante enrarecido. Esta vez quien se quedó sin habla fue el francés. Su semblante, habitualmente alegre, se ensombreció de repente. Apuró de un trago el vaso de absenta y empezó a mirar a todas partes evitando los ojos interrogantes del español. Al fin le dijo que esperase un poco, que al día siguiente hablarían con calma del asunto. Por mucho que Galo insistió en que le explicase el porqué de semejante actitud, Philippe se negó a contestarle y, atropelladamente, se despidió con un torpe

pretexto. A través del vaho de la ventana Galo vio su entrañable figura alejarse entre la gente en medio del atardecer y sintió en lo más profundo de su ser una incomprensible soledad. Esa noche no pudo dormir. La expresión de Philippe le había dejado inmensamente preocupado. Si bien es verdad que hasta entonces no acababa de comprender la razón de tanto disimulo con los padres de Camille, tampoco se había planteado la posibilidad de que existiera algún obstáculo a la hora de afianzar su amor con la muchacha ante su familia y ante el resto del mundo. Ahora sí. Ahora acudían a su mente mil y una trabas reales o imaginarias que podían poner en peligro su dicha, el estado de perpetua felicidad en el que se encontraba desde que supo que su hermosa Camille le amaba. Pero cuando la angustia más lo atenazó fue al recordar sus últimos encuentros con la joven. En ese momento, él, entusiasmado por relatarle sus éxitos profesionales, apenas había reparado en la actitud de Camille, que ahora se le representaba nítida en medio de la noche: Camille, su adorada Camille, el sueño de cualquier hombre —bella, inteligente, cálida—, había cambiado. Su sonrisa, sus ademanes cariñosos, su mirada atenta a todo lo que Galo pudiera decir o hacer... no habían desaparecido, pero no poseían, ni mucho menos, la fuerza y la entrega incondicional de antes. ¡Cómo había sido tan imbécil de no haberse dado cuenta!

«¿Por qué?», esa era la pregunta que incesantemente se repetía. «¿Por qué Camille ya no es la misma?, ¿por qué Philippe no me felicitó ni me animó a pedir su mano?, ¿por qué palideció cuando le hablé de mis intenciones con su hermana?».

En cuanto amaneció, Galo se vistió y se dirigió a la mansión de los Bruneau. Una niebla espesa cubría la ciudad. Apenas se vislumbraba la luz tintineante de las farolas, todavía encendidas. Los escasos transeúntes parecían espectros atravesando el más allá, presurosos y casi volátiles. Había quedado con Philippe en que se verían a última hora de la tarde, pero no podía esperar hasta entonces con semejante desazón consumiéndole. El mayordomo lo recibió sorprendido de verlo a esas horas, pero, ante la insistencia de Aldave, fue a avisar a Philippe. La casa estaba completamente silenciosa. De vez en cuando desde la zona de la cocina llegaba algún lejano murmullo, el ir y venir que indicaba el comienzo de la jornada de los criados. Lo habían pasado a un pequeño gabinete contiguo a la biblioteca, donde el señor Bruneau recibía a las visitas relacionadas con su profesión, pero sin la categoría suficiente para ser atendidas en su despacho. Galo imaginó a Camille durmiendo apaciblemente en el piso de arriba y por un instante dudó de si estaba cometiendo una tontería, si había construido una montaña de un minúsculo grano de arena, si sus conjeturas no habrían sido fruto de los celos, de la inseguridad o, simplemente, del miedo de perderla, sin fundamento alguno, tan solo por un gesto ambiguo de su amigo que podía significar cualquier cosa intrascendente.

Philippe apareció con el pelo revuelto, sin afeitarse, envuelto en una bata larga de

seda azul noche. Al advertir el estado de zozobra de Galo, le ofreció inmediatamente una copa, le invitó a sentarse y le rogó que esperase unos minutos mientras se vestía. Galo percibió debajo de su ropa la frialdad del cuero añejo del sillón y sintió un pequeño escalofrío. Apoyada en la pared, una mesa rectangular sustentaba una gran batalla de soldados de plomo de la época de Napoleón. Uno de ellos sostenía una especie de estandarte en el que se leía «Borodino». En otras ocasiones, Aldave se había entretenido esperando a Philippe en ese mismo lugar, deleitándose con los inconfundibles uniformes de los soldados franceses, con la noble caballería rusa, con los cañones de los dos bandos y con la disposición de todos los elementos como si de una recreación fiel de la batalla se tratase. Pero aquel día su atención se fijó en un pobre soldado ruso de la retaguardia, solo, tal vez herido, sentado en un diminuto asiento de papel maché que simulaba una roca, ajeno a la ofensiva. Le vino a la mente un fragmento de Tolstói, en *Guerra y paz*, cuando Nicolai, segundos antes de entrar en combate, contempla el maravilloso cielo azul y piensa que quizás esa sea la última vez que pueda admirarlo. En ese momento, Galo, habiendo alcanzado el cielo con Camille, presentía cercana una inmensa sima.

Philippe regresó ya vestido. Le recordó al español que era día de trabajo y le propuso ir andando hacia la facultad mientras hablaban. Daba la impresión de que tenía prisa por salir de casa, seguramente para que no los viera nadie de la familia. Como era muy temprano y hacía frío, entraron en un café. Los dos estaban nerviosos, aunque Philippe trataba de disimularlo. Conocía de sobra a su amigo y sabía que no podía andarse por las ramas. Comenzó diciéndole que su hermana era una persona incapaz de mentir, que el amor que le profesaba era sincero y que, al igual que Galo, se había ilusionado de cara a un futuro compartido con él. Lo que ocurría es que la realidad es más decisiva que los sueños y llega un momento en que estos se agotan. Los señores Bruneau se habían enterado de la relación de los dos jóvenes y le habían advertido a Camille de que era imposible continuar con él. Tenían proyectado desde hacía tiempo el futuro de su hija y esto era algo inamovible. Camille en el fondo siempre había conocido «su futuro», que no era otro que emparentar con alguien «como ellos», aunque durante su «amistad» con Galo ella misma se había colocado un velo delante de los ojos. Pero era una buena hija y acataría, sin ninguna duda, la decisión de sus progenitores.

Indudablemente, Philippe se había preparado estas palabras y había cuidado la manera de decirlas para herir lo menos posible a su querido amigo. No era el Philippe irónico de siempre, el seguro de sí mismo, el que mantenía el tipo ante los imprevistos. Bajo un tono de voz que intentaba transmitir seguridad, Galo adivinaba a un Philippe desconocido, ¿con sentido de culpa? Mientras hablaba, Galo tenía la vista fija en un punto insignificante de la mesa, como el acusado que está oyendo su sentencia de muerte y evita el rostro del que se la está leyendo. No se enteró de más.

No escuchó las sinceras palabras de su amigo, que lamentaba, sí, su parte de culpa y el deplorable estado en que se encontraba Galo.

Se levantó y, tras un casi imperceptible «adiós», se colocó el sombrero y se fue. Empezó a vagar sin rumbo por las calles que poco a poco se iban poblando de gente. Todo le era ajeno. Cualquier otro día habría saludado con simpatía a los tenderos que sacaban a la calle sus mercancías y a las criadas que barrían a primera hora los portales con ojos de sueño. Pero ahora todo había cambiado radicalmente. Nada le importaba. Al atravesar el Sena se acercó a la baranda del puente y pensó en los infelices que habían entregado su vida al río en un momento de desesperación. Él podía ser hoy uno de ellos. Al fin y al cabo, si en el platillo de una balanza colocase los momentos felices de su vida y en el otro los de un terrible desamparo, con toda seguridad pesarían más los últimos. Para qué seguir viviendo entonces. Para qué sufrir más. Semioculto por la bruma, nadie se enteraría de su «accidente» y tampoco le iban a extrañar sus íntimos en París, los hermanos Bruneau, extraños desde ese día como cualquier desconocido transeúnte...

—¡Aldave! ¿Es usted? —una potente voz familiar lo condujo de repente a la realidad. Se trataba del profesor Leroy, que lo había reconocido desde su coche a pesar de la poca visibilidad de la mañana—. ¿Qué está haciendo? ¡Venga al coche ahora mismo!

Por un momento, Galo dudó si estaba inmerso en un maldito sueño. Casi mecánicamente entró en el carruaje, aterido, y al ver el rostro sorprendido de Leroy, en medio de una gran tensión, se acordó de su padre y se echó a llorar.

Hasta que Galo no se tranquilizó el catedrático no permitió que el coche se detuviera. Ya en su despacho, con algo más de calma, el español no tuvo más remedio que relatarle el porqué de la locura que había estado a punto de cometer.

—¡Ay!, qué malo es el mal de amores —repuso comprensivo Leroy—, y se lo dice alguien que lo ha sufrido.

Desde entonces se creó entre los dos una especie de nexo de unión entre iguales, siendo tan distantes sus orígenes y su categoría profesional. A partir de ese día Leroy se afianzó en su intención de conservar a su lado al joven a toda costa.

Mi adorada Camille:

No puede haber otro ser más desdichado que yo sobre la tierra. Aún me parecen un mal sueño las palabras de Philippe sobre ti, sobre nosotros, hace tan solo unas horas. Al evocar todos los momentos maravillosos que hemos compartido, que hemos vivido al unísono como si nuestros espíritus fueran uno solo, me resisto a creer que el destino nos separe de esta forma tan absurda. Te amo con toda mi alma, mi querida y adorada Camille. No puedo ofrecerte posición social ni rentas que estén a la altura de tu familia, pero mi vida te la entregué el primer día que te declaré mi amor; desde entonces ya no me pertenece, sin ti la pierdo para siempre.

Necesito oír de tus labios que todavía me amas, que vas a anteponer nuestra dicha a todos los convencionalismos... Si eso es lo que te dicta tu corazón, o si en él se debate una mínima duda, por

favor, hazme llegar una nota cuanto antes y acudiré veloz donde tú propongas.

Tu entregado,
Galo
París, 20 de enero de 1889

Estimada Camille:

Al no recibir contestación a mi anterior carta, doy por sentado que no deseas ninguna comunicación conmigo. No me queda más salida que respetar tu actitud, aunque me cuesta comprenderla viniendo de ti. Te deseo lo mejor para el resto de tus días. Ojalá tú puedas ser feliz.

Galo
París, 26 de enero de 1889

Estimado Philippe:

En primer lugar, deseo disculparme por haberme despedido de una forma tan fugaz, tan poco educada, la otra mañana. Tengo que agradecerte la sinceridad con que expusiste la «situación» de tu hermana y sus planes de futuro. En realidad me siento como un completo bobo y soy consciente de haber hecho el ridículo ante vosotros y tu familia. Lo confieso: pensé que era «uno de los vuestros», figúrate qué atrevimiento y qué ingenuidad por mi parte. Como atenuante ante una familia de juristas diré que quizás el amor por Camille me cegó, que mi presunción se debió a un sincero sentimiento hacia tu hermana, maravillosa mujer que no merezco (esto ya lo pensaba cuando entre nosotros nada se interponía).

Respecto a nuestra amistad, siempre conservaré los buenos momentos, que han sido muchos.

Pero no puedo evitar reprocharte desde lo más profundo de mi corazón que no me advirtieras del desenlace de todo esto —que conocías desde el principio— y que no hayas luchado ni un ápice por variar el final de la predestinación de tu hermana —si es que a mí me veías capaz de hacerla feliz, que ahora lo dudo—. Seguramente tú eres uno más «de ellos», pero si es así, no debieras haberme abierto tu casa, ni tu inteligencia, ni tu alma en tantas ocasiones. Mi idea de la amistad es «para lo bueno y para lo malo», casi un tratado de ingenuidad, como ves.

Sé que dejaste una nota para mí invitándome a tu casa para seguir charlando y, según intuí, para que Camille me diese «explicaciones». Gracias, pero no voy a atravesar esa puerta nunca más, voy a ahorrarme esa humillación.

Te ruego, por tanto, que tú y tu familia os olvidéis de mi persona, como si no hubiéramos coincidido jamás en un banco de universidad. Sé que vosotros me lo agradeceréis.

Atentamente,
Galo Aldave
París, 26 de enero de 1889

CAPÍTULO 4

El joven doctor Aldave se despertó sobresaltado. Tardó unos segundos en recapacitar y situarse en el lugar donde se encontraba. Un tímido haz de luz penetraba entre las contraventanas y se reflejaba en el papel verde y ocre de la pared. La habitación no era grande, pero contenía todos los muebles necesarios sin dar sensación de agobio. Tanto el armario como una mesa que hacía las veces de escritorio estaban pintados de un color azul cobalto y decorados con guirnaldas de flores de colores. De noche, con la oscuridad y el cansancio, no había percibido bien el color del mobiliario, pero ahora, con la luz de la mañana colándose por las rendijas descubría casi un jardín dentro de aquellas cuatro paredes. Tanto la silla del escritorio como la que estaba dispuesta al lado de la cama lucían un color anaranjado intenso. Solo se salvaba del derroche de color el mueble del lavabo, del tono del pino natural, porque hasta el cabecero de la cama, también de madera, era verde azulado y estaba adornado con una gran profusión de frutos y flores. Al contrario que la noche anterior, ahora se oía un gran barullo fuera. Se levantó y abrió la ventana. Varias mujeres hablaban en voz alta en medio de la calle, intercalando sonoras risotadas. Como si le hubieran oído, levantaron la vista hacia él y cuchichearon entre sí sin disimulo. Por la derecha se acercaba un carro chirriante cargado de bultos. El hombre que lo conducía silbaba una cancioncilla que parecía acompañar al canto de los pájaros posados en tejados y alféizares. A lo lejos se oían voces masculinas y algún perro ladrando... «Saint-Rémy se ha despertado antes que yo», pensó, disfrutando de la escena. En vista de la hora, se vistió y bajó al comedor. La casa estaba en silencio.

—Me llamo Claire, ¿y usted? —susurró una vocecilla detrás de él.

La preciosa niña de Poulet le sonreía al fondo del zaguán. Llevaba un delantalito blanco bordado encima del vestido, como las mujeres, y un gorrito de batista blanca en la cabeza. Al igual que su madre, también tenía pecas en la naricilla. Antes de que Galo pudiera responderle, apareció Charlotte.

—Buenos días, doctor. ¿Ha descansado bien?

—Me temo que demasiado bien. Es muy tarde ya. Supongo que su marido ya no estará en casa.

—No —repuso Charlotte sonriendo—, François madruga mucho. Además de ser el chófer del sanatorio también se ocupa de llevar a cabo todos los encargos de la madre superiora o del director. Hoy es día de mercado y al amanecer ya se ha ido en busca de la hermana cocinera para llevarla a la plaza donde colocan todos los puestos. Después tendrán que cargar la mercancía y llevarla al Saint Paul. Me ha encomendado que le diga que vendrá a buscarlo en cuanto pueda. Pero siéntese, por favor, ahora mismo le sirvo su desayuno.

—Muy bien, muchas gracias.

Claire lo miraba fijamente, ahora seria.

—No me ha dicho cómo se llama.

—¡Ah!, es verdad, había olvidado tu pregunta. Me llamo Galo. ¿Habías oído mi nombre alguna vez?

La niña negó con la cabeza sin desviar en ningún momento la mirada.

—¿No vas a la escuela, Claire?

—Sí. Ahora me va a llevar mi madre. Tengo muchas amigas. Mi maestra se llama Margot —repuso la niña con orgullo.

—¡Ah! Me alegro mucho.

En eso llegó Charlotte con un desayuno formidable. Parecía una copia de su hijita, pero en mayor, con el mismo delantal y el mismo gorro.

—Es todo casero —dijo a Galo al ver su cara de asombro—. Nosotras lo hacemos todo..., aunque en París usted comerá cosas mejores... —continuó con algo de picardía, conociendo de antemano la respuesta de un caballero.

—Solamente con verlo ya le aseguro que no —replicó el forense abriendo aún más los ojos ante la comida mientras Charlotte sonreía orgullosa.

—Si me disculpa, voy a dejarle solo. Tengo que llevar a Claire a la escuela. Mi suegra tampoco está en casa, ha ido al lavadero.

—Váyase tranquila.

—François no tardará. Adiós.

—Adiós.

Charlotte le había dejado encima de la mesa un auténtico banquete: una jarra de leche todavía humeante, varios botes de mermelada, miel, pan, una barra de mantequilla, un formidable pastel de nueces recién sacado del horno..., y todo estaba verdaderamente delicioso.

Al poco de terminar, llegó Poulet:

—¡Doctor Aldave! —gritó desde la puerta de entrada.

—¡Sí, estoy aquí! —contestó Galo en el mismo tono.

El cochero estaba aún más alegre y dicharachero que la noche anterior.

—¿Preparado para conocer el sanatorio?

—Preparado y dispuesto —repuso Aldave contagiado del optimismo de François.

La casa de Poulet hacía esquina. La fachada estaba pintada de blanco y la sencilla puerta de entrada de azul intenso. Desde el tejado en la segunda planta bajaba una densa maraña de hiedra que cubría casi por completo la mitad de la vivienda, dejando libre en ese espacio tan solo el hueco de una ventana. El español desdeñó entrar en el coche y se sentó en el pescante junto al joven Poulet. En plena mañana de primavera, Saint-Rémy lucía esplendoroso. Todas las ventanas estaban adornadas con flores diversas, de otros tantos colores; las fachadas, muy simples, estaban pintadas de unas

tonalidades suaves —azul, crema, rosado, lavanda...— que las dotaban de una elegancia y armonía asombrosas; colgando de los balcones, numerosas parras repletas de hojas verdes donde se refugiaban los rayos del sol; y en la calle, yendo y viniendo, o simplemente hablando, grupos de gente parlanchina ataviada con ropa estampada en colores vistosos.

—Me gusta Saint-Rémy —dijo Aldave—, no puede haber en toda Francia algo más distinto a París y, sin embargo, tan bello.

—¿Lo dice de verdad?

—Al menos, mi primera impresión es esa. ¿No está de acuerdo conmigo?

—No sé —contestó Poulet encogiéndose de hombros—. Yo conozco poco fuera de Saint-Rémy. Aquí nací, aquí crecí y aquí me casé. Lo más lejos que he ido es a Marsella en una ocasión, a acompañar a dos religiosas del sanatorio. Pero, qué quiere que le diga, prefiero esto. Marsella es demasiado grande para alguien ignorante como yo.

El español se admiraba de la humildad y de la sinceridad del joven y también de su naturalidad en el trato. No estaba cohibido con él como les sucedía a otras personas de posición social inferior cuando por cualquier motivo entablaban relación. En esos casos, Galo siempre advertía cierta incomodidad que le impedía un acercamiento humano como el que estaba experimentando con Poulet prácticamente nada más conocerse. Mientras hablaban, el cochero saludaba a todo el que se cruzaba con ellos. Después le explicaba a Galo quiénes eran estos y aquellos, pero el español no prestaba demasiada atención a estos detalles, impacientado ahora ante la incertidumbre de lo que se iba a encontrar pocos minutos más tarde.

Salieron de la población y tomaron una prolongada carretera flanqueada por olmos. De vez en cuando aparecía alguna mansión de piedra a uno u otro lado, señorial, distinguida... Los pájaros seguían cantando y ahora era su sonido y el trote del caballo lo único que se oía, después de dejar atrás el bullicio de la gente. Al final de una recta, el cochero se desvió hacia un camino a la izquierda y, al fondo, apareció el sanatorio.

—El doctor Peyron lo espera en su despacho —indicó Poulet bajando del coche—. Yo le acompaño.

Aldave, mientras el chófer conducía al caballo hacia una puerta lateral, observó el magnífico paisaje. El recinto estaba rodeado de árboles —la mayoría olivos, almendros, alguna higuera—, arbustos, mariposas, flores silvestres...

Tras la verja de entrada, un camino bordeado de parterres con flores perfectamente cuidadas conducía al edificio principal. A la izquierda se dejaba un habitáculo donde un hombre de edad indeterminada, barbudo y con cara de pocos amigos, los saludó con un mínimo gesto de cabeza desde un ventanuco. Aldave supuso que era un guarda o algo similar, pero no le preguntó a Poulet. En el recinto

reinaba el silencio, acompasado por el leve sonido de un enorme sauce mecido por la brisa y por la armoniosa cadencia del agua de alguna fuente próxima. Una mujer joven, morena, garbosa, impecablemente vestida al estilo de París, venía hacia ellos. Ya desde lejos, Galo se percató de que ella no le perdía de vista. Cuando llegó a su altura, mirándolo fijamente a los ojos y con una sonrisa que al médico le pareció cautivadora, exclamó: «buenos días», sin ralentizar su paso.

—Buenos días —respondieron los dos hombres al unísono.

—¿La conoce? —preguntó Galo cuando presumió que ya no los podía oír.

—¡Claro que la conozco! ¡Todo el mundo conoce a Pauline en Saint-Rémy! Bueno, quiero decir a la señora Murat, o mejor dicho, a la señora viuda de Murat. Guapa, ¿eh? —repuso Poulet riendo y mirando de reojo a su huésped.

—Sí, muy guapa —reconoció el español.

—Pronto la conocerá, no se preocupe. Es una de las mayores benefactoras del sanatorio. Viene de vez en cuando por aquí. Pero, aunque me meta en lo que no me llaman..., le aconsejo que no se acerque mucho a ella.

—¿Y eso? —preguntó Aldave, extrañado, deteniéndose.

—No quiero hablar más de la cuenta, Dios me libre, pero Pauline, perdón, la señora Murat, es de esas mujeres... que pueden hacer desgraciado a un hombre —dijo como toda respuesta el joven, prosiguiendo la marcha.

—¡Ah!, eso no es ninguna novedad, Poulet. La capacidad de infligir desventura a los hombres es consustancial a la naturaleza femenina, lamentablemente.

—No le entiendo del todo, doctor.

—Quiero decir que todas las mujeres, de una manera u otra, nos hacen desgraciados; si no es hoy, será mañana.

—No me fastidie, doctor... Mi Charlotte es un alma bendita... Si alguien da un disgusto en mi matrimonio, puedo jurar que por una vez que me lo da ella ciento se los doy yo.

—Me refería en general, Poulet. Claro que en toda regla hay excepciones y, por suerte, tu Charlotte puede ser una de ellas... En fin —prosiguió Aldave moviendo la cabeza dubitativamente—, tal vez tengas razón y el problema radique en las mujeres con las que me he topado... O, si me apuras, en mí mismo.

Nada más cruzar el umbral de la puerta del edificio principal, el español sintió que allí se acababa el sosiego. No es que hubiera un ruido descomunal ni una algarabía tremenda, simplemente se percibía el trajín propio de una residencia donde se vivía y se trabajaba. El despacho del director estaba ubicado en la planta baja. Poulet condujo a Galo hasta la puerta y se despidió con prisa por todas las tareas que tenía previstas. El doctor Peyron lo recibió con amabilidad. Era una persona seria, rechoncha, de mirada inteligente tras sus minúsculos lentes. Lo estaba esperando impaciente tras la marcha del doctor Jalou.

—La medicina interna no es mi fuerte, doctor Aldave, y tampoco el del doctor Larroque, mi ayudante, especializado en psiquiatría. Afortunadamente ya está usted aquí y puede ponerse a trabajar hoy mismo.

—Por supuesto, doctor Peyron, a eso he venido.

—Muy bien —continuó el director sin más preámbulos, como queriendo finalizar cuanto antes la presentación—. Aunque iré conociendo el funcionamiento del centro conforme comience su tarea, voy a explicarle lo fundamental. En primer lugar, en el sanatorio disponemos de cien plazas, cincuenta de hombres y cincuenta de mujeres. Cada enfermo tiene su propia habitación. En este momento hay setenta plazas ocupadas y, por lo tanto, treinta habitaciones vacías. El doctor Larroque y yo pasamos visita a todos los internos dos veces al día. Si detectamos cualquier trastorno físico, se lo comunicamos al médico de medicina interna, es decir, a usted, para que pase a valorarlo. Por su parte, usted pasará visita a estos enfermos por la mañana y por la tarde. También se encargará, además de las dietas específicas de sus pacientes, de la dieta estándar de todos los internos, a no ser que nosotros, el doctor Larroque y yo, indiquemos alguna especial a un paciente puntual.

A Aldave le gustaba la precisión del director. Parecía un hombre minucioso, pero con las cosas claras, sin ambages. Su despacho estaba concienzudamente ordenado y hasta la mesa tenía todos los objetos perfectamente colocados. Galo, al oír mencionar el tema de las dietas, quiso indagar sobre el asunto. Presumía que Peyron iba a poder dedicarle poco tiempo y quería disponer desde el principio de toda la información posible para comenzar por buen camino la investigación que le habían encomendado. Por otra parte, estaba convencido de que al director ni se le pasaba por la cabeza que Aldave fuera forense en vez de médico internista.

—Un inciso, doctor Peyron, ¿quién elabora las dietas?

—¿Se refiere a quién cocina?

—Sí.

—La hermana Concepción, que es española como usted, es la cocinera principal. Cuenta con una ayudante, una novicia de la congregación, no recuerdo su nombre. La hermana Concepción es una magnífica colaboradora, cumplirá a rajatabla sus indicaciones hasta el último gramo, téngalo por seguro. —Al evidenciar un mínimo gesto de asentimiento por parte de Galo, el director matizó—. No se crea, esto es inusual entre religiosas de cierta edad, que tienden a improvisar sus propias recetas en detrimento de lo indicado por el médico.

—¿También cocina para la congregación de hermanas?

—No, ellas tienen su propia cocina y otra cocinera, creo que una hermana muy mayor, que ya no ayuda en el sanatorio. Pero... pasemos a temas de mayor interés. —Estaba claro que Peyron no disponía de mucho tiempo o que le disgustaba dar vueltas a la misma cosa—. Ya que estamos hablando de las hermanas, sepa que, desde hace

veintidós años, las hermanas de Saint Joseph de Vesseaux nos ayudan en el sanatorio. Tenemos una contrata con ellas que hasta ahora vamos renovando anualmente. La superiora es una mujer con mucha valía, la madre Épiphanie. Cuando la conozca en profundidad se dará cuenta de que controla, en el mejor sentido de la palabra, todo lo que ocurre en el Saint Paul.

—¿Ella se encarga también de las cuentas?

—No, desde la revolución se prohibió a las órdenes religiosas hospitalarias realizar esa labor. Contamos con un ecónomo, el señor Olivier Gastineau, que se ocupa de la contabilidad. Gracias a él nuestro centro funciona, porque yo soy una verdadera nulidad en cuestiones de economía. Eso sí, la madre Épiphanie supervisa y registra todo el movimiento de artículos de consumo del sanatorio, desde un pliego de papel hasta la lencería de cama, pasando por los productos alimenticios o las medicinas. No entra en el centro ni un gramo de sal sin que ella lo sepa y autorice su compra mediante un recibo con su firma. También distribuye el trabajo de las hermanas que, además de la cocina, se encargan de acompañarnos a los médicos en las visitas, dan de comer a los internos que lo necesitan, les suministran las medicinas, los ayudan en el aseo diario..., todo esto con la colaboración de las sirvientas y los ayudantes. En total, el personal del Saint Paul lo formamos veinticinco personas.

A Galo le hubiese gustado tomar notas de todos los datos suministrados por el director, cualquiera de ellos podría serle útil en un futuro; el aparentemente menos importante podría darle la clave del misterio del sanatorio, pero hubiera resultado sospechoso o cuanto menos extraño que un médico recién llegado necesitase controlar hasta ese punto la actividad diaria del centro.

—¿Dispone de farmacia el sanatorio?

—Sí. La regenta el farmacéutico titular de Saint-Rémy, el señor Adrien Clermont. Todos los días, después de nuestro pase de visita, elabora los remedios que nosotros pautamos y una hermana los distribuye a los internos —el doctor Peyron calló durante unos segundos, como si estuviera concentrado—. Por cierto, no le he preguntado qué tal su viaje, si le ha gustado Saint-Rémy y todas esas cosas...

—El viaje, fenomenal, y Saint-Rémy me ha encantado —abrevió Galo en vista de las prisas de Peyron, que intuía habituales en él—. Una última cuestión, doctor Peyron: estoy muy a gusto en casa de François Poulet, el cochero, pero no sé cuáles son sus intenciones, si debo permanecer allí hospedado o tiene preparado otro alojamiento para mí.

—Es verdad, lo olvidaba —respondió el director pasándose la mano por la frente, como pensando—. En principio, si usted se encuentra cómodo allí, le aconsejo que siga —determinó—. Tanto Poulet como su familia son agradables y muy discretos, virtud esta última que escasea en los pueblos, ya se dará cuenta por sí mismo. Si

cambia de opinión por cualquier motivo, comuníquemelo y consideraríamos otras posibilidades, como por ejemplo una habitación de hotel.

—De acuerdo, me quedo en casa de Poulet. Yo creo que estaré bien allí.

Llamaron a la puerta.

—¡Pase!... ¡Ah, doctor Larroque, adelante, adelante! Le presento al doctor Aldave.

Se estrecharon las manos. Sébastien Larroque era bastante más joven que Peyron, tendría unos cuarenta años. Era alto, un poco desgarbado y, sin ser desaliñado, no transmitía la imagen de pulcritud que Aldave estaba acostumbrado a ver en los médicos parisinos.

—Lo dejo en sus manos, doctor Larroque, acabe usted de solventarle todas las dudas que tenga. Nos veremos más tarde, doctor Aldave.

—De acuerdo —dijo este.

—Si lo desea, puedo acompañarle a su despacho —le invitó Larroque señalando a la puerta.

El despacho de Aldave se encontraba en el mismo pasillo, dos puertas hacia la derecha. En medio de los dos, el de Larroque.

—¿Cómo ha conseguido esta plaza, doctor Aldave? No sé si estará al corriente, pero estaba muy solicitada desde que se supo que el doctor Jalou tenía intención de jubilarse... —Larroque formuló la cuestión mientras caminaban por el corredor, sin mirar a Aldave, sin mostrar excesivo interés, como si formara parte de la ceremonia de bienvenida..., pero el español sintió una punzada en el pecho, adivinando la intencionalidad de la pregunta y percibiendo lo delicado de su misión que, ahora sí, había comenzado.

—Mi contrato es eventual, tan solo por unos meses, hasta que se cubra la plaza definitiva, doctor Larroque.

—Eso desde luego. Aunque el Saint Paul es un centro privado, sus estatutos internos obligan a convocar un concurso-oposición para otorgar cualquier plaza de médico. A lo que yo me refería es a cómo ha logrado obtener el puesto eventual. Todo el mundo sabe que el interino en una plaza tiene muchas probabilidades de ganar el concurso para la plaza como titular. Yo, por ejemplo, tuve que superar un duro examen para entrar a trabajar como eventual antes de presentarme al concurso definitivo.

El español intuyó que no se iba a dar por vencido.

—Yo deseaba conocer el mundo rural, salir de París y practicar otro tipo de medicina distinto al de la capital. Un amigo se lo comentó al doctor Peyron y este accedió. No hay más.

—Pero Peyron me dijo que lo había recomendado el prefecto desde Marsella.

Aldave comenzaba a impacientarse.

—Quizás. No sé a ciencia cierta los pasos que dio mi amigo. Pensaba que había hablado directamente con el director del Saint Paul, pero tal vez recurrió a una tercera persona.

—Ya...

—¡Menudo desastre de despacho! Será mejor que ponga un poco de orden —dijo Galo, concluyendo así la inoportuna insistencia de su compañero.

—Está bien. Le dejo. Más tarde le pasaré la lista de sus enfermos. Si necesita algo, voy a estar en mi despacho.

—Gracias.

Por fin se había quedado solo. Pero la visión que tenía ante sus ojos era todo menos alentadora: un caos dentro de una habitación. Aldave no sabía por dónde empezar. Así no podía ni sentarse. Y no solo debía ordenar la marabunta de papeles, libros y cuadernos que estaban amontonados en la mesa, en las sillas y en las estanterías, sino que no podía prescindir de ninguno, podrían serle de gran utilidad para encontrar alguna pista que le indicase de qué y por qué enfermaban y morían tantos dementes en el sanatorio. Y estaba claro que, al menos al doctor Larroque, no le había entrado con buen pie. «Mal comienzo —se dijo—. Esperaba encontrar un aliado en el ayudante de Peyron, pero va a ser complicado trabajar con él, quizás hasta sospeche algo». Como no podía hacer otra cosa, se puso manos a la obra y comenzó a revisar uno por uno los informes y los libros que había encima de la mesa. A la vez, tomaba apuntes de los datos que, a su juicio, podían resultarle de interés, ordenándolo todo según la importancia de la información proporcionada. Lo que no necesitaba lo colocaba en el suelo formando una columna de papeles que más adelante situaría en alguna estantería (desordenada a su vez en ese momento). Cuando había pasado más o menos una hora llamaron a la puerta. Casi agradeció la interrupción. Una religiosa enjuta y arrugada entró en el despacho y se plantó delante de la mesa: era la superiora de la congregación, la madre Épiphane. Solo con verla, Galo atestiguó la imagen de ella que el director le había descrito. Sin efusividad, pero con corrección, la religiosa se presentó y, con fluidez y claridad de ideas, en pocos minutos le explicó las funciones de las hermanas, la organización del sanatorio y hasta los problemas diarios con que se enfrentaban. Nada mencionó de la salud física de los internos ni de las «desviaciones de la norma» en materia de mortalidad que observó el inspector de París, y, por el momento, Aldave tampoco quiso ni mencionarlo.

—Las hermanas de Saint Joseph estamos en este sanatorio para servir a Dios a través del servicio a estos pobres desgraciados. Esa es nuestra auténtica misión y a ella encomendamos nuestros esfuerzos diarios. La recompensa la recibiremos en el más allá, no nos importa lo desagradecido de la vida en este mundo.

Por el tono uniforme de voz, a Aldave no le acabó de quedar claro si la religiosa

decía esto con auténtica convicción o si por el contrario era una norma de vida que le habían impuesto o se había impuesto a sí misma para, con el paso de los años, aceptarla finalmente como dogma. En todo caso, no titubeó a la hora de relatarle el funcionamiento del Saint Paul, ni a la hora de expresarle su fe.

—En cuanto a su pase de visita a los enfermos —prosiguió la madre—, usted estará acompañado de la hermana Anne-Marie, que hasta ahora hacía lo propio con el doctor Jalou. De las cuestiones prácticas le informará ella con todo detalle. En este momento no puedo presentársela porque está descansando. Esta última noche se ha quedado de vela con las internas y, por lo tanto, hoy dispone de la mañana libre para reposar, pero esta tarde la podrá conocer.

—¿Cuántas personas se quedan de noche a velar a los internos?

—Normalmente, una hermana en el pabellón de mujeres y dos ayudantes en el de hombres, a no ser que haya algún interno con agitación y sea necesario un ayudante más.

—Posiblemente me quede yo también alguna noche.

La madre Épiphane se le quedó mirando unos segundos y después dijo seria:

—No es lo habitual.

—¿A qué se refiere, madre?

—Los médicos nunca se quedan en el sanatorio a velar a los pacientes. Tendrá antes que consultarlo con el doctor Peyron.

—Ah, de acuerdo, igual me he expresado mal, no me refería exactamente a velar a los internos, sino a permanecer en el centro, aquí en mi despacho, a trabajar.

—De todos modos, tiene que hablarlo con el doctor Peyron —dijo la monja zanjando de una vez el tema—. A propósito, el doctor Larroque me ha encargado que le diga que, debido a lo avanzado de la hora, hoy usted realizará solo su visita de la tarde... —La religiosa echó un vistazo por toda la estancia—. El doctor Jalou era un tanto desordenado, pero, créame, estaba convencida de que yo misma encargué que ordenaran este despacho.

—No se preocupe, madre, casi prefiero hacerlo yo mismo. Hay material que puede ser de interés y de esta manera sé dónde lo guardo.

La puerta había quedado entreabierta y una voz grave se oyó desde el pasillo.

—¡Madre Épiphane!

—¿Sí?... Ah, eres tú. ¿Qué ocurre, Pierre?

—Poulet espera fuera al nuevo doctor dentro de media hora para llevarlo a comer.

—Muchas gracias, Pierre, puedes volver a tu puesto. —La madre se giró hacia Galo—. Era nuestro portero. Ya lo ha oído, Poulet le espera. Si necesita algo de mí, no dude en decírmelo. Confío en que se habitúe pronto a nuestras costumbres y esté usted en nuestro sanatorio lo más a gusto posible.

—Muchas gracias, madre.

Cuando desapareció la religiosa, Aldave decidió dar por concluida su tarea hasta la tarde. Salió del despacho y, lejos, oyó una especie de alarido, seguramente de algún demente, y palabras en voz alta que no supo descifrar. Ya en el exterior, para hacer tiempo, optó por visitar la capilla, adyacente al edificio principal del sanatorio. Nada más entrar se quedó maravillado. Una música armoniosa, bellísima, llenaba todo el espacio del oratorio. Casi mecánicamente se sentó en el último banco y se dejó llenar también él de unos sonidos vibrantes y melódicos que le llegaban directamente al alma. Notó que alguien había entrado en el recinto sigilosamente y se sentaba a su lado. Era un sacerdote. Tras unos minutos en silencio, le susurró:

—Emociona..., ¿verdad?

Galo, en vez de responder verbalmente, para no romper el encanto del momento, simplemente cerró los ojos afirmando con la cabeza. A un lado del altar, oculta por una columna, de espaldas a ellos, una religiosa estaba sentada tocando algún instrumento desconocido para Aldave, pero de una sonoridad y un refinamiento exquisitos. Cuando la hermana terminó, se arrodilló para rezar y los dos hombres salieron.

—Eugène de Tamisier, capellán del Saint Paul —se presentó el clérigo.

—Galo Aldave, médico recién llegado.

—¿Había oído tocar la cítara alguna vez, doctor Aldave?

—Nunca, pero estoy realmente impresionado.

—La hermana Anne-Marie es una gran citarista. Es un verdadero privilegio escucharla... ¿Está usted interesado por la música?

—Disfruto mucho con ella..., pero no soy ningún experto.

—¡Ah!, de eso se trata, de saber disfrutar de la música, de la poesía... El arte nos hace más humanos y nos acerca más a lo divino, ¿no cree?

—Estoy completamente de acuerdo con usted; al fin y al cabo, es una de las pocas cosas que nos diferencian de los animales.

—¡Fabuloso! Ya tenía ganas de poder hablar de cosas interesantes con algún médico del sanatorio —exclamó el capellán, luego bajó el tono de voz a la vez que ocultaba su boca con la mano y se acercaba a Aldave exagerando la complicidad—; estoy harto de tanto cerebro y circunspección.

—Pero tengo entendido que en el Saint Paul se le da mucha importancia al arte como medida terapéutica para los internos.

—Sí, eso sí, gracias a Dios. Los doctores de este centro, me refiero a Peyron y Larroque, atribuyen al arte un poder curativo que yo estoy convencido de que posee, lo que ocurre es que, después, ellos son incapaces de «disfrutar» como usted o como yo, solo teorizan, no sé si me explico.

Antes de que Galo pudiera contestar, oyó la voz de Poulet que lo reclamaba.

—Lo siento, padre, ya nos veremos y seguiremos hablando.

—Eso espero..., ¡y bienvenido! —dijo en voz alta mientras Aldave se alejaba a buen paso.

CAPÍTULO 5

Cuando la madre Épiphane le presentó a la hermana Anne-Marie, Galo Aldave se quedó de piedra. Después de la charla con la superiora y, sobre todo, después de oír la maravillosa música en la capilla y divisarla de espaldas, esperaba a una religiosa del «corte» de la madre, pero ante sus ojos apareció... un ángel.

—¡Qué doctor más joven y guapo ha venido al Saint Paul! —exclamó ese jovencísimo ángel vestido completamente de negro, desde unos ojos chispeantes, una sonrisa luminosa y una piel blanca y radiante.

—Hermana Anne-Marie, cuidado con sus expresiones —le recriminó con cariño la superiora—, el doctor puede asustarse con tanta familiaridad.

—Perdone, doctor —se apresuró a decir la hermana—, el hábito nos protege a las religiosas del mundo exterior y también nos dota de una especie de prerrogativa para decir cosas que, en otras circunstancias, serían inimaginables. Antes de ser monja, ¡ni por asomo me hubiera yo atrevido a piroppear a un hombre! Y ahora, ya ve...

—Tiene que controlar su espontaneidad, hermana —dijo la madre, esta vez más seria.

—Sí, madre —respondió la hermana con humildad.

—Los dejo, tendrán que preparar el próximo pase de visita —concluyó la superiora.

Cuando se quedaron solos en el despacho de Aldave, algo más ordenado, la hermana Anne-Marie se sonrojó ligeramente, pero se sobrepuso a la timidez que le producía quedarse a solas con un hombre, iniciando de nuevo la conversación.

—Le traigo la lista de nuestros pacientes, doctor. Usted dirá cómo quiere que trabajemos. El doctor Jalou pasaba directamente visita, pero, por si usted quiere saber algo más de los enfermos, le he preparado un resumen de cada uno.

—Muy bien, hermana. Sí, lo mejor será que nos sentemos y repasemos caso por caso. Si le parece, podemos proceder como en los hospitales generales: nos reunimos antes de cada pase de visita, usted me comunica las incidencias de las horas anteriores, después pasamos la visita y, posteriormente, yo le indico los tratamientos.

—Perfecto, doctor, así lo haremos.

—Por cierto, hermana, no puedo evitar decirle que esta mañana la he oído en la capilla.

La joven se sonrojó aún más.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Qué vergüenza!, pensaba que estaba sola. A esas horas no suele haber nadie en el oratorio.

—¿Por qué le da vergüenza? Me ha parecido algo sublime, me hubiera quedado horas oyendo su música. El capellán me explicó que el instrumento que usted toca es

la cítara.

—Sí, y muchas de las piezas que toco precisamente están compuestas por el padre Tamisier, nuestro capellán, que es un gran músico y, además, un gran poeta.

—¡Ah, eso no me lo dijo!... Pero, efectivamente, me pareció un hombre muy interesante.

—Lo es. Si está cerca de él, seguro que siempre aprende algo. Es muy gratificante tenerlo como amigo porque te eleva el ánimo aun en los momentos más difíciles. Y, sobre todo, es una buena persona.

—Lo aprecia, hermana —dijo Galo.

—La verdad es que sí. Es una de las pocas personas de esta casa en las que uno puede confiar... —repuso la hermana, más seria.

—Lo que más me ha sorprendido de su música —interrumpió Aldave aligerando a propósito la conversación— es que proceda de un instrumento que yo desconozco por completo. Ni en España ni en París había oído jamás el sonido de la cítara. Y, por supuesto, nunca he visto ninguna.

—Por eso no se preocupe, doctor. El día en que tengamos un poco de tiempo se la enseño y le explico lo que desee..., pero... no me haga tocar —dijo la joven cruzando las manos, como rezando.

Galo sonrió. La hermana Anne-Marie emanaba candidez, pero también un punto de picardía, lo que la convertía en un ser entrañable desde el primer segundo de conocerla.

—¡A la obligación, doctor! —exclamó de repente la joven, señalando llamativamente con las dos manos el listado de los enfermos.

—¡Qué susto me ha dado, hermana! Alguno más como este y voy a ser yo otro de la lista.

La hermana Anne-Marie rio con ganas.

—¡Dios me libre!..., pero... ¡hay que trabajar!

—Tiene usted toda la razón, veo que no me voy a poder despistar con usted al lado...

—¡Ni un segundo!

El pase de visita se desarrolló sin incidencias. Había mucho trabajo, pero Galo disfrutaba ejerciendo la profesión que tanto amaba. A pesar de que las circunstancias y su propia decisión le habían conducido a especializarse en medicina legal, como cualquier médico con auténtica vocación disfrutaba escuchando a los enfermos, explorándolos, indagando acerca de los males que padecían y, finalmente, curando sus dolencias o, si esto no era posible, mitigándolas. No podía haber dedicación más satisfactoria, más gratificante: el cerebro y el corazón, la inteligencia y el espíritu al servicio del prójimo, del bien del otro...

—Doctor, olvidaba a un enfermo que ingresó ayer procedente de Arles.

Simplemente tiene que someterle a una revisión rutinaria, por si padece alguna enfermedad además de su trastorno mental. Es lo habitual en todos los ingresados cuando llegan al sanatorio. Tendremos que ir a su habitación porque he olvidado dar orden de que lo bajen a la sala de consulta.

—¡Ah, sí! Debe de ser el interno que fue a recoger Poulet a la estación. Vamos a verlo.

Mientras caminaban por los pasillos del pabellón de hombres, la hermana Anne-Marie iba abriendo y cerrando puertas con llave a la vez que explicaba al médico los pormenores del paciente. El médico la escuchaba atento. Todos los apuntes sobre los internos anteriores habían sido certeros y clarificadores para él. La joven religiosa le iba a resultar de gran ayuda, sin duda.

—Se llama Vincent van Gogh —comenzó la hermana—. Es un pintor holandés que, después de vivir en París y en otras ciudades de Europa, vino hace unos meses a la Provenza, concretamente a Arles. Allí ha debido de tener alguna crisis de locura y ha causado algún altercado, por lo que las autoridades arlesianas, con su consentimiento, han decidido ingresarlo aquí. Antes estuvo ingresado en el hospital de Arles. De allí salió con el diagnóstico de «manía aguda con delirio generalizado». A primera hora lo ha visitado el doctor Peyron y ha añadido un nuevo diagnóstico —la religiosa se detuvo para comprobar sus anotaciones—: «A la luz de los hechos, el señor Van Gogh padece ataques epilépticos». Parece ser que en su familia hay otros casos de epilepsia.

—¿Y qué tratamiento le ha indicado?

—A ver..., una pequeña dosis de bromuro como sedante si lo necesita, largos baños, poca carne para evitar su efecto estimulante, paseos diarios por el valle y limitación en la cantidad de alcohol; solo puede tomar vino, y racionado.

La hermana se detuvo ante una puerta.

—¿Es esta su habitación? —preguntó Aldave.

—Sí —respondió la hermana, llamando con los nudillos y abriendo la puerta con una llave.

El cuarto, como muchos otros, estaba empapelado de color gris verdoso. Flanqueando la ventana enrejada, dos cortinas de un verde agua estampadas con rosas de color pálido y algún fino trazo rojo sangre. Sentado frente a ella, leyendo un libro, el interno apenas se dio cuenta de la presencia de las dos personas. Llamaba la atención el rojo flamígero de su cabello y los restos de pintura en sus manos.

—Señor Van Gogh, no sé si me recuerda; soy el doctor Aldave, nos conocimos ayer en el coche que nos trajo desde la estación.

Vincent se volvió y estrechó la mano del médico, pero sin levantarse y sin modificar su rostro ni un ápice. Tampoco articuló palabra. Estaba sentado en una butaca tapizada con una tela salpicada de puntos de muchos colores.

—Señor Van Gogh, como médico del sanatorio es mi deber velar por su salud. ¿Se encuentra usted bien? No me refiero a su estado de ánimo, sino a todo lo demás... ¿Le duele algo?, ¿tiene buenas digestiones?, ¿sufre cuadros catarrales con frecuencia?, ¿evacua con asiduidad?...

A cada pregunta que Aldave le planteaba, el interno le respondía con una negación gestual con la cabeza o con un asentimiento, pero siempre en el sentido de que todo funcionaba correctamente. Cuando el médico le instó a desvestirse y tumbarse en la cama para una exploración general, Van Gogh salió de su mutismo en un correcto francés.

—El doctor Peyron no me ha hecho desvestir.

—Ya... Mire, señor Van Gogh —dijo Aldave en el tono más apaciguador que pudo—, el doctor Peyron va a encargarse de su problema emocional, pero yo voy a realizar una revisión de su estado físico. Me llevará solamente unos minutos y, si todo está en orden, como cabe suponer, podrá seguir con su lectura... —La hermana aguardaba en silencio observando la situación con calma—. Por cierto —prosiguió Aldave acercándose al libro de Van Gogh—, ¿qué está leyendo, si no es indiscreción?

—*El sueño*.

—¡Ah, Zola!

—Sí, el gran Zola —repitió Van Gogh con algo más de entusiasmo.

—Le interesa, por lo que veo, la literatura.

—Todas las manifestaciones artísticas están ligadas entre sí. Yo no sería nadie como artista sin la literatura o la música. El poco sentido que tiene mi vida lo debo al arte. —Tras callar un instante, siguió—. También mi locura probablemente sea consecuencia del arte.

Aldave se congratuló de haberle hecho hablar, pero no quería angustiarlo aún más.

—¿Ha traído material para pintar, señor Van Gogh? —le preguntó intentando animarle.

La hermana Anne-Marie se adelantó.

—Sí, ya lo creo. El doctor Peyron, en vista de todo lo que ha traído y de su voluntad de pintar, le ha proporcionado dos habitaciones contiguas que están vacías, una para trabajar con espacio suficiente y la otra para almacenar el material.

—¡Estupendo! Ya tengo ganas de ver sus cuadros, señor Van Gogh.

Con dulzura y habilidad, la hermana consiguió que el pintor colaborase y se desvistiese, y en un momento estaba concluida la valoración del médico.

—En principio, todo está muy bien. Lo único que he observado es la mutilación reciente de su oreja. ¿Cómo ocurrió, señor Van Gogh?, ¿algún accidente fortuito?

El interno negó otra vez con la cabeza, después aparentó llevar algo en la mano, tal vez un cuchillo, y, de una tajada, simuló cortarse la oreja. El médico y su ayudante

comprendieron enseguida y no dijeron nada. Ni hubieran podido. Se interpuso entre ellos un denso silencio. Aldave cambió de tema rápidamente.

—Si necesita algo, señor Van Gogh, aunque sea hablar de literatura, pregunte por mí. Estaré encantado de poder ayudarle.

—Gracias —murmuró el interno con actitud sincera.

Nada más salir de la habitación, Aldave se dirigió a la religiosa:

—Es duro este ambiente, hermana.

La hermana, simplemente, sonrió sin mirarle mientras caminaba hacia el despacho.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Galo.

—Casi tres años.

—¿Este ha sido su primer destino como religiosa?

—Después del noviciado sí.

—Y...

La hermana le interrumpió:

—Aquí las preguntas hay que hacerlas a los pacientes —dijo con gracia—, yo tan solo soy una insignificante monja de pueblo y mi historia no tiene el más mínimo interés, se lo aseguro, doctor Aldave.

Galo, por el momento, se dio por vencido.

—Tengo mucho interés en conocer todo el sanatorio, hermana —apuntó el médico dando un vuelco a la conversación—. ¿Tiene usted tiempo para mostrármelo ahora?

La hermana llevaba una cadena al cuello de la que pendía un reloj. Lo consultó.

—Sí, si nos damos prisa tenemos tiempo de dar una vuelta por todo el edificio.

Como estaban cerca de la farmacia, la religiosa propuso comenzar por allí. La puerta se encontraba cerrada, pero, al llamar, alguien contestó. Se trataba de Adrien Clermont, el farmacéutico. En ese momento estaba enfrascado preparando alguna medicina en una gran mesa llena de pipetas, buretas, matraces, portafiltros, embudos, morteros, cucharillas, tubos de ensayo... Era más bien bajo, de hombros cuadrados, con un cabello negro y abundante y un acusado defecto de estrabismo en el ojo izquierdo. Su apariencia tosca contrastaba con su voz aflautada y con sus ademanes exagerados, casi femeninos. Le explicó a Aldave que los remedios más simples los elaboraba un ayudante y los más complejos él mismo. En ese momento estaba preparando una medicina solicitada por el doctor Peyron, un estimulante a base de sulfato de quinina, para un enfermo con un cuadro de apatía grave. Resultaba curioso verlo manejar con tanta destreza cantidades de sustancia tan pequeñas, pesarlas en la diminuta balanza, colocarlas en los sellos... utilizando sus dedos cortos, gruesos y velludos. En el dedo corazón de la mano izquierda llevaba una soberbia sortija de oro amarillo con un imponente zafiro en el centro, que desviaba en parte la atención de la

minuciosa tarea que estaba efectuando.

Una de las paredes de la estancia estaba totalmente ocupada por un armario acristalado repleto de frascos marcados con su contenido: quinina, alcanfor, amoniaco líquido, digital, nitrato de plata, atropina, valeriana, bromuro de potasio, áloe, malvavisco, cornezuelo de centeno, ruda, genciana, helecho macho, regaliz, flor de azufre, crémor tártaro... El médico elogió sinceramente la farmacia del Saint Paul, y Clermont, sin abandonar su tarea, se lo agradeció con un gesto que Galo interpretó como una media sonrisa. Le explicó al español que, en su opinión, el futuro de la psiquiatría residía en la farmacopea y no en los métodos físicos tan en boga en ese momento.

—Usted, aun estando cuerdo, ¿resistiría el envite de un chorro de agua fría sin inmutarse? Esos son métodos absurdos que vuelven loco al cuerdo y al loco lo enloquecen más. Pero, ya sabe, los farmacéuticos siempre somos unos «mandados» de los médicos. Ustedes dictan órdenes y nosotros obedecemos. Ustedes se llevan la gloria y nuestra labor pasa completamente desapercibida, aunque gracias a nuestros remedios el paciente sane. Ustedes ponen en práctica las tendencias terapéuticas que les placen y nosotros no tenemos otra opción que acatarlas. Ustedes dirigen hospitales y nosotros nos pudrimos en nuestra botica. ¡La madre medicina es omnisciente!

Aldave salió de la farmacia perplejo. No acertaba a comprender la finalidad de aquel breve discurso, porque tampoco acababa de percibir el matiz de las palabras de Clermont: si eran una broma para congeniarse con el nuevo compañero (en ese caso, el exceso de sarcasmo podía convertir la chanza en casi una ofensa), o si se trataba realmente de una opinión despreciativa hacia la medicina y los médicos (y entonces sí que había sido premeditado el agravio, sin que Galo alcanzase a vislumbrar el porqué). Sea lo que fuere, abandonó la farmacia molesto.

—El señor Clermont tiene una manera peculiar de expresar sus opiniones —se atrevió a señalar la religiosa, captando el cierto malestar del español.

—¿Peculiar? —dijo Aldave exagerando su extrañeza—. Más bien yo diría... desagradable. ¿Es así con todo el mundo?

—Bueno... —contestó con diplomacia la hermana—. Digamos que... hay que conocerlo... y saber interpretar su fina ironía... Y, por supuesto, olvidar las palabras que puedan...

—Ofendernos —agregó Galo, acertando el pensamiento de la joven.

—Mejor: molestarnos —concluyó la religiosa con una de sus transparentes sonrisas.

—Usted es de esas personas que todo lo perdonan, ¿verdad? —le preguntó Galo deteniéndose en el pasillo.

—Eso es el cristianismo, doctor —respondió la hermana con convencimiento, mirándole directa a los ojos.

Tras unos segundos de reflexión, el médico añadió, admirado de la franqueza de la joven:

—Sí, supongo que es eso.

—Pero no quiero decir que yo sea una buena cristiana, ni mucho menos —se apresuró a apuntar la religiosa—; a lo que me refiero es a que en el saber perdonar, o mejor dicho, en el saber olvidar se basa nuestra religión. El rencor es el mayor de los males de este mundo. Y su principal víctima es la persona que lo alberga en su corazón. Procure huir de él.

Las salas de hidroterapia, separadas por sexos, estaban en plena actividad. La de los hombres tenía dos bañeras de zinc cubiertas por una plancha de madera con un semicírculo en el extremo superior por el que el enfermo sacaba la cabeza. Allí yacían durante horas mientras los ayudantes iban añadiendo agua caliente continuamente para que no bajara la temperatura, a la vez que otros las vaciaban para que no rebosase el agua. Otros dos internos estaban recibiendo duchas dirigidas de agua fría. Era curioso observarlos porque a la vez que uno aguantaba estoicamente el chorro, el otro —un joven, casi adolescente— se resistía ferozmente, revolviéndose mientras dos ayudantes lo sujetaban a duras penas, a pesar de llevar la camisola de fuerza. Lanzaba maldiciones e improperios a todos los presentes, a sus familias y a las figuras más sagradas, acompañado en semejante discurso por los juramentos de otro interno, sentado y atado a una silla, que soportaba una columna continua de agua sobre la cabeza. Este último lucía una imponente calvicie sobre la que chocaba y se disgregaba el chorro que caía indolente desde el techo, compensada con un poblado y empapado bigote gris. Al gritar dejaba en evidencia unos dientes negros como el tizne y una voz cavernosa capaz de espantar al más animoso de los humanos. Los ayudantes no paraban de trabajar aplicando las duchas dirigidas, portando los cubos de agua, sujetando a los internos que se resistían, a otros secándolos, vistiéndolos..., por supuesto sin titubear, como si su trabajo fuera lo más natural del mundo. A pesar de la amplitud de la estancia y de los grandes ventanales de una de las paredes, la pieza parecía más reducida por la semioscuridad en que estaba sumida por dos enormes cortinajes translúcidos, casi opacos, que cubrían los cristales. Tanto en la sala de las mujeres como en la de los hombres, enseguida Galo se percató de la delgadez de todos los internos, que llegaba a ser extrema en alguno de ellos.

—¿Cuánto tiempo dura el baño continuo en bañera? —preguntó Aldave a uno de los ayudantes.

—Entre diez y doce horas, doctor. Tenemos que estar continuamente añadiendo agua caliente para que no baje la temperatura.

Al contemplar el espectáculo, recordó las palabras del farmacéutico sobre los improbables beneficios de estos métodos para la curación de los pacientes. Galo sí creía que los procedimientos físicos, como la hidroterapia, ayudaban al

restablecimiento de la salud.

—¿Seguimos con nuestro «paseo», hermana? —preguntó el médico a la religiosa.

—Como quiera, doctor, pero tendremos que darnos prisa, porque dentro de media hora la congregación se reúne para rezar.

La sugerencia de la hermana Anne-Marie de visitar la cocina le agradó a Galo. La estaba esperando con mucho interés. Una de las hipótesis que se había planteado a la hora de analizar la causa del bajo peso de los internos era una dieta inadecuada o incluso perjudicial. Las teorías sobre alimentación de los pacientes ingresados en hospitales cambiaban notablemente de una época a otra. Estas variaciones se debían en ocasiones a descubrimientos de determinados beneficios de uno u otro alimento en esta o aquella enfermedad, pero, lamentablemente, también a la situación económica del momento. En épocas de guerra y carestía los alimentos más caros, como la carne, pasaban a ser un lujo solamente reservado a unos cuantos pacientes. Además, Aldave tenía constancia de que, en muchos hospitales, aun en períodos de bonanza, no se ponían en práctica los últimos avances en materia de nutrición.

Antes de entrar en la zona de la cocina, la hermana le alertó del carácter fuerte de la cocinera, la hermana Concepción, española como él.

—No quiero de ninguna manera que salga de la cocina con la misma impresión con que ha salido de la farmacia —explicó la religiosa con semblante y discurso serios—. La hermana Concepción es una persona un tanto especial. En un primer momento puede parecer seca y distante, pero en realidad es una mujer con una gran integridad moral y con un corazón lleno de bondad.

—Esas dos cualidades presumo que son comunes a todas las monjas —añadió Galo con un toque de ironía.

—Nada de eso, doctor, nosotras somos mujeres normales y corrientes y usted lo sabe perfectamente. —Galo, por el tono de la religiosa, advirtió que le había molestado su comentario—. La hermana Concepción es una extraordinaria persona, aunque a veces su carácter la traiciona y, sin proponérselo, se crea enemistades. No me gustaría que usted fuese una de ellas simplemente por un primer encuentro... frío.

Aldave por un momento se preguntó si había algún trabajador «normal» en aquel lugar, salvo, por supuesto, la hermana Anne-Marie. «¡Ah, y Poulet, el cochero, desde luego!», pensó mientras traspasaba el umbral.

La cocina era bastante espaciosa, con un gran ventanal justo enfrente de la puerta, y delante de él, abarcando toda la pared, una gran bancada en la que se apreciaban, entre otras cosas, dos enormes fregaderas. A mano izquierda, una imponente vitrina rebosante de vajilla y aparejos de cocina en perfecto orden, y en el centro una especie de isla donde estaban dispuestos los fogones. A pesar de la variedad de provisiones, envoltorios y utensilios de la estancia, el color que predominaba era el blanco inmaculado y hasta el hábito de la cocinera era blanco, a diferencia del de las otras

religiosas, negro. De espaldas a la puerta, la cocinera, de mediana estatura pero erguida como ninguna, removía una gran cazuela de la que emanaba uno de esos aromas que en el frío invierno soñamos con encontrar al llegar al hogar.

—¡Qué bien huele esa sopa, hermana Concepción! —exclamó en voz alta la joven religiosa.

—¡Mejor sabrá, Anne-Marie! —repuso la monja, sin moverse, en un tono dicharachero que contradecía la anterior advertencia de la hermana.

—Hermana, vengo con el nuevo doctor español —anunció la hermana Anne-Marie, como queriendo advertirla de una sorpresa.

La cocinera giró rápidamente la cabeza y Galo se percató del inmediato azoramiento de la mujer.

—¡Ah!, perdón..., pensaba que venía sola, hermana.

—Vengo muy bien acompañada por un compatriota suyo, don Galo Aldave.

A pesar de utilizar el español durante el saludo de cortesía, el médico notó, como muy bien le había adelantado la hermana Anne-Marie, que la cocinera interponía un muro invisible entre ambos. El primer signo de esta distancia que, sin duda alguna, ella quería fijar fue el hecho de que apenas miró al joven a los ojos, ni siquiera a la cara; enseguida dirigió su rostro hacia la hermana Anne-Marie mientras respondía con gran corrección a Aldave.

—Soy aragonesa, doctor. Hace muchos años que no hablo con nadie en español y mi acento habrá cambiado, seguro.

—Sí, sin duda tiene acento aragonés, pero... también catalán, ¿puede ser?

—¿Catalán? No, imposible..., nunca he vivido en Cataluña ni tengo familia allí —contestó lacónicamente; no obstante, tras meditar, añadió—: Aunque... ahora que lo dice... puede que tenga usted algo de razón... Mi ciudad de nacimiento se encuentra próxima a la provincia de Tarragona y en algunos pueblos cercanos se habla una especie de dialecto entre el castellano y el catalán, el chapurriau. Algo de esto puede haber influido en nuestro acento.

—¿En qué ciudad nació, hermana? —preguntó Galo para intentar simpatizar con ella y por pura curiosidad—, sin duda somos vecinos.

—En Alcañiz.

—Ya ve usted, somos casi vecinos. Yo soy de Tudela.

—Navarra. Buena tierra. —La cocinera casi sonrió, lo que Aldave convirtió, a pesar de lo escueto de la conversación, en un pequeño triunfo personal.

Sería por la advertencia de la hermana Anne-Marie, por el origen español de la cocinera o por algo íntimo e indescifrable que captó el médico en las décimas de segundo que se cruzaron sus miradas, por lo que fuese, Galo intuía que la hermana Concepción y él llegarían a congeniar, aunque el camino hasta ese momento fuera largo y sinuoso.

—Hermana, cuando usted tenga un momento, me gustaría hablar sobre la alimentación de los internos: las dietas, los productos que utiliza... —comentó Aldave con toda la amabilidad de que era capaz.

—¿Las dietas? —preguntó rápidamente la religiosa con tono seco—. Aquí elaboramos las dietas tal y como las prescriben los doctores.

—Eso lo doy por supuesto, hermana. Quiero decir que, como responsable médico de la alimentación de los pacientes, debo conocer las dietas actuales para dar o no mi visto bueno.

—Claro —dijo la monja sin variar su tono—, lo que usted ordene, doctor. Ahora estoy terminando la cena y me resulta imposible. Cualquier día por la mañana me encuentro más libre porque dispongo de una ayudante. Lo único que le ruego es que me avise antes para organizar mi trabajo.

—No tengo prisa alguna, hermana. Le comunicaré con tiempo mi visita, no se preocupe —añadió Galo con delicadeza.

—¡Me llevo una manzana, hermana! —exclamó con picardía la joven monja mientras salían.

La hermana Concepción, ahora sí, no pudo evitar una sonrisa.

Sin comentar nada del encuentro con la cocinera, la hermana Anne-Marie se despidió precipitadamente de Galo hasta el día siguiente. Aldave había acordado con el cochero que volvería andando a casa. Era una forma de no depender tanto de alguien, de mover las piernas y de conocer poco a poco la ciudad y sus alrededores. En la caseta de entrada seguía estando el mismo guardián que a su llegada por la mañana. Se saludaron con un gesto. Delante de la puerta de la entrada principal estaba aparcado un lujoso coche y su chófer descansaba sentado en una piedra, mordisqueando una hoja de olivo. El sol estaba bajo. El olor del atardecer en el campo en primavera le recordó con nostalgia a la Tudela de su niñez y, como tantas veces en su vida, se sintió solo.

Cuando habían transcurrido unos diez minutos de su paseo hacia Saint-Rémy oyó el trote de un coche acercarse detrás de él. Al poco de adelantarle, frenó. Era el mismo que estaba aparcado delante del sanatorio. Cuando Galo llegó a su altura, una bellísima mujer le sonreía desde la ventanilla.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Usted debe de ser el nuevo doctor del sanatorio.

—El mismo, Galo Aldave —dijo el médico tendiéndole la mano.

—Pauline Murat —contestó ella sin desviar la mirada de la suya—. ¿Quiere que le llevemos a algún sitio, doctor Aldave? Va a anochecer antes de que llegue a Saint-Rémy.

—No, gracias, señora Murat, muy amable por su parte —contestó Galo algo

ofuscado por lo imprevisto de la situación y la imponente presencia de la mujer—, pero soy un buen andarín.

Mientras articulaba estas ridículas palabras ya se estaba arrepintiéndose de despreciar la invitación. Recordó de repente los consejos de su amigo Philippe en los momentos de camaradería en Pigall: «nunca rechaces a una mujer hermosa o te arrepentirás». ¿Cómo podía haber sido tan inútil? Pero ahora el coche ya había partido. El gesto de contrariedad mal disimulada de la señora Murat le reconcomía a Galo. Había quedado como un descortés ante ella, como un estúpido y altivo recién llegado de París...

Intentó olvidar el episodio, pero cuando llegó a casa de Poulet después de atravesar la población aún no había podido quitarse de la cabeza la mirada seductora de Pauline Murat.

CAPÍTULO 6

Dependiendo de la gravedad de los pacientes, el doctor Aldave pasaba visita en la enfermería del sanatorio —una sala habilitada para tal fin con mesa y silla para el médico y con una camilla para poder explorar al enfermo— o en la propia habitación del interno si este padecía fiebre alta o cualquier otro síntoma que le dificultase la deambulacion. Adyacente a la enfermería, pared con pared, se encontraba el despacho del ecónomo, el señor Olivier Gastineau, otro de los «personajes raros» del Saint Paul. Era manco del brazo izquierdo, le faltaba el ojo de ese mismo lado y, al sonreír, se le veían más huecos que dientes. Cuando el director le presentó al médico español, la boca se le llenó de elogios hacia España, hacia la medicina y hacia los jóvenes médicos parisinos que abandonan la capital para ejercer en los pueblos y ciudades de Francia... Todo su discurso era de una amabilidad excesiva, rayana en la adulación. Le auguró una buena estancia en el sanatorio y le animó a participar en alguna partida de cartas en Saint-Rémy. Galo le agradeció con caballerosidad su acogida, pero no se comprometió de momento a más. Se había percatado del hábito alcohólico de Gastineau (lesiones en los pómulos como arañas rojizas, temblor fino de manos, aliento enólico) y de su mirada escrutadora: no acababa de fiarse de él. También la hermana Anne-Marie parecía que lo evitaba, pero Aldave no tenía con ella la confianza suficiente como para interrogarla acerca del porqué, sobre todo tratándose de un hombre.

Ella, en cambio, sí era una persona de fiar en todos los aspectos. Como ayudante de Aldave realizaba una labor magnífica, en todo momento dispuesta a cualquier tarea que se le asignara, controlando exhaustivamente a todos los pacientes, sus padecimientos, tratamientos y curas; y como compañera era admirable: su carácter alegre y entusiasta contagiaba a todo el que tuviera a su lado, y siempre con respeto y comprensión hacia los demás. Galo se felicitaba por haber tenido la fortuna de haberse topado con ella en el sanatorio y, más aún, por habérsela asignado como asistente.

Había transcurrido más de una semana de su llegada al Saint Paul y Galo Aldave comenzaba a trazar las líneas por las que dirigir su investigación. Por una parte, estaba completamente seguro de que la teoría del prefecto de Marsella era cierta, es decir, «algo» había en el sanatorio que hacía enfermar a los pobres dementes más allá de su propia dolencia mental. Solo había que ver sus cuerpos escuálidos en las salas de hidroterapia para sospechar que alguna enfermedad les acechaba. Para comprobar fehacientemente sus observaciones, el doctor Aldave introdujo como rutina en su práctica clínica diaria el peso de cada interno y su anotación para poder comparar su evolución en el tiempo. También resultaba indiscutible el elevado número de casos de

crisis convulsivas y de pérdida de fuerza de alguna extremidad, síntomas ambos de afecciones originadas en el sistema nervioso. Ante lo evidente de estos hechos, y antes de dar pasos más costosos en sus pesquisas, decidió comentar el tema con el director de la manera más velada posible. La hermana Anne-Marie le había aportado una información que, en principio, le pareció insólita: el director no era especialista en psiquiatría, sino en oftalmología, y antiguo médico de la Marina. Sin embargo, también le comentó su gran interés y entrega por la psiquiatría, a la que dedicaba en estos últimos años de profesión prácticamente todo su tiempo, tanto en el sanatorio como estudiando en su casa, puesto que era viudo. Cuando fue a hablar con él, Peyron lo escuchó aparentemente con atención, pero no le dio la importancia que Galo esperaba.

—Quizá tenga usted razón, doctor Aldave, y nuestros internos estén algo delgados. Sinceramente, no me había percatado de ello. Los observaré en los próximos días. De todas formas, y perdone mi franqueza, creo que su análisis es precipitado, en vista del poco tiempo que lleva entre nosotros. En todo caso, habrá que revisar las dietas. Recuerde que es misión suya. Tiene total libertad para modificarlas a su antojo si cree que no son idóneas.

Y dio por zanjado el asunto.

Antes de hablar con él, Galo esperaba una reacción en el tema más favorable por parte del director, más interés y determinación en desentrañarlo, aunque solo fuera por curiosidad científica. Hubiera sido un gran aliado para el español. Ahora Aldave no sabía si confiar en él o no... Solo, sin ninguna ayuda, era difícil que consiguiera su objetivo. Necesitaba a alguna persona que le desvelase los entresijos del sanatorio y le ayudase en multitud de cosas que le quedaban por realizar. Haciendo recuento del personal vino a su mente la hermana Anne-Marie, quién si no, como posible lugarteniente en su verdadero trabajo en el Saint Paul. Dudó mucho en plantearle la cuestión, sobre todo por no inmiscuirla en un tema delicado que pudiera salpicarla de alguna manera, pero no le quedaba ninguna otra alternativa. No se fiaba de nadie más. Ni siquiera del cochero Poulet que, siendo buena gente, podría irse de la lengua con su mujer o con cualquier amigo y dar al traste con todo.

Después de pasar visita, mientras revisaban unos apuntes en el despacho de Aldave, el médico se decidió a iniciar el tema.

—¿Cuántos internos en total hay en el día de hoy ingresados en el Saint Paul, hermana?

La religiosa consultó sus propios papeles.

—Setenta.

—¿Y cuántos hemos visitado nosotros?

—Treinta y dos.

—Habitualmente, ¿con el doctor Jalou la proporción de enfermos era parecida?

La hermana se quedó pensativa durante unos segundos.

—En esta época del año, más o menos. En invierno tenemos más trabajo, ya sabe, bronquitis, neumonías catarrales, fiebres infecciosas...

—¿No cree que son muchos los internos que están enfermos, hermana? —le preguntó Aldave mirándola a los ojos.

—¿Qué quiere usted decir? Estamos en un sanatorio, doctor, es normal que haya enfermos —replicó la hermana.

—Estamos en un sanatorio para enfermos mentales, en una «casa de salud», no en un hospital general.

—No sé adónde quiere usted llegar, usted es el médico, yo tan solo soy una ayudante y no sé lo que es normal y lo que no lo es —repuso la religiosa un tanto extrañada por el tono casi increpante del médico.

—Perdone mi vehemencia, hermana... —añadió con más calma Galo ante la mirada perpleja de su ayudante—, simplemente me ha llamado la atención el elevado número de internos con problemas ajenos a sus trastornos mentales. Además, los síntomas que presentan me desconciertan: delgadez, temblores, alucinaciones, parestias...

—No todos presentan esos síntomas, doctor.

—No, por supuesto, tiene usted razón, pero hay algo que me lleva a pensar que hay un nexo de unión entre todos ellos —insistió Aldave.

—¿Quiere decir que su ojo clínico le indica que todos presentan la misma enfermedad? —preguntó la hermana con extrañeza.

—Es una teoría...

—¡Pero cada interno procede de un lugar distinto!

—Pudieron adquirirla aquí... —se atrevió a aventurar el doctor, tanteando a su ayudante.

La hermana Anne-Marie estaba desconcertada.

—Este es un centro de prestigio, doctor Aldave —dijo seria y algo nerviosa—. Los doctores Peyron, Larroque y también el doctor Jalou son grandes profesionales que viven para los enfermos y en ningún momento han sospechado lo que usted está sugiriendo.

Ante la actitud «a la defensiva» de la religiosa, Galo optó por «soltar lastre». Tiempo tendría, conociéndola, de convencerla de una realidad que cualquier profano externo al centro podía percibir tan solo observando someramente a los internos.

—Igual me he expresado mal, hermana. Por favor, no me malinterprete. En ningún momento, ¡Dios me libre!, he puesto en tela de juicio el buen hacer de los doctores; es más, de ningún miembro del personal del Saint Paul, ni de este centro como institución. Lo más probable es que yo esté equivocado en mi apreciación y que las enfermedades que aquejan a los internos sean las comunes en sanatorios de este

tipo —Aldave interrumpió sus palabras un instante, comprobando el efecto beneficioso que estaban produciendo en la opinión que sobre él se había formado la hermana segundos antes—. Como podrá comprobar, soy un tanto impetuoso y este rasgo de mi personalidad me lleva en numerosas ocasiones a anticiparme en exceso y a sacar conclusiones erróneas.

—No se preocupe, todos somos humanos. Le comprendo porque yo también debo controlar mis impulsos muchas veces, sobre todo, claro, desde que visto este hábito.

—¿No me dijo en una ocasión que le servía... de escudo... o algo así para poder decir lo primero que se le ocurriese?

Galo Aldave había conseguido el milagro. La hermana Anne-Marie volvía a reír abiertamente a un metro de distancia del médico. Si la joven monja desconfiaba de él le iba a resultar imposible desvelar el enigma. Y el enigma existía, no cabía la menor duda. Lo que no entendía es que nadie hubiera reparado antes en él... La interrogó también acerca de su idea de permanecer por la noche en el sanatorio, con la excusa de que en casa de Poulet no disponía de sitio para estudiar. Era el único momento de la jornada en que podría investigar a sus anchas en el Saint Paul, gracias a la llave maestra que le había proporcionado el prefecto. Tenía intención de entrar y revisar concienzudamente la farmacia. No se fiaba ni un ápice del boticario. También quería indagar en la cocina y todos sus recovecos. Y, por supuesto, en el despacho del ecónomo que, a pesar, o tal vez debido a su exagerada amabilidad, tampoco le había inspirado demasiada confianza. Como había sucedido con la madre superiora, la hermana se extrañó, pero no puso tantas objeciones:

—Me parece bien, si es que está justo de espacio en casa del cochero, lo que ocurre es que a partir de las diez de la noche el sanatorio se cierra a cal y canto y no puede salir nadie. Usted, se lo aseguro, no va a ser una excepción. En este despacho no va a pasar sentado toda la noche, porque a la mañana siguiente tiene que estar despejado y descansado para hacer la visita a los pacientes... Como no se acueste cuando el sueño lo venza en una de las habitaciones vacías del pabellón de hombres... En fin, piénselo bien, las noches son muy largas aquí. Lo que sí le aconsejo, pero, por amor de Dios, yo no he dicho nada —susurró la hermana acercándose al médico—, es que ni lo mencione al doctor Peyron ni a la madre Épiphane: ellos son muy estrictos con las normas del centro y no creo que le permitieran quedarse.

CAPÍTULO 7

Una buena parte del despacho ya estaba ordenado o, al menos, presentable. Archivar la totalidad de papeles y legajos del doctor Jalou iba a costarle a Galo mucho tiempo, sobre todo porque llevaba implícito no solo colocarlo todo bien dispuesto, sino consultarlo, analizarlo y concluir si tenía interés o no. Por eso, tras un repaso somero a lo que tenía más a mano, el español decidió dedicar las primeras horas de cada jornada a realizar esta labor antes del pase de visita. El ventanal que alumbraba el despacho daba de refilón a la entrada principal, a los parterres con flores, a los cipreses y a una gran fuente de piedra, redonda, que le acompañaba de lejos. Había madrugado tanto que Poulet se extrañó de que anduviera levantado tan pronto, y había llegado con el cochero al sanatorio antes de lo acostumbrado por los médicos. Normalmente a esas horas de la mañana aprovechaba mucho el tiempo y debía trabajar con ahínco si quería sacar algo en claro de todo aquello, además de cumplir estrictamente con su labor de médico internista del Saint Paul. Antes de partir de París no hubiera imaginado encontrarse tan cómodamente en tan poco tiempo en aquel lugar apartado, pero allí estaba, inmerso en un nuevo mundo que le hacía olvidar las insatisfacciones que había dejado atrás días antes. La belleza del paisaje, el encanto de Saint-Rémy, la bonanza del clima... no hacían sino conducirlo amablemente hacia su verdadero trabajo como forense en el sanatorio. Esa mañana, después de «limpiar» definitivamente la mesa y registrar todo lo que contenía, llegó, como habían acordado, su ayudante, la hermana Anne-Marie. Tras comentar las incidencias de todos los enfermos, y aprovechando que faltaban unos minutos para la visita médica, la religiosa, hasta entonces centrada en el cuaderno donde anotaba todo lo referente a los internos, levantó la vista hacia el médico.

—He pensado mucho en nuestra conversación de ayer, doctor Aldave —comentó la joven.

—¿En cuál de ellas, hermana? —Galo se extrañó del cambio en el tono de voz de la religiosa, como temeroso.

—En la que usted mencionó la posibilidad de que nuestros internos padezcan alguna extraña enfermedad.

Galo no esperaba esta salida. En vez de responder, no pronunció palabra, dejó que la religiosa prosiguiese porque estaba seguro de que quería decir algo más.

—Tengo que disculparme con usted, doctor. Pequé de soberbia al poner en tela de juicio sus opiniones —añadió la hermana con humildad, pero sin apartar su mirada de la de Galo.

Este sintió, inexplicablemente, una pequeña sacudida en su interior.

—No es necesario que se disculpe, hermana, no me di por ofendido, en absoluto

—Galo sonrió—. Le digo más: es imposible sentirse ofendido por usted. Lo más natural del mundo es que defienda a la institución en la que trabaja..., no, rectifico, a la que entrega su vida; eso la honra —agregó con sinceridad.

—Gracias, doctor, pero no merezco tantas alabanzas. Y en este caso mucho menos. Es importante el sentido crítico en todos nuestros actos y en nuestro trabajo, más si cabe por tratarse de la salud de unos hermanos que bastante desgracia tienen con su enfermedad mental.

Todas las mañanas una sirvienta dejaba una jarra de agua y dos vasos en una mesita auxiliar de cada despacho. La hermana se levantó, se sirvió agua en uno de los vasos tras ofrecerle al médico, y volvió a sentarse frente a él en la mesa principal.

—Antes le he dicho que he estado pensando en nuestra conversación, pero no solamente en mi reacción inicial ante sus observaciones, sino, sobre todo, en el fondo del asunto, en la posibilidad de que «algo» haga enfermar a nuestros internos.

—¿Ha cambiado su opinión al respecto, hermana? —preguntó Aldave.

—Más que cambiar categóricamente, he reflexionado...

—Es decir, no se ha movido por impulsos..., o los ha controlado —apostilló con cierto retintín el médico, sin poderlo evitar, aludiendo a la conversación del día en que se conocieron. La hermana sonrió.

—Exacto. Bueno, ahora en serio..., quizás usted no ande desencaminado.

—¿A qué se refiere?

—Es verdad que los internos están muy delgados, sobre todo los que llevan más tiempo en el sanatorio. Después de nuestra charla de ayer he comenzado a recordar a alguno de ellos cuando llegó al Saint Paul y puedo asegurarle que pesaba bastante más de lo que pueda pesar ahora. También es cierto que hay muchos que sufren cuadros epileptiformes y alguno que aqueja falta de movilidad en alguna extremidad..., que antes no tenía. —La hermana Anne-Marie calló mientras negaba con la cabeza, con la mirada perdida—. Todo esto que ahora, así dicho, puede parecer evidente... ni se me había ocurrido en los tres años que llevo aquí, tal vez porque es mi primer destino en una casa de salud o, simplemente, por rutina..., no sé.

—Parece que tampoco había llamado la atención de ningún miembro del personal, incluidos médicos y hermanas.

—Le puedo asegurar que no..., al menos yo no me he enterado ni he observado actitudes de nadie que así lo indiquen —señaló la religiosa con convencimiento.

Si alguna cualidad evidente poseía la joven era la sinceridad, la ausencia absoluta de doblez, que transmitía meridianamente fuera cual fuese su discurso. Al llegar a este punto, Galo intuyó que había llegado el momento de formularle la gran pregunta:

—Hermana, en los libros de registro del doctor Jalou he comprobado el elevado número de muertes entre los internos, ¿tampoco esto le había llamado la atención a nadie?

La hermana palideció de repente.

—¿Qué quiere usted decir? —balbuceó.

—Quiero decir —prosiguió el médico con tono afable, pretendidamente tranquilizador— que esa «enfermedad» es tan grave que incluso provoca la muerte.

La religiosa le miró fijamente y, tras unos segundos, le preguntó:

—¿Está usted seguro de lo que está insinuando? No sé, se me ocurre que tal vez en otros sanatorios similares los internos enfermen y fallezcan como en el Saint Paul —sugirió inteligentemente.

—Hermana —replicó Aldave en el mismo tono apaciguador de antes, pero ahora con determinación—, esto no son imaginaciones mías. Antes de venir a Saint-Rémy, en vista de que yo mismo nunca había ejercido en un centro similar, me informé concienzudamente de todas las características y pormenores de este tipo de establecimientos sanitarios en Francia, incluso visité alguno de ellos, como el sanatorio de Charenton y el del doctor Blanche, los dos en París. Tuve la oportunidad de ver cómo trabajaban los doctores, los métodos que utilizaban, las condiciones de los internos, su estado de salud mental y física... Puedo asegurarle que, aun sin ser médico, cualquiera puede percatarse de las diferencias, simplemente observando a los enfermos.

La hermana se encogió de hombros y suspiró.

—De acuerdo, doctor Aldave, me ha convencido. Pero... ¿qué podemos hacer nosotros? Lo primero, por supuesto, comentárselo al doctor Peyron, el director.

Aldave la interrumpió:

—El doctor Peyron ya está informado. Yo mismo le expuse mis inquietudes, pero, a pesar de que vive por y para el sanatorio..., no las ha tenido apenas en cuenta. Para hacer honor a la verdad, me ha otorgado plena potestad para modificar las dietas de los internos si es que en ellas se encuentra el origen de la misteriosa enfermedad, pero lo ha hecho sin demasiado interés, para zanjar pronto un asunto en el que ni se ha parado a reflexionar como, por ejemplo, sí ha hecho usted. Me temo que es un hombre sin demasiadas concesiones a las críticas, y menos de un advenedizo como yo.

—Entonces tendremos que hablar con el doctor Larroque —propuso la hermana, cada vez más implicada.

—¿No cree usted que reaccionaría de forma similar? —preguntó a su vez Galo.

—Quizás —contestó la religiosa dubitativa—, pero también puede ocurrirle como a mí..., o tal vez hasta haya sospechado algo ya... Es un gran médico, se lo puedo asegurar.

—No lo dudo en absoluto, pero yo no soy plato de su gusto y lo más probable es que fuera con el cuento inmediatamente al director, tal vez tergiversando mis palabras y mis intenciones. Para él sería una buena excusa para predisponerle en mi contra.

—¿Por qué dice eso?

—Cuando lo conocí, el día de mi llegada, empezó a hacerme preguntas sobre el modo en que he conseguido esta plaza en el Saint Paul... hasta resultar maleducado.

—¡Ah, Larroque! —La hermana movió la cabeza dando a entender que de él esperaba cualquier cosa—. No le haga ni caso. Es un bicho raro, desde luego, pero no debe temer nada. Es completamente inofensivo y, por supuesto, es incapaz de ir al director con cuentos de nadie. Eso sí, en cuestión de medicina y de teorías científicas discute con cualquiera, incluso con el doctor Peyron. En más de una ocasión los hemos oído en acaloradas disputas sobre temas de psiquiatría y ninguno de ellos daba su brazo a torcer. Al día siguiente seguían trabajando codo con codo como si nada hubiera ocurrido, porque ninguno de los dos es mala persona. Lo que me cuenta de la «bienvenida» que le dio el día en que lo conoció me lo creo a pies juntillas, es muy propio de él. Carece absolutamente de tacto, de «mano izquierda». Además, en este caso tiene una explicación. El doctor Larroque tiene un hermano recién licenciado en Medicina en la Facultad de Montpellier que aspiraba a entrar en el sanatorio en el puesto que ocupa usted ahora. Seguramente Larroque confiaba en que pudiera conseguirlo y de ahí tantas preguntas y la mala predisposición hacia usted. Conociéndole como le conozco sé fehacientemente que se le pasará, pero también estoy con usted en que es mejor que pospongamos el tema con él hasta que pase algo de tiempo.

—Usted, hermana, siempre tiene explicaciones para todo y disculpas para todos.

—Simplemente le cuento cómo es cada persona. Ya sabe que en el lugar de trabajo se conoce perfectamente a la gente. Por cierto, si el doctor Peyron le ha autorizado a que modifique las dietas, tendremos que avisar a la hermana Concepción y pasarnos por la cocina.

—Sí, es por ahí por donde vamos a empezar, pero... debemos ser discretos, hermana, nadie debe adivinar nuestras intenciones, ni siquiera su amiga la hermana cocinera.

De repente, un sonido metálico casi les sobresaltó. Era el reloj de la iglesia dando las diez, hora de comenzar el pase de visita. Sin decirse nada, los dos se levantaron e inmediatamente se dirigieron a la sala de exploraciones. Al pasar por delante del despacho de la madre superiora vieron que la puerta estaba entreabierta y la oyeron hablar con otra mujer en tono distendido.

—Es la señora Murat —susurró la hermana Anne-Marie, ante el atisbo de curiosidad en el rostro del español.

El corazón de Aldave comenzó a latir precipitadamente al ver que se abría más la puerta y salían las dos mujeres. Pauline Murat llevaba un traje de moaré en azul cobalto con el cuello y los puños ribeteados en blanco. Hablaba animadamente con la madre Épiphanie de algo relacionado con la lencería del centro. Al verlo, se paró

frente a él, seductora una vez más, sin decir palabra, esperando la presentación de la superiora.

—¿Conoce al doctor Aldave, nuestro nuevo médico, señora Murat?

—Sí y no, madre —respondió Pauline sonriendo, con seguridad, mientras Galo intentaba resultar lo más natural posible—: nos conocimos la otra tarde de camino a Saint-Rémy, ¿verdad, doctor?

—Sí, es verdad. Y tengo que reconocer que fui algo descortés con usted, señora Murat.

Los cuatro habían formado una especie de trébol de cuatro hojas y la mirada expectante de las monjas, más que interesadas en la conversación, obligó a Aldave a dar alguna explicación adicional.

—La señora Murat, con toda la amabilidad del mundo, me invitó a subir a su coche, pero yo decliné su ofrecimiento.

—Pues hizo muy mal, doctor —intervino enseguida la madre Épiphane—, porque la señora Murat, además de ser una mujer extraordinaria en todos los aspectos, es una de nuestras mayores benefactoras. No se le puede hacer un desprecio así —concluyó la superiora con un tono medio en broma, medio en serio. Parecía otra persona diferente a la que se había presentado ante él a su llegada, ahora más sonriente y relajada.

—Bueno, madre, no reprenda más a nuestro nuevo doctor —interrumpió Pauline mirando a Galo con picardía—: corremos el riesgo de parecer excesivamente presuntuosas. En ningún momento tomé como desprecio su negativa a subir a mi coche, pero, en todo caso..., si quiere desagraviarme lo tiene muy fácil: véngase una noche a cenar a mi casa; lo invito cuando usted quiera, de esa forma conocerá a mi círculo de amistades y comprobará que en una ciudad pequeña se puede encontrar también gente interesante.

Esta vez no podía dejar pasar la ocasión, aun delante de las dos monjas. Algo aturdido por la rapidez de la viuda añadió:

—Está claro que no puedo negarme teniendo a tres mujeres pendientes de mi respuesta. Claro que iré y muy gustosamente, señora Murat.

—Le enviaré la invitación en unos días, doctor Aldave —apostilló Pauline dando por concluida la conversación.

La hermana Anne-Marie percibió enseguida la transformación del semblante y del ánimo del médico tras el breve encuentro con Pauline Murat, pero se guardó para sí misma la observación. A pesar de vestir hábito, detectaba a la primera a las mujeres que gustaban a los hombres, y la viuda Murat era un claro ejemplo: solo había que contemplar el rostro de cualquier varón que la veía o hablaba con ella para darse cuenta de que en ese momento el mundo se reducía para ellos a Pauline. La religiosa esperaba que Aldave la interrogase acerca de ella o prolongase su comentario sobre la

anécdota del paseo y del coche, pero Galo no mencionó ni lo uno ni lo otro, sino que cambió radicalmente de tema, como si quisiera preservar todo lo relacionado con la joven viuda en su intimidad. Aun así, y sin saber muy bien por qué, la hermana Anne-Marie comenzó a explicarle todo lo concerniente a la relación de los Murat con el sanatorio.

—El difunto señor Murat realizaba cada año importantes donaciones en metálico al sanatorio y, una vez fallecido, la señora Murat sigue siendo igual de generosa con nosotros. La tenemos en gran estima, sobre todo la madre Épiphane, con la que tiene mucho trato.

—¿Viene mucho por el Saint Paul? —preguntó Galo sin poder evitarlo.

—A temporadas. Ya le digo que mantiene una estrecha relación con la madre superiora. Además, le gusta estar informada de algunos asuntos del sanatorio, como equipamiento, ropa, cuidado de jardines... Supongo que quiere asegurarse de que su dinero se emplea adecuadamente.

El resto del día transcurrió como los anteriores, atendiendo a los pacientes, indagando en los libros de registro del doctor Jalou, comentando algún caso con los doctores Peyron y Larroque..., pero la mente de Aldave andaba lejos del Saint Paul. Pensaba en Pauline Murat y en todo lo concerniente a ella: dónde viviría, si tenía hijos, la relación con su difunto marido, su origen, su actividad diaria..., todo constituía un auténtico misterio para él y sentía una enorme necesidad de desentrañarlo. Hubiera sido fácil resolverlo a través de la hermana Anne-Marie, pero por nada del mundo quería que sospechase de su imprevisto interés por la joven viuda.

Al caer la tarde, cuando salió del sanatorio, miró en todas direcciones por si estaba aparcado el coche de los Murat como el día en que conoció a Pauline, pero ni en los alrededores del Saint Paul ni en el camino a Saint-Rémy divisó ningún carruaje de su categoría. Durante el trayecto al centro de la ciudad iba contemplando con curiosidad las mansiones de ambos lados de la carretera, que hasta entonces apenas había entrevisto, pensando que tal vez en una de ellas viviese la joven. Ahora le parecían más grandes, más hermosas. Una vez en Saint-Rémy, como conducido por un guía interior, paseó un buen rato por calles y callejas aspirando el perfume de las flores de las fachadas, escuchando los sonidos de una población que se prepara para descansar, observando a todo el que se moviera, no fuera a ser...

Como tenía pensado, entró en la barbería. El barbero estaba atareado cortándole el cabello a un cliente y el mozo ya se había ido. Galo se sentó mientras esperaba su turno y comenzó a hojear una revista. El asiento estaba colocado enfrente de la ventana y, por encima del visillo, distinguió de pronto a Pauline. Llevaba todavía el vestido azul de la mañana y la acompañaba otra joven de edad parecida, pero, por su vestimenta, de categoría social inferior. Salían de una tienda, Le Comptoir de

Mathilde, con unos paquetes en la mano y se estaban despidiendo. La luz ya era escasa, pero se la reconocía perfectamente por su perfecta figura, sus ademanes refinados y su belleza. Aldave no podía mover ni un músculo mientras la contemplaba. Aunque lo hubiera premeditado, no habría podido levantarse de la silla y salir a saludarla, tal era su estado de excitación. Cuando desapareció de su espacio visual comenzó a tranquilizarse y el barbero apenas notó ya su turbación. Era un hombre afable. Tenía muy poblada la cabeza, pero todo el cabello blanco como la nieve. También tenía las cejas canosas y muy abundantes, incluso algún pelo le llegaba casi hasta los ojos aun teniendo tantas tijeras a mano para poder recortárselo. Al afeitarse le iba describiendo con orgullo las principales fiestas locales que se avecinaban: la trashumancia, la recogida de la lavanda... Galo escuchaba intentando centrarse en las palabras del hombre.

Salió cuando ya era noche cerrada. Se aproximó al escaparate de la tienda de enfrente. Había, sobre todo, jabones de muchos colores, y también frascos de mermelada y de *tapenade*, el alimento que había comido en la estación de Marsella tan solo... dos semanas antes. De repente volvió a la realidad, al asunto por el que se encontraba en la Provenza, a la misión que tenía que llevar a cabo. El cristal del escaparate, gracias a la iluminación de una lámpara de gas cercana, se había convertido en un espejo que reflejaba su propia imagen. Se sintió grotesco alcahueteando en una tienda cuyo máximo interés era el haber vendido algún producto a una mujer completamente desconocida en un lugar remoto de Francia. ¿Qué hacía él a esas horas en esa situación ridícula? Tomó la dirección más recta hasta la casa de Poulet, sin apenas cruzarse con nadie. El silencio iba adueñándose poco a poco de Saint-Rémy. Pidió que le subieran algo de comida a su cuarto, excusándose por no cenar con la familia como en otras ocasiones; se desvistió rápido y, antes de acostarse, se prometió a sí mismo olvidar en ese instante el estúpido espejismo de Pauline Murat.

CAPÍTULO 8

La cocina era, de todas las estancias del sanatorio, la más luminosa y despejada. Unos grandes ventanales exhibían la claridad del sol de la mañana y lo frondoso del huerto poblado de frutales, hortalizas y flores. Las ollas, sartenes y demás utensilios relucían descansando sobre una repisa. En el centro de la sala, una enorme mesa de madera, al lado de los fogones, estaba repleta de verduras, saquitos de legumbres, fuentes con carne fresca, manzanas, ajos, hierbas aromáticas, aceite, harina, vino..., todo perfectamente ordenado y, sin duda, listo para comenzar su elaboración. La hermana Concepción, de estatura media y complexión fuerte, y su ayudante, una joven novicia menuda, le esperaban enhiestas, casi con pose marcial, atentas a que les pasaran revista. Galo Aldave hubiera encontrado casi cómica la situación de no haber percibido una cierta inquietud en la mirada baja de la cocinera. Este discreto matiz le hizo variar su apreciación inicial y le predispuso a observar aún más detenidamente si cabía tanto la cocina como a las monjas que allí trabajaban.

—Mi intención no es fiscalizar su trabajo, hermanas, sino, simplemente, informarme sobre las dietas que ustedes preparan y los ingredientes que emplean —dijo el español intentando romper el hielo—. ¿Tienen alguna pauta del doctor Jalou?

—Por supuesto que las tenemos, doctor Aldave —contestó rápidamente la hermana Concepción con cierta sequedad—: este es un centro serio, aunque se encuentre en provincias.

Galo se percató enseguida por dónde iba la religiosa, pero no quiso entrar al trapo. No quería comenzar nuevamente con disculpas ni explicaciones. Sabía que era lista y lo que buscaba ahora de él era que cejase en su empeño de supervisar su labor en la cocina, tal vez por no perder su papel preponderante en ella o tal vez para que no se enterase de algo que deseaba ocultar. Aldave ni siquiera contestó, simplemente esperó con aparente tranquilidad a que la monja sacara de un cajón una carpeta y se la entregase. La cogió y fue consultando uno a uno todos los pliegos de papel que contenía. En unos, la relación de alimentos que iban entrando diariamente en la cocina: higos, mermeladas, chocolate, café, patés, fideos, pan, carne, mantequilla, leche, huevos, garbanzos, alubias, patatas, azúcar, aceite, arroz, ciruelas, quesos, tapioca, uva, sidra, vino, cerveza, miel, nueces, castañas... En otras hojas, la relación exacta de las dietas, con las cantidades de los productos especificados. Ración diaria de pan blanco: 50 decagramos para hombres, 40 para mujeres; 48 centilitros de vino para hombres, 36 para mujeres. Comida de la mañana: sopa grasa (30 centilitros), carne asada (8 decagramos, dos veces por semana), menudillos (8 decagramos, dos veces por semana), hortalizas y frutas frescas (14 decagramos, dos veces por semana), legumbres secas (18 decagramos, cuatro veces por semana), arroz con leche

(22 decagramos, una vez por semana). Comida de la noche: sopa (30 centilitros), carne hervida (16 decagramos, siete veces por semana), hortalizas y frutas frescas (14 decagramos, dos veces por semana), legumbres secas (18 decagramos, dos veces por semana), arroz con leche (22 decagramos, una vez por semana). Una vez leído todo, el médico preguntó:

—Hermana, tengo algunas dudas respecto a lo que me ha mostrado, pero son mera curiosidad, porque, en general, son unas dietas, a mi juicio, completamente adecuadas.

La hermana no hizo ningún comentario, simplemente un mínimo rictus de satisfacción, apenas perceptible.

—Respecto a las bebidas —prosiguió Aldave—, he visto que disponen de vino, cerveza y sidra, pero en las raciones solo mencionan el vino...

—La bebida principal en este momento es el vino, excepto algún caso en que al paciente no le gusta y le ofrecemos sidra o cerveza. Es verdad que, debido a la epidemia de filoxera, que ha acabado con tantos viñedos y ha encarecido el precio del vino, hay años en que compramos algo más de sidra y menos de vino, pero, en general, es la bebida que más empleamos.

—¿Y qué tipo de carne utilizan?

—También depende del precio del mercado: buey, ternero o cordero.

—Una última pregunta, hermana: no he visto en los listados de alimentos ninguna especia y, sin embargo, encima de esta mesa hay una gran variedad de plantas aromáticas.

—Las cultivo yo misma en nuestro huerto, doctor —comentó la hermana con orgullo—, por eso no compramos nada.

—¿Puedo salir a verlo? —preguntó Galo, adivinando un resquicio en el férreo caparazón de la monja.

—Desde luego, pase por aquí. —La novicia seguía a la cocinera como si fuera su lugarteniente.

Haciendo esquina con el extremo del ventanal, una puerta comunicaba la cocina con el huerto. Nada más salir, el médico quedó fascinado. A mano izquierda, un perfecto rectángulo de tierra de unos ocho por doce metros cuadrados, relleno de finas hileras de plantas aromáticas perfectamente alineadas, iguales entre sí por filas y cada fila distinta del resto. En el centro, otro parterre más grande todavía, repleto de flores de una gran variedad de formas y colores: lirios, rosas, tulipanes, violetas... Y a la derecha, un pequeño plantío con hortalizas. Detrás de todo, en un segundo término, una zona de arbolado en la que, desde allí, se podían distinguir ciruelos, perales, higueras, laureles... Y, al fondo, en una ligera elevación del terreno, tupidos campos de girasoles, amapolas, olivos, trigo y lavanda. La panorámica era extraordinaria: abarcaba toda la magnificencia del paisaje provenzal en primavera.

Para completar el espectáculo, una mezcla exquisita de fragancias de flores y plantas aromáticas.

—Esto, más que un huerto, es el jardín del edén, hermana —exclamó Galo.

—Gracias, doctor, lo tomo como un cumplido —manifestó la cocinera con un tono bien distinto al de minutos antes, en vista del sincero entusiasmo del joven.

—¿Usted cuida de todo esto? —preguntó Aldave exagerando algo la inflexión al notar el cambio de actitud en la religiosa.

—En las hortalizas y los frutales me ayuda un hortelano, pero las flores y las plantas aromáticas son exclusivamente tarea mía. No permito que nadie las toque, casi ni que se acerque a ellas. Todo el mundo me cree una maniática, pero es la única forma de que crezcan así de lozanas. Cuando la gente viene por aquí no pueden quedarse quietos, unos cogen un tallo, otros manosean una corola, lo pisotean todo... No me queda más remedio que prohibir el paso..., con permiso de la madre superiora, por supuesto.

—¿Dónde aprendió a cuidar tan bien las plantas, hermana?, ¿en Alcañiz?

La pregunta del médico no guardaba ninguna segunda intención, por lo que se extrañó cuando vio que el semblante de la cocinera cambiaba de repente como si le hubieran comunicado una desagradable e inesperada noticia. Tras unos segundos de titubeo, respondió, seria de nuevo:

—Siempre me han gustado las plantas, su cuidado se aprende con los años.

El español se adentró un poco en el huerto registrando en su retina todas las variedades de plantas que era capaz para localizarlas si era preciso en algún atlas de botánica. Las dos monjas no le siguieron.

—¿De dónde procede su congregación? —preguntó Aldave desde allí, como distraído, pero, ahora sí, sabiendo lo que preguntaba.

La cocinera, pensando que el médico cambiaba de tema, se relajó un poco y se le acercó.

—De Vesseaux, una población del Departamento de Ardeche, en la región de Rhône-Alpes. Allí se fundó el primer convento de la Orden en 1816, por eso nos llamamos Hermanas de San José de Vesseaux.

—¿Y cómo ha recalado usted aquí, hermana, desde Alcañiz...?

Esta vez la hermana Concepción se puso visiblemente nerviosa, pero contestó.

—Son cosas que la vida nos depara. Son los designios del Señor.

Y, dando media vuelta, entró en la cocina con la novicia detrás. Galo se quedó perplejo. No entendía tanto misterio ni tanta tontería. Poco le hubiera costado darle una mínima explicación, aunque no se acercara demasiado a la realidad, sobre todo tratándose de un compatriota. Se sentía incómodo y no tenía ninguna gana de seguirlos. Minutos antes había divisado una figura sentada entre los árboles a unos cien metros de allí y ahora, aguzando la vista, vio claramente a alguien pintando en

un caballete: por su aspecto, el interno holandés de la oreja amputada. Dudó si consultar a la cocinera la posibilidad de acercarse a él, pero, al verla a través de los cristales enfrascada con la novicia en la preparación de la comida y, dada la parquedad de conversación de la monja y «sus manías» respecto al huerto, optó por no decirle nada. Lo atravesó procurando no estropear ningún caballón. Vincent van Gogh estaba sentado bajo la sombra de una higuera acompañado de un ayudante del sanatorio, medio dormido detrás de él. En el suelo había un cuadro recién pintado en el que se distinguían dos árboles deformados en tonos azules y verdes y un sol anaranjado. El holandés estaba comenzando un nuevo lienzo. Su estado de ánimo era, sin duda, mejor que el del día en que Aldave lo visitó en su habitación. Cuando llegó el médico a su altura se encontraba completamente concentrado en su trabajo.

—Me han dicho que su capacidad creativa es extraordinaria, señor Van Gogh —apuntó Galo observando la pericia del pintor.

—Cuando estoy bien de humor trabajaría las veinticuatro horas del día, doctor, y siempre un paso por detrás de lo que mi cabeza me sugiere —repuso con entusiasmo.

El ayudante se había despejado y, para demostrar que estaba cumpliendo con su obligación, se había levantado del suelo rápidamente y los observaba apoyado en la higuera.

—Utiliza colores muy llamativos.

—En el Midi todo es llamativo —dijo Van Gogh, sin dejar ni un momento de pintar—. Es imposible reflejar este sol, este bello cielo azul de otra manera. Qué paisaje tan majestuoso, tan pleno de vida. ¿Se ha dado cuenta de la cantidad de insectos que pululan a nuestro alrededor? ¿De la variedad de formas? Todo esto es una fuente de inspiración para cualquier artista —aun con acento holandés, hablaba un correctísimo francés.

—¿Siempre pinta paisajes, señor Van Gogh?

—¡Qué remedio, si no dispongo de modelos!

Galo sonrió.

—¿Cómo se encuentra entre nosotros? —preguntó Aldave.

—Si le soy sincero, bastante bien, doctor, incluso mejor de lo que había esperado. —Van Gogh dejó un momento de pintar. Levantó su mirada hacia el edificio del Saint Paul y después fue recorriendo con la vista los alrededores—. Tanto el sanatorio como sus alrededores me transmiten una auténtica sensación de serenidad. Ni recuerdo la última vez que experimenté esta paz, doctor. Estoy muy contento de haber recalado aquí, ha sido un verdadero acierto —dijo mirando desde sus ojos claros a Galo. En el fondo parecía un animalillo herido, desamparado. Pero era innegable que su expresión se había tranquilizado algo. A saber lo que llevaba dentro de sí para pintar de la manera frenética como lo hacía, con aquellos colores estrambóticos y aquellas figuras deformes y exageradas—. Lo que siento, doctor, es no poder pintar el cielo

estrellado. No me permiten salir de noche y no hay otra cosa que me guste más que pintar bajo las estrellas.

—No creo que eso vaya a ser posible, señor Van Gogh. Las normas del sanatorio impiden salir del edificio una vez se han cerrado las puertas. Compréndalo, crearía un precedente y después cualquier otro interno que lo solicitase tendría el mismo derecho que usted a salir. En un centro donde conviven tantas personas no queda otra que establecer unos límites iguales para todos.

—¿Sabe lo que hago? —repuso el holandés reemprendiendo la pintura—. Todas las noches, después de la cena, me arrimo a los barrotes de mi ventana y desde allí observo el cielo durante horas. Al día siguiente nada más levantarme aún tengo esa magnífica imagen en mi cabeza y puedo plasmarla en el lienzo.

—Bueno..., me parece una buena solución..., eso es saber aprovechar las circunstancias. Por cierto, ¿sigue usted leyendo a Zola?

—No. Terminé el libro. Ahora he comenzado a leer los reyes de Shakespeare, ya sabe: *Ricardo II*, *Enrique IV*, *Enrique V*...

—¿Qué le parece?

—¿Shakespeare?

—Sí, en general, no solo en esas obras. Yo también soy un amante de su literatura.

Van Gogh abandonó de nuevo el pincel y levantó la vista hacia Galo.

—Al leer a Shakespeare pienso que lo que cuenta sucede en el día de hoy, que no existe entre nosotros una distancia de siglos —expresó con pasión—. Es tan viva su obra, tan vivas las voces de sus personajes, que parece que están ocurriendo ahora mismo. Con el único pintor que logro la misma sensación de transmisión de ternura en las miradas, de autenticidad, es con Rembrandt, por eso encuentro similitud entre ambos.

—Lo veo muy recuperado y me alegro.

—No se alegre tanto, doctor. Aunque ya le he dicho que aquí he encontrado una gran serenidad, el doctor Peyron me ha advertido que se repetirán mis crisis y que deberé permanecer en el sanatorio varios meses —añadió con un toque de amargura.

—Comprendo.

—No, no puede ni empezar a comprender —soltó Van Gogh, de repente excitado—. Usted igual no lo sabe, ¡pero mi hermano paga mi estancia aquí y mis materiales, y no es un hombre rico, y además tiene una familia que mantener! —El holandés se contuvo mordiéndose los nudillos de la mano. Pasados unos segundos, en un tono de voz más apaciguado, continuó—. Eso es un duro lastre para un hombre con principios como yo, incapaz de mantenerse por sí mismo.

El vigilante, al presumir que el interno podía agitarse, adelantó un paso, pero Aldave le hizo una discreta señal con la mano para que no se acercara más. En ese

momento el español echó en falta una verdadera preparación como médico, como psiquiatra, que le ayudara a sortear una embarazosa situación como esa. Afortunadamente, Van Gogh se tranquilizó y volvió a pintar. En el silencio de aquel paraje, Galo rememoró las palabras de ese hombre, tan llenas de sinceridad, y sintió compasión por él.

Una bandada de golondrinas surcó el cielo y atrajo la atención de Aldave, quien no se dio cuenta de que la hermana Anne-Marie se estaba acercando a ellos.

—¡Buenas tardes a todos! —saludó con su tono alegre habitual—. ¡Qué bien están aquí, disfrutando del paisaje!

Van Gogh siguió con lo suyo sin aparentemente percatarse de la llegada de la religiosa. Esta explicó a Galo que la cocinera le había indicado dónde podría encontrarlo. Se acercaba la hora de pasar visita y debían irse para allá. Se despidieron del holandés y del vigilante.

—Hermana, esta noche voy a quedarme en el sanatorio —explicó Galo decidido mientras caminaban hacia la sala de consulta.

—¿Aún sigue con esa idea? —preguntó la hermana abriendo mucho los ojos y alargando la frase.

—Por supuesto que sí. Tengo que «estudiar» muchos asuntos en horas en que hay total tranquilidad en el Saint Paul.

—¿Y no podría adelantarme alguno de esos... asuntos? —sugirió la religiosa con gracia.

—Como quiera, pero quizás no le guste. Tengo que revisar a fondo la cocina.

—¿La cocina? ¿No acaba de inspeccionarla ahora mismo?

—No. Eso no es inspeccionarla. He revisado algunas cosas, pero estoy seguro de que la hermana cocinera oculta algo.

—¿Qué quiere usted decir, que le ha mentado, que esconde algo? —preguntó extrañada.

—No..., no lo sé. Hay algo extraño en su comportamiento, por mucho que usted insista en que es su «forma de ser». Repito: oculta algo. Y confío en que usted, por muy amiga suya que sea, no le diga nada de esto.

Ante la cara de asombro de la joven, Aldave siguió:

—Una cosa es que la cocinera sea una mujer seria, reservada..., y otra es su hermetismo. Ni siquiera el ser español ha servido para que se abriera algo a mí. Por ejemplo, no ha querido ni hacer mención de su vida pasada, de cómo ha llegado hasta aquí.

—Las monjas no tenemos pasado antes de nuestros votos, doctor. No lo olvide, no quiera meternos en el mismo saco de los demás mortales; en ese aspecto no.

—¡Eso son absurdas estupideces! Además, no se trata de que me cuente su vida, sino de la forma en que te mira cuando intentas llegar a..., no sé, a una relación

normal entre personas.

—Haga lo que quiera, pero la hermana Concepción es una buena cristiana y no es ni una mentirosa ni mucho menos alguien con predisposición al mal ajeno. Además, monjas o no monjas, ¿quién no oculta algo de su vida? —repuso muy seria—. ¿Usted?

Galo calló.

A lo largo del día, mientras trabajaban, como siempre, con los enfermos, hubo entre ellos una ligera tirantez a raíz de la conversación sobre la cocinera. Como ninguno de los dos conocía el rencor y sentían verdadera simpatía mutua, al final de la jornada, sin que Galo le volviera a mencionar nada, la misma hermana Anne-Marie le propuso dos opciones para pasar la noche en el sanatorio: dormir en el ala de los internos varones, en una de las habitaciones vacías (allí seguro que lo veían los vigilantes y ayudantes de guardia), o bien prepararle como cama la dura camilla de exploración de la sala de consulta, situada en la zona de despachos, libre de «visitantes» nocturnos. Aldave escogió la segunda opción.

CAPÍTULO 9

La camilla, en efecto, era bastante dura para descansar en ella toda la noche, incluso con las mantas y la almohada que le había colocado la hermana Anne-Marie. Esta se había comprometido a no contar a nadie las andanzas nocturnas del español en el sanatorio, pero también le había advertido que, si la superiora la interrogaba sobre el asunto, ella nunca podría mentirle. Con esto Aldave ya se daba por satisfecho. Hasta el momento no había desentrañado nada de la misteriosa enfermedad del Saint Paul y la única forma de poder investigar a sus anchas era recorrer con libertad el centro, con la ayuda de la llave maestra del prefecto, amparado por la protección que le confería la oscuridad.

A las diez se cerraba la puerta de acceso al sanatorio y quedaban dentro, además de los enfermos, el portero —que vivía a la entrada en un edificio propio— y el personal de guardia: ayudantes varones para el ala de hombres y las hermanas de San José de Vesseaux para la de las mujeres. Si era necesario contener a alguna paciente con gran agitación, los ayudantes varones colaboraban con las religiosas. Nadie más permanecía en el centro. El resto de las hermanas residía en un pabellón aparte, se acostaban temprano, tras el último rezo, y no solían pasar a las dependencias centrales salvo en casos excepcionales.

Aldave consultó el reloj cuando creyó que la puerta principal estaría ya cerrada. Justo, las diez y media. Salió de la consulta. Reinaba un silencio absoluto. Llevaba consigo una lámpara pequeña de petróleo que se había preparado para este momento y la llave del prefecto en uno de los bolsillos del chaleco. Había cuidado hasta su calzado, seleccionando los botines con suela más mullida para evitar ruidos de pisadas. Su primer objetivo, la cocina. El camino más corto para llegar a ella era atravesando el magnífico claustro. Utilizó la llave maestra por primera vez, con algo de inquietud por si le fallaba. ¡Perfecto!, había abierto sin dificultad una de las puertas de acceso. Al salir al exterior, la humedad de la noche, la presencia estática de la luna llena y el sonido cercano de un ave rapaz le hicieron estremecer unos segundos. Bordeó el cuidado jardín, ahora monocromo, y abrió, de nuevo sin problemas, la puerta del extremo opuesto del claustro. La cocina estaba medio abierta. La luz temblorosa de la lámpara agigantaba aún más las grandes perlas colocadas boca abajo, unas encima de otras, en la mesa central, proyectando terribles sombras en la pared. Galo fue directo a su objetivo: una puertecilla lateral que conduciría con toda probabilidad a la despensa. La hermana Concepción no se la había mostrado, pero ahora iba a comprobar lo que guardaba allí. Intentó abrirla girando la manecilla, pero estaba cerrada con llave. De nuevo sacó del bolsillo la que le había entregado el prefecto, pero... ¡sorpresa!, ni siquiera podía entrar en el

bombín. Acercando más la lámpara, Aldave comprobó que la cerradura era nueva, muy floja, y quien la había colocado no era ningún experto: estaba torcida y con los tornillos colocados de cualquier manera. Buscó a su alrededor y descubrió un cuchillo pequeño de pelar patatas junto a las ollas. Ayudándose de él, la desmontó en unos pocos minutos. Después, con un firme empujón, abrió la puerta. En el suelo, al lado del gozne, un pequeño plato con un polvillo blanco, seguramente matarratas. De un bolsillo de la levita sacó un sobrecillo de papel y una cucharilla de laboratorio. Cogió una muestra del polvillo y, tras olerlo, lo guardó. Era arsénico blanco, sin ninguna duda. Una de las hipótesis que barajaba desde el principio era que todo se debiera a un envenenamiento masivo, y el arsénico era el veneno más frecuentemente utilizado por los homicidas. Su mente empezó rápidamente a trabajar. Había examinado concienzudamente a todos los enfermos buscando signos y síntomas que le pusieran sobre la pista del origen de la extraña enfermedad. La intoxicación por arsénico origina náuseas, vómitos, diarrea y olor aliáceo del aliento. Hasta el momento, excepto casos puntuales de diarreas infecciosas, no había un número suficiente de enfermos con estos síntomas como para pensar en el arsénico como el tóxico productor de la enfermedad. Por otra parte, ninguno de los internos tenía líneas blancas en las uñas, típicas asimismo de esa intoxicación. Habría, pues, que considerar otras opciones.

Revisó de arriba abajo la despensa y no encontró nada más potencialmente peligroso. Todo estaba en perfecto orden y correctamente etiquetado, desde los pequeños botes de especias hasta los grandes sacos de harina y arroz, reflejo de la pulcritud de la hermana Concepción. Tampoco halló nada de interés en los cajones y alacenas de la cocina, con lo que dio por finalizada la inspección en aquel lugar.

En vez de cruzar de nuevo por el claustro, optó por dar toda la vuelta por el corredor para examinar a fondo su otro gran objetivo: la farmacia. La pequeña lámpara apenas iluminaba un diminuto círculo delante de Galo, quien andaba despacio para no toparse con algún objeto inesperado o con la misma pared. De repente, su corazón se paralizó: un grito desgarrador le atravesó el alma y le hizo sentir un sobresalto. Procedía del ala de las mujeres. Inmediatamente después se oyó movimiento, puertas que se cerraban, pasos, voces... Aldave continuaba inmóvil en medio del pasillo, casi sin respirar, aguardando que cesase el guirigay y, también, ideando una excusa por si aparecía alguien por allí. Al cabo de unos minutos, afortunadamente, volvió la calma. Galo respiró profundo y continuó el recorrido.

Cuando estaba a punto de llegar a la farmacia, de nuevo se acobardó: del despacho del ecónomo salía una tenue luz por debajo de la puerta, que permanecía cerrada. Tras un momento de indecisión, se acercó hasta rozarla para comprobar si se oía algo. Aunque no podía precisar el origen de los sonidos que escuchaba, sintió la presencia de alguien en aquel cuarto, ¿el ecónomo tal vez? Si era así, ¿por qué a

aquellas horas?, y si no era el manco Gastineau..., ¿quién podía ser?: ¿algún ladrón?, ¿alguien con interés en descubrir algo o en tergiversar algo de los libros de cuentas? ... Sea cual fuese la respuesta a estas incógnitas, Galo debía desaparecer de allí, no podía arriesgarse a que lo descubrieran. Dudó si aligerar el paso hasta su consulta o esperar escondido a que saliera el misterioso compañero de peripecias nocturnas. Al levantar un poco la lámpara, descubrió enfrente una de las ventanas que daban al claustro y, sigiloso como hasta entonces, buscó de nuevo una de las puertas de acceso a él, la abrió, salió al exterior, buscó la ventana, apagó la lámpara... y esperó. Desde allí se divisaba perfectamente la puerta del despacho de Gastineau gracias a la luz que salía de su interior, temblorosa. Esperó una media hora y cuando, cansado, ya estaba decidido a volver a la consulta, vio como la puerta se abría y del interior del despacho salía el ecónomo Gastineau. Del único brazo que tenía portaba una lámpara algo más grande que la de Galo, que depositó en el suelo del pasillo mientras cerraba con llave la estancia. Desde esa posición, la luz iluminaba perfectamente el lado derecho de la levita del ecónomo mostrando la mitad de un sobre blanco sobresaliendo del bolsillo exterior. Tras coger nuevamente la lámpara, como si fuera un espectro, desapareció rápidamente del campo visual del español y la oscuridad reinó de nuevo en el sanatorio.

Cuando pasó un tiempo prudencial, Aldave encendió de nuevo su lámpara, desanduvo lo andado y fue directamente al despacho del ecónomo. Sin pensarlo dos veces, sacó la llave maestra y entró. Si Gastineau volvía por cualquier motivo, se arriesgaba a encontrarse al día siguiente en un tren camino de vuelta a París, pero llegado a este punto y con los nulos avances en su investigación, tenía que ir a por todas en todas las pistas posibles que le fueran surgiendo.

El cuarto de trabajo del ecónomo era bastante espacioso, pero no había tantos libros y papeles como Aldave había presupuesto. La primera acción del español una vez dentro fue intentar abrir los cajones de la mesa, pero, como había ocurrido con la cerradura de la despensa, la llave maestra no cabía. Se maldijo a sí mismo por no haber llevado consigo una ganzúa. Ni se le pasó por la cabeza desmontar las cerrajas porque, a diferencia de lo que probablemente ocurriría al día siguiente en la cocina, Gastineau pondría el grito en el cielo, avisarían a las autoridades, interrogarían al personal y quién sabe si la hermana Anne-Marie no acabaría, a su pesar, delatándole. Ante esta perspectiva, abandonó la mesa y comenzó a recorrer palmo a palmo el despacho buscando algún indicio que pudiera servirle. En las vitrinas, los libros de cuentas se sucedían consecutivamente por años. Comenzó a revisar los más recientes: en los gastos figuraban las entradas de víveres, los sueldos del personal, los preparados para medicinas, el mantenimiento de mobiliario, de ropa...; y en los haberes, el importe abonado por los internos, las aportaciones altruistas de particulares —destacaba la señora viuda de Murat, con una importante cantidad fija

anual—, los beneficios del arrendamiento de alguna propiedad del sanatorio... En principio, todo en orden. La intuición —tan opuesta a su admirado método científico— le indicaba que había algo más por descifrar entre aquellas cuatro paredes que explicase al menos la extraña visita de Gastineau. Pormenorizadamente, fue revisándolo todo: libros de registro, libros de consulta, cuadernos, cuadros, hasta que la fatiga se adueñó de él. Se sentó de nuevo ante la mesa y miró el reloj: las dos y diez de la madrugada. Entonces fue cuando se percató del pliego de papel secante, iluminado delante de sus ojos por la lámpara de petróleo. Probablemente lo acababa de utilizar Gastineau porque, sin darse cuenta antes, se había manchado de tinta la mano al consultar los libros en la mesa. Rápidamente le dio la vuelta y lo colocó frente a la luz: se quedó de piedra al leer con claridad: «Sr. Cabasset. Prefectura de Bouches-du-Rhône. Marsella».

CAPÍTULO 10

—¿No ha dormido usted en casa, doctor? —le preguntó la mujer de Poulet mientras le servía el desayuno.

—No, Charlotte —contestó Aldave, ideando una excusa—. Ya le dije que no vendría a cenar porque tenía mucho trabajo retrasado en el sanatorio; pues bien, ¿quiere usted creer que me quedé dormido encima de mi mesa? Cuando desperté, la puerta principal estaba ya cerrada y en casa del portero no se veía ni una luz. No quise molestarle. Di media vuelta y he estado descansando toda la noche encima de una camilla. ¿Qué le parece?

—¡Uy, debe de estar molido! —exclamó la joven riendo.

—Algo así, menos mal que hoy es fiesta y tengo tiempo de recuperarme.

—Puede usted acostarse en su cama cuando quiera, está intacta desde ayer..., pero no debe perderse el paso del ganado, no habrá visto una cosa igual en toda su vida.

En ese momento entró Poulet con la niña de la mano.

—Buenos días, doctor —dijo Claire.

—Buenos días, Claire, ¿hoy no vas a la escuela?

—¡No! —objetó con decisión—, ¡hoy es el día de la «transemancia»!

—De la trashumancia —la corrigió con cariño su padre.

—¿Te gustan las ovejas, Claire? —preguntó Galo.

—Mucho, y sobre todo los corderos.

—Tendremos que verlos pasar.

—¡Por supuesto! —dijo Poulet, como siempre con gran simpatía—, hoy es uno de los días del año más importantes en Saint-Rémy, seguro que le va a encantar. Estas cosas no se ven en los «parises». Además, mi suegra nos habrá preparado una buena comilona para después —añadió guiñándole un ojo.

Aprovechando que la niña había salido del comedor, Aldave invitó a Poulet a sentarse con él a la mesa. Quería recabar información sobre el ecónomo. Tras una corta conversación sobre la fiesta del lugar, el médico, con habilidad, cambió de tercio.

—Desde que he llegado al Saint Paul he ido conociendo poco a poco al personal y tengo que reconocer que hay gente un poco extraña, ¿no le parece, François?

—¿Y quién querría trabajar con locos, doctor?: pues la gente... «extraña», como usted dice —reconoció Poulet, medio en broma, medio en serio.

—El señor Gastineau, el ecónomo, ¿es de Saint-Rémy?

—¡Bueno! ¡Ha empezado por un extraño de verdad! —dijo Poulet riendo—. No sé seguro si ha nacido aquí, pero lo que sí sé es que lleva toda la vida en Saint-Rémy.

Yo puedo contarle mil anécdotas, porque por su aspecto físico (manco, tuerto, desdentado) —describía el cochero contando grandilocuentemente con los dedos— los niños le incomodan y se mofan de él. Yo mismo le he lanzado piedras (pequeñas, me refiero) con otros muchachos cuando éramos chicos. El pobre nos amenazaba con una sarta de insultos y maldiciones mientras nosotros huíamos a escondernos detrás de algún carro o de alguna esquina. Eso... cuando íbamos en cuadrilla, porque de uno en uno... más bien nos daba miedo. Si nos lo topábamos de noche, por ejemplo, no había nadie que no se cruzara al otro lado de la calle o se diera media vuelta, ni uno, ni el más valiente del grupo. Yo tengo que reconocer, doctor, que alguna noche hasta he soñado con él, porque mi madre, que era muy lista y conocía a todo Saint-Rémy y también nuestras correrías de chavales, más de una vez me ha amenazado con llevarme con *el Manco* si mi comportamiento no era..., ya sabe..., el más adecuado.

—¿Bebe mucho Gastineau? —inquirió Aldave.

—¡Uf! Todo el alcohol de Saint-Rémy y mucho más. ¿Cómo lo ha adivinado con el poco tiempo que lleva aquí? Que yo sepa, no se le ve nunca borracho.

—Soy médico, François.

—Es verdad, doctor. Ustedes sí que son listos, lo saben todo.

Galo rio la ocurrencia de Poulet sabiendo, además, que creía sus propias palabras.

—¿Está casado?

—Sí, con una mujer de Tarascon, pero ella sale poco de su casa. Y antes de que me lo pregunte: no tienen hijos.

—Una última cuestión sobre el ecónomo: me invitó a jugar una partida de cartas..., ¿qué opina?

—¿De qué?: ¿de que juegue a las cartas o de que le invite a usted?

—De todo un poco, François. Me gustaría estar al tanto de si es un jugador de verdad, porque si me siento obligado a acudir a alguna de sus partidas quiero saber a qué atenerme.

—Lo que se dice por ahí es que juega con mucho dinero, pero yo nunca lo he visto y yo no soy hombre de habladorías. Ahora, si me pide consejo, no acepte ese tipo de invitaciones: sabe con lo que entra, pero nunca con lo que va a salir. Y Gastineau, en confianza, no me gusta..., no sé por qué, pero no me gusta.

—Por qué va a ser, François, ¡por miedo a que se acuerde de las piedras que le arrojó!

Era lunes de Pentecostés y la ciudad bullía. Había gente por todas partes y todo el mundo estaba alegre y dicharachero. Las muchachas resplandecían con sus blusas blancas, sus faldas y delantales estampados en colores primaverales y sus pequeños sombreros de paja graciosamente ladeados. Los niños tiraban insistentes de sus padres para no llegar tarde y perderse el paso del ganado. Y los padres, de fiesta, se paraban sin prisa a charlar distendidos con amigos y conocidos. La plaza de las

Hierbas estaba repleta de puestos de venta de quesos, miel, jabones, objetos de cerámica, abalorios, encajes... Las mujeres miraban, tocaban, preguntaban, compraban... Galo, a pesar de no haber pegado ojo en toda la noche, no se había acostado. Quería disfrutar de una festividad que todos anunciaban como única. Por el momento, la algarabía y el sol le mantenían bien despierto.

Como el gentío se dirigía hacia una dirección, Aldave se sumó a la procesión y poco a poco empezó a oír un sonido monótono, continuo, que conforme se avanzaba aumentaba de intensidad. Por fin llegó al bulevar que rodea a la ciudad y pudo contemplar el origen de ese retumbo, un espectáculo realmente nunca visto: cientos y cientos de ovejas, corderos y cabras atravesando Saint-Rémy conducidos por pastores que saludaban a todos cuantos admiraban su paso. De vez en cuando se veía algún asno engalanado, sujeto del ronzal por un niño, envidia de los demás, que observaban atónitos el desfile.

—¿Cuántos animales calcula que pasan hoy por aquí, doctor?

Galo se giró rápidamente, creyendo reconocer la voz que casi le rozaba, intentando que él la oyera en medio del ruido general.

—¡Ah, es usted!, pues... no sé..., ¿dos mil animales?

—Unas cuatro mil cabezas de ganado —dictaminó la viuda Murat con orgullo.

A diferencia de otros días en que vestía conjuntada de pies a cabeza, elegante, enojada..., en esta ocasión llevaba simplemente, como muchas otras mujeres, una sencilla blusa blanca con bordados y una falda de colores vivos, sin apenas adornos, sin collares, sin guantes, sin velo en el rostro... Parecía mucho más joven, más natural, casi una muchacha. Galo estaba arrobado mirándola en medio de la multitud, tan solo a unos centímetros de él.

—¿Vive cerca de aquí, señora Murat? —improvisó acercándose a ella y casi gritando para que, a su vez, pudiera oírle.

—No, mi casa está en el camino a Tarascon —respondió en el mismo tono, aproximándose más al español—. Ya la conocerá. ¿Cómo le va por Saint-Rémy, doctor? ¿Se siente a gusto?

—Sí, muy a gusto. Me encanta estar rodeado de campo y naturaleza, aunque no lo he podido disfrutar hasta ahora porque el sanatorio me ocupa mucho tiempo.

—Me alegro de que esté contento entre nosotros. Imagino que debe de ser difícil adaptarse a la aburrida vida de una pequeña ciudad viniendo de París.

—Con sorpresas como esta —reconoció Galo señalando al ganado— no existe el aburrimiento. Además, he de confesarle que tengo la suerte de tener una profesión de todo menos aburrida.

—¿No echa de menos París?

—Hasta ahora, sinceramente, no.

—¿Ni a nadie de París?

La intención de la pregunta estaba clara. Por un instante, Aldave recordó a Camille, la mujer a la que tanto había amado, que ahora quedaba muy lejos, y contestó, también con intención, mirándola a los ojos:

—Puedo asegurarle que no.

Permanecieron unos minutos callados, observando la riada de animales que no cesaba, sabiéndose pendientes el uno del otro, rozándose brazo con brazo por el empuje de la gente que los rodeaba, pero sin iniciar ninguno de los dos de nuevo la conversación, como queriendo que ese instante se prolongara en el tiempo.

Cuando ya terminó de pasar el ganado, relajados, bromearon a propósito de la cantidad de excrementos que habían dejado por todo el recorrido. Pauline le explicó que los animales partían en primavera desde la Provenza a los Alpes y que la marcha duraba unos diez días. Después el médico se ofreció a acompañarla hasta el lugar donde la esperaba su cochero. Seguía habiendo gente por todas partes. Mientras paseaban, ella le explicaba el origen o la importancia de las casas más sobresalientes y de las fuentes más curiosas que iban encontrando.

Justo a la salida de Saint-Rémy, al comienzo de la carretera a Tarascon, esperaba el coche. Esta vez el cochero aguardaba en el pescante. Las ventanillas, al menos la que divisaba Galo, tenían corrida la cortinilla. Unos veinte metros antes de llegar, Pauline se paró para despedirse del médico. A Aldave le extrañó que lo hiciera a tanta distancia del carruaje, pero en ese momento no le dio más importancia. Estaba feliz de haberla encontrado o, mejor, de que ella se le hubiera acercado, del pequeño paseo a su lado, de haber disfrutado de su voz, de sus gestos, de su presencia.

Pauline abrió la puerta del coche y, en décimas de segundo, mientras subía, a Galo le pareció distinguir a otra persona dentro. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia el vehículo a la par que este daba media vuelta para enfilarse hacia su destino, y se colocó casi al lado de la otra ventanilla, oculta también por la cortina, pero bajo la cual aparecía, apoyada en el hueco de la puerta, una mano masculina. Aldave sintió una puñalada en el pecho. Cuando el coche ya estaba lejos, cayó en la cuenta de que esa mano no era desconocida para él. Llevaba una gran sortija con un zafiro que había visto antes, pero no acertaba a reconocer al dueño. Empezó a cavilar con rabia y a tratar de recordar uno por uno a todos los varones que había conocido desde que estaba en la Provenza... y, de repente, le vino a la mente esa mano tosca y velluda preparando las fórmulas magistrales en la botica del sanatorio: era de Adrien Clermont, el farmacéutico.

No podía ni creerlo: el insolente Clermont, el afeminado..., en el coche de Pauline Murat. Seguro que eran amantes. ¿Por qué si no ella le había despedido lejos del coche? Sin duda sabía de la presencia del farmacéutico dentro y pretendía evitar que él lo viera. De no ser amantes, ¿qué inconveniente había en presentárselo como un amigo? ¿Y por qué tenían las cortinillas corridas? No era lo habitual en esa

estación del año. No la tenía corrida el día que paró en el camino del sanatorio para invitarlo a subir al coche. Por eso iba sola este día de fiesta. No querían que los vieran juntos y habrían decidido que él la esperase en el carruaje mientras ella contemplaba el paso del ganado. Tal vez él mismo había servido de disimulo ante las gentes, que desconocían la relación del boticario y la viuda. Infeliz de él, que momentos antes se sentía el más dichoso de la tierra con una mujer como Pauline Murat al lado sonriéndole...

Ofuscado por los celos, lo primero que se le ocurrió fue volver al sanatorio y revisar de arriba abajo la farmacia intentando hallar un indicio que los relacionara a ambos, o, mejor aún, una pista que implicara al boticario en la enfermedad de los internos. Aceleró el paso acortando en lo posible el cruce de la ciudad hasta tomar la carretera que conducía al Saint Paul. La fiesta había finalizado para él. Ya no veía ni a las muchachas, ni a los niños, ni oía sus voces, ni sentía su gozo, solo tenía fija la imagen de la repulsiva mano de Clermont posada en la puerta del carruaje, quién sabe si a propósito para mostrarle su poder sobre Pauline Murat.

—¡Doctor!, ¿le ocurre algo? —La mujer de Poulet, Charlotte, lo detenía sujetándole discretamente por el brazo—. ¿Se encuentra bien, doctor Aldave?

Sin dormir apenas, con el desayuno a medio terminar —por la conversación con el cochero— y con el sofoco de lo entrevisto unos minutos antes, el español ofrecía un aspecto un tanto preocupante para el que lo conociera bien: los ojos desencajados, el cuello de la camisa desarreglado, la mirada fija, la frente sudorosa, el paso apresurado... Lo primero que pensó Charlotte al verlo así, tan distinto a su impecable porte habitual, fue que había sucedido algún imprevisto médico en el sanatorio y corría a cumplir con su obligación..., pero al no distinguir a nadie con él —el mensajero de la potencial urgencia— dirimió que el enfermo tenía que ser él mismo.

—Sí, me encuentro perfectamente, Charlotte, tengo un poco de calor, nada más —contestó Galo nervioso, indeciso de si cortar sin más explicaciones a la joven o inventarse alguna para tranquilizarla y proseguir su camino.

Entonces se acercó la niña, más alegre y bonita que nunca.

—¡Doctor! ¿Ha visto a los animales?

Su expresión inocente e ilusionada le hizo volver a la realidad y serenarse un poco.

—Claro que sí, Claire —respondió agachándose a su altura y tomándola de las manos—. ¿A que no los has contado?

—No... —confesó la niña con abatimiento.

—No te preocupes, yo te lo digo. ¿Quieres saber cuántos había?

La niña asintió.

—¡Cuatro mil!

—¡Cuatro mil! —subrayó la pequeña con sincera admiración.

En esto llegó Poulet, más contento de lo habitual, después de probar algún que otro vaso de vino.

—¡Doctor! ¡A casa! ¡A comer! ¡Hoy mi suegra cocina de fiesta!

Lo había olvidado. Había prometido a Poulet y su familia que comería ese día con ellos. Para la familia significaba un honor compartir la mesa con una persona distinguida el día de la trashumancia. Vaciló unos instantes entre acompañarlos o inventar una excusa creíble y continuar hacia el sanatorio..., pero al ver a los tres tan pendientes de su decisión no supo mentir y los siguió.

Su estado de ánimo mejoró durante la opípara comida porque en la familia Poulet reinaba siempre el optimismo y el buen humor. Cuando se retiró a su habitación rememoró todo lo ocurrido aquel día con más calma. Tal vez se había precipitado en sus conclusiones acerca de Pauline Murat y el farmacéutico. Para llegar a ellas se había dejado llevar por los celos —esa pasión tan inútil y destructiva— en vez de aplicar la razón, como hacía siempre en su trabajo de forense. De poco le habían servido tantos años de estudio y preparación, procurando obtener conclusiones tras un minucioso análisis de los hechos y una correcta elaboración e interpretación de los datos aplicando el método científico, si a la hora de la verdad, en su propia vida, actuaba como cualquier imberbe mozalbete sin cultivar. Estaba claro que el farmacéutico esperaba en el coche a Pauline Murat, lo que demostraba que se conocían y que los unía una relación más o menos cercana, pero también era cierto que las miradas e insinuaciones de la viuda no dejaban lugar a dudas de su interés por el español. Con todo este batiburrillo en la cabeza se quedó dormido.

—¡Doctor!, ¡doctor!

Poulet estaba llamando a la puerta.

—Perdone, ya veo que se había quedado traspuesto —señaló el cochero—. Abajo está uno de los vigilantes del sanatorio y me ha entregado esta nota para usted.

Galo la abrió, un tanto confuso por el brusco despertar, y se quedó pensativo. Ante la mirada interrogante de Poulet, le explicó:

—Ha fallecido uno de los internos. Dígale al vigilante que ahora mismo voy para allí.

CAPÍTULO 11

En numerosas ocasiones, ante el interés de la gente por los detalles de su profesión, Aldave había tenido que explicar que se realizan dos tipos de autopsias: las clínicas —efectuadas por los médicos de los hospitales— y las medicolegales —tarea de los médicos forenses—. También que las primeras tienen como objeto conocer la enfermedad o enfermedades que han originado la muerte del enfermo, con un afán meramente científico, mientras que el objetivo de las segundas es averiguar si una muerte violenta o sospechosa de criminalidad lo es realmente y los mecanismos y la causa medicolegal que han concurrido en ella.

La tarde anterior, después de la comida en casa del cochero, Aldave había confirmado la muerte de un enfermo ingresado desde hacía un año por un grave estado esquizoide, agravado en los últimos meses con convulsiones, delgadez y dificultad para la marcha. Era uno de los internos que Galo había seleccionado como afectos de la «extraña enfermedad». Al español le costó convencer a Peyron, el director del Saint Paul, de que le permitiera practicar la necropsia del cadáver, porque no era esta una rutina en el centro, es más, la última autopsia la realizó el forense de Bouches-du-Rhône dos años antes al cuerpo de un interno atacado por otro en un brote de locura. Por supuesto, Peyron accedió sin saber que Aldave era forense, suponiendo que el interés del español era puramente científico, es decir, que iba a practicarle una autopsia clínica.

Mientras Galo preparaba el instrumental —costótomos, escalpelos, cuchillos, tijeras, vasos de medición de líquidos, erinas, sierras, hilo de bramante, agujas...—, iba meditando sobre las distintas posibilidades diagnósticas con las que se podría encontrar. Al tratarse de un proceso que afectaba a un numeroso grupo de personas convivientes, como primera opción habría que pensar en una enfermedad infecciosa, es decir, producida por un germen que pudiera haberse transmitido de un paciente a otro y que, a la vista de los signos y síntomas predominantes en los enfermos, se hubiera acantonado en el sistema nervioso, bien en el cerebro o en la médula espinal. Un dato que ponía, en principio, en tela de juicio esta hipótesis era la ausencia de fiebre, pero no la descartaba por completo, puesto que existían síndromes infecciosos con temperatura corporal normal. Una segunda posibilidad era una intoxicación masiva accidental debida a algún tóxico presente en el ambiente, en la comida o en las medicinas que recibían los internos. Entre las dos hipótesis anteriores, el español tampoco descartaba un cuadro de toxicidad nerviosa secundaria a emponzoñamiento por artrópodos, como determinadas especies de arañas que originan enfermedades graves e, incluso, la muerte. Por último, la tercera opción, la aventurada por el prefecto de Marsella, el envenenamiento doloso por parte de alguna persona con

acceso al sanatorio y con un fin que, hasta entonces, Galo no había ni comenzado a descifrar.

—¿A qué santo va usted a realizar una autopsia?

Aldave giró la cabeza casi 180 grados. Adrien Clermont, el farmacéutico, le interrogaba desde la puerta, apoyado en el quicio, con voz y actitud prepotentes. El español, sin poder evitarlo, saltó:

—El papel que usted ejerce en este sanatorio, señor Clermont, no me obliga a responder a esa pregunta.

Clermont no esperaba esa contestación. Acostumbraba a tratar a los desconocidos desde el primer momento con distancia y superioridad para señalarse en un plano más elevado que ellos e intimidarlos de alguna forma, fuera cual fuese su valía. Era una estratagema para ocultar sus propias debilidades, que hasta entonces más o menos le había funcionado, sobre todo con los hombres y también con las mujeres de extracción social inferior a la suya. Pero el español, con tan solo una frase, se había colocado a su nivel.

—Quiero decir —siguió Clermont un tanto desconcertado por la reacción de Aldave, pero persistiendo en su discurso— que Saint-Rémy no es París, y que aquí nadie le va a aplaudir sus hallazgos científicos. No es necesario montar todo este espectáculo para demostrar lo que sabe, lo por encima de nosotros que está.

El español se estaba calentando.

—Además —continuó el farmacéutico en el tono antipático de siempre—, es de suponer que tendrá el permiso del director para diseccionar el cadáver.

—Por eso no se preocupe, señor Clermont —manifestó Aldave irritado—, tengo el permiso del doctor Peyron y de la familia. Y respecto a lo del espectáculo y todas esas sandeces, sepa que no espero las lisonjas de nadie, sino mi propia tranquilidad como médico aquí, en París o en Sebastopol. Usted, que tanto cree en la terapéutica como ciencia, también debería creer en la autopsia como medio para conocer si los medicamentos curan o no las enfermedades.

—Por supuesto que sí, ¡no piense que soy un ignorante! —replicó Clermont—, solo pretendía advertirle de las consecuencias de diseccionar un cadáver sin los permisos oportunos.

Cuando por fin desapareció el boticario de su vista, Galo pensó en lo desagradable que era, en cómo podía mantener una relación cercana con una mujer como Pauline Murat, y en las oscuras razones por las que no quería que el español practicara esa autopsia. Sin saber por qué, también le vino a la mente la siniestra figura del ecónomo la noche en que lo descubrió saliendo de su propio despacho a hurtadillas, con un sobre recién escrito a nombre del prefecto de Marsella. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Había alguna relación turbia entre el ecónomo y el prefecto? En ese caso, ¿por qué este último no le había prevenido?, ¿es que le había

ocultado algo? ¿Y esto tenía que ver con la enfermedad de los internos? Confiaba en que este pobre desdichado que acababa de fallecer le despejara alguno de los múltiples interrogantes que le rodeaban.

Dos ayudantes colocaron en silencio el cuerpo del fallecido en la mesa de piedra, cubierto por una sábana blanca. Galo descubrió la sábana solo lo necesario para desplazar un poco el cadáver agarrándolo por debajo de las axilas para que la cabeza le sobresaliese mínimamente. A continuación, le colocó un zócalo de madera debajo del cuello para facilitar posteriormente la apertura craneal, y dio comienzo a la prospección.

Una de las actividades más genuinas de un forense o de un patólogo es la práctica de la autopsia. Durante su realización, a la vez que se enfrenta a la resolución de un enigma médico, casi siempre complejo, también se coloca en una situación emocionalmente intensa y delicada al tener entre sus manos un cadáver humano. Y siempre con el objeto de mejorar el conocimiento de la naturaleza humana, tanto sana como enferma.

Tras dos horas de intenso trabajo, Aldave, auxiliado por los ayudantes, cerró mediante una sutura el cuerpo del fallecido. Había estudiado macroscópicamente todos los órganos y había tomado diversas muestras para enviarlas a analizar a la próxima y prestigiosa Facultad de Medicina de Montpellier, donde ejercía un antiguo compañero de facultad. A simple vista, la causa de la muerte no estaba clara, pero no cabía duda de que, además de un pequeño tumor en el estómago, el hallazgo más evidente, relacionado probablemente con los trastornos que sufría el enfermo, era una congestión pasiva de los vasos sanguíneos de las meninges y de los núcleos de la base del encéfalo, así como pequeñas hemorragias petequiales en las meninges, es decir, en las membranas que recubren el cerebro y la médula espinal. También en otros órganos aparecían zonas con depósitos de sangre, sobre todo en el estómago. Lo que había que averiguar ahora era la causa, la razón por la que se había originado este cúmulo de sangre en el cerebro, y confiaba en que los resultados de los análisis de Montpellier le pusieran sobre la pista.

—¿Ya ha terminado, doctor? —le preguntó el director cuando se dirigía a su despacho.

—Sí, hace unos minutos.

—¿Algo interesante?

—Bueno..., todavía tengo que organizar mis ideas, anotarlas y redactar el protocolo de la autopsia antes de sacar alguna conclusión.

—Ah, entiendo. Manténgame informado cuando termine su informe —concluyó Peyron, como siempre, con prisa.

A su paso por el corredor, Aldave observó que la enfermería estaba abierta y se acercó. Como el despacho de Gastineau, el ecónomo, estaba al lado, al aproximarse

Galo le oyó levantar la voz a otra persona y, para enterarse de la conversación, entró en la enfermería y cerró la puerta. Se distinguía perfectamente la voz del ecónomo increpando a alguien en un tono áspero, pero no se apreciaba lo que le estaba diciendo. Tras unos minutos, al español le pareció advertir una voz femenina suplicando algo y, después, de nuevo escuchó a Gastineau, elevando aún más la voz, exigiendo: «¡Y cuanto antes!».

Cuando oyó abrirse la puerta del despacho contiguo, Aldave salió de la enfermería dispuesto a saber quién era la mujer a la que el ecónomo estaba amonestando, seguramente alguna sirvienta torpe o alguna ayudante que había cometido una falta que Gastineau recriminaba. Se quedó de piedra cuando vio el cuerpo frágil de la madre superiora alejándose con prisa, aparentando no oír la voz potente del médico que la llamaba: «¡Madre Épiphane!».

A punto estuvo el español de entrar en el cuarto de al lado y pedirle explicaciones al manco, tuerto y desdentado Gastineau, pero se contuvo al recordar su auténtica misión allí y, sobre todo, al afianzar sus dudas y sospechas sobre ese extraño hombre. Si lo avasallaba, sin duda se defendería, y estaba claro que ejercía en el sanatorio más poder del que su rol de administrador de cuentas le confería. «Mejor esperar», se dijo Aldave, con más deseos que nunca de hurgar en los cajones cerrados de su mesa.

En la enfermería había tres vitrinas con todos los útiles necesarios para realizar curas y otros procedimientos, desde bateas hasta lavativas, pasando por jeringas, mangos de bisturíes, pinzas... Fue observándolo todo detenidamente a través de las cristaleras hasta que por fin se decidió y abrió la vitrina que contenía, perfectamente limpias y ordenadas, las pinzas de disección. Su objetivo era fabricarse una ganzúa que le permitiera acceder a los espacios más recónditos del Saint Paul donde la llave maestra del prefecto no sirviera. Cogió una a una las pinzas más finas, y por lo tanto más maleables, las revisó minuciosamente y eligió la que consideró más adecuada. Ahora solo tenía que encontrar el momento apropiado para revisar a fondo las estancias que le faltaban, incluida, por supuesto, la mesa del ecónomo.

Llamaron a la puerta.

—¡Doctor Aldave!

Era el portero del sanatorio con un sobre en la mano.

—La señora de Murat lo ha entregado para usted.

—¿Está todavía aquí? —preguntó rápidamente Galo, dispuesto a salir a su encuentro.

—No, lo ha dejado hace bastante rato, pero me han dicho que usted estaba ocupado.

—Gracias.

El español lo abrió sin perder ni un segundo.

Doctor Aldave:

La noche del solsticio de verano tengo por costumbre ofrecer en mi casa una cena a mis amigos. Está usted invitado. Me proporcionaría un enorme placer su asistencia. Lo espero a las siete de la tarde.

Pauline Murat

El español relejó varias veces la nota con el corazón acelerado. Pauline Murat lo seguía recordando. Y lo convidaba a su casa. Olvidó en un suspiro al impertinente farmacéutico y los celos que le habían obcecado baldíamente dos días antes. Ahora solo pensaba en ella y en la carta que tenía ante los ojos. La guardó en un bolsillo del chaleco como un tesoro. Exultante, salió al jardín principal del Saint Paul a respirar el límpido aire del Midi francés en primavera. Unos jardineros se ocupaban del cuidado de los parterres y de las maravillosas flores que los engalanaban. Cientos de insectos revoloteaban entre ellas buscando el néctar más selecto mientras el canto de los pájaros y el sonido relajante del agua de la fuente transformaban aquel sanatorio en una prolongación de la gloria. Rememoró, entonces, la autopsia realizada tan solo dos horas antes como contrapunto a las sensaciones que ahora vivía y pensó en el pobre difunto que ya no podría disfrutar de un cielo azul como el de esa mañana, ya próxima al verano.

De repente, por asociación de ideas, una duda le asaltó: ¿cuál era la noche del solsticio de verano? ¿La del 21 de junio, día en que comenzaba la nueva estación, o la del 23, noche de San Juan, tan festejada en España? La incertidumbre se adueñó de él. Tenía que informarse, de lo contrario se arriesgaba a hacer el ridículo más espantoso si se presentaba a la cena la noche inadecuada. A lo lejos, en la puerta de la entrada principal, divisó al capellán Tamisier, que se acercaba.

—Buenos días, doctor Aldave —le saludó el sacerdote.

—Buenos días, padre Tamisier. Voy a aprovechar este encuentro para hacerle una pregunta.

—Usted dirá, si la sé responder...

—¿Cuál es la noche del solsticio de verano?

—¿Del solsticio de verano? —preguntó extrañado el capellán—. Será la del día 21 de junio, ¿no?

—¿Está seguro?

—Seguro no hay nada en esta vida, querido Aldave —contestó Tamisier con gesto teatral de resignación—, pero ¿necesita una seguridad... absoluta? —inquirió ahora el capellán, exagerando nuevamente la mímica, presuponiendo que la duda no era esencial.

Galo sonrió y continuó en tono jovial.

—¡Absoluta! Figúrese que me han invitado a una cena esa noche, a la que no

puedo faltar.

El capellán se le acercó y le musitó casi al oído:

—Por la carita que pone... estoy seguro de que la anfitriona es una mujer, ¿me equivoco?

—Tiene el cincuenta por ciento de posibilidades de errar, padre Tamisier..., pero... ha acertado.

—Bueno, bueno..., me alegro de que no pierda el tiempo, doctor. Al fin y al cabo, no todo va a ser ciencia en esta vida —agregó el capellán con picardía—. Venga conmigo, la hermana Anne-Marie me espera en la capilla para concretar unos asuntos musicales, ya sabe, las piezas que vamos a tocar en la misa del próximo domingo. Le preguntaremos a ella lo del solsticio. Si no fuera sacerdote, me jugaría algo a que la hermana lo sabe.

La joven religiosa, en efecto, estaba en el oratorio, al parecer afinando su precioso instrumento. Esa vez sí los oyó entrar. Nada más verlos, se levantó para informar al médico de un asunto ocurrido mientras realizaba la necropsia.

—El señor Van Gogh ha sufrido un ataque de manía esta mañana. Ha sido terrible. Han tenido que contenerle con camisola de fuerza y aplicarle duchas frías directas. Hace un rato he preguntado por él y, gracias a Dios, parece que se está tranquilizando.

—¡Pobre diablo! —exclamó Aldave—. Lo cierto es que lleva un gran artista en su interior, de eso no tengo la menor duda, pero su propia enfermedad mental le arrastra a pintar de una forma rara e incongruente. Es como un diamante en bruto. Qué lástima que su gran capacidad de trabajo y de creación se concentre en unos cuadros tan extraños. ¿Lo conoce usted? —le preguntó a Tamisier.

—Poco, pero he oído hablar de él, sobre todo a la hermana Anne-Marie. Parece ser que uno de sus hermanos se hace cargo de los gastos de su ingreso y de todo el material que utiliza para pintar.

—Sí, es algo admirable la relación entre los dos hermanos —subrayó Anne-Marie.

—¿Pero su hermano es rico? —preguntó el capellán.

—Qué va —contestó la religiosa—, tiene una saneada posición, pero no le sobra el dinero, porque además debe mantener a su propia familia. Con su hermano hace una verdadera obra de caridad.

—Y lo más importante —apostilló el médico— es que la relación entre los dos hermanos va mucho más allá de lo económico, están enormemente unidos en el amor fraternal y en lo espiritual. Se escriben a diario, sobre todo Vincent le escribe todos los días a Théo. Hace poco me confesó que le cuenta sus preocupaciones, los temores respecto a su enfermedad mental, lo que pinta, lo que lee..., en fin, una especie de apertura del corazón y la mente a un confidente, que en este caso es su propio

hermano.

—¿Tiene usted hermanos, doctor? —preguntó Tamisier.

—Lamentablemente no.

—Bueno, entonces ya somos dos —sentenció el capellán sin dramatizar—. Los que no tenemos hermanos hemos de seleccionar bien a nuestros amigos, que a veces son mejores que los propios hermanos... Por cierto, hermana, cambiando de tema, porque si no se nos va a olvidar, nosotros veníamos directos a que nos sacara de dudas en un tema de gran interés para el doctor Aldave.

—¿Yo?, miedo me dan... —dijo la hermana ocultándose con gracia la cara con la mano.

—Resulta que a nuestro doctor le han invitado a cenar la noche del solsticio de verano, pero ninguno de los dos sabemos a ciencia cierta de qué noche se trata.

La expresión de la hermana Anne-Marie cambió. Enrojeció en cuestión de décimas de segundo. Evitando la mirada de Galo, seria, le preguntó:

—¿Le ha invitado la señora Murat?

El español se extrañó.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

La religiosa respondió con la vista fijada en el suelo.

—La señora viuda de Murat organiza una cena todos los años el 23 de junio. Esa es la fecha de la que usted dudaba.

Los tres callaron durante unos segundos. El médico presintió que a ninguno de los otros dos le había hecho gracia la noticia de la invitación, pero no alcanzaba a aventurar el porqué. En todo caso, su alegría de antes se desinfló de alguna manera al notar esa reacción en dos personas a las que estimaba. La hermana Anne-Marie se sentó de nuevo ante la cítara y el capellán, al darse cuenta de la situación, con inteligencia, condujo a Aldave hasta la puerta.

—¿Tiene mucha relación con Pauline, doctor? —le preguntó directamente.

Galo se asombró de que la nombrara con tanta confianza.

—No, en realidad apenas la conozco, hemos coincidido en un par de ocasiones, aunque debo reconocer que es una persona muy agradable.

—Y muy guapa —agregó Tamisier, sin el tono bromista de antes.

—Sí, es una mujer muy atractiva, pero tiene también otras muchas virtudes.

El capellán no replicó.

Ya en la puerta de la capilla, Tamisier se despidió:

—Que tenga un buen día, doctor..., espere... —le comentó sujetándole del brazo—. No quiero entrometerme en su vida, pero... no me quedo tranquilo si no se lo digo: vaya con cuidado en casa de Pauline Murat... y no se fíe de ninguna de sus amistades.

Galo Aldave salió de la capilla perplejo. ¿Qué tenía de extraordinario la casa de

los Murat? ¿Y sus amistades? ¿O era acaso Pauline el objeto de aquella desconfianza? Tanto la hermana Anne-Marie como el capellán eran probablemente las dos personas a las que Galo sentía más cercanas en Saint-Rémy, tanto por el cariño que les profesaba como por una cierta afinidad de caracteres, sin obviar la elevada altura moral que ambos le habían demostrado en muchos detalles cotidianos. Por eso, las palabras de Tamisier advirtiéndole de algo y, sobre todo, la turbación de la hermana al enterarse de la invitación de Pauline, le estaban provocando una sensación rayana en el desasosiego.

Los jardineros comenzaban a recoger sus bártulos y el cielo se estaba cubriendo con alguna nube. Un grupo de personas, seguramente familiares de internos que estaban de visita, alababan la arquitectura románica del sanatorio y el cuidado de la vegetación exterior. Entre ellos destacaba una joven elegante que se inclinaba hasta una flor para olerla mientras la sujetaba delicadamente con su mano enguantada. Por un momento le pareció su adorada Camille, la mujer por la que había sufrido tanto y que ahora recordaba sin un ápice de rencor, pero todavía con un punto de dolor. La comparó con Pauline. Una era el encanto, la gracia, y la otra el arrebató, el hechizo... Pero la realidad era que a la primera la había perdido, mientras que la segunda le esperaba en su casa la mágica noche de San Juan. No tenía nada que perder. En Saint-Rémy era un desconocido, un viajero de paso dispuesto a no echar raíces. Tampoco en casa de la viuda de Murat. Pero de eso a despreciar sus encantos... Pensó de nuevo en el lema de su antiguo camarada Philippe: «nunca rechaces a una mujer hermosa». No estaba dispuesto a rechazarla ni tenía por qué. En todo caso, si en algo erraba, a nadie debía rendir cuentas.

CAPÍTULO 12

El barbero, como todos los de su oficio, era una fidedigna fuente de información. Y lo más curioso de él es que jamás interrogaba a sus clientes acerca de ninguna cuestión personal, ni siquiera, como en el caso de Aldave, de dónde procedía o la razón por la que había recalado en Saint-Rémy. Esta estratagema lo hacía aparecer ante su clientela como un hombre discreto, y en cierta forma lo era, pero aprovechaba cualquier conversación entre los que frecuentaban su negocio para «poner a trabajar su oreja» y ampliar su vasto caudal de datos sobre la población y sus gentes, con lo que, en realidad, no necesitaba preguntar porque ya todo lo sabía de todos sin necesidad de que nadie se percatara de ello.

Después de la conversación sobre Pauline Murat con el capellán y la hermana Anne-Marie, Galo no había vuelto a sacar a relucir el tema. Tampoco había visto a la viuda, a pesar de haber estado pendiente de si divisaba su coche en la puerta del sanatorio o en el trayecto hasta casa de Poulet. La cuestión era que el español no sabía dónde se ubicaba la casa de los Murat y no se atrevía a preguntar a nadie de su entorno más cercano. Por eso pensó en el barbero. Por supuesto, él sí conocía a Pauline y sabía situar perfectamente su mansión.

—¿Sabe dónde está el castillo de Roussan? —le preguntó el barbero.

—Lo siento, no lo sé —respondió Galo, como con fingida resignación.

El barbero detuvo su faena para indicarle con exactitud el lugar y, con la navaja en ristre, a tan solo unos centímetros de la cara del médico, continuó:

—Coge usted la carretera a Tarascon y, a mano izquierda, se encontrará una finca muy grande con un edificio antiguo muy señorial. Ese es el castillo de Roussan. Sigue más adelante y, cuando termina la finca, empieza otra con una casa algo más pequeña. Esa es la vivienda de la señora Murat. Andando a pie desde aquí tardará una media hora.

El informador le ofreció este dato adicional, que, efectivamente, le vino de perillas al médico. Ahí se acabó la charla sobre Pauline, sin más explicaciones por parte de Galo ni más objeciones por parte del barbero.

Al salir de allí consultó su reloj: las cinco en punto. Todavía le quedaban dos horas. Desconocía por completo las costumbres de la Provenza en materia de formalidades, etiquetas y demás, pero, ante la duda, y de nuevo sin querer preguntar para no tener que dar explicaciones a nadie, resolvió actuar como lo hubiera hecho en París. Recordó que en la rue Carnot una señora vendía flores en la puerta de su casa, cultivadas seguramente por ella misma. Cuando llegó estaba ya recogiendo el puesto y, de lejos, tuvo que dar un grito para que le esperase. La mujer, rolliza y colorada, le hizo una señal de tranquilidad con la mano y volvió a sacar los cubos de zinc medio

lentos de flores. Aunque a esas horas ya no disponía de mucha variedad, Galo dudó al elegir el tipo de flor que regalarle a Pauline. El último ramo que adquirió en París fueron unas rosas blancas, las preferidas por Camille. Por supuesto, ahora tenía que cambiar. La florista, al comprobar su indecisión y, tal vez, para terminar cuanto antes, le propuso un ramo variado con mimosas, claveles, tulipanes, rosas y azahar, y el español aceptó. Cuando Galo le dijo a quién y dónde tenía que llevarlo, la mujer soltó una exclamación: «¡Haberlo dicho antes! Pero no se preocupe, ¡la señora de Murat es una gran clienta y este ramo le va a encantar!».

En la habitación, Aldave pasó revista a todos sus trajes. Había traído de París dos más usados y otros tantos recién estrenados. Escogió el más nuevo. Titubeó entre ponérselo ya o esperar. No quería llegar antes de hora a la cena y tampoco callejear haciendo tiempo, no fuera a encontrarse con algún conocido que le entretuviese. Lo último que le podía ocurrir era llegar tarde a una cita y menos a esa. Sacó la breve nota de Pauline en la que lo convidaba. No tenía una letra demasiado armoniosa, pero, a diferencia de la valoración habitual que hacía de la de otras personas — bastante dogmática—, no le importó; es más, incluso la valoró positivamente como muy original. La verdad era que en ese momento consideraba a la viuda Murat como una mujer extraordinaria y todo lo que provenía de ella carente de defectos.

Comenzó a ponerse un poco nervioso cuando se despidió de la mujer de Poulet, avisándola de que no iba a cenar en casa. En la puerta se cruzó con el cochero que se ofreció a acercarle donde precisase, pero Aldave rehusó alegando querer disfrutar de la tarde. Desde luego, la temperatura era ideal, tanto es así que los campesinos regresaban a sus casas con las mangas de las blusas remangadas y casi todos tarareando alguna cancioncilla en el asiento de sus carros, aprovechando al máximo las prolongadas horas de luz. Pensó en París, en la prisa de los transeúntes, en sus miradas sombrías, en el ruido de los carruajes, en el oscuro y frío invierno...

Caminaba con decisión, impaciente por ver de nuevo a Pauline Murat, por poder contemplarla y gozar de su conversación durante toda una velada, por conocer su hogar, la mesa donde comía, las butacas donde reposaba, las alfombras que pisaba, por averiguar cómo trataba a sus criados, por saber de sus gustos en la comida, en las lecturas... Hasta ese día, cuando pensaba en ella la imaginaba en la calle o en los pasillos del sanatorio, pero era incapaz de situarla en su casa llevando una vida corriente. A través de la madre Épiphane, la superiora, que tenía en gran consideración a Pauline y no le costaba nada hablar de ella, se había enterado de que no tenía hijos, pero sí hijastros, hijos de un matrimonio anterior del fallecido señor Murat. Eran dos varones mayores que ella, cercanos a la cuarentena, que vivían en Nîmes, dedicados a algunos de los negocios de tejidos que habían heredado de su padre. Según la superiora, tras el fallecimiento de este, habían actuado muy poco cristianamente con su madrastra, dándole la espalda e incluso litigando con ella por

asuntos de la herencia. Afortunadamente, la ley dio la razón casi por completo a la viuda porque el difunto había testado con gran sensatez en el último momento, sin desatender los intereses de los hijos, pero premiando, como le correspondía, la entrega desinteresada de Pauline, que le cuidó abnegadamente hasta el último día de su vida.

La carretera a Tarascon, escoltada por dos hileras de olmos frondosos, estaba bastante transitada. Se sucedían los carros, los coches y los viandantes. El verano ya había comenzado y prueba de ello era el estridente canto de las cigarras a ambos lados de la vía. El profesor Leroy le había advertido de la ingente cantidad de estos insectos que poblaban la Provenza y del ensordecedor sonido que producían los machos intentando atraer a las hembras para la reproducción. Hasta entonces ni lo había recordado, pero ahora comprendía la insistencia de su maestro en ese punto, «¡y estamos en junio! —pensó—, ¿qué será en pleno agosto?». Cuando llevaba unos veinte minutos andando, como le había indicado el barbero, apareció un sólido muro a mano izquierda, tras el cual se adivinaba una extensa finca con un arbolado diferente al del resto del paisaje, más cuidado, menos salvaje. Una gran verja, que en sí ya era una obra de arte, indicaba la entrada principal y, frente a ella, una hermosa mansión blanca con las puertas y contraventanas pintadas de un rosado oscuro: el castillo de Roussan, sin duda, majestuoso y armonioso al mismo tiempo, rodeado de jardines, palmeras, estanques...

Ya quedaba poco para llegar a casa de los Murat. Galo procuraba combatir el nerviosismo con pensamientos positivos sobre la belleza del lugar y la bonanza de aquel clima. Aunque era lo último que deseaba pensar, de nuevo le vino a la mente la duda de si ese era el día correcto de la invitación a la cena. No quería ni aventurar qué podría ocurrir si se había equivocado y si Pauline ni siquiera estuviera en casa. Por un breve instante la angustia le atenazó, pero, para librarse de ella, aceleró el paso con el objeto de arrinconar la incertidumbre lo antes posible. Por fin el muro se evaporó en ángulo recto y comenzó lo que debía de ser la propiedad Murat.

También estaba rodeada la finca de un muro, aunque de espesor y altura menores que los del castillo de Roussan. Al vislumbrar la reja de entrada sacó del bolsillo rápidamente el reloj: las siete y cinco minutos. ¡Había calculado mal el tiempo y llegaba tarde! Ese pequeño retraso de cinco minutos le contrarió enormemente, pero ya no tenía solución. La cancela estaba semiabierta y entró. Atravesó el corto camino que conducía a la casa. A mano derecha, un lujoso carruaje —distinto al de los Murat— descansaba sin chófer. El caballo percherón, de impecable atalaje, estaba masticando la paja de un saquillo que alguien le había colgado del cuello. Con el corazón acelerado subió los tres peldaños que separaban la puerta principal del suelo del jardín y llamó con el aldabón. Tras unos segundos de espera, un sirviente uniformado le abrió y, nada más presentarse, le invitó a pasar. Enfrente de la puerta

principal presidía el vestíbulo el retrato de una elegante dama con un fondo campestre y, delante de él, sobre una imponente mesa, Galo reconoció su ramo de flores colocado en un jarrón de cristal tallado. En la sala de la derecha se oían voces en animada conversación; en la de la izquierda, el tintineo del cristal y la porcelana mezclados con susurros de las criadas.

Tras anunciar el mayordomo su llegada, ni un minuto tardó Pauline en aparecer con una gran sonrisa, tendiéndole la mano. Llevaba un vestido negro escotado que dejaba al descubierto sus brazos, y el cabello oscuro recogido a un lado, peinado con bucles, sujeto con un prendedor de plata y jade con forma de mariposa. Sus ojos relucían como dos diamantes. Al tomar su mano para hacer el ademán de besarla, como era costumbre, sintió que ella apretaba la suya intensamente un breve instante. Ese mínimo y a la vez íntimo contacto inesperado le provocó un súbito estremecimiento interior al presentir que ella le transmitía con ese gesto algo muy cercano a la pasión.

—Qué cuadro tan magnífico —comentó azorado, intentando ocultar su excitación ante la anfitriona y ante el criado, que permanecía impertérrito aguardando indicaciones de su señora.

—¿Le gusta? Es la madre de mi marido en su juventud. No tuve ocasión de conocerla. Ya había fallecido cuando... —Pauline titubeó— cuando conocí al señor Murat. Era una gran dama, según cuenta todo el mundo, y no hay más que contemplar el lienzo para confirmarlo.

Con un simple ademán, la viuda cambió de tercio proponiéndole al español pasar a la biblioteca, donde esperaban los demás invitados. Envueltos en una nube de humo de tabaco permanecían acomodados en un lujoso sofá y unas cuantas butacas altas alrededor de la chimenea apagada. No habían percibido su entrada, o al menos así lo aparentaban, pues continuaban con una conversación sobre los vaivenes de la Bolsa sin mirar hacia la puerta. Excepto la pared de la derecha, cubierta con unos finos visillos que dejaban pasar la luz de los ventanales, el resto de las paredes estaban completamente forradas de libros con tapas de todos los colores y tamaños. Cuando se aproximaron al grupo, todos volvieron el rostro hacia ellos y se levantaron de inmediato, excepto la persona sentada de espaldas a la puerta, que no movió ni un dedo. Al observarlo de reojo, Galo palideció: sobre el reposamanos de su butaca, reflejando los últimos rayos de la tarde, resplandecía un gran zafiro azul... Como si su cerebro poseyera el mecanismo de un resorte, experimentó súbitamente un intenso sentimiento de rabia al reconocer la sortija y saber que su dueño iba a participar con él, con ellos, de una reunión en casa de Pauline Murat. Su primera intención fue disculparse y salir de allí para siempre porque se negaba a compartir nada de Pauline —ni siquiera su amistad— con el farmacéutico Clermont. Prefería olvidarse de ella antes que torturarse con la idea de que pudiera tener la más mínima intimidad con ese

hombre al que detestaba, aunque en lo profundo de sí mismo era consciente de que el principal motivo de su animadversión eran los celos que sentía al suponer que algo podía haber entre ellos.

—¿Conoce usted a mis amigos? —le preguntó la viuda.

Galo volvió a la realidad. La seductora voz de Pauline debilitó en parte sus resquemores hacia Clermont. Uno por uno fue presentando a los invitados: el administrador de fincas del príncipe Carlos de Mónaco, su esposa —maestra en la escuela local de Saint-Rémy—, un perfumista de Tarascon y Adrien Clermont.

—Estábamos hablando de lo que ha bajado la Bolsa en los últimos meses, doctor Aldave —explicó el perfumista, un hombre de baja estatura, alrededor de la sesentena, con cara de pilluelo—, ¿a usted no le está arruinando?

A Galo le pareció divertida la observación.

—Pues... sinceramente no. Nunca he jugado a la Bolsa, por lo tanto es difícil que me arruine... y también que me enriquezca, por supuesto.

—Suponía que viniendo de París... —agregó el invitado.

—A los hombres de ciencia, incluidos los de París, nos interesan muy poco las finanzas, señor Duval.

Aunque había procurado enunciar la frase con un tono distendido, nada más pronunciarla Aldave se dio cuenta de que podía considerarse pretenciosa.

—Quiero decir que tenemos demasiadas cosas en la cabeza como para concentrarnos en los temas monetarios —añadió rápidamente.

—Lamentable error, doctor. Con el estómago vacío ni siquiera un hombre de ciencia puede sacar nada en claro de las cosas que tiene en la cabeza —repuso con cordialidad el perfumista, que no había advertido arrogancia en el español.

—Señor Duval, el doctor va a pensar que es usted un materialista —intervino en tono relajado el administrador de fincas, un hombre alto, elegante, en torno a los cincuenta, con una perilla canosa que le confería, junto a su porte, un cariz aristocrático.

—¿Yo materialista?, todo lo contrario, señores, ¡yo soy un gran idealista!, pero protejo mis intereses, como todo el mundo —replicó el perfumista—. Tengan en cuenta que yo soy como una hormiguita que, trabajando, trabajando, he logrado sacar adelante un negocio que, cuando lo heredé de la familia de mi difunta esposa, estaba prácticamente en la ruina. Ahora doy trabajo a siete empleados y estoy a punto de abrir una sucursal en Grasse, si la Bolsa me lo permite, claro está, porque allí es donde tengo invertidos mis ahorros. ¿Comprenden ahora mi interés por «lo material»? Ustedes, salvo nuestra anfitriona, son todos asalariados de alto nivel, pero asalariados al fin y al cabo. Se acuestan mucho más tranquilos que yo por las noches.

—Lleva usted razón —sentenció Galo para concluir un tema que no le suscitaba el mínimo interés. Estaba él cansado de pasar noches en blanco analizando casos

pendientes o estudiando los últimos hallazgos en medicina. No tenía ganas en este momento de enterarse de los sacrificios nocturnos de nadie.

—¿Cuándo vamos a cenar, querida? —preguntó de improviso el farmacéutico—. Ya sabes que ciertas conversaciones me producen dolor de cabeza.

«Vaya —pensó Aldave—, en algo coincidimos».

—Todo está ya preparado —indicó Pauline—. Si ustedes quieren, es un buen momento para pasar al comedor.

La mesa estaba elegantemente vestida con un mantel de lino irlandés, bajoplatos y cubiertos de plata, y una vajilla azulada adornada con dibujos de pájaros exóticos. En el centro habían colocado una ensaladera de bronce repleta de rosas y flores de azahar. Dos valiosos velones de plata completaban el conjunto. Como dispuso la anfitriona, el médico se colocó a su lado, frente a ellos el perfumista y la maestra, y en los dos extremos Clermont y el administrador de fincas. Detrás de la otra pareja, un gran espejo veneciano reflejaba en un cuadro, como en un escenario, toda la mesa.

—¿Lleva mucho tiempo en Francia, doctor? Su acento es impecable —le preguntó la maestra mientras iban sirviendo la cena. Era una mujer de cuarenta y tantos años, bastante discreta tanto en el vestir como en sus ademanes, de pelo castaño con algún destello cobrizo. Aunque sonreía con amabilidad mientras esperaba la respuesta, su expresión transmitía un íntimo halo de tristeza.

—Algo más de diez años. Vine a Francia para estudiar la carrera de Medicina. Pero, respecto a mi acento, debo admitir que hablo francés desde pequeño, puesto que mi madre es francesa.

—¿Ah, sí?, ¿de dónde? —curioseó con interés la mujer.

—De Aquitania, concretamente de Pau.

—¡Ah!, muy cerca de aquí. Yo tengo familia en Pau, pero no recuerdo a nadie que se haya casado con un español. Estaría bueno que fuésemos parientes.

—Así tendrías un buen motivo para visitar España —interrumpió su marido—. Mi mujer es una gran amante de su país, doctor. Uno de sus abuelos luchó con Napoleón en España y contó a sus nietos tal cantidad de historias, unas ciertas y otras no tanto, que todos sueñan con viajar allí. Bueno, querida —añadió dirigiéndose a su esposa—, ya lo han hecho algunos de tus primos, ¿no?

—Sí, han estado en Madrid, Sevilla y otras ciudades importantes.

—¿Ha encontrado usted muchas diferencias entre nuestros países? —preguntó el perfumista.

—La diferencia de desarrollo y de riqueza entre España y Francia es abismal, eso es indudable, salta a la vista. Pero, como anécdota, les diré que una de las cosas que más me llamó la atención cuando pisé Francia fueron los nombres de algunas calles y plazas: «place de la Liberté», «rue de la Liberté». No podía ni creerlo. Es algo impensable dedicar en España una calle o una plaza a la libertad, impensable.

Desde la llegada del español, Adrien Clermont apenas había abierto la boca, excepto para reclamar la cena; por cierto, con una familiaridad inusitada. Su saludo en la biblioteca se había limitado a un cortés movimiento de cabeza con el semblante distraído. Seguía las conversaciones de los demás con aparente desinterés, sin mirar a nadie en concreto, absorto en su plato. Por eso a Galo le extrañó que, de repente, comenzara a hablar con voz decidida.

—Después del verano vuelvo a América.

Todos volvieron la vista hacia él.

—¿Por mucho tiempo? —preguntó la maestra.

—Un mes más o menos, según las fechas del barco.

—Si pudiera dejar a alguien de mi confianza al frente del negocio, en uno de sus viajes me gustaría acompañarle —apuntó el perfumista.

El farmacéutico rio de una forma fingida y añadió con burla:

—Le imagino sudando la gota gorda detrás de mí en la selva espantando a los mosquitos y huyendo de las iguanas.

—Hombre..., si tan feo me lo pinta...

—Si lo que quiere es encontrar flores y plantas para sus perfumes tiene que calzarse unas botas, coger un machete y entrar en la selva. Ya se lo he explicado muchas veces.

—¿Y en los mercados no se pueden conseguir? —preguntó el perfumista.

—Lo que hay en los mercados lo encuentra también en Europa. Si desea algo más, tiene que adentrarse en la selva, como hago yo, no le queda más remedio.

Aldave no daba crédito a lo que estaba oyendo. No podía imaginar al farmacéutico sin sus cuellos almidonados ni su cabello engominado, y mucho menos con un machete en ristre esquivando vegetación y animales salvajes.

—Adrien —explicó Pauline dirigiéndose a Galo— es un enamorado de América del Sur. Ha viajado hasta allí en numerosas ocasiones y siempre viene cargado con un montón de medicinas naturales, utensilios de los indios, artesanía y todas esas cosas exóticas que tanto nos gustan por aquí. En su casa tiene un verdadero museo y es un gran experto en estos temas, ¿verdad, Adrien?

El farmacéutico sonrió con satisfacción.

—Este mismo collar —continuó la viuda, señalando el collar amarillo que rodeaba su cuello— es una joya de los indígenas, regalo suyo.

—¿De qué material está hecho? —preguntó la maestra intrigada ante la rareza de la alhaja.

—De taua —contestó Clermont—. Es una pieza de gran valor que se regala a las mujeres cuando se desposan.

—¡Ah! Yo eso no lo sabía —exclamó Pauline riendo—. Igual a mí, por ser viuda, no me corresponde llevarlo.

—Las viudas también pueden casarse —indicó el perfumista con un toque de picardía que la anfitriona fingió no apreciar.

—También aprovecha sus viajes —continuó Pauline— para estudiar los remedios que utilizan los indígenas para curar sus dolencias. Es una pena que en Europa demos la espalda a estas medicinas que podrían salvarnos de muchas enfermedades. En vez de aprovechar los productos de la naturaleza, cada vez se utilizan más los preparados artificiales que envenenan más que curan.

«Está bien aleccionada por Clermont», pensó Galo.

Pauline interrumpió la conversación entonces, como cayendo en la cuenta de algo que había pasado por alto.

—Pero... estoy hablando de medicinas... y tengo a mi lado a un prestigioso médico. ¿Qué opina usted de todo esto, doctor Aldave?

El médico suspiró profundamente antes de contestar.

—¿Realmente quiere saber mi opinión? —preguntó a la señora Murat mirándola de reojo, como insinuando que seguramente, dijera lo que dijera, ella no iba a cambiar la suya, al menos delante de Clermont.

—Por supuesto que sí, es un lujo para mí poder aprender de personas como ustedes que saben infinitamente más que yo —argumentó rápidamente Pauline.

El plural le desagradó a Galo.

—Está bien, le daré mi opinión, breve y concisa: los venenos más peligrosos y mortales se encuentran en la naturaleza, esa es mi opinión —zanjó el español mientras pensaba en la muestra del cadáver que había enviado a analizar a la Facultad de Montpellier.

Tras unos segundos de silencio, Clermont añadió con un tono algo desafiante:

—¿Qué quiere decirnos con eso?

—Quiero decir —aseveró Aldave con firmeza— que las personas ajenas a la ciencia deben saber que lo natural no siempre es inocuo y que en la naturaleza hay sustancias beneficiosas y otras muy perjudiciales para la salud, no hay que confundirse. La moda de lo exótico puede acarrear numerosos problemas.

Pauline terció:

—Tiene usted razón, doctor Aldave, pero se supone que las personas, quiero decir, los curanderos de la selva saben distinguir las plantas buenas de las malas, porque de otra forma sería un verdadero desastre.

—Claro que sí, ellos seguro que saben distinguirlas. Ocurre como los hongos. Cada aldeano conoce todas las variedades de setas de su región a la perfección, las comestibles y las venenosas. Otra cosa es que aparezca yo y me ponga a recolectar setas...: el resultado puede ser catastrófico.

—¿Insinúa que yo puedo equivocarme a la hora de formular preparados? —saltó Clermont.

El ambiente se tensó.

—¿Usted? —inquirió el español simulando extrañeza—. Por supuesto que no. Esa sería una acusación muy grave por mi parte. Está totalmente prohibido formular preparados de farmacia con sustancias fuera de la legislación. Ni se me había pasado por la cabeza, señor Clermont. Disculpe si me he expresado con ambigüedad. Todo mi discurso se basaba en hipótesis y en generalidades, sin señalar a nadie en concreto.

Aldave consiguió que el farmacéutico se tranquilizase, pero ya había caído en su trampa. Al darse por aludido, quedaba en evidencia que, al menos, experimentaba con sustancias prohibidas que se traía de la selva. Lo que el español no podía todavía asegurar es si utilizaba a los enfermos del Saint Paul como cobayas.

El resto de la cena se desarrolló entre una y otra charla, mucho más distendidas. El fabuloso burdeos con que la señora Murat los estaba obsequiando ayudó a que surgieran espontáneamente los temas intrascendentes y hasta la risa. El espejo que tenían enfrente revelaba toda la espléndida belleza de Pauline. Cruzaron sus miradas varias veces porque Galo no podía evitar contemplarla y en esos breves instantes la sintió muy próxima a él.

Finalizó la cena y la anfitriona sugirió salir al jardín a tomar unos dulces y unas bebidas. Había oscurecido. La luna estaba creciente, casi llena, y se distinguían perfectamente todas las constelaciones en el cielo. El perfumista comenzó a explicar el nombre de las estrellas y la manera como los navegantes se orientan gracias a ellas. Pauline, bajo el ramaje de una colosal higuera, había dispuesto una mesa redonda de hierro forjado iluminada con tres sencillas velas y aderezada con flores silvestres y frutas. Se sentaron informalmente a su alrededor. Las mujeres se habían cubierto, pero la temperatura seguía siendo muy agradable. Tras el conato de enfrentamiento verbal entre el farmacéutico y el médico, Clermont apenas había vuelto a hablar, pero su actitud era más relajada.

—Una de las historias que mi abuelo contaba sobre España —dijo la maestra, casi en un susurro, en medio del silencio— es que en la noche de San Juan las muchachas sacaban recipientes con agua a las ventanas y a la mañana siguiente se lavaban la cara con ella y embellecían.

—¡Qué bonita costumbre! —exclamó Pauline.

La luz trémula de las velas iluminaba intermitentemente su rostro.

—Margot, eso mismo tenemos que hacer nosotras esta noche —indicó Pauline con gracia a la maestra.

—¡Es imposible que usted sea más bella de lo que es, señora Murat! —exclamó a su vez el perfumista, sin advertir que, halagando a una mujer delante de otra, se desprecia a esta última.

—Esa tradición yo no la conocía —dijo Aldave—. En algunas regiones de España, como en las de la costa del Mediterráneo, tal noche como hoy se encienden

hogueras festivas y los jóvenes bailan y se divierten hasta el amanecer. En cambio, en mi tierra la noche de San Juan se asocia a las brujas y sus aquelarres. Los ancianos cuentan historias de maleficios que asustan a los niños.

—¿Aquelarres? —preguntó el administrador.

—Sí, reuniones de brujas para practicar magia negra. Esta noche, la del solsticio de verano, ha sido desde tiempos inmemoriales la más propicia para practicar estos ritos. Al menos es lo que siempre han contado los abuelos.

Guardaron silencio.

—¿Usted cree en este tipo de cosas? —preguntó el administrador con voz grave y pausada, casi solemne.

—¿Yo?, ¿a qué se refiere? —dijo el español extrañado.

—A la magia..., a lo desconocido..., a lo sobrenatural... —respondió en el mismo tono su interlocutor, separando deliberadamente las palabras.

El resto de invitados, inmóviles, parecía que aguardaran su respuesta.

—¡Por supuesto que no! ¡Yo solo creo en la ciencia! —exclamó Galo con total convencimiento.

Sorprendentemente, nadie aportó su opinión al respecto, ni siquiera el perfumista, un hombre hablador, con conocimiento de muchos temas y dado a intervenir en cualquier conversación. Ni, por supuesto, el farmacéutico Clermont, quien, a pesar de ser un profesional de la ciencia como él, con su intervención durante la cena había suscitado las dudas en el español acerca de su actividad real en el sanatorio y fuera de él. Pero lo que más intrigó a Aldave fue la sensación de que ocultaban algo, porque todos se miraron entre sí de manera disimulada y casi imperceptible, hasta el punto de sentirse un extraño entre ellos, como no había ocurrido hasta entonces en toda la velada.

—¿Están en casa los Roussel estos días? —preguntó Clermont a Pauline, dando un giro, sin duda premeditado, a la charla.

—No lo sé. Hace bastante tiempo que no los veo. Si quieres puedo preguntar al servicio. Ellos estarán al tanto. Por cierto, doctor Aldave, ¿ha visto el castillo de Roussan al venir aquí? Es propiedad de la familia Roussel.

—Sí, es una maravilla, al menos lo que se distingue desde la carretera.

—Pues si viera el interior del palacio y todos los jardines se entusiasmaría —comentó la maestra.

—¿En qué época se construyó? —preguntó Galo.

—Data del siglo XVI —respondió el administrador, haciendo alarde de su cultura—. Lo mandó construir Bertrand de Nostradame, capitán de caballería y hermano de nuestro venerado Nostradamus.

—¿Sí? Qué interesante. Había olvidado a Nostradamus. Quiero decir que no había recordado hasta ahora que era natural de Saint-Rémy. ¡Quién me iba a decir a

mí que iba a cenar en una casa lindante con una propiedad de un Nostradamus! — exclamó Aldave.

—¿Le interesa la figura de Nostradamus? —requirió con vivo interés el perfumista.

—Bueno..., en este momento de mi vida... no demasiado, pero hace tiempo, en mis primeros años de estudiante en París, se puso muy de moda entre los universitarios. Conocíamos su obra y leíamos medio en secreto sus profecías. Sí, sin duda es un personaje atrayente, por supuesto, y misterioso... Se conserva en Saint-Rémy algo de su pasado, creo recordar...

—¡Claro que sí! —exclamó el perfumista—, ¡nada menos que su casa natal! ¿No ha ido a visitarla?

—No. Como les digo, había olvidado por completo a Nostradamus desde que un pasajero del tren que me trajo hasta aquí me lo nombró. Pero... en cuanto pueda voy a conocer su casa, ¡ya lo creo! Este puede ser un buen momento para releer su obra.

Todos volvieron a mirarse entre sí.

—Nosotros estamos muy interesados en la figura de Nostradamus, doctor —dijo Pauline seria, en un tono diferente al habitual en ella.

—¡No sigas por ahí, Pauline! —exclamó de pronto el farmacéutico—, ¡no lo conocemos apenas!

—Tranquilízate, Adrien —indicó Pauline con calma—, si no estuviera segura de él, no lo habría invitado hoy.

El resto de convidados, con su silencio, parecían estar de parte de la viuda. El farmacéutico, como un niño al que la madre le hubiese truncado un plan, giró su silla y su mirada de medio lado, ajeno en apariencia al grupo, pero sin levantarse.

—Doctor Aldave —prosiguió Pauline—, usted es un gran médico, una persona cultivada, con inquietudes más allá de la rutina diaria, ¿no es así?

—Pues... no sé qué responderle; simplemente intento llevar a cabo mi profesión honestamente y... sí, me interesan también otros campos del conocimiento, si es a eso a lo que se refiere...

—Estoy convencida de ello, doctor. Tengo muy buenos informadores en Saint-Rémy.

Excepto Clermont, todos estaban pendientes de él.

—No quiero decir que lo hayan estado espiando, ni mucho menos —continuó Pauline—, es todo más simple: en una ciudad pequeña las novedades se comentan, y todo el mundo coincide en alabar su cultura y su saber estar.

Galo esperaba; no sabía por dónde iba a salir la viuda Murat.

—Nosotros, como ha podido comprobar, somos un grupo de amigos al que le gusta reunirse y pasar un buen rato juntos. Pero, además de charlar, también tenemos otros intereses, como, por ejemplo, y ya que ha aparecido en la conversación,

profundizar en la vida y en la obra de nuestro paisano Michel de Nostradamus. Al llegar usted al sanatorio de Saint Paul y conocerle y, sobre todo, al oír hablar tan bien de usted..., hemos pensado que... tal vez... estuviese interesado en formar parte de nuestro grupo de... —antes de pronunciar la última palabra, Pauline vaciló— estudio.

«¿Tanto misterio para esto? —pensó el español—. Tiene que haber algo más».

—¿Qué le parece nuestra propuesta? —dijo el administrador—. Piense que Nostradamus fue médico y usted también. Puede ayudarnos a desentrañar pasajes de su vida y de sus escritos difíciles de interpretar para nosotros. Por otra parte, y atendiendo a sus propios intereses..., todo lo que aprenda de él podrá ponerlo en práctica en su profesión.

—Con todo el respeto —opinó Aldave—, Nostradamus vivió en el siglo XVI, creo recordar; estamos finalizando el XIX...; como comprenderá, la medicina del Renacimiento ¡está completamente superada!

—Por supuesto que sí, doctor Aldave —intervino el perfumista—, pero recuerde que Nostradamus, además de médico, fue astrólogo, gran conocedor de la filosofía antigua y... alquimista. ¿Ha oído hablar de *la píldora rosa*?

—No —respondió Galo.

—Bueno... —continuó el perfumista mientras se llenaba una copa de licor y se la llevaba a la boca—. Para llegar a la *píldora rosa* voy a resumirle la vida de este gran hombre, por si no la recuerda. Michel de Nostradamus nació aquí, en Saint-Rémy, en 1503, concretamente el 14 de diciembre. Su apellido lo adoptó su abuelo paterno al convertirse al catolicismo, puesto que era de religión judía. El joven Michel estudia el bachillerato en Avignon y la carrera de Medicina en Montpellier. Muy pronto se convirtió en un apasionado de la filosofía griega y latina y comenzó también a leer las grandes obras esotéricas del siglo XV, que le marcaron profundamente. A partir de ahí, contactó con los más importantes alquimistas de su tiempo, siempre en la clandestinidad, puesto que la alquimia estaba prohibida y algunos alquimistas habían sido acusados de herejes por la Inquisición. También comenzó a estudiar técnicas de farmacia fuera de los cauces académicos con el fin de llevar a cabo experimentos de esa ciencia ancestral que busca algo tan elevado como transmutar los metales innobles en oro y plata y, sobre todo, obtener elixires que remedien las enfermedades y prolonguen la vida, ya sabe, el elixir de la eterna juventud.

El perfumista volvió a beber.

—En 1550, Nostradamus, que como ya he comentado también era astrólogo, editó un almanaque con predicciones basadas en los astros, y en 1555 las reunió todas ellas en una ambiciosa obra editada en Lyon, titulada *Las verdaderas centurias astrológicas y profecías*. Su fama fue enorme y la reina Catalina de Médicis lo reclamó nombrándolo astrólogo de la corte. Más adelante, el rey Carlos IX lo nombró médico y consejero personal. Finalmente, murió en Salon-de-Provence en 1556. Todo

esto, doctor Aldave, se lo recuerdo para contextualizar la importancia de este hombre en una época oscura, donde triunfaban los fanatismos religiosos y no había libertad de ideas.

—Nostradamus —interrumpió el administrador—, amalgamando los conocimientos que había atesorado sobre todas las ramas del saber, quiso obtener, si no la «piedra filosofal», sí el remedio para curar las enfermedades de su época, sobre todo la más letal: la peste.

—Y a ese remedio lo llamó *la píldora rosa* —continuó el perfumista—, obtenido mediante conocimientos de botica y de alquimia, es decir, elaborado en la más absoluta clandestinidad. ¿Se imagina qué hubiera sucedido de haber podido tratar con su píldora a todos los enfermos de peste? ¡Es posible que la humanidad se hubiese librado de esa cruel enfermedad hace tres siglos! ¡Miles y miles de muertos desde entonces hubieran sobrevivido a esa plaga que ha invadido nuestro mundo hasta nuestros días!

El español no sabía qué pensar. Estaba atónito con semejante discurso. Una cosa era ser un estudioso y hasta un admirador de un personaje histórico y otra muy distinta comulgar con sus creencias medievales —la alquimia ya no era moderna en el Renacimiento—, y en un asunto tan cercano a la superchería. Si les decía lo que pensaba de la cuestión iba a ser tremendamente descortés y hasta engreído. Optó por introducirse en el tema de alguna manera, aunque solo fuese para poder disfrutar de la expresión de Pauline.

—¿Se sabe la composición de *la píldora rosa*? —preguntó.

—¡Ahí queríamos que llegase, doctor! —exclamó el perfumista levantándose de la silla y tendiendo la mano a Galo para después estrechársela con energía.

—En su totalidad no —dijo el farmacéutico volviéndose de nuevo hacia los demás—. Lo único que hemos averiguado es que lleva una importante dosis de vitamina C. El resto es un enigma..., por el momento.

—Por lo tanto, tampoco conocen su efectividad —apostilló el español.

—Según documentos encriptados de la época —continuó el administrador—, los resultados fueron espectaculares, pero una mano negra, lo más probable alguien relacionado con la Inquisición, estuvo a punto de denunciarle. Nostradamus tenía en contra el pasado converso de su familia y la prohibición de la práctica de la alquimia.

—Queremos que usted nos ayude a conseguir una nueva *píldora rosa*, doctor Aldave. Disponemos de todo lo necesario, también de un laboratorio de alquimia, por descontado —dijo con la mayor naturalidad del mundo la señora Murat, acercándose a él. Sus ojos centelleaban mirándole fijamente. De haber estado solos, Galo no hubiera podido negarse a ninguna petición de aquella cautivadora mujer, pero la presencia de los demás, a pesar de lo intrigante del tema, de la hondura de la noche y de los efluvios del alcohol, le hizo mantener los pies en la tierra.

—Me pide mucho, señora Murat —manifestó el médico sin apartar la vista. Todos permanecían inmóviles, esperando.

—El trabajo en el sanatorio me ocupa casi la totalidad de mi tiempo y, por lo que me cuentan, el tema en cuestión requiere una dedicación, una profundización que yo en este momento no puedo asumir. También debo decirles que jamás he consultado un documento antiguo ni soy experto en historia. Sinceramente, no creo ser la persona idónea que ustedes necesitan.

—Lo único que nosotros necesitamos —terció el perfumista— es un médico que sepa interpretar unos textos médicos antiguos, pero en el sentido de explicarnos su significado. No se trata de transcribir documentos ilegibles ni nada por el estilo, simplemente de aclararnos unas cuantas ideas, nada más.

Aldave empezaba a sentirse acorralado.

—Déjenme que lo piense.

Como el ladrido de un perro, se oyó la voz del farmacéutico.

—Te había avisado, Pauline. Mañana todo Saint Paul estará al tanto.

La viuda le lanzó una mirada furibunda.

—Está bien, doctor —intervino el administrador—, madure la idea y ya nos responderá. Únicamente le requerimos absoluta confidencialidad. Debe tener en cuenta que no estamos en París, donde nadie se interesa por lo que hace el vecino y nadie se sorprende por las ocupaciones y aficiones más inauditas. Vivimos en un pueblo y si se extendiera el rumor de que somos alquimistas, el epíteto menor con el que nos catalogarían sería el de extravagantes, auténtica herejía para la mentalidad de estas gentes.

—Será discreto, ¿verdad, doctor?

La maestra, que apenas había hablado durante la charla en el jardín, parecía preocupada, quizás por la posición social que ocupaba en Saint-Rémy y las posibles consecuencias para ella si se propagaba el cuento de que pertenecía a alguna extraña organización.

—Sí, les doy mi palabra —contestó el español.

La noche estaba avanzada y alguien propuso dar por concluida la velada. Había refrescado. Galo sintió frío. El perfumista fue el primero en despedirse asegurando que iba a dar una buena cabezada en el coche durante la hora y media que tardaría en llegar a Tarascon. Clermont llevaba un caballo de montar y salió detrás de él. Aldave confiaba en ser el último invitado en abandonar la casa de los Murat para así poder departir a solas con Pauline, aunque solo fuera unos segundos, pero el administrador y su mujer se brindaron a llevarlo y no pudo rehusar el ofrecimiento. Pauline los despidió en la verja que daba a la carretera, cubierta por un chal, iluminada por la débil luz de la lámpara que portaba el criado, sin el aspecto impecable del inicio de la cena, pero todavía más bella. Minutos antes, al dar a besar de nuevo su mano a Galo,

le había susurrado muy cerca del oído: «Ha sido una noche inolvidable para mí, le espero cuando quiera». Se dirigió a la casa seguida de su lacayo, aspirando profundamente el intenso aroma de los magnolios, y le indicó que se retirara a descansar. La mesa del comedor estaba todavía sin recoger, por indicación suya al servicio. Con el corazón palpitante se acercó al sitio que había ocupado Galo, tomó su copa, que aún contenía un poco de vino, y la llevó a su boca besando intensamente el cristal que habían rozado poco antes los deseados labios del joven médico.

CAPÍTULO 13

Pauline Aubry nació en Mas-Blanc-des-Alpilles, una pequeña localidad cercana a Saint-Rémy. Su padre era jornalero y su madre repasaba la ropa de algunas señoras acomodadas. De los siete hermanos Aubry, Pauline ocupaba el cuarto lugar. Desde muy pequeña sabía que su destino residía en colocarse de criada en alguna casa, como antes había hecho su madre hasta el matrimonio, y como hizo su hermana mayor, que trabajaba desde los doce años con una importante familia de Saint-Rémy. Al aportar sus tres hermanos mayores parte de su sueldo a la familia, Pauline pudo permanecer en la escuela algún curso más que ellos, circunstancia que, unida a su natural inteligencia, le allanó el camino para encarar lo que sería su futuro.

Tres meses antes de que cumpliera catorce años, su hermana Brigitte se enteró de que, en la propiedad del príncipe Carlos de Mónaco, andaban buscando una doncella que supiera leer, escribir y tuviera buena presencia. Desde el siglo XVII los príncipes de Mónaco habían dado protección a Saint-Rémy, donde poseían importantes haciendas. Durante la Revolución de 1789 perdieron sus propiedades, pero las recuperaron más tarde, conservando entre sus títulos nobiliarios el de señores de Saint-Rémy. Su mansión estaba siempre a punto por si deseaban alojarse, sobre todo en los meses de verano, cuando disfrutaban allí del magnífico clima de la Provenza y de sus amistades.

Pauline sintió dejar la escuela. Se le daban bien los libros y la mejor lección que había aprendido era que sin instrucción no se llegaba a ninguna parte. De sobra conocía su origen humilde y las pocas opciones que la vida ofrecía a los de su clase, pero aun así soñaba con un futuro algo mejor para ella que el de sus padres y hermanos. En ese momento eso no significaba que se rebelase ante su nítido destino, sino, simplemente, que imaginaba otras situaciones, todas ellas imposibles.

De todas formas, su pena se mitigó cuando sus padres la informaron de la categoría del trabajo que iba a desempeñar: nada menos que de segunda doncella de la princesa. Muchas jóvenes de Saint-Rémy y de los pueblos vecinos se habían presentado ante el ama de llaves de los príncipes solicitando el puesto, pero la gobernanta se lo adjudicó a Pauline sin conocerla, solo por las magníficas referencias que el ama de llaves de su hermana Brigitte le había dado de ella.

El día que llegó al palacio residencia de los príncipes quedó deslumbrada. Sabía lo que era una gran mansión porque había visitado en alguna ocasión a su hermana, pero aquella era mucho más espaciosa, lujosa y elegante de lo que había podido imaginar. A la semana de su llegada, el ama de llaves ya estaba convencida de que con Pauline había hecho una buena elección. Muy poco tardó la muchacha en

aprender de todo: modales, lenguaje, protocolo, cómo hacer bien una cama, cómo confeccionar un ramo de flores, cómo vestir y peinar a una señora, cómo preparar su ropa, su baño...; asimismo aprendió a caminar con gracia y discreción, a permanecer de pie erguida, con rostro afable, sin destacar demasiado, esperando una orden... También del trato y las distancias que debería mantener con los príncipes y sus invitados. Ella y un mozo de cuadras llamado François Poulet eran las personas más jóvenes de todo el servicio y enseguida trabaron una buena amistad. En los ratos libres, Pauline se acercaba a las cuadras y el muchacho le enseñaba, a espaldas del encargado, a cepillar a los caballos, a engalanarlos y a montar.

En cuanto los príncipes pisaron el palacio, la princesa reparó en ella y le gustó. Su mirada avispada, su rostro armonioso, su juventud... le agradaron. Percibía en ella una cierta distinción, un porte casi aristocrático innato, muy raro entre las jóvenes campesinas. Dio orden a la gobernanta de que se la adiestrara perfectamente hasta en el último detalle en las normas que la etiqueta imponía, con vistas a convertirla en su primera doncella en un futuro o, incluso, a llevársela consigo a Mónaco. En su fuero interno, Pauline estaba exultante cada vez que los príncipes llegaban a Saint-Rémy. Poco a poco la princesa requería más de sus servicios, postergando a la primera doncella a realizar labores que le correspondían a ella. Iba ganándose la aprobación de su señora a fuerza de realizar sus tareas con meticulosidad y rapidez, y además poseía la virtud de inspirar confianza en la princesa, quien se desahogaba con ella confesándole retazos de las pequeñas desdichas de su matrimonio o de las frecuentes disputas con sus hijos, cuestiones ocultas a los ojos del resto de su familia y, por supuesto, de sus más íntimas amistades. Pauline tenía la suficiente perspicacia para ver, oír y callar, no tanto por salvaguardar los secretos de la princesa como por no suscitar la envidia de un personal que estaba pendiente del más mínimo ascenso de cualquiera de sus miembros para aplastarlo.

Cuando la primera doncella se casó y abandonó el palacio, Pauline pasó a ocupar su lugar. Se había convertido en una hermosa joven, en la mano derecha de la princesa en Saint-Rémy, y había conocido a un buen número de gente poderosa e influyente sin necesidad de salir de aquella hacienda. Su relación con François Poulet, el mozo de cuadras, también había madurado. La inicial amistad de los muchachos se convirtió con el paso del tiempo en un intenso amor juvenil vivido a hurtadillas, pues una de las normas de la casa era la absoluta prohibición de los emparejamientos entre el personal de servicio. El joven estaba perdidamente enamorado de Pauline, tanto es así que, aunque dormía en el hogar familiar, muchas noches acudía a la hacienda de los príncipes confiando en poder ver y charlar a solas con la joven en algún recoveco del jardín. Al principio Pauline se entregó ilusionada a este amor sincero, pero no tardó demasiado en vislumbrar el futuro que le esperaba si la relación seguía adelante. Al fin y al cabo, a pesar de haber nacido en una familia

pobre, había tenido la suerte de entrar a trabajar en un palacio y en dos años había llegado a ser la primera doncella de una princesa, y era respetada tanto por sus señores como por sus compañeros. Servía a personas prestigiosas, vivía entre magníficos muebles e impresionantes cuadros, se deleitaba con la música de los conciertos que ofrecían los señores a sus amigos en verano... Y, sobre todo, se sentía deseada por los hombres que entraban en aquella mansión, también por los importantes, los que llevaban un título consigo y la miraban descaradamente cuando nadie los veía.

Se imaginaba la vida con el mozo de cuadras en alguna casita de Saint-Rémy y la tristeza se apoderaba de su corazón. Después de haber conocido todo aquel esplendor, ¿cómo poder vivir entre cuatro paredes a medio pintar con un plato de hojalata en el centro de la mesa? La idea le rondaba continuamente en la cabeza, sobre todo cuando estaba con el joven Poulet. Llegó un momento en que este asunto le suponía un verdadero sufrimiento, porque el mozo le hablaba y se ilusionaba ante un futuro común cuyo escalón más alto era el puesto de cochero o de encargado de cuadras. Pauline a duras penas podía sonreírle mientras le escuchaba, sus aspiraciones comenzaban a ser otras muy distintas y sus sentimientos hacia él cada vez más frágiles. Poco a poco dejó de pensar en él y hasta trataba de evitarlo inventando pretextos para no acudir a sus citas nocturnas. El día en que el joven la interrogó, preocupado, acerca de su actitud, no dudó en espetarle sin demasiados rodeos que ya no le amaba como antes. Podía haberle dado largas al verlo ante ella suplicando, pero estaba completamente decidida a terminar con aquella relación que se había convertido en un estorbo más que en un motivo de felicidad.

Una nueva Pauline nació a partir de entonces.

Los príncipes de Mónaco no sabían vivir solos. En cuanto llegaban a Saint-Rémy ya estaban dando voces a sus amistades de la comuna para que acudieran a su hacienda a almorzar, a jugar a las cartas o a montar a caballo. Habían conocido recientemente a los señores Murat, unos importantes propietarios que se dedicaban al negocio de la exportación de productos del campo y que poseían a su vez una pujante fábrica de tejidos en Nîmes, donde el señor Murat pasaba gran parte de su tiempo. La señora Murat, como la princesa, era una apasionada de los caballos. Una de las razones por las que esta última amaba Saint-Rémy era el gozo que le suponía cabalgar por la finca, a pesar de que los médicos, debido a su edad, no se lo aconsejaban. Un día la princesa invitó a la señora Murat a merendar, indicándole que acudiera con un magnífico caballo que acababa de adquirir y del que hablaban maravillas. Cuando la princesa lo vio se entusiasmó con él y pidió permiso a su invitada para montarlo, mientras a ella le ofrecía uno de los suyos. Las dos cabalaron por los caminos de la hacienda tranquilamente durante un buen rato, pero la princesa, exultante por montar a aquel animal, cometió la imprudencia de

hostigarlo para galopar más rápido precisamente antes de doblar una curva, sin advertir que, inmediatamente después, en mitad del camino un gran fajo de leña obstaculizaba el paso. El caballo se asustó, se topó de bruces con los troncos y cayó. Milagrosamente, la princesa apenas se hizo daño, pero el animal se fracturó dos patas, se hirió gravemente el vientre y hubo que sacrificarlo. El disgusto de la anfitriona fue todavía mayor que el de la propietaria y, desde entonces, se sintió en profunda deuda con la señora Murat.

François Poulet había abandonado para siempre la casa de los príncipes el día siguiente de que Pauline lo rechazara. Cuando la muchacha se enteró, sintió verdadero remordimiento. No había imaginado una reacción así porque su amor hacia él no podía ni compararse al del joven por ella. Sin embargo, al no volver a verlo, pronto lo olvidó y este olvido le supuso una auténtica liberación.

Encontrándose en su residencia de Mónaco, la princesa recibió una carta de la señora Murat:

Mi muy querida princesa:

Me dirijo a usted para explicarle la situación de mi hogar en estos momentos y la necesidad que tengo de pedirle un gran favor. Como consecuencia de la epidemia de viruela que estamos sufriendo, una buena parte del personal a nuestro servicio ha tenido la desventura de caer enfermo y otra gran parte se ha visto obligada a dejar nuestra casa para cuidar a sus familiares. Afortunadamente, ni el señor Murat, ni nuestros dos hijos ni yo nos hemos contagiado, pero prácticamente nos hemos quedado solos en nuestra propiedad. He tenido noticias de que la mayoría de los empleados de su hacienda están sanos, y, dado que ustedes se encuentran en Mónaco esta temporada, me atrevo a solicitarle tenga a bien cederme por unas semanas a alguna doncella y algún mayordomo hasta que se acabe esta fatal epidemia.

Muy agradecida de antemano,
se despide su leal amiga,
Sra. Murat
Saint-Rémy, 1881

Ante la gravedad de la situación y la deuda pendiente que tenía con ella, la princesa no dudó en dar instrucciones para que Pauline y un mayordomo se trasladaran a casa de los Murat.

A Pauline no le hizo ninguna gracia abandonar el palacio de los príncipes ni siquiera por una breve temporada, aunque conocía a los Murat, sentía simpatía por ellos y la señora la había alabado en numerosas ocasiones, tanto por su impecable aspecto como por sus atenciones. El hijo mayor de la familia trabajaba codo con codo con su padre y pasaba varios días a la semana con él en Nîmes. El pequeño estudiaba en Aix-en-Provence algo relacionado con la agricultura. Como las doncellas y el ama de llaves habían caído enfermas, Pauline pasó a ocupar directamente el puesto de esta última. Por aquel entonces tenía dieciocho años.

La epidemia de viruela duró poco, pero Pauline ya no volvió al palacio de los

príncipes. El ama de llaves, por circunstancias familiares, no regresó a casa de los Murat y la señora, en vista de la valía de la nueva doncella y tras haber hablado en profundidad con la princesa de Mónaco, que accedió a sus ruegos, la dejó en el puesto de servicio de mayor rango de la casa. A Pauline le encantaba mandar, o mejor dicho, organizar, distribuir el trabajo, supervisar... incluso a personas que le doblaban y triplicaban la edad y que tenían la experiencia de casi toda una vida en aquella hacienda. Llevaba con orgullo el haber conseguido por sus propios méritos aquel puesto, sin detenerse a pensar, tal vez por su juventud, que la suerte había contribuido en gran medida a su ascenso.

La belleza de Pauline, sin ser exuberante, era manifiesta, sobre todo para los hombres. A los hijos de la familia se les escapaban miradas furtivas que la joven acogía con íntima satisfacción. El señor Murat, sin embargo, parecía ver tan solo en Pauline a la gobernanta a la que se respeta, pero que aparece invisible como mujer, máxime cuando es la señora de la casa quien se dirige habitualmente a ella. Él era un caballero apuesto, de unos cincuenta y tantos años muy bien llevados, activo, emprendedor, extrovertido y con múltiples aficiones. Las horas del día se le multiplicaban en vista de todas las actividades que desarrollaba en una jornada.

A raíz de un incidente acaecido con unos criados, resuelto por Pauline con enorme acierto, el señor Murat la requirió en su despacho para felicitarla. Era la primera vez que estaban solos en una estancia y la joven estaba algo cohibida. Las palabras del dueño de la casa fueron amables y elogiosas y, aunque él se mantuvo intachable en su papel de señor, Pauline se percató perfectamente de que, a pesar de su seguridad y don de gentes habituales, también estaba algo nervioso. A partir de ese incidente, el señor Murat comenzó a relacionarse más con la muchacha con la excusa de tratar asuntos de la casa que hasta entonces organizaba su mujer, siempre desde la corrección y guardando las distancias. Pauline no sabía cómo interpretar este acercamiento. Su experiencia de la vida era limitada, tanto en lo referente a las relaciones entre señores y criados —a los príncipes apenas los veía media docena de veces al año— como a las de hombres y mujeres. En todo caso, la confianza que iba ganando con el señor la enorgullecía hasta el punto de no darse cuenta de que el resto del personal empezaba a murmurar sobre ellos.

Dos años después de que Pauline entrara en casa de los Murat, la señora, que hasta entonces había disfrutado de una salud excelente, cayó enferma. Los médicos de Saint-Rémy no daban con la causa de su padecimiento y el señor Murat la trasladó inmediatamente al hospital de la prestigiosa Universidad de Montpellier para que la examinaran los catedráticos, pero todo fue en vano y en cuestión de tres meses falleció. Los Murat, padre e hijos, estaban desconsolados. Los tres hombres se habían quedado solos de la noche a la mañana. En Saint-Rémy todo el mundo daba por sentado que, más tarde o más temprano, el señor Murat acabaría casándose y hacían

cábalas sobre si la elegida sería alguna rica heredera de la región o alguna joven viuda de Nîmes. Nadie imaginaba que la próxima señora Murat estaba ya viviendo bajo su mismo techo...

CAPÍTULO 14

—Doctor Peyron, ¿me había llamado?

El director del Saint Paul levantó la vista de un libro que estaba consultando.

—¡Ah, sí!, pase, pase, doctor Aldave, y acomódese.

El español miró la silla que Peyron le señalaba, ocupada por un montón de libros y carpetas desordenados, sin saber bien qué hacer. Como el director no parecía darse cuenta de la situación, sentado tras su mesa de despacho, Galo tuvo que intervenir.

—¿Quiere que deje estos libros en algún lado?

—¿Hay libros en la silla? —preguntó el psiquiatra extrañado (y en verdad era el único lugar desordenado de toda la habitación)—. Déjelos en el suelo, luego yo los colocaré en su sitio, no se preocupe.

Aldave obedeció y se sentó frente a él.

—Doctor Aldave, he recibido los resultados de los análisis toxicológicos que solicitó a la Universidad de Montpellier, ¿recuerda?

—Por supuesto, las muestras de la autopsia.

—Aquí los tiene. —Peyron le entregó un sobre abierto—. No se ha encontrado ningún tóxico.

El español tomó el sobre y examinó detenidamente el informe. Efectivamente, no se había detectado sustancia tóxica alguna en ninguna de las muestras enviadas. El director captó el gesto de decepción del médico.

—¿Qué le parece, Aldave? Esperaba encontrar algo, ¿verdad?

Galo suspiró profundamente.

—Sinceramente, sí, no puedo negárselo. Estaba convencido de que el enfermo falleció por una intoxicación.

—Pero usted me dijo que en la autopsia había hallado una gran congestión cerebral y que esa había sido la causa de la muerte del paciente.

—Sí, efectivamente, las meninges y los núcleos de la base del encéfalo estaban muy congestivos y con pequeñas hemorragias..., y también el estómago..., pero... no sé cuál fue la causa de ese estado congestivo, de ese cúmulo de sangre.

—Muchas personas mueren de congestión cerebral, doctor, sin otra causa. Usted, como médico internista, lo sabe mejor que yo. Además, ya ve, el resultado toxicológico ha sido negativo —añadió señalando con el dedo índice el informe que el español había dejado sobre la mesa.

—Sí, para los tóxicos habituales que manejan en el laboratorio —dictaminó Galo serio.

—No entiendo a qué se refiere, doctor Aldave.

—Es imposible detectar en un laboratorio todos los tóxicos que pueden originar la

muerte de una persona. Cuanto mayor y más importante es un laboratorio, y debo reconocer que el de la Universidad de Montpellier es uno de los grandes, más sustancias tóxicas es capaz de detectar: arsénico, estricnina, ácido cianhídrico, opio, tomaínas... Sin embargo, tenemos sustancias peligrosas a nuestro alrededor potencialmente nocivas que, bien por su escaso uso o bien por tratarse de sustancias naturales no catalogadas como tóxicas, los hospitales no incluyen en sus investigaciones o es imposible detectarlas con los medios de que disponen.

—¿Quiere usted decir que nuestros hospitales tienen esas carencias?

—Las universidades francesas han sido adalides en investigación toxicológica, doctor Peyron, de eso no hay ni la menor duda, sobre todo desde que el gran Orfila, que por cierto era español, de Mahón, desarrollase en la Universidad de París sus métodos de análisis químico toxicológico. Pero aun con los adelantos con que este país cuenta, es imposible detectar todos los venenos, imposible.

—Bueno... —admitió el director con semblante cansado—. Supongamos que usted lleva razón, que el enfermo murió intoxicado...: una hipótesis tan grave habrá que demostrarla, doctor Aldave. Yo, como máximo responsable del sanatorio, para darle credibilidad tendré que contar con pruebas que lo demuestren. No puedo iniciar una investigación médica de un caso simplemente por una intuición cuando la realidad es que contamos con una autopsia, realizada por usted mismo, que no confirma absolutamente nada de lo que usted supone.

El español comprendía perfectamente la postura de Peyron: se dedicaba a la psiquiatría, estudiaba las enfermedades de la mente, y no se detenía a valorar otras circunstancias de los enfermos, como su peso, los numerosos cuadros convulsivos o las causas de las muertes; por otra parte, su cargo como director le ponía en una complicada situación en el caso de que existiera una intoxicación masiva en el Saint Paul, provocada o accidental... Y finalmente, siempre quedaba la duda de si tenía algo que ver en el asunto, como cualquiera que trabajase en el sanatorio.

Llamaron enérgicamente a la puerta. Era Larroque, el psiquiatra ayudante de Peyron. Desde el frío recibimiento que le dio a Aldave a su llegada al sanatorio, apenas habían tenido contacto porque el español lo evitaba en la medida de lo posible, a pesar de las advertencias de la hermana Anne-Marie sobre el interés de Larroque por la plaza de médico de Galo para uno de sus hermanos.

—¡Qué bien que se encuentre usted aquí, doctor Aldave! —dijo nervioso y entrecortadamente—: una paciente acaba de fallecer de forma inesperada, ¡dese prisa, por favor!

Los dos médicos se levantaron de inmediato y siguieron a Larroque a paso rápido, quien contaba, casi jadeante, lo sucedido.

—Era una mujer de cuarenta años que llevaba un año con nosotros aquejada de una neurosis obsesiva grave. Se encontraba merendando en la sala de estar cuando ha

caído fulminada al suelo, ha sufrido un cuadro convulsivo y ha fallecido en el acto. Casualmente yo estaba cerca de allí y he oído los gritos.

Algunas religiosas y dos o tres ayudantes estaban tranquilizando y conduciendo a otras dependencias a las pobres pacientes que habían presenciado todo desde la sala de estar de las mujeres. En la sala, la cocinera, la hermana Concepción, se encontraba sentada en una silla, colorada, con la mano en el pecho, respirando sofocada. En el suelo, la fallecida descansaba boca arriba, con las cuatro extremidades ligeramente flexionadas, los ojos abiertos y las mejillas todavía con algo de color. Aldave, en vista del estado de la cocinera, se dirigió rápidamente hacia ella mientras, como buen forense, espetaba a sus dos colegas: «¡No se acerquen al cadáver!». Los psiquiatras, seguramente por lo inusitado de la escena y, sobre todo, por el tono firme del español, acataron la orden al unísono plantándose en medio de la habitación. Galo examinó con destreza (casi como si fuera realmente un internista) a su paisana. El pulso andaba acelerado, pero rítmico, y a través del estetoscopio pudo detectar un potente soplo al auscultar los latidos del corazón.

—¿Se encuentra bien, hermana? —le preguntó mientras mantenía la mano de la mujer entre las suyas.

—Algo mejor, doctor, muchas gracias, pero me he dado un susto de muerte.

—¿Ha presenciado todo? —volvió a preguntarle el médico.

—Sí, doctor.

Antes de que la religiosa continuara, Galo la interrumpió.

—Ya me lo contará luego, hermana. Ahora debe tranquilizarse. ¿Le duele el pecho?

—Ahora casi nada. Se me está pasando. Estoy mejor.

—Hermana —indicó Aldave dirigiéndose a la novicia ayudante de la cocinera, que también se encontraba medio temblando—, prepare una buena infusión de tila, tómense una taza cada una y después ofrézcanla también a las enfermas que han estado aquí viéndolo todo.

La joven aspirante a monja salió como un rayo de la sala. La hermana Concepción, más recuperada, intervino.

—Doctor, si necesita saber lo que ha ocurrido, me encuentro mejor y puedo contárselo.

—Como quiera, hermana.

—Ha sido todo tan rápido que prefiero explicarlo ahora, por si se me olvida algo. Como todas las tardes, la hermana novicia y yo estábamos repartiendo la merienda, unos bizcochos y una taza de té entre las enfermas, cuando de repente a la pobre Cécile se le ha caído todo de las manos. Yo al oír el ruido me he girado, la he visto caer al suelo y empezar a mover brazos y piernas convulsivamente. Cuando ha cesado la crisis nos hemos acercado a ella para tratar de ayudarla, pero no nos ha

respondido. Seguramente ya estaba muerta. Horroroso. ¡Pobre Cécile! —concluyó, tapándose los ojos.

—Hermana, por su historial clínico creo recordar que esta paciente ya había sufrido otras crisis similares.

—Eso yo no lo sé, doctor —respondió la cocinera.

—Sí había sufrido otros ataques de epilepsia —apuntó Larroque, al que Galo casi había olvidado, concentrado como estaba—, y lo curioso es que casi estoy seguro de que en la recogida de datos a su entrada en el Saint Paul no figura que sufriera epilepsia. Qué raro.

«¡Por fin alguien comienza a sospechar!», exclamó para sus adentros Aldave.

—Doctor Peyron —dijo Galo—, ¿por qué no acompaña a la hermana Concepción al pabellón de religiosas para que descanse? El doctor Larroque y yo nos ocuparemos del cadáver.

—De acuerdo, venga conmigo, hermana —la conminó, encantado de poder abandonar aquella estancia, y añadió—: Después daré instrucciones para que avisen a la familia de inmediato.

Cuando ya estaban abriendo la puerta, Aldave le dijo:

—Acuérdese de iniciar los trámites para realizar la autopsia.

El director movió la cabeza mientras salía con la hermana.

Quedaron en aquella sala Larroque, Galo Aldave y la paciente muerta. El español se acercó al cuerpo de la mujer. Cerró sus ojos tras comprobar la dilatación de sus pupilas y la transparencia de la córnea, todavía sin enturbiarse. Acercó la palma de la mano a la boca entreabierta: ni un hálito de vida. Palpó el cuello buscando algún pulso aunque fuera débil, auscultó el corazón intentando escuchar un latido, pero todo en balde: estaba muerta. El doctor Larroque comentó su extrañeza ante el color todavía algo sonrosado de la piel.

—Toque, doctor —le indicó Aldave—, compruebe la temperatura exterior del cadáver.

Larroque colocó el dorso de su mano en el cuello de la mujer.

—Aún está caliente..., y entre unas cosas y otras... llevará casi media hora muerta —observó, todavía con más sorpresa, el psiquiatra.

—¿Sabe a qué es debido? ¿Por qué no está ya frío y pálido el cadáver? —preguntó Galo. Sin esperar la respuesta, continuó—. Porque ha fallecido por un cuadro convulsivo, como muy bien ha explicado la hermana Concepción. El gran trabajo que los músculos ejercen a la hora de contraerse espasmódicamente produce tal cantidad de calor que el cadáver tarda más en bajar su temperatura corporal que si la muerte ocurriera en otras circunstancias.

—¿Y la rigidez, con las extremidades contraídas? ¿También se debe a lo mismo?

—Efectivamente, esta postura del cadáver indica que pudo morir tras una

convulsión. Aunque nadie hubiera visto lo sucedido, con los dos datos anteriores podríamos haberlo deducido. Vamos a ver las livideces cadavéricas. Así comprobaremos si alguien ha cambiado de posición el cadáver. —Aldave desvistió todo lo que pudo a la mujer y le dio la vuelta—. ¿Ve? En la zona posterior del cuello ya se observan livideces y, en principio, a simple vista, en ningún otro lugar. Eso nos indica dos cosas: primera, que falleció boca arriba, es decir, en decúbito supino, porque las livideces siempre aparecen en las zonas declives; y segunda, que han transcurrido entre veinte y cuarenta y cinco minutos desde que ha muerto, puesto que en ese intervalo de tiempo es en el que aparecen las primeras livideces aisladas.

Aldave iba a continuar cuando Larroque le interrumpió.

—Doctor Aldave, me está dejando usted anonadado: nunca he conocido a un internista con tanta seguridad y tantos conocimientos de medicina forense.

Galo paró en seco su exploración.

—Aunque soy internista de vocación, en París he tenido la oportunidad de trabajar con forenses que me han transmitido todos estos conocimientos —improvisó—. De hecho, espero que el doctor Peyron me permita realizar la autopsia.

—¿Podría estar yo presente? Desde mis tiempos de estudiante no he presenciado ninguna y, sinceramente, tengo interés en este caso. En los últimos meses he observado un gran número de crisis convulsivas en nuestros enfermos. Si le soy sincero, comienzo a estar algo preocupado. Incluso he revisado todos nuestros tratamientos por si errábamos en algún preparado o si se dosificaban mal las pautas indicadas, pero no he encontrado ningún fallo.

Larroque transmitía sinceridad, o al menos se la transmitía a Aldave, quien andaba absolutamente perdido en el tema que le había traído a Saint-Rémy, más aún después de conocer el resultado negativo de los análisis toxicológicos de la anterior autopsia. «Si Larroque lo que pretende es tirarme de la lengua porque está implicado en el caso, voy a perderlo todo, pero si no tiene nada que ver y en realidad está preocupado por este asunto, puede ser un gran aliado, me arriesgo». Evidentemente, no le contó que no era internista, ni que le había contratado el prefecto desde Marsella para indagar sobre este oscuro asunto de la enfermedad y muerte de los pacientes del sanatorio, pero sí le refirió su extrañeza al llegar al Saint Paul y comprobar el elevado número de fallecimientos y de síntomas diferentes a los de la enfermedad mental *sensu stricto*. Sobre la marcha comprobaba las variaciones de expresión del rostro de Larroque: primero el asentimiento, y después la satisfacción de poder compartir con alguien una misma sospecha. Galo profundizó algo más y fue tanteando a través de sus gestos la opinión del psiquiatra acerca de los personajes tenebrosos de aquel centro: el farmacéutico Clermont, el ecónomo Gastineau, el director Peyron... y hasta la cocinera.

Como a él, a Larroque le intrigaba el ecónomo, un hombre empalagoso, halagador

y con vicios notorios; y también detestaba al farmacéutico, extraordinariamente pedante y con un toque irónico difícil de compartir. Sin embargo, la opinión de Larroque era que la hermana Concepción y el director estaban fuera de cualquier duda porque ambos eran personas «honorables» que, a lo largo de los años, habían dedicado su vida al sanatorio con total entrega, a pesar de poseer personalidades singulares.

—Debe tener en cuenta, doctor Aldave, que trabajar entre dementes casi toda una vida... marca el carácter.

El español asintió convencido, cómo no, con la cabeza.

Larroque era un hombre soltero, algo desastrado en el aspecto personal, dedicado también en cuerpo y alma a la psiquiatría, con pocas aficiones y escasa vida social fuera del Saint Paul. Desde hacía meses andaba preocupado por lo que ocurría entre los enfermos del sanatorio. El hecho de que el nuevo médico también se hubiera percatado de ello y mantuviera una actitud activa a la hora de desentrañar las causas le colmaba de satisfacción, suponía un estímulo intelectual para él y le aportaba compañía moral en aquella institución en que bastante a menudo se encontraba solo. Su inicial recelo hacia Aldave se fue diluyendo con el paso de los días para desaparecer por completo aquella misma tarde. Por supuesto, se brindó a ayudar al español en la investigación de la causa del mal que aquejaba a los enfermos, aunque, claro, ni sospechaba el grado de implicación de Galo en todo el asunto.

Ordenaron la conducción del cadáver a la morgue del Saint Paul, a la espera de que el director les diera carta blanca para realizar la autopsia, lo más temprano, sin duda, a la jornada siguiente.

Como todos los días, avanzada la tarde, Aldave regresó andando a casa de Poulet. Las cigarras aullaban escandalosas por todo el polvoriento camino. Pensaba en Pauline. Aquella noche no iba a acudir a su casa, como hacía invariablemente desde hacía ya casi un mes, desde la noche de San Juan. Ella se encontraba en Nîmes solucionando unos asuntos y permanecería allí durante varios días. Sentía profundamente su ausencia. La distancia desde el sanatorio a Saint-Rémy le parecía más larga y calurosa que nunca. Estaba realmente encandilado por aquella mujer que ejercía sobre él una verdadera fascinación. Se convirtieron en amantes poco después de la «cena de los alquimistas», como le gustaba recordar aquella extraña reunión al español. Tan insólita fue que al principio dudaba de los verdaderos intereses de la señora Murat sobre él, pensando que quizás estaba utilizando sus encantos para atraerle a ese mundo esotérico que no tenía nada que ver con el suyo. Ya a solas, le aclaró que no podía colaborar con ellos en la búsqueda de *la píldora rosa* de Nostradamus porque no creía en lo que hacían. A Pauline no pareció importarle demasiado. Fue su marido quien la introdujo en la práctica de la alquimia, según le explicó, y, al comprobar la firme decisión de Galo de no ayudarles, restó importancia

a la conversación de la cena para que de ninguna manera ese asunto se interpusiera entre ellos. El español estaba viviendo unos días maravillosos al lado de Pauline. No había disfrutado nunca de una relación tan completa con ninguna mujer. De Camille había estado profundamente enamorado, pero no habían llegado a ser amantes. Había intimado en París con otras mujeres, pero llevaban un tipo de vida que no satisfacía las elevadas expectativas que Aldave tenía de su mujer ideal. Pauline tenía clase, simpatía, sagacidad y atractivo. Las horas se acortaban junto a ella y el resto del día se convertía en una espera que le consumía.

Entró en Saint-Rémy por el bulevar de Víctor Hugo. Las terrazas de los *bistrots* estaban a rebosar, con la gente disfrutando en la calle del radiante verano de la Provenza. En su interior experimentaba un sentimiento contradictorio: por una parte, la dicha del enamorado que ve reflejada su alegría en cada escena cotidiana, pero por otra su corazón estaba taciturno, anhelando el momento de tener de nuevo entre sus brazos a Pauline, tan lejana en ese instante. Esa noche, aprovechando su ausencia, se había comprometido a cenar en casa de Poulet. Desde que había llegado allí, la familia del cochero se había volcado en él proporcionándole lo mejor que se le puede ofrecer a un viajero: un hogar. En las últimas semanas él no había estado a la altura, no había correspondido a sus atenciones como merecían, obcecado como andaba pensando a todas horas en su amante y en acudir a su encuentro en cuanto sus obligaciones en el sanatorio se lo permitían. Por eso mismo quería aprovechar aquellos días para permanecer más tiempo en la que todavía era su morada. Pasó por la rue Carnot y vio a la florista que le había vendido el ramo para Pauline la noche de San Juan. Se acercó a ella y le pidió otro similar para la mujer y la suegra del cochero. Cuando estaba pagando, alguien le rozó el hombro con familiaridad. Era Gastineau, el ecónomo del Saint Paul. Le preguntó con descaro para qué hermosa mujer eran aquellas flores, bromeando, con una sonrisa irónica tras la media docena de dientes amarillentos que le quedaban. Aldave, sin tiempo para reaccionar, le detalló estúpidamente lo agradecido que estaba a la mujer y a la suegra de Poulet por sus atenciones y que deseaba obsequiarlas en lo posible con aquel regalo. En la única mano que tenía, el ecónomo sujetaba una carta sin abrir, aparentemente, por el blanco impoluto del sobre, recién escrita. Con rapidez, al percatarse de que el médico había desviado décimas de segundo su mirada hacia el sobre, lo ocultó como quien no quiere la cosa en el bolsillo interior de su chaqueta. Aldave, aunque no pudo descifrar el destinatario, recordó otra escena similar la noche que pernoctó en el sanatorio y descubrió al ecónomo saliendo a hurtadillas de su despacho con una carta dirigida a Cabasset, el prefecto de Marsella. El disimulo con que Gastineau había escondido ahora el sobre le llevó a sospechar que encubría algo importante, posiblemente relacionado también con el prefecto, la persona responsable de que él mismo estuviera en el Midi francés. El ecónomo volvió a invitarle con insistencia a una

partida de cartas y el español, para zafarse cuanto antes de su presencia, prometió quedar con él sin tardanza.

La suegra de Poulet había preparado una opípara cena: *berlingueto*, caracoles, sopa de conejo y pastel de nueces. Tanto ella como Charlotte, su hija, no cabían en sí de gozo por las flores con las que Aldave las había agasajado. Hasta la niña estaba contenta de tenerlo en la mesa.

—¿Va a cenar con nosotros mañana? —le preguntó con inocencia.

—Depende del trabajo que tenga, Claire. Posiblemente sí —respondió Galo.

—Ayer mi profesora Margot me preguntó por usted.

—¿Por mí? ¿Me conoce? —dijo el español con extrañeza.

—Dice que sí, que lo conoce mucho, que es usted muy guapo y muy listo.

Todos rieron, pero Galo se quedó pensativo.

—Tu profesora es morena, delgada...

—Es la esposa del administrador de fincas del príncipe de Mónaco —interrumpió Charlotte, dándose importancia delante de su huésped.

—¡Ah, sí! —repuso Aldave—, es verdad, coincidí con ella en una reunión... ¿Y qué te preguntó?

—No me acuerdo... ¡Ah!: que si usted vivía aquí en nuestra casa.

—¡Y tú le explicarías de pe a pa dónde está su habitación, lo que le gusta comer, a qué hora se levanta...! —saltó Poulet—. ¿Por qué las maestras son tan cotillas? ¡Lo saben todo de todas las casas! ¡Ni se te ocurra decir nada del doctor Aldave! Quien quiera saber algo de él que se lo pregunte, y si no, mentiras con él.

La niña, ante el tono de su padre, comenzó a gimotear.

—Solo quería saber si el doctor duerme en nuestra casa todas las noches —logró decir entre sollozos.

Galo se levantó de la mesa, se acercó a la silla de la niña y la rodeó con su brazo, consolándola.

—No te preocupes, Claire, es lo más natural del mundo que los niños respondan a las preguntas de sus profesores.

—¡Pero no es normal que los profesores interroguen a los alumnos sobre intimidades de sus hogares! —prorrumpió Poulet acalorado.

Las dos mujeres estaban un poco confundidas, molestas por la intromisión de la maestra, por la sinceridad de la pequeña y por la posible reacción de Galo.

—No pasa nada, tranquilos, no tengo nada que ocultar. Yo soy de una ciudad pequeña y sé lo que ocurre en estos lugares. Los últimos en llegar estamos en el punto de mira de todo el mundo...

Una vez concluida la cena, ya en su habitación, Aldave meditó sobre este pequeño incidente. Llevaba viviendo los suficientes años en París para haberse olvidado de lo que es la vida de una localidad de provincias. Sin duda la maestra

estaba al corriente de su relación con la viuda Murat..., o al menos la sospechaba. Pauline y él habían llegado al acuerdo tácito de no airear de momento su amor, de vivirlo si no a escondidas, sí con discreción. A ninguno de los dos le interesaban las murmuraciones. Ella era viuda y, por lo tanto, libre, pero, según explicó sucintamente a Galo, estaba ligada a los hijos de su marido a través de varios negocios y una relación amorosa podría conllevarle problemas. Él, por su parte, había llegado a Saint-Rémy para cumplir una misión concreta, se había comprometido, le pagaban por ello y de ninguna manera le interesaba que pudiera llegar a oídos del prefecto que tenía una amante, y menos una mujer relacionada directamente con el sanatorio. Su propia reputación profesional estaba en juego. Debían andar con más cautela. Es muy difícil ocultar la pasión.

—¿Qué te ocurre, querida?, ¿por qué no has salido a cenar?

El prefecto de Marsella había entrado preocupado en la habitación de estar de su esposa. Estaba pálida, seria, con la mirada abstraída ante la ventana.

—¿No me oyes? —volvió a preguntar Cabasset, ahora ya inquieto por la expresión de su mujer, que llevaba un papel en la mano, sobre el regazo.

—He encontrado esta carta en el suelo de nuestra habitación, al pie de tu galán de noche —dijo con voz casi imperceptible, temblorosa, sin variar un ápice el gesto.

Cabasset se acercó para ver de qué se trataba, pero el corazón ya le había dado un vuelco. La cogió y la reconoció de inmediato.

—¡No es lo que parece, querida! ¡Yo te lo voy a explicar! ¡Es todo una gran calumnia, una difamación de alguien que quiere nuestra ruina!

—No, querido, es un chantaje en toda regla. Y todo chantaje se fundamenta... ¡en una verdad indigna! —exclamó la mujer echándose a llorar desconsolada.

CAPÍTULO 15

Todas las mañanas el médico español se dirigía al sanatorio de Saint Paul en el coche de François Poulet, sentado con él en el pescante. No hay nada en el mundo más vivificante para comenzar bien la jornada que el deleite de las primeras horas tras el amanecer de un día de verano en cualquier región cercana al Mediterráneo. El silencio de las calles se entrecruza con esa naciente luminosidad que muestra indecorosa, por primera vez desde la noche, los colores y hasta los aromas de las flores de las casas y los caminos, convirtiendo al más descreído en un entregado a la vida y a la naturaleza. Como era día de mercado, Aldave sugirió al cochero pasar por la plaza, donde una multitud de hortelanos, chamarileros y artesanos estaban colocando con gran algarabía sus puestos. Aunque no pensaba ni bajar del asiento, a Galo le encantaba contemplar aquel panorama de color y movimiento, comparable solo con la espectacularidad de un circo. Cestas, manteles, frutas y verduras, quesos, ropajes, flores, objetos de cerámica, jabones, miel, ungüentos curativos, encajes, gallinas..., todo tenía cabida en el popular mercado de Saint-Rémy, al que acudían vendedores y compradores de toda la comuna. El paseo fue breve. Poco después, Poulet volvería a comprar con la hermana Concepción, la cocinera, y a Aldave le esperaba un día complicado, pues el director del Saint Paul había autorizado la autopsia de la última fallecida y había que realizarla nada más llegar al sanatorio.

Cuando estaban ya saliendo de la población, el cochero, que hasta entonces había estado sorprendentemente callado, se dirigió al español con cierta precaución, rara en él.

—Doctor, ¿se acuerda de lo que dijo anoche Claire?

El médico se hizo el despistado.

—¿Claire?, no sé, es una niña muy parlanchina, ¿sobre qué?

Poulet fue directo al grano.

—Lo que le preguntó su maestra: si usted duerme en nuestra casa todas las noches.

Galo, en vez de contestar, siguió mirando al frente, como si no hubiera oído nada.

—Doctor, si yo no lo apreciara a usted, le juro que no le diría nada, no me metería en líos.

—Dígame lo que quiera, François. Sin rodeos, por favor —dijo Aldave, sin desviar la vista del camino.

—Lo que quiero decirle es que todo Saint-Rémy habla de que usted y la viuda de Murat son... muy buenos amigos... o algo más.

Galo calló unos segundos.

—¿Y usted qué opina, François?

—Yo solo sé que no deshace la cama muchas noches.

—Soy bastante mayor para llevar la vida que quiera, ¿no? —señaló algo molesto el médico.

—¡Por supuesto, doctor! ¡No me interprete mal! Yo no soy nadie para meterme en lo que no me llaman. ¡Usted puede dormir donde le plazca!

—Entonces, ¿lo que le preocupa son los chismes?

—¿A mí? —le lanzó con una carcajada fingida—. ¡A mí los chismes me la traen...!, ¡en fin, no quiero ser basto delante de usted! Lo que me preocupa, si quiere saberlo, es que caiga en la trampa de esa mujer, ¡eso es lo que me preocupa!

—¿Qué quiere decir con eso? —exclamó inquieto Galo.

—¡Esa mujer no le conviene, doctor, hágame caso, olvídense de ella, hay muchas mujeres en el mundo y usted puede conquistar a cualquiera!

—Pero... ¿por qué?, ¿qué tiene de malo Pauline? ¡Es una mujer excepcional! Poulet rio irónicamente.

—¿Por qué se ríe?

—¡Ya le ha enganchado a usted también!

El médico estaba atónito.

—¿Qué quiere decir con... «también»?

—¿Usted piensa que es el primer amante que ella tiene?

Aldave titubeó.

—Pues... no sé, no me lo he planteado —dijo confundido con todo aquello.

—Pues no, no es el primero. Y, qué casualidad, todos tienen algo en común: a todos les puede sacar algo, a unos dinero, a otros posición, a otros reputación... Usted no conoce a la verdadera Pauline Murat, doctor; soy hombre y sé lo que digo, a usted no le ha dado tiempo de conocerla. Está embaucado por ella..., porque sabe cómo embaucar a un hombre, de eso estoy seguro.

—¿Y por qué está tan seguro? ¡Habla como si usted fuera uno de los embaucados, como si estuviera resentido contra ella..., pero usted no es de su clase, ni tiene dinero, ni posición, que es lo que dice que ella busca! —le espetó el médico, ahora bastante alterado.

Al verlo en ese estado, Poulet intentó a su vez tranquilizarse. Más calmado le dijo:

—Hace años sí éramos de la misma posición social, porque Pauline era pobre, ¿a que eso no se lo ha contado?

—Ser pobre no es ninguna deshonra.

—Desde luego, yo soy pobre y soy honrado. Pero de pobre a rico no se pasa de la noche a la mañana.

A Aldave las palabras que más le hirieron fueron estas últimas. Que insultaran o difamaran a Pauline no le extrañaba porque la envidia corroe la sociedad y ella

seguro que era pasto fácil de los envidiosos. Lo que ahora le inquietaba era que en el tiempo que habían compartido juntos ella jamás le había mencionado nada de un origen humilde, sino todo lo contrario, y eso ahora, junto a la vehemencia del cochero, le removía su interior. Sin embargo, continuó:

—Pobres o ricos, a las personas se las debe juzgar por su generosidad. Y los que trabajan en el sanatorio de Saint Paul deberían estar agradecidos a una mujer que sufraga de su bolsillo una buena parte de los gastos del centro.

Poulet, que había decidido contenerse, no pudo evitar saltar.

—¿De verdad cree que el donativo lo entrega porque le sale del corazón? ¿También eso le ha hecho creer? —repuso el cochero moviendo la cabeza, como si no diera crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Por qué lo iba a entregar si no?

—¡Porque le obliga el testamento de su marido! ¡A eso y a muchas otras cosas! ¡El señor Murat no tenía ni un pelo de tonto! Pauline Murat vive como una reina, igual o mejor que en vida de su marido, pero seguirá así (y eso todo Saint-Rémy lo sabe) mientras cumpla con las normas que su difunto dejó estipuladas en sus últimas voluntades, entre otras: no puede volver a casarse y debe entregar anualmente al sanatorio la misma cantidad de dinero que entregaba su marido. Si las incumple, pierde la casa, las rentas y la mayor parte de propiedades de las que hoy en día disfruta.

Aldave estaba aturdido. ¿Cómo un simple cochero podía estar al tanto del testamento de una persona tan alejada de su ámbito social? ¿Por qué tanto encono contra Pauline? Él mismo procedía de Tudela, una población pequeña donde todo el mundo se conocía, donde todos opinaban sobre lo acontecido a cada uno de sus vecinos, y no siempre de buena fe, máxime si las aludidas eran personas destacadas. Su mismo padre, médico reconocido y apreciado, de vez en cuando era víctima de habladurías sin sentido, de rumores sobre asuntos falsos que se transmitían de oreja a oreja tergiversando y aumentando unos hechos que ponían en boca de todos, sencillamente, una mentira.

Llegaron al Saint Paul. Como siempre, Poulet paró el coche para que el español se bajara antes de conducirlo a las cocheras. Desde que se conocieron, era la primera vez que existía tirantez entre ellos y a ninguno de los dos le gustaba la situación. Aldave, incapaz de pronunciar palabra, realmente contrariado, se limitó a un mínimo saludo de cortesía llevando la mano al sombrero. Poulet le respondió con idéntico gesto. En su interior sentía auténtica preocupación por su huésped, al que estimaba de verdad.

Galo cruzó la verja de entrada sin la energía de otros días, decepcionado de algún modo con Poulet. Ahora comprendía que, aun cuando existía una diferencia de clase social y de nivel de instrucción entre los dos, se había establecido entre ellos un

fuerte vínculo muy cercano a la amistad. Su postura hacia Pauline los había distanciado en aquel breve trayecto de casa al sanatorio y este distanciamiento le disgustaba. Recorrió el camino hasta el pabellón principal sin apreciar el colorido de las flores ni la galanura de los cipreses, ensimismado en sus propios pensamientos, abstraído de la presencia de la hermana Anne-Marie, que salía en ese instante de la capilla.

—¡Doctor Aldave!

—¡Ah, hermana!..., perdone, ni la había visto.

—Me he escapado a la capilla sin permiso de nadie a cambiar una cuerda rota de la cítara —dijo la joven como en secreto.

Como tantas veces, hizo sonreír a Galo incluso aquella mañana.

—Tranquila, hermana, yo le firmo el permiso donde haga falta.

—Ya me quedo tranquila —dijo exagerando la expresión.

—Hoy tenemos un día ajetreado.

—Efectivamente, doctor... Por cierto, ¿qué va a ser primero..., la autopsia o el pase de visita?

—¿Tenemos alguna urgencia?

—Por el momento no.

—Entonces, comenzaremos por la necropsia. Por favor, avise al doctor Larroque para que me espere en la sala de autopsias.

—¿El doctor Larroque sabe algo de autopsias?

—Por supuesto, todo psiquiatra se ha formado antes como médico. Además, el doctor Larroque tiene mucho interés en saber de qué mueren nuestros enfermos.

—Estupendo, así estará usted acompañado. Ya sabe que yo en esos menesteres... soy incapaz de ayudarle. ¡Ah, por cierto, se me olvidaba! —La religiosa sacó un papel de un bolsillo escondido en su hábito—. Acaban de entregarme esta carta para usted, viene sin remite, pero, por el matasellos, procede de Marsella.

La hermana interpretó el fingido gesto de extrañeza del médico como una recriminación por haber curioseado el sobre.

—No piense que soy una fisgona, doctor, pero tengo que admitir que no he podido resistir la tentación de mirar de dónde procedía.

—No importa, ya tiene un pecadillo para confesar, si no el capellán creará que es una santa.

—No se burle de mí, aunque merezco cualquier reproche por su parte.

—En vez de reproche..., la perdono..., y no peque más —remató bromeando Aldave.

Quedaron para pasar visita a los enfermos a media mañana. La hermana Anne-Marie, con su frescura y espontaneidad, había conseguido relajar a Galo. Por unos minutos había olvidado completamente su conversación con Poulet y el enojo que le

había producido. Nada más entrar en su despacho, abrió la carta.

Estimado doctor Aldave:

Desde que nos vimos hace dos meses en mi despacho no he vuelto a tener noticias tuyas. Estoy impaciente por saber cómo van sus indagaciones respecto del asunto que le encomendé. El tiempo corre y dispongo solamente de unas cuantas semanas —dos meses más a lo sumo— para resolver el caso o de lo contrario, como usted ya sabe, me encontraré en una delicada situación. Si sus pesquisas van hacia buen puerto, le agradecería me lo comunicase, pero si, por el contrario, no ha averiguado nada del origen del problema y su estancia ahí es infructuosa, le ruego asimismo lo ponga en mi conocimiento para, en ese caso, poder liberarle del farragoso encargo que le confié.

Atentamente,
P. Cabasset, prefecto de Marsella

Galo Aldave se sentó pensativo. La sola idea de abandonar Saint-Rémy y, por lo tanto, a Pauline le soliviantaba. Tampoco estaba preparado para abandonar el sanatorio y dejar atrás a personas con las que le unían lazos entrañables, como la hermana Anne-Marie o la familia de Poulet. Por otra parte, su orgullo profesional le impedía regresar a París con las manos vacías, sin respuesta a la pregunta de por qué enfermaban y morían los pacientes del Saint Paul. En ese momento de su carrera un fracaso podía suponerle un derrumbe personal y ante su admirado profesor Leroy, que había confiado en él para una misión tan complicada. Debía continuar, yendo a por todas, jugándose el tipo si era necesario, pero con inteligencia, como todo buen forense. Escribió unas líneas a Cabasset explicándole medias verdades, dándose de esa forma tiempo a sí mismo para alcanzar algún resultado concluyente. «En esta segunda autopsia tengo que encontrar la clave».

—Usted no es internista, doctor Aldave, usted es forense o realiza autopsias clínicas con frecuencia.

El español paró en seco la sutura con hilo de bramante de la cavidad torácica con la que concluiría la autopsia.

—¿Por qué dice eso, doctor Larroque?

—Su destreza diseccionando el cadáver y la explicación al detalle de todo lo que va encontrando no son propias de un médico internista. Y no solo eso..., es usted un magnífico profesional..., aunque por el motivo que sea pretende ocultarlo.

Tras unos segundos de indecisión, Galo le preguntó:

—¿Puedo confiar en usted?

—¡Por supuesto!

—De acuerdo, en cuanto acabe con esto, hablamos en mi despacho.

Mientras realizaba la disección, el español le había comentado que habían pocas dudas respecto a que la paciente había fallecido de la misma causa que el paciente de la primera autopsia. Para corroborarlo, Aldave necesitaba estudiar diversos tejidos al microscopio y enviar una serie de muestras para un estudio toxicológico, pero a

simple vista las lesiones del cerebro de los pacientes eran idénticas y no había encontrado ninguna otra causa de muerte en la enferma. En esta ocasión, para tratar de llegar por fin a la solución del enigma iba a enviar a analizar las muestras a la Facultad de Medicina de París.

Ya en su despacho, Galo cerró la puerta y se dispuso a sincerarse, al menos en parte, con su colega. No le quedaba otro remedio. Se lo jugaba todo a cara o cruz. Tenía ante él a una persona que lo había descubierto..., o quizás él se había dejado descubrir...

—Doctor Larroque, es usted un buen observador. Efectivamente, soy médico forense y estoy aquí de paso. Eso para usted puede suponer una buena noticia, porque mi plaza quedará vacante con total seguridad en un plazo corto de tiempo y a ella podrá optar su hermano, que sí es un verdadero médico internista. Se preguntará cuál es la razón de mi estancia en el Saint Paul y el porqué del ocultamiento de mi auténtica identidad. Es muy sencillo, estoy aquí para tratar de averiguar la razón por la que enferman y mueren los dementes de este sanatorio. Usted mismo me confesó su preocupación por este tema e incluso habíamos hablado acerca de algunas de las personas que trabajan aquí. Mi misión, la razón por la que he venido a Saint-Rémy, a la Provenza, es desentrañar este... misterio.

—Pero ¿quién le ha contratado?, ¿el director?

—Eso no se lo puedo decir porque he dado mi palabra de honor que lo mantendría en secreto. Solo puedo decirle que no se trata de nadie cercano a nosotros. Nada más. Y que sus intenciones son honorables.

—¿Está usted seguro de eso?

—Por supuesto, no tengo ni la menor duda. De otra forma no habría abandonado París ni la Facultad, donde estoy realizando una importante labor. Además, yo soy un hombre honesto por encima de todo.

—No es que lo ponga en duda, entiéndame. Pero comprenda también que sea lo que sea lo que hay detrás de todo esto, de este... «misterio», el nombre del Saint Paul puede quedar en entredicho, nuestro propio prestigio como profesionales, nuestra carrera, el futuro del sanatorio, de los internos...

—Respecto al prestigio del centro debo decirle que, en cuanto trascienda el número de muertes por año que hay aquí (y seguro que más tarde o más temprano va a trascender), la reputación del Saint Paul y de todos ustedes, con culpa o sin ella, va a estar a la altura del suelo. Y no hablemos del futuro de los enfermos...

Larroque se tapó la cara con las manos, nerviosamente.

—El tema es más grave de lo que yo había supuesto, ingenuo de mí, cuando alguien, seguramente del Ministerio, le ha llamado a usted para que investigue... Tiene usted razón, cuente conmigo para lo que precise. Esto hay que solucionarlo cuanto antes y con la mayor discreción posible para que no trascienda..., si aún nos

queda tiempo.

—Nos queda tiempo, pero no tanto. En mi país hay un refrán que dice «sin prisa, pero sin pausa». Eso quiere decir que no debemos precipitarnos para no cometer errores, pero también que no debemos dejar escapar ninguna oportunidad ni perder un segundo. Y, por supuesto, con total y completa discreción. Ya ve lo que está en juego.

—Seguramente me juego yo más que usted.

—Es posible. Por eso le pido que no actúe bajo ninguna circunstancia por su cuenta. Si lo necesito, no dude de que recurriré a usted, pero mientras tanto le ruego, una vez más, reserva y cautela.

—Le doy mi palabra de honor.

Los dos se estrecharon las manos.

—¿Sospecha usted de algo, de alguien? —preguntó Larroque.

—Sospecho que se está envenenando a los pacientes de manera lenta pero efectiva. Y con un veneno difícil de detectar porque en la anterior autopsia las pruebas toxicológicas resultaron negativas.

—¿Y quién podría querer envenenar a los enfermos? ¿Con qué fin?

—Los fines de los envenenamientos son de lo más variado, querido Larroque. Casi siempre hay un beneficio de por medio: dinero, la mayoría de las veces, venganza, celos... e incluso amor; hay personas que envenenan a su adversario para poder conseguir a la persona amada. Tampoco debemos olvidarnos de los envenenamientos accidentales (y ese es un aspecto en el que usted puede ayudarme a indagar revisando nuevamente todos los tratamientos) y de los ocasionados sin razón alguna por personas que no están en su sano juicio.

—De las que, precisamente aquí, estamos rodeados.

Llamaron a la puerta. Era la hermana Anne-Marie. Debían comenzar el pase de visita.

—Disculpe, hermana, estamos acabando una conversación. En diez minutos me reúno con usted en la sala de exploraciones.

—Yo también tengo trabajo retrasado, doctor Aldave —dijo Larroque haciendo ademán de levantarse.

—Un momento, Larroque, concretemos algunas cosas. Me ha preguntado si sospecho de alguien. Voy a serle franco: en primer lugar debo sospechar de las personas que tienen acceso a los alimentos y medicinas, es decir, la cocinera y el farmacéutico. Yo he hecho alguna indagación. En la cocina, excepto matarratas, no he encontrado nada capaz de envenenar a los enfermos, y por las características de la enfermedad y de los resultados de la autopsia, queda descartada esta posibilidad. En la farmacia, como puede suponer, todos los productos, o casi todos, son potencialmente letales. Lo que habría que investigar es si Clermont, el farmacéutico, puede tener alguna motivación, algún interés en que enfermen los internos. También

hay que averiguar si alguna otra persona tiene acceso a la farmacia que, habitualmente, está cerrada con llave. Una tercera persona que me da que pensar es el ecónomo Gastineau. Hay algo en ese hombre, además de su repugnante aspecto físico, que me hace desconfiar de él..., como si llevara algo escabroso entre manos. Y respecto al director..., usted me dijo que es una persona honesta... y esperemos que así lo sea, pero no estaría de más que lo observase, puesto que tiene más relación con él que yo. Recuerde que a ninguno de los dos nos ha hecho caso cuando le hemos anticipado nuestras sospechas. Por último, no debemos olvidar uno de los pilares de esta institución: la superiora, la madre Épiphane. Sinceramente, no creo que tenga nada que ver con todo esto, pero sabemos, al menos yo, muy poco de ella, y el poder con el que cuenta en el centro es fabuloso. Lo supervisa absolutamente todo. Es raro que pase algo en el Saint Paul sin que ella lo sepa.

—A partir de este momento supongo que andaré con cien ojos.

—Cualquier detalle que le llame la atención puede ser importante y debe comunicármelo.

—De acuerdo, doctor Aldave. Por cierto..., usted, hablando de alguna de estas personas, se ha preguntado si tendría interés en que enfermaran los internos, pero, como muy bien ha enumerado antes, son muchas las motivaciones que pueden llevar a alguien a envenenar a un semejante. En este caso puede tratarse no ya de perjudicar a los pacientes, sino al Saint Paul como institución o incluso a nosotros los médicos como últimos responsables.

—Sí, por supuesto, tiene usted toda la razón. Como decíamos antes, si trasciende lo que está ocurriendo, el primer perjudicado sería el sanatorio y, por ende, el director, los profesionales y hasta la congregación de religiosas.

Cuando salió Larroque, intranquilo, de su despacho, Galo ya estaba casi completamente seguro de que contaba con él como un aliado. Otra cosa es que le resultara de utilidad, pero, al menos, podía facilitarle información que a él le resultaba complicado obtener.

El paciente que llegó el mismo día que Aldave —el holandés Van Gogh—, a través de la hermana Anne-Marie, había conseguido permiso del director para pintar unas horas todos los días en las inmediaciones del sanatorio, fuera de sus límites. Iba acompañado de uno de los ayudantes del Saint Paul quien, además de ayudarle a transportar los materiales, lo vigilaba. Avanzada la tarde, después de rezar vísperas, la joven religiosa, aprovechando un rato de asueto, había propuesto al español ir al encuentro del atormentado Vincent.

—Si no le importa, hermana, voy a quitarme la levita y a quedarme en mangas de camisa.

—¡Espere un momento!

La hermana desapareció unos segundos de su vista tras la puerta de una sala

dedicada a almacén y salió con un gran sombrero de paja en la mano.

—Póngaselo, todavía hace mucho calor y este es más fresco que el suyo. Al fin y al cabo vamos a hacer una pequeña excursión.

Galo no supo negarse.

—¡Qué tendrán las mujeres que siempre me convencen!

Tomaron un camino lindante con el sanatorio, bordeado de olivos centenarios, cipreses, almendros y pinos retorcidos por el viento. Iban zigzagueando inconscientemente, buscando las sombras de los árboles, rodeados por los cuatro costados de insectos que los obligaban a estar continuamente moviendo los brazos para espantarlos. Había de todo y jugaban a ver quién de los dos nombraba antes al nuevo saltimbanqui que aparecía en escena: «¡una mosca!», «¡un mosquito!», «¡un tábano!», «¡un abejorro!», «¡una abeja!», «¡una libélula!»... A ambos lados del camino, surgiendo casi por sorpresa en los márgenes de los campos cultivados, asomaban flores y plantas silvestres de distintas variedades que enriquecían aún más el paisaje. En medio de un bancal yermo, a la sombra de una monumental higuera, vislumbraron al pintor con su ayudante. El terreno había formado una pequeña elevación y desde allí se contemplaba perfectamente el sanatorio y Saint-Rémy a lo lejos. En pleno solsticio de verano, el intenso colorido de los sembrados formaba una composición cromática espectacular: el dorado del trigo a punto de la siega, el verde salpicado de rojos y anaranjados de los frutales, el amarillo luciente de los girasoles, el dulce azul liláceo de la lavanda, el escarlata de las amapolas... Había merecido la pena el paseo y el sudor. El ayudante les ofreció una cantimplora con agua. Van Gogh estaba amodorrado sentado en el suelo debajo de la higuera. A su lado, la silla, la paleta, el maletín abierto con pinturas, el caballete con un cuadro a medio acabar... Al oírlos hablar despertó sobresaltadamente.

—Señor Van Gogh, buenas tardes —dijo muy cariñosa la hermana.

—Me he quedado dormido. No se lo digan al doctor Peyron, me autoriza a salir del sanatorio para pintar, no para dormir —se disculpó incorporándose.

—El descanso forma parte de la terapia... —añadió Aldave— y es fundamental para después poder trabajar. Ya lo hemos hablado en otras ocasiones, usted gasta mucha energía pintando, señor Van Gogh.

—Gracias a la pintura estoy vivo, doctor. Es lo único que me preocupa en este momento de mi vida. Los días sin pintar son insoportables para mí.

Van Gogh calló, llevándose el índice de una mano a los labios y señalando con el de la otra mano al cielo.

—¿Oyen? ¿Han oído alguna vez algo igual?

Los cuatro permanecieron unos segundos escuchando. Un coro incesante de cigarras invisibles lo envolvía absolutamente todo: personas, árboles, rocas, objetos...

—En toda mi vida he oído algo semejante —confirmó el español.

—¡Son las cigarras más estridentes del mundo! —exclamó el pintor—. Son... ¡diez veces más potentes que los grillos de la casa de mis padres! ¡Esto es la Provenza! ¿Se han dado cuenta de cómo reluce aquí la hierba? Del verde penetrante al oro viejo. Me interesa y me inspira poderosamente todo este entorno: los insectos, los pequeños animales, los matorrales, las flores, los pinos casi salvajes... ¡Ojalá pudiera plasmar con mis colores todas las maravillas que ven mis ojos! Tengo muchas ganas de curarme, doctor, pero el doctor Peyron me dice que debo tener paciencia, que es imposible que me cure antes de un año..., y ni siquiera para entonces me asegura nada...

—No se desanime, señor Van Gogh —intervino la religiosa—: es maravilloso que pueda estar aquí pintando porque, como bien dice, la pintura le ayuda a superar sus crisis. Además, le traigo una sorpresa, una carta.

—¿De mi hermano Théo?

—No, hoy no es de él.

La hermana se la entregó.

—¡Ah! —exclamó el pintor comprobando el remite—, es de un amigo, de un pintor con el que viví en Arles antes de venir a Saint-Rémy. Se llama Paul Gauguin. ¡Cuánto me alegro de que me escriba! Mi hermano debe de haberle facilitado mi dirección.

Van Gogh se apresuró a abrir el sobre mientras los demás esperaban, sin disimulo alguno, conocer el contenido de la misiva.

—¡Me manda el catálogo de una exposición en París! A ver..., exponen Gauguin, Bernard y otros artistas impresionistas... Cómo me gustaría ver esos cuadros... Pero no, no estoy preparado para nada de eso, no tengo coraje para vivir en libertad... —El pintor mudó su expresión, ahora de nuevo entristecida—. Tengo que curarme..., ¿me ayudarán, verdad?

—Claro que sí, por eso estamos aquí —contestó con ternura la hermana Anne-Marie—, para ayudarle, para que pronto llegue el día en que usted también pueda exponer sus cuadros. Gracias a estos paseos ha pintado usted muchos, ¿verdad?

—Sí, he descubierto lugares muy sugerentes. He pintado la cabaña de Michel l’Huissier, el viejo ciprés de Mourre de Lanfrin, el camino de Peirières-Vielles... Estoy muy a gusto aquí, pueden creerme. Además, los demás internos son unas personas muy educadas y respetuosas. Todos se ayudan entre sí si hace falta. A poco que alguien sospeche que un compañero enferma o necesita ayuda todos acuden a atenderlo, incluso antes que el personal del sanatorio. Aquí he encontrado la verdadera amistad, el verdadero compañerismo. Es la primera vez en mi vida que puedo pintar en público sin que se rían de mí. ¿A que no pueden creerlo?, ¡si es increíble hasta para mí! La única espina que tengo clavada es que todo esto le resulta

muy caro a mi hermano Théo..., esto no puedo quitármelo de la cabeza, pero confío en resarcirle en un futuro no muy lejano.

Mientras hablaba, el cielo se fue nublando rápidamente y se oyó, lejano, un trueno. Galo consultó el reloj.

—Es hora de regresar. Además, se avecina lluvia.

Recogieron entre todos los bártulos del pintor y volvieron hacia el sanatorio mientras caían las primeras gotas. Se confundían los aromas de los pinos, las higueras, la lavanda y el frescor de la lluvia en la tierra. Galo y la religiosa iban algo adelantados, en silencio, aspirando profundamente el excelso momento que la naturaleza les ofrecía. El paseo había conseguido serenar al médico. Con todo lo vivido aquel día se había librado de la desazón que le había producido la charla con Poulet, que ahora le parecía lejana en el tiempo, casi como si la hubiera soñado.

Un portero se le acercó nada más entrar en el Saint Paul.

—Doctor Aldave, como no le encontraba en ninguna parte, en la mesa de su despacho le he dejado una carta que acaban de entregarme en mano.

Galo se despidió de sus compañeros de excursión y, ya en su despacho, cogió el sobre. No tenía matasellos. Era la letra de Pauline. Su corazón comenzó a latir precipitadamente y sintió de pronto una auténtica inyección de alegría.

Querido Galo:

Ya estoy de vuelta en Saint-Rémy. Estoy loca por volver a verte. Te espero esta noche en mi casa.

Pauline

CAPÍTULO 16

Estaba atardeciendo y el fugaz aguacero había cesado. Detrás de la verja de entrada al sanatorio se distinguía perfectamente el arco iris, como un dios pagano, presidiendo el cielo. En otras circunstancias, tan solo unos días antes, le hubiera pedido a Poulet que lo acercara con su coche hasta casa de Pauline, aunque solo fuera por no mancharse de barro los zapatos, pero las cosas habían cambiado. Mandó con un chico una nota a Charlotte Poulet indicándole que no acudiría a cenar. Estaba impaciente por ver de nuevo a Pauline, por estrecharla entre sus brazos, aun cuando la conversación de la mañana con el cochero planeaba de nuevo sobre él como una nube oscura. El bochorno de la tarde, tras la lluvia, había dado paso a una ligera brisa que aligeraba el camino entre el sanatorio y Saint-Rémy. Aldave marchaba rápido, deseoso de llegar cuanto antes a casa de su amante. Mientras pensaba en ella, sin que pudiera evitarlo, le venían una y otra vez a la mente las palabras de Poulet. Hasta ese momento, seguramente por lo ajetreado del día, no se había parado a meditar sosegadamente en lo que le había contado. Que Pauline había tenido otros amantes, que de todos buscaba un provecho... Una mezcla de indignación y celos se apoderó de su mente. Inmediatamente pensó en Clermont, el farmacéutico, y también en los demás hombres que había visto por su casa: el administrador del príncipe, el perfumista de Tarascon... Pauline era, sin lugar a dudas, una mujer arrebatadora, cualquier hombre daría parte de su fortuna por tener algo con ella. La sospecha comenzó a anidar en él. Intentó recordar algún gesto, alguna palabra el día de la cena de San Juan que le llevasen a recelar de alguno de los comensales... El farmacéutico tenía una relación especial con ella, eso lo tenía claro y hasta Pauline se lo había confirmado, aunque siempre asegurando que nunca habían rebasado los límites de una simple amistad; el administrador se mantuvo distante con ella durante toda la cena, pero su mujer estaba presente..., y el perfumista... recordó que le había lanzado algunos piropos y algunas miradas ardientes, además era viudo... Un ruido de caballos detrás de él le hizo volver a la realidad. Ensimismado, iba caminando por el centro de la carretera. Se apartó a un lado. Pasó una pequeña calesa de dos plazas conducida por Gastineau, el ecónomo del sanatorio. Paró en seco unos metros más adelante.

—¿No se ha mojado, doctor?

—No. He salido en cuanto ha cesado la lluvia.

—Suba, que le llevo.

A pesar de una compañía tan poco agradable, Aldave subió a la primera, dispuesto a hablar de cualquier cosa antes que seguir martirizándose con conjeturas inútiles. Era curioso observar con qué maestría manejaba las riendas del caballo con

una sola mano. Una vez más el ecónomo le propuso una partida de cartas y, sin saber ya cómo zafarse, al español se le ocurrió:

—Lo siento, señor Gastineau, pero mi religión me prohíbe el juego.

Eso el ecónomo no se lo esperaba. Tanto es así que, raro en él, ni siquiera tuvo el reflejo de preguntar acerca de esa religión que impedía a un hombre joven, libre y con dinero en el bolsillo ocupar su tiempo en una afición tan gratificante. Para evitar que adivinara hacia dónde se dirigía, una vez en la población, Galo le pidió que parara el coche con la excusa de realizar unas compras. Como imaginaba, sin ningún disimulo, Gastineau mantuvo la calesa quieta mientras observaba los movimientos del médico, que, para despistarle, entró en una tienda. Cuando comprobó que el ecónomo había desaparecido y se disponía a salir, reparó en un anaquel con jabones de distintos colores y un letrero escrito con letra femenina: «Jabón de Marsella». Esperó su turno y encargó a la dependienta un paquete.

—¿De qué aroma los quiere? ¿Lavanda, romero, miel, vainilla, violetas, magnolia, flor de loto...?

—¡No sabía que existían tantos jabones diferentes! ¿Cuál me aconseja?

—¿Son para usted?

—No. Se trata de un obsequio. Para una dama.

—Entonces, puedo prepararle un paquete con aromas variados.

Galo recordó una escena parecida cuando le compró a Pauline el ramo la noche de San Juan. También entonces la florista le aconsejó una mezcla de flores y acertó.

—Muy bien. Hágalo así.

La muchacha, que tenía unas manos pequeñas y regordetas y unas uñas bien cuidadas, con gran habilidad confeccionó un paquete envuelto con papel de celofán y lo adornó con un lazo y un pequeño ramillete de lavanda. Llevaba una larga trenza color miel de la que presumía cuando se giraba para coger algún objeto. Cuando estaba concentrada en su trabajo era una chica bonita, pero al hablar torcía un poco la boca hacia la izquierda en una mueca que resultaba algo chocante.

—Es lavanda fresca, señor. Ha tenido suerte, acaban de traerla. Ya ha empezado la recolección en algunos pueblos.

La cancela de entrada a la finca de los Murat se encontraba habitualmente cerrada con llave. A la derecha de la verja, en el extremo del muro, un pedazo de soga destrenzada a modo de penacho invitaba al visitante a tirar para hacer sonar una campanilla que alertaba al servicio de que alguien quería entrar, aunque casi siempre, entre los barrotes, se divisaba a algún empleado de aquí para allá, quien, al oír el reclamo oral del visitante, acudía a abrir. Pauline, dándole muestras de plena confianza, le había enseñado cómo entrar en la propiedad directamente, sin llave y sin solicitar ayuda de nadie. La cancela, al lado de la cerradura, tenía un mecanismo oculto mediante el cual, tras un simple pero estudiado movimiento de una pieza

metálica disimulada, descorría el cerrojo con gran facilidad. Este dispositivo no lo conocía nadie, excepto Pauline; ni siquiera los miembros del servicio de más antigüedad. Según le había explicado la viuda, lo había inventado su marido, quien también tenía en su haber otras invenciones patentadas, algunas de ellas vendidas a terceros y sacadas al mercado. Aldave utilizaba el artilugio en las contadas ocasiones en que, por razones de trabajo, visitaba a Pauline ya entrada la noche, para no molestar al personal. Ese día, sin embargo, aunque anocheciendo, todavía era una hora prudente para llamar. Acudió uno de los lacayos.

—La señora está en las cuadras, doctor, acaba de regresar de montar. Si quiere, puede esperarla en la biblioteca.

Aldave estaba demasiado impaciente para aguardar.

—Gracias, Henri, pero me acercaré a las cuadras.

—Como usted quiera, doctor.

El médico bordeó la casa siguiendo un camino de piedras, dejando a su izquierda los cuidados parterres de rosas y claveles, los arbustos aromáticos, los magnolios, los saúcos, los tilos... Unos cincuenta metros detrás de la mansión estaban las caballerizas. Por encima de ellas el sol, iluminando el cielo de un naranja viejo, estaba casi desaparecido. Se oía movimiento dentro de los cobertizos y se distinguían algunas luces por los ventanucos. Pauline estaba cerca de la puerta, de espaldas, vestida de amazona, mirando cómo un mozo cepillaba a una magnífica yegua. Con una mano sostenía el sombrero de copa y con la otra se acariciaba el maravilloso cabello negro que, suelto, le rozaba casi la cintura. Galo la observó por unos instantes, inmóvil, silencioso, queriendo retener para sí la belleza de ese gesto, de esa presencia humana en forma de mujer que tanto le seducía. Guiada por el sexto sentido con el que percibimos que alguien nos mira, Pauline se volvió hacia la puerta. El júbilo transformó su rostro.

—¡Galo, querido!

Tiró al suelo el sombrero, tomó de sus manos al español y le besó dulcemente.

—¡Qué guapa estás vestida así, Pauline!

Su mirada no podía transmitir ninguna otra cosa que no fuera pasión, amor desinteresado y sincero. Esa mirada no podía mentir. A él no. Se dirigieron a la casa de la mano. Ella llevaba un precioso traje de montar, con falda y chaqueta a juego, de color marrón claro. Debajo se adivinaban las puntillas almidonadas de una blusa blanca. Estaba todavía algo sofocada y sudorosa, pero Galo la sentía feliz a su lado.

—¿No te has mojado? —le preguntó Aldave.

—No. Cuando he notado las primeras gotas he podido refugiarme en una caseta de labriegos medio abandonada. Después he tenido que galopar para que no se me echara encima la noche.

Galo estrechó su mano con fuerza, pensando en lo sola que se habría encontrado

de noche si la lluvia no hubiera amainado, en los peligros en que podía haberse visto envuelta.

—¡No se te ocurra salir a montar cuando amenace lluvia, Pauline!

Ella sonrió.

Nada más entrar en el zaguán una doncella acudió a su encuentro. En la mesa de la entrada, un ramo de magnolias del jardín esparcían su delicado aroma por toda la casa.

—Señora, ¿desea que la desvista, que le quite las botas?

—No, gracias, Juliette, yo sola lo haré. ¿Me ayudarás tú? —susurró a Galo en cuanto la criada se retiró.

La entrega de Pauline, su calor, su ímpetu, no podían compararse con ninguna otra cosa en este mundo. En los momentos de intimidad, cuando estaban los dos solos, se transformaba en una niña inocente, parecía que al desvestirse abandonaba con la ropa su posición, su dinero, el punto de altivez de las personas que tienen un estatus más elevado que los que los rodean, la vanidad de toda mujer hermosa..., todo desaparecía y la señora viuda de Murat se convertía en una sencilla muchacha entregada a su amante con el cuerpo y con el alma. «Si los que hablan de ella la vieran ahora, la conocerían realmente», pensaba Galo. Del primero al último de sus gestos le magnetizaban: cómo se llevaba una copa a los labios, cómo se desabrochaba los botones de una manga, su manera de andar a pasos cortos y rápidos, la costumbre de acariciarse el cuello con el dorso del dedo índice mientras escuchaba una conversación..., su perfume de rosas, el colorido de su vestuario, su tono de voz decidido, su vitalidad... No tenía un rostro perfecto, pero Aldave amaba todos y cada uno de sus rasgos, incluso los imperfectos, soñaba con ellos y se sentía el más afortunado de los hombres solo por contemplarlos, por ese goce.

La doncella le había preparado a Pauline su bañera. Galo se sentó frente a ella observándola cómo se enjabonaba. Había abierto minutos antes el pequeño obsequio de los jabones y había decidido probar el que llevaba grabado «flor de loto».

—Me gusta mucho este perfume, Galo —dijo aspirando la esencia de la pastilla de jabón.

—Es un pequeño detalle. Aquí en Saint-Rémy no se encuentran regalos como tú mereces.

—No necesito que me hagas regalos.

—Ya lo sé.

Cubierta de jabón, con el cabello mojado y el cuerpo parcialmente entrevisto bajo el agua parecía más una diosa que una mujer terrenal. Había declinado el ofrecimiento de la doncella y ahora el español esperaba el momento en que saliera del baño, cual Venus, para rodearla de nuevo entre sus brazos y secarla delicadamente, amorosamente.

—¿Todos los españoles sois tan guapos como tú?

Aldave se echó a reír.

—¡Si yo no soy guapo!

—Sabes perfectamente que sí, no te hagas el inocente. Y seguro que te lo habrán dicho muchas mujeres.

—Menos de las que tú te piensas.

—No me has hablado nunca de eso.

—¿De qué? —preguntó Galo haciéndose el loco.

—De las mujeres que han pasado por tu vida.

—¿No eras tú la que no quería hablar de nuestro pasado?

Pauline asintió con la cabeza.

—Sí, tienes razón... Pero no puedo evitar preguntarme si no tienes a alguien esperándote en París —contestó seria.

El médico esbozó una media sonrisa.

—Puedo asegurarte que no me espera nadie en París.

Pauline permaneció unos segundos en silencio. Aunque el tono resuelto y la mirada segura de Galo pretendieron tranquilizarla, su rostro delataba todavía la duda. Pero ninguno de los dos quería que desapareciera el hechizo del momento anterior, cuando con los ojos se transmitían el deleite de mirarse y la confianza de saberse unidos, apartados del mundo. Pauline sintió un escalofrío.

—Se está enfriando el agua. Voy a salir.

Aldave se levantó, cogió las toallas y la ayudó a secarse. Llamaron a la puerta.

—¡Señora, la cena está ya lista!

—¡Muy bien, pueden subirla ya! —dijo Pauline—. He pensado que podríamos cenar muy bien aquí mismo, en la terraza de mi habitación.

—Como tú quieras.

Pauline se colocó una larga bata blanca de seda con encajes.

—¿Me alcanzas mis sortijas? —solicitó a Galo, señalando una bandejita de plata encima de un mueble antiguo de madera.

Aldave se las entregó: una alianza de oro y un anillo que Pauline no se quitaba ni para dormir, con una esmeralda rodeada de brillantes.

—Este mueble parece muy antiguo —observó Galo.

Era un mueble de madera oscura tallada, una especie de bargueño con incrustaciones de marquetería y nácar dibujando una auténtica filigrana y con numerosos cajones de diversos tamaños.

—Es una de las joyas de esta casa —le explicó Pauline—. Cuando nos casamos, mi marido quiso amueblar de nuevo las estancias de nuestro dormitorio. Esta pieza la compró dos días antes de nuestra boda. Procede de un castillo de la Dordoña. Sus dueños estaban casi arruinados y se la vendieron junto con otros objetos que ahora

están en la biblioteca. Este mueble en concreto data del siglo XVI. Realmente, aunque no lo parezca, es una caja de seguridad donde sus dueños ocultaban cualquier cosa de valor: alhajas, escritos confidenciales, cartas y... parece ser que hasta venenos. Cuando lo adquirió mi marido tuvo que firmar una especie de documento en el que se comprometía a conservarlo en buen estado y, en caso de verse obligado a venderlo, debía buscar un comprador digno de poseer esta pieza.

—Es muy curioso... Está lleno de cajones, pero ninguno tiene tirador... ni cerraja —indicó el español observándolo detenidamente—. ¿Cómo se abren? —preguntó intrigado.

—¡Ah...! ¡Me pides mucho! —contestó Pauline con una carcajada.

—¿Quieres decir que no me lo vas a explicar? —prosiguió extrañado.

—¡Algún misterio tiene que haber entre nosotros! ¡Te he contado hasta cómo entrar en mi propiedad sin llave! ¡Pero esto... lo tengo absolutamente prohibido! —dijo Pauline riendo.

—¿Cómo que prohibido? ¿Por quién?

—Ahora soy yo la dueña, la depositaria de esta pieza, y no puedo transmitir a nadie el secreto de su apertura..., excepto si me encuentro en peligro de muerte.

Galo movió escéptico la cabeza.

—Cómo te gusta todo lo mágico.

Pauline replicó:

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Es una pérdida de tiempo, sin más. Aunque respeto, por supuesto, tu reserva en cuanto a no compartir con nadie el mecanismo de apertura de este mueble..., pero porque tú lo decidas, no porque la persona que te lo vendió lo decidiera por ti. Seguro que el halo de misterio con el que os lo vendió duplicó su precio, no lo dudes.

Entraron dos lacayos y una sirvienta y fueron colocándolo todo en la pequeña terraza: mesa, sillas, mantel, platos, copas, velas... Las cigarras parecían haber desaparecido, pero ahora los grillos se dejaban oír entrecortadamente en distintos puntos del jardín. Esa noche una luna nueva ocultaba hasta las copas de los árboles más altos y, como todavía no se habían disipado todas las nubes de la tormenta, apenas relucía alguna estrella en el firmamento. Galo sentía auténtica dicha en su interior, calma, sosiego. Asomado a la barandilla pensaba en el cambio de vida que le había supuesto su estancia en la Provenza. En ese momento, París quedaba tan atrás que apenas recordaba las semanas que habían transcurrido desde que tomó el tren hacia Marsella. Pauline se acercó a él y, en silencio, le tomó por el brazo y apoyó la cabeza en su hombro. Hubiera dado lo poco que tenía por mantener aquel momento suspendido en el tiempo, indefinidamente, sabiendo que los instantes de plena felicidad siempre pasan.

—¿Te gusta mi jardín?

—Claro que sí, muchísimo. Todo lo tuyo me gusta, Pauline, absolutamente todo.

Aldave estaba arrobado mirándola a los ojos, repleto de amor hacia aquella mujer cuyo pasado desconocía, pero cuyo presente quería compartir pesara a quien pesara. La tomó entre sus brazos y la besó ardientemente. Solo la llegada de los criados rompió el hechizo. Cenaron alumbrados por unas temblorosas llamas, rodeados de la noche y de todos sus sonidos. A lo lejos, el rumor cadencioso de una fuente llenaba los momentos de silencio.

—¿Cuántas hectáreas tiene esta propiedad? —preguntó Galo.

—En total, incluida casa, jardines y tierras, veinticuatro.

—¿Todo lo organizas tú? Me refiero a si los hijos de tu marido te ayudan en algo.

—No. Yo soy la usufructuaria de toda la finca y a mí me corresponde la administración. Tanto gastos como beneficios corren de mi cuenta. Como puedes imaginar, mantenerlo todo en perfecto estado y pagar al personal supone un gran dispendio y los beneficios de la tierra son muy variables; en los últimos años justo llega para cubrir gastos.

—De todas formas, eres muy generosa, Pauline.

—¿Por qué lo dices?

—Por tu aportación al sanatorio. Sabes que supone una parte muy importante de los ingresos del centro. Me aseguró el director que sin tu contribución probablemente el Saint Paul se vería obligado a cerrar.

—Antes pasaría hambre que dejar de entregar mi limosna al sanatorio.

Ante la expresión de asombro del español, Pauline continuó.

—Michel, un hermano de mi marido, en lo mejor de su juventud enloqueció de repente. La familia estaba desolada, no sabía qué hacer con él y tampoco querían llevarlo a un manicomio al uso. Alguien les habló del doctor Peyron, un nuevo médico que acababa de llegar al Saint Paul, y de sus nuevos métodos de curación, más humanos para los enfermos. Ingresó durante dos años allí y salió completamente recuperado, aunque lamentablemente murió de manera trágica poco después, por un disparo perdido en una cacería. Como agradecimiento al doctor Peyron y a la congregación de religiosas, mi marido les prometió una renta anual que otorgó puntualmente mientras vivió y, aunque en sus últimas voluntades dejó a mi criterio continuar o no con la limosna, no voy a ser yo quien acabe con esta caritativa acción.

Aldave recordó la perorata de Poulet esa misma mañana, poniendo en tela de juicio hasta la dadivosidad de Pauline para con el sanatorio. No podía comprender cómo un hombre despierto y con un espíritu noble como el del cochero pudiera creer las maledicencias de la gente.

—De todas formas, Pauline, si algún año, por cualquier circunstancia, tienes pérdidas realmente sustanciosas, Dios no lo quiera, deberías replantearte el donativo. No quiero decir que lo suprimieras, pero al menos que rebajaras la cantidad

explicando a Peyron y a la madre superiora las razones. No puedes arruinarte por sustentar al Saint Paul, debes pensar en tu futuro.

—Bueno, confiemos en que ese día no llegue..., pero si llega soy capaz de vender parte de mi patrimonio antes de no entregar el donativo... Mi intención es conservar el apellido Murat en el puesto que ahora ocupa.

Los criados iban sirviéndoles sucesivamente los platos y, antes del postre, Pauline recordó que había olvidado ordenar que subieran *champagne* de la bodega.

—Ahora mismo les bajo la llave —dijo a la doncella.

Aldave se sorprendió de que fuera Pauline quien guardase la llave de la bodega y no el ama de llaves o el mayordomo principal, como ocurre en la mayoría de las casas, pero no dijo nada. Cuando la doncella ya había salido de la habitación, se levantó y se dirigió a una de las mesillas de noche, abrió el cajón superior y pareció que cogía algo. Galo dejó de mirarla por no girarse del todo y dar la impresión de que la estaba espiando. Al volverse hacia la mesa, el médico se percató de que el cristal de la puerta abierta de la terraza actuaba como espejo y, reflejado en él, podía observarla sin que ella se diera cuenta. Entonces, con total claridad porque Pauline estaba próxima a una lámpara, vio cómo levantaba la esmeralda de su sortija y sacaba de dentro de un minúsculo departamento un pequeño objeto que bien podría ser una llave. Disimuladamente, se aproximó al mueble antiguo que antes habían admirado y acarició su arista derecha como intentando localizar algún punto concreto. Al llegar más o menos a la mitad de su altura, colocó allí un dedo de la mano izquierda y con la otra introdujo la llave y la giró a la izquierda. Inmediatamente se oyó un sonido metálico casi imperceptible. Pauline abrió fácilmente uno de los cajones, sacó una llave grande y volvió a cerrar. Todo en apenas unos seis u ocho segundos. El corazón de Aldave se aceleró. Algo raro pasaba allí.

—Ahora mismo vuelvo, querido.

Casi de un salto fue hasta el mueble. Acercó una lámpara a la arista que había manipulado Pauline y no vio absolutamente nada que le llamara la atención. Entonces imitó lo que había hecho ella, tentó minuciosamente de arriba abajo la madera con el pulpejo de los dedos hasta que percibió un diminuto agujero. Ahí estaba el secreto de la apertura del mueble. Volvió rápidamente a la silla de la terraza, un poco alterado por todo aquello. Al ver el plato y los cubiertos de Pauline frente a él, respiró hondo y se tranquilizó algo. En realidad, no había ningún motivo de inquietud, ella guardaba la llave de la bodega porque era la dueña de la casa —y quizá alguien del servicio, en alguna ocasión, le había soplado alguna botella— y la escondía en un lugar seguro, lejos del personal de limpieza, es decir, en la «caja fuerte». Por otra parte, ya le había advertido que no iba a explicarle el mecanismo de apertura del mueble; evidentemente lo extraño era poner a disposición de un amante la clave de la caja de seguridad de su casa.

—¡Ya estoy aquí! ¡Con *champagne* y con *pignolat*!

Pauline había entrado en la habitación con su habitual vitalidad seguida del mayordomo, que llevaba una botella y una bandeja con dulces.

—¿Has probado alguna vez el *pignolat*?

—Pues... no. No tengo ni idea de lo que es.

—Pruébalo y me dices qué te parece —propuso Pauline mientras el mayordomo llenaba las copas de la espumosa bebida.

Galo saboreó la pasta antes de contestar.

—Exquisito, de verdad. ¿Los hacéis en casa?

—¡Los preparo yo misma!

—¿De verdad? Entonces, te felicito. Me recuerdan a unos dulces que en España se preparan para Navidad, los turrones. Supongo que los ingredientes serán parecidos: almendras, azúcar...

—El *pignolat* es una receta que descubrimos en uno de los tratados de Nostradamus. Lleva piñones, azúcar, agua de rosas e hinojo.

—¿Otra vez Nostradamus?

—¡Ya ves todo lo que se puede aprender de ese sabio!

—Al menos en repostería es verdad —reconoció paladeando el postre—. Por cierto, ¿cómo es que tienes bajo llave la bebida?, ¿te han robado alguna botella?

—¡No! —respondió rápidamente Pauline—, bueno, al menos yo no me he dado cuenta si así ha sucedido. No podría estar tranquila si en mi propia casa alguien me robara aunque fuera una hogaza de pan. Confío plenamente en el servicio porque nunca me ha dado nadie motivo de desconfianza... Claro que todos ellos saben que hay dos causas por las que se les puede despedir inmediatamente: por tener la mano demasiado larga o la boca demasiado grande. La discreción y la honradez son dos requisitos fundamentales para servir a Pauline Murat.

—¿Entonces...?

—Bueno..., las bebidas más selectas las guardo en el sótano, junto a algunos objetos que pertenecieron a mi marido... que no son de gran valor económico, pero sí sentimental, y no quiero que nadie pueda estropearlos. Bajo llave están más seguros. Eso es todo. —Pauline se levantó, cogió su copa con el *champagne* todavía burbujeante y se sentó sobre las rodillas de Galo—. Hoy es un día muy especial para mí, querido Galo. Te tengo a mi lado, soy una mujer feliz y quiero celebrarlo con lo mejor de mi casa.

Bebieron los dos. Como la copa del médico estaba demasiado llena, se mojó sin pretenderlo un poco la nariz. Se rieron de la situación con ganas... Galo sentía vibrar con la risa el cuerpo de Pauline pegado al suyo, tan solo separado por aquella ligera tela de seda casi imperceptible.

—Señora Murat..., ¿se puede?

—Claro que sí, ¿qué ocurre, Juliette? —Pauline se levantó y volvió, sin ningún aspaviento, a su silla.

La doncella había entrado en la habitación llevando una pequeña bandeja de plata.

—El mozo de cuadras ha encontrado este pañuelo de caballero en las cuadras. Lo traigo por si es del doctor...

Aldave se echó la mano al bolsillo de la levita y sacó el suyo.

—No, no es mío, Juliette.

—¡Ah!, entonces será del señor Clermont, se le habrá caído cuando han regresado de montar, disculpen.

La doncella salió de nuevo con la bandeja y el pañuelo. Galo observó cómo a Pauline le cambiaba la expresión, pero intentaba mantener el tipo como si lo oído no fuera con ella. Una ráfaga de celos ascendió en dos segundos desde los pies hasta la cabeza de Aldave, pero se controló, esperando la reacción de Pauline, que en ese momento bebía, como si nada, de la copa.

—¿Qué te parece el *champagne*? Lo compré en Marsella a un gran distribuidor que exporta a todo el mundo. Lo encuentro francamente exquisito..., seco, como a mí me gusta.

El español aguardó unos segundos sin decir nada, sin mirarla siquiera, aparentemente concentrado en la bebida.

—¿Qué es eso de que has montado con Clermont? —le preguntó con tono comedido, pero con indudable nerviosismo.

Tras un breve titubeo, ella respondió:

—Ha venido a casa a visitarme en su caballo. Yo estaba preparada para salir a cabalgar y me ha acompañado. Eso es todo, no hay más.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—No sé..., no ha venido a cuento..., no le he dado ni la más mínima importancia. Aldave se levantó intranquilo.

—¿Cómo que no ha venido a cuento? Me has explicado lo que te ha pasado esta tarde y no has utilizado el plural en ningún momento. ¡Si te parece natural salir a montar con un hombre el mismo día en que regresas de un viaje, lo lógico es que me lo cuentes! —exclamó el español subiendo el tono de voz.

—No es necesario que grites, te oigo perfectamente.

Galo prosiguió, intentando contenerse.

—¿Y a qué ha venido? ¿Cómo se ha enterado de que ya estabas en Saint-Rémy?

—En Nîmes estuve comprando productos para nuestros experimentos de alquimia y Adrien vino a ver lo que había traído. Yo misma le avisé de mi llegada, como te avisé a ti. Si yo no hubiera querido que te enteraras de su visita no os habría citado a la vez.

El médico no quedó demasiado convencido con la explicación. Cuando le vino a

la memoria el episodio de la caseta de labriegos, saltó de nuevo:

—¿Y también ha entrado contigo en la caseta en medio del campo?

Pauline movía la cabeza con incredulidad.

—¿Qué estás pensando? ¿Qué es lo que te ronda por la cabeza? ¡Pues claro que ha entrado en la caseta! ¡No iba a quedarse fuera a empaparse de agua!

Galo ya los imaginaba riendo a carcajadas, dichosos, como ellos mismos segundos antes, dentro de la maldita caseta, tal vez abrazados, protegiéndola él con sus brazos... Aun así le quedó un resquicio para la ironía:

—¿Y por qué no? Está más que acostumbrado a pasar penalidades en sus viajes por la selva... —apuntó con retintín.

—No te burles de él. No tienes ningún motivo —refirió seria y seca Pauline—, simplemente estás celoso..., ridículamente celoso. Parece mentira en un hombre culto e inteligente como tú.

—Ah, ¿sí? ¿Esto son celos? ¿O evidencias?

—¿Qué evidencias? A Adrien Clermont lo conozco mucho antes que a ti. Es mi amigo mucho antes de que tú llegaras a Saint-Rémy... y va a continuar siéndolo, no te quepa la menor duda —dijo con gran seguridad.

—¿No habéis sido nunca amantes? —se atrevió, por fin, a preguntar.

—No —respondió tajante Pauline.

A pesar de una negación tan rotunda, Aldave no se quedó tranquilo. Esperaba otro tono en las respuestas de Pauline, más cariñoso, más comprensivo, con menos frialdad. Hubiera bastado una mirada tierna, una caricia, una sucinta explicación de su auténtica relación con el farmacéutico, cómo se conocieron, el porqué de su amistad, sus posibles afinidades..., para que el español confiara de nuevo en su amante y olvidara la neblina que ahora le sofocaba... Pero enfrente tenía a una Pauline hermética, casi desafiante.

—Yo también podía tener celos de ti si nos ponemos a malpensar.

—¿De mí? —subrayó extrañado el médico.

—Sí, de ti. Tú estás rodeado de mujeres en el sanatorio y desde el día que llegaste eres el centro de atención de todas.

—¿Rodeado de mujeres? ¡Si no hay ninguna mujer en el Saint Paul fuera de las enfermas y las monjas!

—¡Ah! ¿Es que las monjas no son mujeres?

Aldave lanzó una carcajada sobreactuada.

—¡Supongo que sí, que son mujeres...! Pero puedo asegurarte que yo no las veo como tales, al menos en el sentido en que tú insinúas.

—¡Pero ellas sí te ven a ti como un hombre, sobre todo alguna...! —exclamó con rabia.

A Galo le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has dado cuenta de cómo te mira tu ayudante, esa hermana Anne-Marie? ¡Salta a la vista que está enamorada de ti, que eres su príncipe azul, que sueña contigo por las noches...! ¡Y eso que solo os he visto juntos un par de veces..., pero no se necesita más para percatarse de esas cosas! —exclamó exaltada—. ¡Si yo fuera celosa como tú, ya no tendrías a esa mosquita muerta como ayudante! ¡Una mínima indicación mía y la cambiaban de puesto inmediatamente!

—¿Cómo te atreves a mancillar el nombre de un espíritu puro como el de la hermana Anne-Marie? —prorrumpió indignado Galo—. Ella sería incapaz de hablar mal de ti, o de nadie..., y tú, sin embargo... No sabes lo que dices..., con tus suposiciones puedes hacer mucho daño a una persona... que es un ángel.

—¿Un ángel? Ya..., como todas... —dijo Pauline con una sonrisa irónica.

Galo sintió un gran desasosiego.

—Me voy —dijo cogiendo de pronto su sombrero.

—¿Cómo que te vas? —preguntó sorprendida la viuda—. ¿Adónde?

—A mi casa —respondió irritado.

Pauline cambió rápidamente de actitud, no esperaba que las cosas llegaran a ese extremo.

—¿No vas a quedarte a dormir? —lo requirió, acercándose a él, intentando retenerlo.

—No. Estoy muy cansado y quiero estar solo.

—Pero... ¿cómo vas a irte con esta noche tan oscura? Voy a avisar al cochero para que te acerque.

—¡No, ni se te ocurra! Me voy andando. Me basta con una lámpara. ¡Hasta mañana!

Aldave salió de la habitación pensando en la última frase que había pronunciado: «hasta mañana». No había tenido valor para decir un «adiós» que interpusiera una distancia entre ellos porque, aunque no soportaba en ese momento permanecer ni un minuto más allí, tampoco quería, por nada del mundo, y a pesar de todo, perderla.

Le pidió una lámpara de mano al mayordomo y salió al jardín y de allí a la carretera. Echó de menos la voz de Pauline desde la terraza de su habitación donde, sin duda, lo estaba observando. Si la hubiera oído llamarle, lo más seguro es que hubiera dado media vuelta para acabar rendido entre sus brazos, pero no oyó su nombre, sino el denso silencio de una noche tenebrosa. Sintió fresco, se subió el cuello de la levita y aceleró el paso, procurando evitar las piedras y las irregularidades del suelo que apenas podía entrever con la luz de la lámpara. No había ni un alma en los alrededores. Las mansiones que a plena luz del día resplandecían a ambos lados de la carretera habían desaparecido y alguna en que se vislumbraba una tenue iluminación semejaba un buque fantasma de los que aparecen en los relatos

fabulosos.

Llegó a Saint-Rémy pasada la medianoche. Hasta que entró en el casco urbano, enfrascado como iba en sus propios pensamientos, no tuvo la sensación de tener miedo, pero al llegar a la altura de la colegiata de Saint Martin oyó tras él un sonido como de pisada que le hizo mantenerse alerta. Giró ciento ochenta grados elevando la lámpara para ampliar su campo de visión, pero no observó nada raro, ni persona ni animal. Siguió por la rue Lafayette con ganas de llegar cuanto antes a casa de los Poulet, meterse en la cama y descansar por fin de un día tan intenso. Desde una ventana alta se oían, ahora sí, unas voces que parecían discutir acaloradamente. Levantó la vista y pudo entrever una débil luz y una silueta de mujer. Era la primera señal de vida que percibía desde que había salido de casa de Pauline, si exceptuaba el grito de alguna rapaz nocturna por la carretera de Tarascon, y casi la agradeció. Pero de pronto, sintió de nuevo tras él el mismo sonido de antes, esta vez más nítido, un eco de pisadas sigilosas junto al de una respiración que, sin duda alguna, procedían de un humano. No se volvió. Alguien le seguía. Para confirmarlo ralentizó el paso por si sus suposiciones eran falsas y se trataba de otro caminante nocturno como él que, en ese caso, simplemente le adelantaría... Nada, nuevamente el silencio... Ahora sí que se inquietó. Volvió a coger su paso habitual y, al llegar al arco del hotel de Sade, sintió un zumbido rozando casi su pierna derecha. Se dio cuenta de que fuera la que fuese la intención del que le seguía, él era un blanco perfecto con la lámpara iluminando perfectamente su cuerpo. Rápidamente la apagó y se parapetó tras la arcada, esperando... Nuevamente oyó dos zumbidos más, casi silbidos, estos a la altura de sus hombros, como si de proyectiles se tratara, pero sin el ruido característico de un arma. Se alarmó de verdad. Alguien le estaba atacando y él estaba inerme. Recordó los consejos de su abuelo navarro cuando era un mozalbete y se veía envuelto en peleas: «nunca amilanarse, eso es de cobardes, nunca mostrar nuestras debilidades».

—¿Quién va? —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Sal de ahí si eres hombre!

Nadie contestó.

Entonces sucedió algo estrambótico que posiblemente le salvó la vida. Se abrió una ventana de una casa y un anciano a la luz de una vela comenzó a orinar directamente a la calzada. No tardó ni un minuto en oírse la voz de su mujer recriminándole e iluminando lo que pudo la calle para comprobar el resultado del desahogo de su marido. Al distinguir a Aldave escondido casi enfrente de ella, se asustó, circunstancia que Galo aprovechó para encender otra vez su lámpara y escapar de aquella ratonera con la mujer como testigo.

—¡Señora, no se preocupe, de esto no se va a enterar nadie! ¡Por favor, ilumíneme un poco la calle, que apenas veo!

El español oyó unos pasos rápidos que se alejaban. Respiró algo más confiado.

Aunque lo que le dictaba la razón era huir de allí cuanto antes, sabía que era decisivo para él encontrar los proyectiles con que habían intentado atacarle. Inspeccionó palmo a palmo el adoquinado y unos cuantos metros más adelante los encontró.

CAPÍTULO 17

Aldave no había tenido ni la más mínima duda sobre el origen de los proyectiles con que habían pretendido agredirle, tal vez asesinarle, la noche anterior. En cuanto los vio dispersos en el empedrado de la calle recordó haber visto unos similares en el Museo de Ciencias Naturales de París. Se trataba de dardos de cerbatana, un arma mortífera que utilizan los indígenas de Sudamérica para cazar animales, sobre todo monos. La cerbatana es un cilindro fabricado con una rama de un árbol que pertenece a la familia de la nuez moscada. Los indios abren la rama de arriba abajo, la vacían de su contenido, la vuelven a unir con resina y a través del tubo que resulta disparan dardos envenenados soplando por uno de sus extremos. Precisamente Galo, durante una de sus visitas al museo, se había detenido a oír las explicaciones de un estudioso que le mostró con todo lujo de detalles tanto la cerbatana como los dardos. Quién le iba a decir entonces que, lejos de la Amazonia, él mismo iba a ser diana de semejantes flechas. Protegiéndose con su pañuelo, las había recogido y ahora, en su despacho del sanatorio, las inspeccionaba detenidamente: tres dardos finos de madera pulida de 25 centímetros de largo (10 pulgadas), con un extremo sumamente afilado y teñido de un color más oscuro que el resto, prueba del veneno que llevaba impregnado, seguramente curare, la pócima que «mata a un ave en segundos, a un hombre en cinco minutos y a un carpincho en media hora», como figuraba en la vitrina del museo. No podía dar crédito a lo que le estaba sucediendo. Por supuesto, el dueño de la cerbatana era Adrien Clermont. En toda Francia, uno de los pocos coleccionistas de piezas indígenas de América del Sur. Y después de vivir en carne propia cómo se las gastaba, también el principal sospechoso del envenenamiento del Saint Paul. La primera reacción del español cuando tuvo los dardos en la mano fue llevarlos a las autoridades para denunciar el ataque que había sufrido, pero tras meditar unos minutos prefirió tener más pruebas concluyentes y, sobre todo, avanzar en la investigación que lo había llevado allí para no dar al traste con todo y que se quedara en agua de borrajas. Nada más llegar esa mañana al sanatorio le había comunicado a la hermana Anne-Marie su intención de quedarse de nuevo a dormir esa noche en la sala de consulta. De una vez por todas tenía que desentrañar todo aquello y cuanto antes. Afortunadamente, Poulet había estado más amable que nunca durante el trayecto de casa al Saint Paul, sin mencionar el nombre de Pauline ni nada relacionado con ella. El buen humor del cochero fue todo un alivio para Aldave, alterado como estaba por todo lo vivido en las últimas horas.

Analizó detenidamente la situación en que se encontraban sus averiguaciones. A la luz de las dos autopsias, los enfermos del Saint Paul morían de lo mismo y, partiendo del hecho de que procedían de lugares geográficos diferentes y a su ingreso

no padecían enfermedades orgánicas destacables, la enfermedad que les originaba la muerte la adquirirían en el sanatorio. Por las características de los síntomas y los hallazgos inespecíficos obtenidos en las dos necropsias, era altamente probable que el origen se debiera a un envenenamiento, pero con un veneno inhabitual, porque en el laboratorio de la prestigiosa Facultad de Medicina de Montpellier no lo habían detectado en las muestras enviadas. La persona o personas implicadas en el caso tenían a su disposición ese veneno y sabían cómo dosificarlo, de manera que los internos no fallecían en masa ni experimentaban signos evidentes de una intoxicación masiva y letal, así nadie sospechaba de que algo anormal ocurría allí. Una vez más las pesquisas le llevaban a Adrien Clermont, el farmacéutico: disponía de sustancias potencialmente mortíferas, sabía manipularlas y, además, tenía acceso a los enfermos (podría resultarle fácil añadir el veneno a la medicación prescrita por los médicos y que él mismo preparaba). Sin embargo, dos cuestiones esenciales quedaban pendientes: el móvil de todo, la ganancia que él obtendría de las muertes de los enfermos, y si actuaba solo... Observando los dardos, el español sopesó la posibilidad de que fuera el curare la ponzoña con la que envenenaban a los pacientes, pero en Saint-Rémy no disponía de ningún tratado donde se explicara el mecanismo de acción y la patología producida por este veneno. Sin más dilación, escribió sendas cartas a la Facultad de Medicina de París y al Museo de Ciencias Naturales para que le aportaran toda la información posible acerca de esta sustancia.

Pensó una vez más en Pauline, en su discusión de la noche anterior. Ella llevaba razón en suponer que estaba celoso de Clermont, pero... ¿qué hombre no lo estaría en sus circunstancias? El farmacéutico le causaba tal repulsión que Aldave dudaba de la imparcialidad de sus análisis, requisito imprescindible de toda investigación forense. Si la viuda no se obcecara tanto con su amigo, ella podría ser la principal fuente de información sobre Clermont: su auténtica personalidad, sus posibles ganancias en un hipotético desprestigio del Saint Paul... Pero era imposible llevar una conversación medianamente normal con Pauline sobre el farmacéutico: siempre lo defendía a capa y espada sin dejar el menor resquicio a la crítica, sin aportar información sobre él que pudiera esclarecer algo de su persona. Por otra parte, desde el inicio de su relación no había habido ni una ocasión en que el español estuviera tentado de confesar a Pauline la verdad, el porqué de su estancia en la Provenza; tal vez porque ella no había puesto nunca en tela de juicio su puesto de médico internista y también porque en su fuero interno Aldave no estaba seguro de si podía confiar en ella al cien por cien.

Esa noche la hermana Anne-Marie se quedaba a velar a las enfermas. A ella le había contado concisamente que alguien había intentado agredirle aprovechando la oscuridad de la noche y que sospechaba de alguna persona relacionada con el Saint Paul. Por supuesto, ni le mencionó a Pauline, aunque Galo sabía que la monja, como todo el mundo, estaba al tanto de su relación. La religiosa se alarmó muchísimo, le

aconsejó denunciar lo ocurrido, pero, ante la negativa del médico, se dispuso a ayudarlo como la noche en que pernoctó en el sanatorio. A Larroque prefirió no ponerlo al corriente de nada, al menos de momento. Cuando quedó todo en silencio, Aldave se dirigió a la farmacia. Esta vez iba decidido a encontrar algo y nada lo iba a detener. Volvió a registrar todo de arriba abajo, incluidos libros y apuntes. Cuando ya estaba a punto de irse, un detalle le llamó la atención. Era una pequeña calabaza hueca colocada en un estante al lado de los botes de hierbas medicinales. Ya estaba allí la vez anterior. A través del cristal transparente o translúcido de los botes, en alguno de ellos se veían frutos o bayas y Galo supuso que la calabaza era un fruto más que no cabía en ningún frasco. Pero había tenido una corazonada. Cogió la calabaza, tiró del tallo y, efectivamente, comprobó que estaba abierta en forma de tapadera. Dentro había un líquido oscuro en escasa cantidad porque apenas ocultaba la base..., lo suficiente para matar a una persona si impregnaban un dardo con él... Sin vacilar, salió con ella de la farmacia como quien encuentra un tesoro. Había una semejante en el Museo de Ciencias Naturales de París que contenía curare.

La farmacia era el principal objetivo del español aquella noche, pero no el único. Escondió la calabaza en su despacho después de separar con una pipeta una pequeña cantidad del líquido que contenía y guardarlo en un frasco de los que se envían a analizar para mandarlo al día siguiente al laboratorio de la Facultad de Medicina de París. Ahora comenzaba la segunda parte. Tenía que registrar de nuevo el despacho de Gastineau, el ecónomo. No se fiaba lo más mínimo de él y le quedaba pendiente abrir un cajón de su mesa. En el bolsillo, además de la llave maestra que le había proporcionado el prefecto, llevaba la ganzúa que se fabricó con una pinza de disección. Esperó pacientemente a la hermana Anne-Marie. Se habían citado para que ella le sirviera de vigilante. No quería llevarse otra sorpresa como la de la noche en que vio al ecónomo salir a hurtadillas de su despacho.

—Ya estoy aquí, doctor —dijo en voz baja la religiosa—: me he retrasado porque nos ha costado Dios y ayuda tranquilizar a una enferma. He supervisado uno por uno todos los despachos y no hay nadie. Cuando quiera podemos ir...

—Si alguien nos viera, prométame una cosa: declarará que yo la he obligado a hacer esto —requirió Galo cogiéndola del brazo—. No quiero originarle ningún problema, hermana.

La monja calló.

—Ya veremos —dijo por fin.

—Esa respuesta no me sirve. Para eso prefiero que no me ayude.

—Mentir es un pecado, doctor, aunque sea por una buena causa. Además, si dijera que me ha obligado a ayudarlo es usted el que se vería envuelto en un grave problema.

—De acuerdo, la comprendo, pero entonces prefiero que no se inmiscuya, así no

la comprometo. Ya ha hecho usted bastante. Si ha comprobado que no hay nadie en el despacho de Gastineau, me basta, de verdad.

La hermana le miró a los ojos, dudando, pero ante el tono decidido de Aldave le hizo caso.

—Está bien, pero de todas formas, como tengo que estar de vela, nadie se extrañará si me ve por los pasillos. Si observo algo raro, le haré una señal. Por ejemplo... —La monja arañó la puerta varias veces. A Galo le hizo mucha gracia.

—¡Perfecto! ¡Es usted una ayudante estupenda, hermana!

La monja salió con su lámpara de petróleo y minutos después Aldave con la suya. El despacho del ecónomo estaba cerrado con llave. Una vez dentro, el español no pudo evitar un cierto nerviosismo, más del que había sentido en la farmacia, quizás porque allí había entrado con rabia contenida y aquí, sin embargo, lo que le conducía era la intriga. Tras un vistazo rápido a toda la habitación, se dirigió directamente a la gran mesa central, sacó la ganzúa y con gran habilidad abrió el cajón. Como había imaginado, había cartas y documentos. Todos los sobres tenían el mismo remitente: «Monsieur Cabasset, prefecto de Bouches-du-Rhône». El corazón le dio un vuelco.

Monsieur Gastineau:
Por el conducto habitual le envió la cantidad acordada.

Marsella, junio de 1888

Monsieur Gastineau:
Le envió la cantidad acordada.

Marsella, septiembre de 1888

Monsieur Gastineau:
Le envió el último plazo del dinero convenido.

Marsella, noviembre de 1888

Monsieur Gastineau:
He recibido su nota. No estoy de acuerdo con usted. Pactamos una cantidad y usted ha recibido en los plazos estipulados el total del montante. Como le supongo un caballero, espero con esta carta dejar zanjada la cuestión.

Marsella, enero de 1889

Monsieur Gastineau:

Le envió la cantidad que solicita, pero le recuerdo que no es esto lo que pactamos. Confío en su bonhomía para olvidarnos por fin de todo este asunto.

Marsella, febrero de 1889

Monsieur Gastineau:

Usted, como bien dice en sus cartas, puede hundir mi reputación, pero recuerde el puesto que ocupo. La ruleta de la vida puede dar muchas vueltas. Es el último dinero que le mando.

Marsella, abril de 1889

Monsieur Gastineau:

Le ruego encarecidamente deje de enviarme misivas y, con ellas, amenazas. Ni en sueños usted habría imaginado tener el dinero que yo le he proporcionado. Confórmese con eso. Yo no tengo la culpa de que lo haya gastado. Usted sabrá. Olvídese de mí, se lo ruego.

Marsella, junio de 1889

Aldave no daba crédito a lo que estaba leyendo: el ecónomo estaba chantajeando nada menos que al prefecto de Bouches-du-Rhône, al hombre más poderoso de uno de los departamentos más importantes de Francia..., pero... ¿por qué? En ese momento hubiera entregado su escasa fortuna por poder tener ante sus ojos las cartas que Gastineau mandaba al prefecto, para poder despejar el oscuro enigma. Una idea le pasó por la cabeza: ¿tenía esto algo que ver con las muertes del sanatorio?, ¿y con el requerimiento del prefecto contratándole a él mismo? ¿Por qué no le había puesto el prefecto en antecedentes? Al fin y al cabo, si su auténtica voluntad era la resolución del otro asunto y le pidió confidencialidad absoluta, tendría que haberle prevenido acerca de Gastineau... ¿Estaba siendo utilizado por alguien con otro fin del que suponía? ¿Qué papel jugaba el farmacéutico en todo aquello?... Cada vez se estaba enredando todo más. Empezaban a fallarle las fuerzas y la confianza en sus propios recursos. Quizás lo mejor sería seguir las últimas recomendaciones del prefecto, declarar que no había solucionado nada y marchar hacia París para no volver por allí nunca. Cerró el cajón y, sin ganas de inspeccionar nada más, salió. Decepcionado con todo, con Pauline, con el prefecto, consigo mismo, comenzó a vencerle el sueño. La hermana Anne-Marie le había preparado la camilla en la sala de consulta y allí se tumbó, olvidándose de dudas y preocupaciones en pocos segundos. Durmió profundamente. Cuando despertó, todo seguía estando sumido en una gran

oscuridad, pero se oía un sonido armonioso a lo lejos. Encontró a tientas la lámpara y comprobó que había estado durmiendo unas cuatro horas. Pronto amanecería. Se levantó, retiró la ropa de la camilla y se aseó lo que pudo en el lavabo. Intrigado por el murmullo que seguía oyendo, abrió la puerta: eran las religiosas rezando la primera oración del día antes de la salida del sol. Tras el descanso se sentía algo más sereno. Se sentó en uno de los bancos de madera del pasillo, el más cercano a la capilla. Todo lo que le rodeaba, oscuridad, paredes, vacío..., carecía de vida. Al menos, en medio de toda aquella soledad, el eco de las oraciones y los cánticos de las monjas le unían con un hilo invisible al resto de la humanidad. Iniciaron un nuevo canto, tal vez el último... La melodía comenzaba piano, pero paulatinamente iba *in crescendo* y podía reconocerse desde el pasillo. Nada más percibir los primeros compases, Galo sintió una sacudida violenta en su interior, un hiriente estremecimiento que le dejó paralizado mientras la música penetraba nota a nota en él... Comenzó a temblar todo su cuerpo, pero con unas sacudidas imperceptibles, hondas, íntimas..., y una terrible sensación de congoja y desolación invadió lo más profundo de su ser. Hacía más de veinte años que no escuchaba el *Ave María* de Caccini... Se echó a llorar desconsoladamente. Habían transcurrido más de veinte años y su pasado volvía a él como un volcán hirviendo a punto de expulsar la lava; y de esa manera tan absurda. Regresaron a su mente, como peligrosos huéspedes inesperados, las imágenes que durante tantos años intentó borrar de su alma, y llegaban una tras otra, mecidas por esa música tan bella, tan dolorosamente bella y lacerante... Era incapaz de frenar ese llanto, él, que no había llorado nunca, que nunca había tenido a nadie a quien llorar...

—¡Ah!

El español ni se había dado cuenta de la presencia de la hermana Anne-Marie que acudía a saber de él al finalizar la oración. Estaba sorprendida y alarmada al ver al médico en aquel estado. No sabía qué hacer, abrumada de contemplar a un hombre como Aldave llorando como un niño. Se sentó a su lado.

—Doctor, qué le ocurre, por Dios —dijo tomándolo del brazo con las manos.

—No se preocupe por mí, hermana —logró decir Galo entre sollozos. Hizo un gesto para que la religiosa esperase—. El *Ave María* me ha traído recuerdos... duros. Eso es todo, hermana.

Al sentir tan cercana la mirada interrogante, llena de preocupación, de la joven, al percibir su calor, el afecto que le transmitía con sus manos, con su expresión, comprendió que debía continuar, que había llegado el momento de compartir con alguien toda la pena oculta en su corazón durante tantos años. A través de las ventanas que daban al claustro comenzaba a distinguirse una tenue luz que anunciaba el amanecer. Apagó su lámpara y la hermana hizo lo mismo con la suya, dándose cuenta de la gravedad del momento, facilitando la confesión de Galo.

—He oído muchas veces esa pieza de música, hermana..., cuando era un niño. —

Aldave volvió a emocionarse—. Y la he oído en un lugar muy similar a este, interpretada por mujeres como ustedes, por religiosas..., porque yo soy un niño de inclusa, hermana.

La joven soltó el brazo del médico y se llevó las manos a la boca, como queriendo evitar pronunciar una exclamación, asumiendo la importancia de la declaración de Galo en toda su dimensión.

—¿Tiene algún orfanato su congregación?

La monja negó con la cabeza.

—¿Ha visitado alguno?

Volvió a negar.

—Entonces, no podrá usted ni empezar a comprenderme... Es imposible que alguien comprenda, que alguien se ponga en la piel de un niño de inclusa..., imposible. —La voz de Galo tembló de nuevo—. ¿Sabe usted lo que es ver morir a un niño en una epidemia, solo, sin nadie a su lado? ¿Y a dos? ¿Y a tres? No hay nada en el mundo tan terrible como eso. Eso no se puede borrar en toda una vida..., imposible. Esa imagen, ese sufrimiento te persigue vayas donde vayas y lleves la vida que lleves. La puedes olvidar por momentos..., pero siempre vuelve porque está agazapada en tu alma y jamás te abandona..., alimentada por el miedo de ser tú el próximo niño enfermo del orfanato... Es imposible que ninguno de nosotros, ningún niño de inclusa, sea del todo feliz, hermana, por muy larga y venturosa que sea nuestra vida, por muchas vueltas que dé y muchos peldaños que suba... Ya ve, ese es mi pasado y también mi futuro.

Callaron un buen rato sentados el uno al lado del otro, sin mirarse.

—Su padre... ¿no es su padre verdadero, entonces? —preguntó la hermana con ternura.

—No. Fermín Aldave no es mi verdadero padre. Mis padres fueron a buscarme a la inclusa del hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza porque no podían tener descendencia. Yo tenía ocho años, casi nueve. Me han querido como si fuera hijo auténtico suyo..., o más, no le quepa la mínima duda. Se han sacrificado por mí, han pasado noches en vela cuando he estado enfermo..., igual que cualquier otra familia... Y yo los adoro: no hay dos personas mejores en este mundo. Gracias a ellos soy lo que soy, ¡qué hubiera sido de mí sin ellos!... —Galo se emocionó de nuevo—. Y he sido un niño alegre y pienso que les he dado más motivos de orgullo que de enojo..., pero siempre queda algo dentro de ti que te impide ser como los demás, que te imposibilita para disfrutar de la vida como lo hace la gente que no ha conocido la desgracia.

La hermana suspiró hondo. Comenzaba a oírse el trino de algún pájaro y ya se entreveían las siluetas. Aldave, a pesar del sufrimiento que le había supuesto recordar su pasado, se sentía reconfortado, nunca se había sincerado con nadie tan

profundamente, ni con sus más íntimos amigos. La hermana Anne-Marie le transmitía una inmensa sensación de paz y confianza.

—Aunque usted crea que es imposible comprenderle, le diré que no es tan difícil, al menos para mí —admitió la religiosa casi en un susurro—. Algún día le hablaré de mi vida y entenderá lo que quiero decir... —La hermana hizo una pausa—. Ahora quiero que se anime. Por muy difícil que sea una etapa de la vida..., siempre hay motivos para tirar hacia delante..., y usted tiene muchos a su favor. Ahora mismo... voy a intentar alegrarle el día —añadió en un tono más optimista—. Voy a llevarlo a una excursión, si usted quiere, por supuesto.

Galo sonrió, con los ojos todavía húmedos.

—¿Como la del otro día?

—No, esta es una excursión de verdad, de varios días.

Percibiendo la ilusión de la joven, el corazón de Aldave se inundó de ternura.

—Y... ¿dónde va a llevarme?

—A Gordes, mi pueblo natal. ¿Ha oído hablar de él?

—No. ¿Está en la Provenza?

—Claro que sí, ¡Gordes es el corazón de la Provenza! Tiene que conocerlo, doctor. Allí va a olvidar todas las penalidades y los malos recuerdos. Pero tendrá que trabajar duro, ¡se lo advierto!

—¿Trabajar? —preguntó el médico.

—Sí, doctor, allí vamos a trabajar. Soy propietaria de unos terrenos sembrados de lavanda y todos los años acudimos a la recolección. Su antecesor, el doctor Jalou, siempre se apuntaba al viaje, le encantaba estar en medio de todo y controlar que nadie nos timara. Si se anima, yo misma pediré permiso al doctor Peyron y no se atreverá a denegararlo porque el dinero que se obtiene va a parar a la congregación y al sanatorio.

Ya entraba con decisión la luz de agosto por los ventanales del claustro. A lo lejos se oían pasos, voces y el ruido de alguna puerta. El sanatorio se estaba poniendo en marcha un día más y Aldave sentía que una buena parte de los nubarrones que lo acorralaban momentos antes se estaban disipando. Le agradó la idea del viaje, de abandonar por unos días Saint-Rémy y todo lo que conllevaba, y aceptó la propuesta de la monja. La rutina del Saint Paul continuaría sin él y a la vuelta su mente se encontraría más fresca para tomar una decisión acerca de su inmediato futuro.

CAPÍTULO 18

—¡Doctor, es hora de levantarse! ¡Y recuerde..., poco equipaje!

François Poulet no se andaba con delicadezas a la hora de despertar a su huésped. Mucho menos ese día, en el que debían partir a primera hora de la mañana para Gordes. Galo ya estaba alerta cuando oyó la voz del cochero, lo había despertado el canto del gallo y la impaciencia por estar preparado a la hora convenida.

Desde que se fue resentido de casa de Pauline no la había vuelto a ver en tres días. Fueron muchos los momentos en que estuvo tentado de mandar una carta arrepintiéndose de su ataque de celos y de su salida precipitada de la mansión, pero no sabía en qué términos escribirla porque, aunque reconocía su brusca e inoportuna reacción ante un hecho —la salida a cabalgar de la viuda con el farmacéutico—, también recordaba el intento de agresión que había sufrido en la calle y se enardecía de nuevo. Por fin, al tercer día, fue él quien recibió una nota de su amante rogándole un encuentro. Pauline, como siempre, lo recibió encantadora, tierna, cariñosa, apasionada... Con pocas palabras y un sinfín de caricias le convenció para que olvidara la desagradable escena de la última noche en que se vieron. Borrón y cuenta nueva, quiso decir ella, y el español, pletórico entre sus brazos, asintió embriagado por aquella mirada que sabía perfectamente cómo persuadirle. «Tiene razón, lo de la otra noche fue una disputa de enamorados, nada más», pensaba Galo. Era domingo y aquella tarde la casa de los Murat estaba más luminosa que nunca. La mayoría de los criados tenían el día libre y estaban los dos prácticamente solos. Por primera vez a Aldave se le pasó por la cabeza la idea de vivir allí, de convertirse en el marido de Pauline, de dormir abrazado a ella todas las noches y despertar con ella al lado por la mañana con la luz y el aroma de los tilos y las rosas entrando por la ventana de la terraza. Decidieron dar un paseo por los caminos de la finca. Aldave dudaba si mencionar a Pauline lo de los dardos y su sospecha de que fuera Clermont el agresor. Se resistía a que pudiera desaparecer la dicha que los envolvía en ese instante, caminando abrazados, disfrutando de la caída de la tarde en medio de un paisaje tupido de robles, cipreses, laureles, ajedreas y amapolas. Al fin, sacó el tema a relucir, sin mencionar el nombre del farmacéutico. Pauline quedó muy impresionada con el relato de Galo, sobre todo cuando se refirió a la cerbatana de los indios de América del Sur como causante del ataque; tanto es así que palideció, comenzó a temblar y el español tuvo que ayudarla a sentarse en un ribazo del margen del camino. La viuda fue directa: «¿No creerás que Adrien Clermont está detrás de esto?», dijo sin rodeos, asustada. La afirmación del médico fue tajante y también su intención de abandonar Saint-Rémy si todo aquello continuaba. Al oír esto último, temiendo que Galo pudiera regresar a París, Pauline no pudo más, perdió los nervios y se echó a llorar.

Dijo que no creía capaz al farmacéutico de una cosa así, de un intento de asesinato, pero sí era cierto que tenía un carácter irascible, en ocasiones sin motivo aparente... Ella lo atribuía al mistral, el viento indomable de la Provenza que aparecía de un día para otro y predisponía la conducta de sus habitantes. Ante la insistencia de Aldave, Pauline reconoció también que Clermont sentía celos de Galo desde que había llegado al sanatorio y se había convertido en «el insigne médico que llega de París», desplazándole a él como «el profesional cultivado que recorre el mundo y llega a Saint-Rémy cargado de prestigio». Asimismo, al fin, le confesó que los celos del farmacéutico se extendían a ella misma. Hasta que apareció Aldave, él era la persona con la que Pauline tenía más confianza, el amigo que entraba y salía de su casa a su antojo, su confidente..., pero había quedado postergado desde que ellos habían comenzado su relación amorosa. «Y... sí. Puede que pretendiera ser mi amante, pero yo nunca he dado pie para que se fundara falsas esperanzas... y él ha respetado en todo momento mi actitud».

Mientras Galo se vestía en casa de Poulet, recordaba la expresión del rostro de Pauline sentada entre la maleza, bajo las ramas de un nogal centenario, desnuda de toda presunción, temerosa de perderlo... Y sentía, como si lo estuviera viviendo de nuevo, sus abrazos y el sabor salado de sus lágrimas que la embellecían, si cabe, más. Ella le prometió alejarse del farmacéutico de manera velada para no excitarle y provocar su ira, y Aldave se comprometió a no denunciar el caso y a evitar un enfrentamiento directo con él. Antes de despedirse de Pauline, el español le contó su intención de partir para Gordes al día siguiente en compañía de otras personas del sanatorio. Enseguida se dio cuenta de que a Pauline no le gustaba la idea, tenía otros planes para los dos en esos días. Aun así, no le dijo abiertamente que se quedara. Tentado estuvo el médico de echarse para atrás ante el gesto de decepción de su amante, pero se había comprometido con la hermana Anne-Marie y le habían educado para no faltar nunca a su palabra. Ahora se encontraba a punto de partir, pero con ganas de regresar y volver a verla cuanto antes.

A la «excursión» se habían apuntado, además de Aldave y la hermana Anne-Marie, el capellán Tamisier, la hermana Concepción y Poulet. «Nunca me dejan ir sola; me refiero a que todos los años me buscan a otra monja de acompañante, tienen miedo de que me quede en Gordes y no vuelva», le había contado entre bromas la joven religiosa. Esos últimos días estaba contenta y radiante, anhelando cada minuto volver a pisar su pueblo. Habían salido de Saint-Rémy con dos vehículos: un carro conducido por Poulet y un coche cerrado manejado por el capellán. El carro iba vacío. Le explicaron al español que a la vuelta iría cargado de los excedentes de la lavanda, la parte que no se vendía, y que las monjas empleaban para fabricar sus propios jabones y colonias. Tenían diez leguas francesas por delante. El día había amanecido magnífico. El sol extendía sus rayos suavemente por el horizonte

templando la frescura de la mañana. Las dos religiosas iban vestidas de blanco inmaculado de la cabeza a los pies. La hermana Anne-Marie parecía otra, más joven todavía sin el negro enmarcando su rostro, más angelical si cabe. Con sus hábitos almidonados semejaban dos muñecos de nieve brillantes bajo los primeros haces del astro rey. Ellas subieron al coche cubierto y Aldave se sentó en el carro al lado de Poulet. Estaban los dos de buen humor. Pauline no había salido a relucir en sus conversaciones desde el día en que el cochero expresara su opinión sobre la viuda. Galo lo prefería así. Se sentía aliviado. Había borrado de sus recuerdos aquel incidente e intuía que Poulet había hecho lo mismo. Parece ser que todos los años hasta entonces viajaban a Gordes las mismas personas, con la variación de la «monja acompañante» y, en esta ocasión, del propio Aldave. El cochero aprovechaba la ocasión para hablar de los compañeros de viaje y se prodigaba en halagos hacia el capellán y la hermana Anne-Marie.

—La hermana Concepción es más seria, más callada. Es difícil llevar con ella una conversación más allá de cuatro palabras.

El español sonrió.

—Se lo juro, doctor. Nos conocemos hace más de... cinco o seis años, la llevo todas las semanas al mercado de Saint-Rémy, cargo con todas las compras, hago todos los encargos que me pide a todas horas... Pues bien, no es capaz de hablar de nada más allá de si está nublado o si la niebla levantará al mediodía..., y eso si yo la animo a sacar el tema, porque si no... Al principio yo pensaba que, por ser española, no conocía bien nuestro idioma y por eso no abría la boca, pero entrando algún día en la cocina... enseguida me di cuenta de que bien que habla para lo que le interesa, por ejemplo para reprender a sus ayudantes si hacen algo mal.

Tenían previsto parar a almorzar en Cavaillon, aproximadamente a mitad de trayecto. Nada más llegar, el capellán cogió un saco plegado de dentro del carro y, sin mediar palabra, salió ligero de la plaza donde habían aparcado los carruajes.

—Va a comprar melones —explicó la hermana Anne-Marie—, ¿no ha oído hablar de los famosos melones de Cavaillon? ¡Son los mejores de toda Francia!

Comieron en una posada donde los conocían y después, a la salida de la población, buscaron una buena sombra bajo un bosquecillo de olmos para echarse una siesta. Se oía cerca el rumor acompasado y relajante de un riachuelo. Galo estaba cansado del traqueteo del camino y del calor y se durmió profundamente. Soñaba con Pauline. Iban los dos a comprar melones a la tienda de jabones de Saint-Rémy, pero los expulsaban de malas maneras alegando que vivían amancebados; después entraban en la peluquería y los despachaban del mismo modo y así de todos los establecimientos... La viuda lloraba diciendo que nadie les quería y en ese momento se abría una puerta, alguien sacaba una mano que llevaba una sortija con un gran zafiro... y raptaba en unos segundos a Pauline sin que el médico pudiera

reaccionar... Gracias a Dios, el sonido tintineante de un rebaño le despertó liberándolo de un sueño tan angustioso. Estaba empapado en sudor y el corazón le palpitaba veloz. Se levantó rápido. Los demás dormían apaciblemente, las religiosas sobre una borraza y los hombres directamente sobre la breña. Guiado por el susurro del agua buscó el arroyuelo, se desvistió de cintura para arriba y se refrescó con un agua transparente como el cristal.

—¡Qué buena idea ha tenido, doctor!

—¡Padre Tamisier, venga, venga, esto es una gozada!

El capellán no solo se quitó la camisa, sino también el calzado, y a los pocos segundos estaban los dos sentados, entre sol y sombra, con los pies dentro del agua. Permanecieron un rato en silencio, deleitándose con las sensaciones que la naturaleza les brindaba: los intensos verdes de los árboles, el frescor del agua acariciándoles los pies, el trino de los pájaros, la calidez del verano, el azul del cielo... Hubo un momento en que el cadencioso bisbiseo de las hojas y el rumor de la corriente simulaban un auténtico concierto ofrecido por la más invisible y la más cautivadora de las orquestas.

—Me alegro mucho de que haya venido —comentó Tamisier con camaradería—, sobre todo por la hermana Anne-Marie, ella está siempre muy ilusionada con este viaje, y este año más si cabe porque viene usted.

—Para una muchacha joven como ella debe de ser muy duro vivir en un sanatorio de dementes y convivir con ellos todos los días del año. Es comprensible que desee visitar su pueblo y a su familia.

—¿Qué opinión tiene usted de ella, doctor? —El capellán estaba chapoteando con los pies y ni siquiera miró a Galo al formular la pregunta. Este desvió la mirada hacia Tamisier, extrañado.

—¿Sobre la hermana? La que imagino tiene todo el mundo: es, sencillamente, una criatura angelical.

—Usted lo ha dicho, doctor: un auténtico ángel. No hay mejor definición para ella. ¿Sabe usted cuántos años tiene?

Aldave negó con la cabeza.

—Diecinueve. Y lleva ocho entre monjas. Eso no significa nada —continuó el capellán—; quiero decir que la bondad de su espíritu no la ha adquirido por estar rodeada de hábitos, se lo aseguro, sino que brota de su interior y es ella quien la transmite a los demás. Donde quiero ir a parar es que, a pesar de su inteligencia y perspicacia, la hermana Anne-Marie no ha conocido la vida en su plenitud..., y la vida comporta muchos riesgos y muchos sinsabores, sobre todo para los seres inocentes y puros como ella. Por nada del mundo consentiría que nadie le hiciera daño, aunque fuera de forma inconsciente.

El médico comenzó a intranquilizarse.

—Padre Tamisier, ¿por qué me dice a mí esto? Yo tampoco quiero que nadie perjudique a la hermana. A mí me gustan las cosas claras. Si tiene algo que decirme, le ruego lo exponga sin rodeos.

—No sé si he hecho bien iniciando esta conversación —señaló el capellán moviendo dubitativamente la cabeza. Galo le miraba fijamente, como diciendo «pues haberlo pensado antes, ahora debe continuar»—. La hermana Anne-Marie le aprecia mucho, doctor.

—Yo también a ella —se apresuró a decir Aldave, intuyendo por dónde iba el asunto.

—Sí, por supuesto..., pero tengo la impresión de que ella le aprecia de una manera más... romántica. Usted sabe a qué me refiero. Y que conste que es una observación mía, de viejo capellán que ha visto de todo y de entrañable amigo. Estoy seguro de que ella ni se ha dado cuenta, ni ha contemplado la posibilidad de que puedan peligrar sus votos, porque el enamoramiento es así, aparece sin aviso, penetra en el corazón sigilosamente y cuando uno abre los ojos ya no ve la realidad.

Aldave no sabía qué decir. Estaba algo abrumado por la insinuación de Tamisier.

—Usted está equivocado, padre. La hermana Anne-Marie ve en mí la figura de un... hermano..., un familiar con quien bromear y trabajar codo con codo. Sinceramente, y yo sí sé de la vida, no hay en la hermana otro sentimiento hacia mí que no sea el de una profunda amistad.

—Ojalá sea así, doctor. Por el bien de la hermana.

Se oyeron unas pisadas entre la maleza. Era Poulet, que los andaba buscando. Llevaba el cabello alborotado y la ropa llena de hierbajos. Se unió a ellos sin pensarlo, pero advirtiéndoles que debían partir pronto si querían llegar a Gordes antes del anochecer. Al médico comenzaron a picarle los mosquitos y los tábanos, y decidió volver al improvisado «campamento». Los demás le siguieron. Las mujeres estaban sentadas, apoyadas en uno de los olmos, charlando apaciblemente. Encima de la toca llevaban sendos sombreros de paja para proteger del sol el rostro. La cocinera parecía contenta, más habladora que nunca. Aunque Tamisier ofreció a Galo el puesto de al lado en el pescante de la calesa, el español lo declinó aduciendo no querer dejar solo a Poulet en el carro. En otra ocasión hubiera agradecido la amena charla del capellán, pero ahora no, no quería remover más la conversación sobre la hermana Anne-Marie, que de alguna manera le había fastidiado el comienzo de un viaje que se aventuraba distendido. Por lo que conocía de Tamisier, era una persona sensata y sin prejuicios. No podía entender cómo había presupuesto que la religiosa pudiera haberse enamorado de él. Tenía gracia, allí todos le juzgaban: primero Poulet con sus opiniones sobre su relación con Pauline, y ahora el capellán, que poco menos le había señalado como seductor de monjas... «Será el mistral —pensó, recordando las palabras de la viuda Murat—, o esta legión de cigarras que no dejan ni concentrarte

en tus propios pensamientos».

Tenían previsto llegar a la abadía de Sénanque al atardecer para pernoctar. Estaba situada a menos de una legua al norte de Gordes, al pie de los montes de Vaucluse. Por el camino se habían topado con una actividad agrícola casi frenética. Era la época de la siega y de la recolección de la fruta, y en las lindes de las poblaciones los campesinos trabajaban sin cesar cargando y descargando carros, segando, trillando... El panorama cambiaba conforme subían en altitud; primero los campos de girasoles y los frutales, más tarde las vides, y después los espesos bosques de pinos y ajedrea. Confundidos entre todos ellos, los extensos campos de lavanda en flor, plantada en interminables hileras azul violáceas salpicadas por el verde reluciente de los tallos... Comenzaba la siega en algunos pueblos y las flores recién cortadas propagaban un balsámico perfume que calmaba el desasosiego e invitaba a aspirar profundamente la belleza del paisaje provenzal: su luz, sus colores, su aroma, sus sonidos...

—Qué tierra más maravillosa, François —dijo Galo a su acompañante—, cuánto me alegro de haber recalado aquí.

La abadía estaba situada en una hondonada, completamente rodeada de vegetación: arbolado, monte bajo y, sobre todo, lavanda. Allí todavía no habían iniciado la recolección. Llegaron un poco antes de lo previsto, cuando el sol no había desaparecido y el verde de la campiña todavía magnetizaba. El edificio databa del siglo XII y era una joya de la arquitectura cisterciense primitiva, según le había explicado el capellán. Disponían de hospedería, en principio para hombres, pero por tratarse de la querida hermana Anne-Marie, antigua vecina del padre abad, también natural de Gordes, todos los años hacían una excepción y permitían albergar a las dos mujeres que venían desde Saint-Rémy. Tras el descanso nocturno, al día siguiente partirían hacia el pueblo de la monja, a unos tres cuartos de hora de camino. Después de darles la bienvenida los alojaron en sus habitaciones, en un largo pasillo apenas iluminado. Todos estaban cansados. Cenaron en el comedor de la hospedería, servidos por un joven monje natural de Saint-Jean-Pied-de-Port, localidad cercana a la frontera con España. Era muy alto, longilíneo, de pelo rubio ralo, ojillos chispeantes y sonrisa contagiosa. Hablaba algo de español. Congenió desde el primer instante con Galo, quien le contó las andanzas de su abuelo contrabandista cruzando la muga en numerosas ocasiones, alguna de ellas llegando al pueblo del joven religioso. Acostumbrado a la espléndida comida de la suegra de Poulet, la frugalidad de aquel monasterio dejó pasmado al médico, que apenas pudo solventar el apetito del camino con unos cuantos trozos de asaduras insertados en un palillo largo y un pedazo de queso. No se atrevió a decir nada al respecto en vistas de que el resto de los comensales, incluidos otros hombres alojados allí, comieron en silencio y, por sus expresiones, parecía que habían quedado satisfechos.

Su habitación estaba más o menos en el centro del corredor y tenía una

pequeñísima ventana tan alta que, sin subirse a una silla, era imposible ver el exterior. Aldave se sintió un poco agobiado entre aquellas cuatro paredes de piedra y decidió salir un rato antes de acostarse. El joven monje de Saint-Jean-Pied-de-Port les había mostrado dónde escondían la llave de la puerta de la hospedería para que pudieran entrar y salir a su antojo. Cuando Galo fue a echar mano de ella, en un agujero de la pared tras el encastre de una antorcha, se dio cuenta de que no estaba. Supuso que alguien la habría cogido. Efectivamente, la puerta estaba abierta. La luna, casi llena, emitía unos reflejos plateados sobre las colinas que rodeaban el valle transformando asombrosamente la campiña divisada tan solo dos horas antes en un paisaje fantasmal. Como si la luna se reflejara en un espejo, a unos diez metros de allí una silueta redonda y blanca permanecía estática contemplando también la grandiosidad de la noche. A esa distancia y de espaldas, nadie podría asegurar si se trataba de la hermana Anne-Marie o de la cocinera. Aldave dudó en continuar su paseo por si era esta última, pero, ante la perspectiva de regresar a aquella celda tan poco acogedora, se arriesgó. Cuando estaba a unos cuatro metros de ella supo ya que era la hermana Anne-Marie y que no le había oído acercarse. Temiendo sobresaltarla le susurró su nombre y la joven se volvió asustada dando un pequeño grito.

—No se preocupe, hermana, soy yo.

—¡Qué susto! ¡Menos mal que es usted!

Noche y naturaleza se fundían con el inmenso silencio de la abadía. Los dos permanecieron unos minutos callados, contemplando al unísono la silueta entrevista de los manzanos del huerto y, más allá, de los alcornoques que tapizaban el cerro que protegía al monasterio. Como transmitido por unas ondas invisibles, Galo intuía cierto nerviosismo, cierta turbación en la joven. No era la primera vez que se encontraban a solas. En el sanatorio era algo habitual tras el pase de visita mientras el médico le pautaba las recomendaciones para los pacientes, y hasta llegaron a intimar la noche en que Aldave le confesó su pasado de niño de inclusa. Pero allí, en un entorno diferente, en medio de la rotundidad de la noche, bajo aquella luna que parecía señalarlos, incluso el español sintió un furtivo estremecimiento cuyo origen no supo descifrar: sería la oscuridad o la propia presencia de la hermana..., o la conjunción de ambas.

—¿Echa de menos su casa? —preguntó Galo en voz baja.

—Mi casa está en Saint-Rémy, doctor —respondió la joven con una sonrisa. Aldave sonrió, a su vez.

—Perdón, había olvidado que era religiosa —añadió con algo de ironía, pero con afabilidad—, voy a repetir mi pregunta: ¿echa de menos a su familia?, ¡y no me diga que está en Saint-Rémy!

La hermana esbozó una sonrisa triste.

—Apenas tengo familia en Gordes, doctor. Mentiría si no dijese que mi familia

está en Saint-Rémy, en mi congregación. —Antes de que el español pudiera replicarle, la monja continuó—. Si se refiere a si añoro mi tierra, esta tierra... —la voz comenzó a temblarle mientras señalaba a su alrededor—, pues... ¡claro que sí!, ¡cómo no voy a echar de menos estos árboles, esos caminos, esta abadía donde acudíamos cada año a entregar nuestra limosna a los monjes después de la cosecha! Si aspiro profundamente, aun con los ojos cerrados reconocería este aroma a lavanda distinto a todos los demás, esta brisa, el canto de aquella lechuza... —La joven contuvo sus lágrimas—. ¿Recuerda la noche en que me contó su desgraciada infancia? Yo le dije que, aunque jamás había pisado un orfanato, le comprendía más de lo que usted podía imaginar. A diferencia de usted, yo he tenido una infancia muy feliz, unos padres que me adoraban y un hermanito al que yo adoraba. En la epidemia de viruela de 1881 murieron todos, los tres, además de mis abuelos. Así de sencillo. Así de cruel. Mis padres no tenían hermanos. De la noche a la mañana, en cuestión de veinte o treinta días me quedé sola en el mundo con once años. Quizá solo usted pueda imaginar lo que eso significa. La angustia de la auténtica soledad en el corazón de una niña inocente...

Galo estaba petrificado. No esperaba una confesión como aquella. Nunca se había parado a pensar en el origen familiar de la hermana Anne-Marie, pero si lo hubiera hecho, ni remotamente hubiera sospechado un episodio tan horrible en su vida, un drama de esa envergadura en el trayecto vital de una persona tan alegre y dulce, tan singular y vitalista como ella. Ella le había visto a él llorar y le había consolado. Ahora se habían cambiado los papeles y era a él a quien correspondía ofrecerle un gesto de consuelo..., pero no le surgían las palabras. La tenía frente a él, con el rostro apenas iluminado por la luna creciente y, por primera vez desde que la conocía, con una profunda tristeza brotando desde sus ojos. Con la escasa luz no distinguía lágrimas en sus mejillas, pero él sabía que el llanto más desgarrador vierte las lágrimas hacia el interior de uno mismo, hacia el más íntimo territorio del alma no compartido por nadie. Un profundo abatimiento iba prendiendo también en su corazón a la vez que, por primera vez en su vida, sentía que una persona, que alguien con cuerpo y alma podía comprender todo el dolor acumulado del corazón, podía hermanarse a él en el sufrimiento pasado y, quizá también por vez primera, no se sintió desamparado. Abrazó con fuerza a la joven y volvieron a llorar los dos como dos hermanos que se encuentran tras una separación forzosa después de una vida llena de penalidades y sollozan de alegría y de añoranza.

—Soy afortunado por haberla conocido, hermana —dijo Galo en cuanto se tranquilizaron. La religiosa enjugaba sus lágrimas con un pañuelo y, con un gesto, indicó a Aldave un banco unos pasos a la izquierda. Se sentaron.

—Yo también, doctor. Aunque todas las hermanas de la congregación conocen mi historia, nadie se ha atrevido a recordármela y, cuando hablan de sus familias, cuidan

de no exteriorizar delante de mí demasiada alegría al contar sus visitas...; en eso les estoy muy agradecida. Esta es una de las razones por las que me permiten venir a Gordes todos los años para la recolección de la lavanda, aunque nunca me lo haya expresado claramente la madre Épiphané y lo sé. Esto, el «ocultar» la tragedia de mi familia, posiblemente me haya beneficiado, pero hay momentos como este en que necesito contarle a alguien...

Aldave escuchaba la suave voz de la hermana Anne-Marie. La imaginaba de niña, con una carita todavía más angelical, de la mano de alguna vecina velando a sus padres y a su hermano. Se sentía tentado de cogerle la mano y acariciársela para demostrarle su afecto, su cariño..., pero su condición de religiosa y de mujer se interponían como un muro de cristal infranqueable entre los dos.

—¿Cómo acabó en Saint-Rémy, hermana?

—¡Ah! —repuso la joven suspirando—. Es una historia larga..., pero voy a intentar resumirla. Al fallecer toda mi familia (milagrosamente, yo no me contagié) una pariente lejana nos llevó a mí y a otra huérfana de Gordes al colegio de Santa María de Siena, de las hermanas ursulinas, en Aix-en-Provence, como internas. Allí permanecí tres años y, a pesar de lo duro de la situación, recibí una completísima educación y aprendí, sin duda, mucho más de lo que me habrían enseñado en la escuela de Gordes. En esos años afloró mi vocación y mi convencimiento de dedicar mi vida al Señor y al prójimo. El verano en que cumplí catorce años, la pariente de Gordes me llevó a mi pueblo a pasar unas vacaciones. No había regresado desde que salí para Aix-en-Provence tres años antes. Me pareció que todo seguía igual, las calles, el castillo, la iglesia..., pero faltaba mi familia. Fue un golpe terrible porque durante mi estancia en el colegio había conseguido evitar pensar en mi pasado dichoso, en los días en que todos vivíamos en armonía y felicidad. Ahora los recuerdos entraban en mi corazón a borbotones: mi casa, los campos de mi familia, la casa de mis abuelos, mi antigua escuela... Además, todo el mundo me miraba, me encontraban cambiada, me preguntaban qué tal me iba con cara de resignación, se compadecían de mí... Todo esto fortaleció mi decisión de ser religiosa, de volver con las monjas y comunicárselo. Pero, como dice la hermana Concepción: «el hombre propone y Dios dispone»; el destino me tenía guardado el camino del Señor, pero no como ursulina. Coincidió que ese mismo verano estaba en Gordes una hermana de la congregación de Saint Joseph de Vesseaux destinada precisamente en el sanatorio de Saint Paul en Saint-Rémy. Ella me habló de la entrega a los pacientes, del sacrificio de trabajar en un manicomio... Las hermanas ursulinas se dedican fundamentalmente a la enseñanza y yo prefería ofrecer mi vida a Dios ayudando a los enfermos. Así es como ingresé en la congregación de la que hoy formo parte, la que hoy es mi familia.

Mientras la hermana relataba su vida, Aldave había arrancado una ramita de ajedrea que crecía al lado del banco y poco a poco, inconscientemente, la había ido

rompiendo en trocitos pequeños que ahora mecía dentro de la mano como si se tratara de un sonajero sin música. Cuando la joven concluyó, abrió la palma de la mano y los pedazos cayeron esparcidos al suelo velados por la oscuridad. Como esta insignificante rama de arbusto, el corazón de la hermana Anne-Marie se había liberado en parte de la asfixiante celda que lo aprisionaba al contar su historia a Galo, y él lo sabía. Una nube gris matizó de pronto el resplandor que irradiaba la luna y apenas se veía. Al igual que la noche de la confesión de Aldave, sin ni siquiera mirarse, los dos se sintieron unidos con un hilo invisible pero poderoso que alcanzaba lo más hondo de su ser. Aunque el tiempo y la distancia los separaran en un futuro, percibieron que nunca olvidarían estas dos noches de desgarradora sinceridad, que jamás podrían olvidarse el uno del otro. En completo silencio, la joven se levantó. Su hábito almidonado crujió un poco y a Galo le vino a la cabeza el instante en que se habían abrazado, cuando la había sentido temblar bajo todo aquel ropaje blanco, como se siente el pálpito de la vida dentro del plumaje de un pajarillo que aprisionamos en la mano mientras le curamos la patita herida.

—Buenas noches. Se ha hecho muy tarde. Mañana tenemos que madrugar. —La hermana Anne-Marie volvió la cabeza hacia Galo para despedirse también con la mirada. Aun en la oscuridad, se distinguía perfectamente el brillo de sus ojos. Antes de que Aldave pudiera contestar, había desaparecido. En los labios de Galo se estancaron un «cuidado no tropiece», un «la acompaño hasta la entrada» y un «que descanse».

Permaneció todavía un rato en el banco, ahora sí, en completa soledad, pensando en sí mismo, en aquel viaje inesperado que le estaba reportando tantas emociones y en el mañana cada vez más borroso. París quedaba lejos, el prefecto de Marsella quedaba lejos y, en ese momento, hasta Pauline Murat quedaba, también, lejos, tanto que, ni esforzándose podía recordar su rostro. Las nubes desaparecieron de nuevo y podían vislumbrarse miles de estrellas en el firmamento. Una inmensa quietud rodeaba el monasterio. Entre el cielo y la tierra, en medio de la exuberante naturaleza y la armonía de aquella construcción arcaica, Aldave se preguntaba la razón de todo aquello, del cosmos, de los árboles que nacen y mueren y son mecidos por el viento y fulminados por el rayo, de las nubes viajeras, de las piedras que siempre perduran, del ser humano, de él mismo... Se acordó del profesor Leroy, quien le aleccionaba a hacerse continuamente preguntas..., y a continuación, sin saber por qué, de su amada Camille, la mujer a la que había amado desesperadamente y por la que tanto había sufrido. Si bien el rostro de Pauline no podía recordarlo, ahora rememoraba nítidamente el de Camille, sus ojos verdes, su distinción, su dulzura... Todavía sintió un vacío en el estómago al recordarla, al revivir lo amargo de su rechazo. Miró el reloj. Era ya muy tarde. Había pasado tiempo de sobra para que la hermana Anne-Marie estuviera ya en su habitación. No quería encontrársela de noche en la puerta de

su celda, podría resultar embarazoso y más si alguien los veía. Entró en la hospedería y, una vez en su habitación, en dos minutos ya estaba dormido.

CAPÍTULO 19

La abadía de Sénanque despertó con una ligera neblina planeando sobre sus tejados. El hoyo natural donde estaba situada, completamente rodeado por una tupida vegetación, originaba un clima propio, más húmedo que el del resto de la comuna, y lo aislaba del mundo, circunstancias que los monjes fundadores, sin duda, habrían tenido en cuenta. También cantaban los gallos en Sénanque. De hecho, fueron ellos los que ahuyentaron los últimos minutos de sueño de Galo Aldave aquella mañana de agosto en la Provenza. La noche anterior se había dormido con el espíritu sobrecogido por las palabras de la hermana Anne-Marie, ya no solo por la tremenda desgracia de haber perdido a toda su familia, sino también por la perspectiva de un sórdido futuro entre los muros de un manicomio rodeada para toda su vida de celdas, de cilicios y de hábitos.

Gracias a Dios, el desayuno parecía ser algo más copioso que la cena. De nuevo el joven monje de Saint-Jean-Pied-de-Port les servía. A él le había entregado para llevar al correo una breve carta para Pauline que acababa de escribir. Tras una densa noche plagada de sueños absurdos y angustiosos, el español amaneció despejado, aliviado de ver la claridad por el ventanuco de su celda, con buen apetito y con la intención de olvidarse del pasado infeliz y de centrarse en un presente esperanzador. Y pensó en Pauline. ¿Había actuado bien sumándose a este viaje? Antes de partir, ella le había anunciado que tenía planes para los dos en estas mismas fechas. El gesto de decepción al enterarse de la excursión a Gordes a punto estuvo de hacer cambiar de idea a Galo. Por un momento le pasó por la cabeza la idea de que la viuda Murat pudiera olvidarse de él con la distancia, de que volviera a encontrarse con el farmacéutico..., y ante la inquietud que de nuevo parecía renacer, le escribió unas líneas expresándole una vez más su amor y su entrega incondicional.

—La hermana Anne-Marie está un poco seria esta mañana —dijo en voz alta el capellán mientras desayunaban.

—¿Sí? ¿Eso es lo que parece? —preguntó la joven—. Pues no, no es seriedad, un poco de cansancio del viaje puede ser, pero nada más.

—Hermana Concepción —preguntó esta vez Aldave—, ¿es la primera vez que visita Gordes?

—No, doctor, también vine el año pasado. Me gustó tanto el viaje que no sabe cuánto me he alegrado de que la madre Épiphane me haya enviado también a este.

—¿Y a Alcañiz, su ciudad, no la dejan volver de vez en cuando?

El semblante de la monja se ensombreció de repente como si le hubieran comunicado una desagradable noticia. Implicados en la conversación, todos parecían esperar su respuesta mientras ella estaba absorta en el cuenco que tenía delante.

—No —contestó con una voz apenas audible, pero firme, que no daba pie a más cuestiones ni explicaciones.

Poulet miró a Aldave de reojo, pero este, por educación y por no juzgar de antemano a la religiosa, obvió el mensaje que la mirada le dirigía. Estaba claro que la cocinera era una mujer rara, pero conforme más aprendía de la vida, el español más se guardaba de prejuzgar actos o temperamentos, y aquella mujer detrás de aquel carácter opaco y distante bien pudiera ocultar algún secreto o alguna pena inconfesables.

Gordes quedaba a algo menos de una hora de la abadía. Se encontraba ubicado en una loma en la que sus habitantes, desde hacía siglos, habían ido construyendo sus casas casi suspendidas en el vacío. La falda de la colina se extendía como una gran capa bordada de cientos de bancales sembrados de frutales, alimento para el ganado y lavanda. Buscaron el terreno propiedad de la hermana Anne-Marie (todavía no contaba con la mayoría de edad y, por lo tanto, no había hecho donación de sus pertenencias a la Orden) y aparcaron el carro delante de una pequeña caseta. Acordaron que Poulet se quedara allí, a la espera de que los demás volvieran con dos mozos del pueblo que habían contratado para comenzar cuanto antes con la siega. En los campos vecinos comenzaban a llegar los campesinos y desde lejos les saludaban con un gesto y unas palabras en alto: «¿Ya están otra vez por aquí?, ¡bienvenidos!», «¡Si necesitan algo, aquí estamos!», «¡Que vaya bien la siega!». Para no fatigar en exceso a los caballos en la empinada cuesta que conducía a la población, Tamisier decidió ir andando conduciéndolos a pie. Galo se sumó al paseo y, por supuesto, la hermana Anne-Marie, que insistió en no perderse la belleza de su localidad natal a esas horas de la mañana, cuando el castillo, según ella, adoptaba un majestuoso tono dorado por el reflejo de los primeros rayos del sol en sus piedras. Debajo de él, ocultándolo en parte, decenas de casas aparecían entre los cipreses y las acacias de la colina dispuestas como si formaran parte de las rocas, de la naturaleza.

—¡Qué visión tan hermosa, hermana! —dijo Aldave a la joven religiosa—: cómo han sabido construir sin necesidad de talar todos los árboles, integrando de una forma bellísima las edificaciones con el paisaje.

—¡Ya se lo anuncié, doctor! ¡Gordes es el pueblo más bonito de Francia! —exclamó la hermana exultante.

Cuando llegaron a la cima, en el centro de la población, los alrededores del castillo estaban ya bullendo de gente, unos andando de aquí para allá, otros en carros vacíos de carga dirigiéndose a los campos... Todo el mundo conocía a la hermana Anne-Marie, todo el mundo la paraba, todos la besaban y piroleaban como si no vistiera el hábito, todos la querían... Ella reía a carcajadas con unos, atendía alguna novedad o algún chisme del pueblo, consolaba a otros al enterarse de alguna mala noticia... El capellán se estaba poniendo nervioso, el tiempo pasaba y tenían que

darse prisa si querían acabar la siega y la venta de la lavanda en los tres días previstos. Dejó a todos a los pies de las torres redondas del castillo y se fue raudo a buscar a los dos mozos que les tenían que ayudar. Las contraventanas de las casas estaban ya abiertas de par en par, unas de color azul cielo, otras de color rosado, algunas gris perla... Galo admiraba la armonía de estas combinaciones cromáticas en tonos pastel, típicas de los pueblecitos franceses, con las vides creciendo en las paredes y las peonías engalanando las ventanas... Las calles estaban empedradas formando un auténtico mosaico monocolor; «estas calles empedradas se llaman *calades* en provenzal», le había explicado Tamisier antes de desaparecer. El español estaba ensimismado disfrutando de la animación de la mañana cuando la hermana Anne-Marie, que se había podido zafar un momento de sus paisanos, le dijo casi al oído:

—Antes de que venga el padre Tamisier voy a enseñarle una cosa.

—Pero... ¿dejamos sola a la hermana Concepción?

La cocinera seguía dentro de la calesa, esperando.

—No se preocupe, ni se va a enterar —apuntó con mirada traviesa.

El médico titubeó. No le parecía bien dejar allí a la mujer, sola, sin ninguna explicación. Al ver su indecisión, la joven monja continuó.

—Si le digo que nos vamos un momento va a querer venir y con estas cuestas y lo torpe que anda me temo que se caiga y se rompa un hueso —alegó con gracia—. Imagínese qué situación para nosotros... Bueno, de acuerdo —añadió condescendiente mientras Aldave reía—, pero dígaselo usted y, por favor, no espere la respuesta.

Así lo hizo el médico. Se inventó una excusa, es decir, una mentira, y, antes de que la mujer reaccionara y después de haber asegurado bien los caballos, le guiñó un ojo a la hermana Anne-Marie y la siguió sin perder ni un segundo. Bajaron por una calle tremendamente empinada, como todas las de Gordes, con cuidado para no resbalar, tomaron una bocacalle a la izquierda, después otra nuevamente en sentido descendente y, tras doblar una esquina, la religiosa se paró.

—No quiero ponerme triste, doctor, pero tenía que venir aquí y también enseñársela a usted. Esta es la casa de mis padres, donde me crie y viví hasta... que me fui a Aix-en-Provence.

La casa, de color crema, algo más grande que las del resto de la calle, con la puerta y las contraventanas azules cerradas y un poco desconchadas, estaba emplazada en una esquina. La hermana invitó al médico a que se asomara por el extremo que quedaba libre. Por allí bajaba una especie de callejón sin pavimentar que parecía conducir directamente al pie de la colina. El espectáculo que desde allí se divisaba era fantástico. En primer término, a ambos lados de la calleja, rebosando los muretes que sostenían los sucesivos aterrazamientos del terreno, unas frondosas

ramas de acacia parecían querer alcanzar a sus hermanas de enfrente. Más allá, en la lejanía, un extenso valle verde y liláceo en el que se distinguían, como pequeños puntos en movimiento, los campesinos que habían comenzado ya la recolección. Y en el horizonte, las montañas del Luberon pobladas de pinos.

—¡Maravilloso! —exclamó Aldave extasiado.

—¡Estaba segura de que le iba a gustar!

—¡Maravilloso, maravilloso! —no dejaba de exclamar el médico mientras pensaba en la pequeña Anne-Marie, apartada bruscamente de su casa, de toda esa belleza, de esa vida campestre tan libre y estimulante, de su familia...

Se volvió hacia la joven y vio sus ojos arrasados de lágrimas. No soportaba ver a nadie llorar y menos a una mujer, y menos a un ser querido...

—¿Cree que meterse monja fue la mejor opción? —le preguntó a bocajarro. La hermana se quedó helada, no esperaba semejante pregunta.

—¿Por qué me pregunta eso..., y precisamente ahora?

Galo, cabizbajo, respondió, ya arrepentido:

—No lo sé. No lo sé..., me ha venido a la mente..., pero no me haga caso... Perdone, hermana, no tengo derecho a hacer esa impertinente pregunta y mucho menos hoy aquí... Perdóneme..., perdóneme, por favor...

La monja estaba colorada, como a punto de estallar, mirándole fijamente a los ojos, con el crucifijo que colgaba de su cuello agarrado con fuerza. Aldave temió por un momento que ella dijera algo de lo que se pudiera arrepentir... o bien algo que pudiera salpicarle a él directa o indirectamente... Fue un cobarde; desvió la vista hacia el horizonte y, bastante turbado, pero con cariño, dijo:

—Creo que debemos volver.

Dos golondrinas posadas en un ciprés levantaron el vuelo cuando ellos dieron la vuelta para desandar sus pasos. Una cuadrilla de chiquillos salió de alguna parte, corriendo con tirachinas en la mano, persiguiéndose cuesta abajo. Galo aguardó a que la joven llegara a su altura para no dejarla atrás y la miró de soslayo, aunque ella, todavía algo ruborizada, no levantó la vista del suelo. Estaba seguro de que le había hecho daño la pregunta y se sentía culpable porque por nada del mundo quería hacerla sufrir. Si fuera posible borrar fragmentos del tiempo pasado, eliminaría de un plumazo sin dudarlos los últimos minutos y regresaría al momento anterior en que se deleitaban contemplando el valle. Caminaron en silencio hacia donde habían aparcado la calesa. De vez en cuando la gente aún paraba a la hermana para saludarla, pero ella no estaba tan alegre como antes. Abreviaba el saludo y se disculpaba con una media sonrisa forzada por no poder prolongar la conversación. Galo notaba claramente la herida que le había infligido y casi la sentía como propia. Al llegar a la plaza del castillo, vieron al capellán haciendo grandes aspavientos exhortándolos a apresurarse. Estaba acompañado por dos chicos fortachones que también conocían a

la religiosa. Uno de ellos era rubio, casi albino, y el otro pelirrojo y con la cara repleta de pecas.

—Parece el pelo del señor Van Gogh, ¿verdad? —dijo la hermana Anne-Marie con una voz casi trémula.

Aldave respiró. ¿Volvía a ser la joven de siempre, ocurrente y cordial? Con aquella sencilla frase parecía transmitirle que su disgusto había sido pasajero, que le perdonaba y que olvidaba su inoportuna pregunta. Hasta en eso era un ser excepcional.

Cuando llegaron al campo de lavanda, Poulet ya tenía preparados los aperos y el padre Tamisier distribuyó en un abrir y cerrar de ojos la tarea para todos. Los hombres, excepto Aldave, que en su vida había cogido una hoz, segarían. Las mujeres atarían los manojos y el español los llevaría hasta el carro. Galo se sintió el más inútil de todos, pero la vida es así y, al menos, se comprometió a colocarlos de la mejor manera posible... Daba gusto verlos trabajar, casi al unísono, perfectamente coordinados. Los dos mozos segaban con gran habilidad, no se dejaban ni un tallo y avanzaban rápidamente. Poulet y Tamisier, aunque no tenían la potencia de los muchachos, también se manejaban con gran soltura, hecho que sorprendió a Aldave, pues ninguno de los dos se dedicaba habitualmente a las faenas del campo. Las mujeres les iban a la zaga formando los manojos. Para atarlos empleaban como cinta uno de los tallos cortados. El médico los iba metiendo en un capazo y, cuando estaba lleno, lo cargaba en el hombro derecho, imitando en lo posible a los campesinos de los bancales vecinos, y lo transportaba hasta el carro. Una vez que este estaba colmado, Poulet lo conducía hasta el pueblo y allí los dos colocaban la carga en un cobertizo a la espera de venderla al día siguiente. Al final de la tarde estaban todos agotados. Habían guardado un buen descanso a la hora de comer, pero el esfuerzo físico de todo el día, el calor sofocante y los insectos habían consumido sus fuerzas. Subieron al carro y a la calesa para regresar a dormir a la abadía de Sénanque. Todo el ambiente estaba impregnado del aroma de la lavanda recién cortada. Estaban muy contentos, pues habían terminado el trabajo antes de lo previsto, sin duda por el buen hacer de los dos mozos contratados.

—También usted ha hecho una gran labor, doctor —observó Poulet—. Tenía que haberse visto en un espejo con qué gracia portaba el capazo al hombro.

Los demás también le felicitaron, entre risas.

—¡No se burlen de mí!

—Al contrario, lo hacía usted muy bien —comentó la hermana Concepción.

—Si usted lo dice... ¡será verdad! —exclamó Galo.

Llegaron al monasterio cuando ya anochecía. Las mujeres se habían dormido dentro del coche. El cielo tenía un color anaranjado intenso, casi como de otro mundo. A Aldave le recordó el colorido de los lienzos del pintor holandés del

sanatorio. «Creemos que sus cuadros son fruto de su locura y, sin embargo, este horizonte es real», pensó. Antes de acostarse, Tamisier les dijo:

—Teníamos previsto segar toda la cosecha en día y medio y la hemos concluido en una sola jornada. Si la vendemos mañana, como es de suponer, podemos adelantar un día nuestro regreso, si a todos les parece bien.

Todos estuvieron de acuerdo, aunque la hermana Anne-Marie no dijo nada. Aldave la miró de refilón y ella, que se dio cuenta, dijo entonces en voz alta:

—Muy bien, en el sanatorio hacemos falta.

Conociéndola, sus palabras contenían un leve viso de decepción.

Al día siguiente, en Gordes continuaba la actividad. Detrás del castillo habían instalado unas tarimas sobre las que se encontraban los compradores de lavanda sentados en sillas detrás de unas mesas, como si fueran despachos improvisados. Casi todos eran perfumistas de la región que acudían de pueblo en pueblo para adquirir la materia prima con la que elaborarían sus fragancias. Aldave escudriñó a ver si estaba el perfumista de Tarascon, amigo de Pauline Murat y «compañero de alquimia», pero no lo divisó. La mayoría provenían de Grasse. Era una suerte que contaran con el astuto capellán. Él se encargó de todo: de buscar al mejor comprador, del regateo, de los papeles... Galo casi andaba mareado del vocerío y de la gente que no paraba de un sitio a otro. El bullicio le recordó las ferias de ganado, a las que acudía de adolescente con su padre, gran aficionado a los caballos: la feria de Rincón de Soto, la de Pamplona... «Solo que olían diferente a esta —pensó—, bastante diferente...». Satisfecho con el trato, Tamisier se acercó al grupo de Saint-Rémy que aguardaba en uno de los bancos de la plaza, a la sombra de dos plátanos, bebiendo limonada. La hermana Anne-Marie había ido a saludar a una de las pocas parientes que le quedaban en Gordes, la misma que se hizo cargo de ella cuando quedó huérfana y la llevó al colegio de Aix-en-Provence. Ahora estaba enferma y la cuidaba una hija.

—Perdonen mi tardanza —explicó al llegar, sofocada por las prisas—, pero he tenido que despedirme de vecinos, amigos... y todo el que me encontraba por el camino.

Comieron en una posada y después partieron hacia la abadía. Los religiosos habían decidido dedicar esa tarde a la oración: Tamisier con los monjes, y las dos monjas juntas en una de sus celdas. Poulet dijo que se iba a echar una gran siesta con el fin de coger fuerzas para el día siguiente. Aldave, al quedarse solo, sacó un libro de un autor desconocido, un tal Leopoldo Alas, que le había mandado su padre a París, se lo puso bajo el brazo y salió a dar un paseo. Algunos monjes estaban amontonando los fajos de lavanda recién segada antes de acudir a rezar vísperas. Tomó un estrecho camino que conducía directamente al bosque y se perdió entre el ramaje y los mosquitos. Como había ascendido por una elevación del terreno, veía la abadía desde lo alto. En cuestión de unas horas había desaparecido el color liláceo que rodeaba el

monasterio y ahora tan solo quedaba el rastrojo verde, como si un barbero hubiera afeitado concienzudamente con su navaja los rectilíneos campos de lavanda. Se sentó en el suelo, apoyado en un enorme pino, rodeado de piñas por todas partes, y comenzó a leer. La historia transcurría en una ciudad ficticia del norte de España y trataba de una mujer joven de «buena posición» casada con un viejo, y de la relación espiritual que establece con su confesor, un influyente hombre de iglesia. Aldave disfrutaba leyéndola porque era un reflejo magnífico del poder del clero en todos los aspectos de la vida en España, así como de la falsa moralidad y la hipocresía de la sociedad. Después de vivir varios años en Francia, Galo ni imaginaba volver algún día a su país a establecerse definitivamente.

Sonó la campana de la abadía que anunciaba el rezo. Se había quedado adormilado. Al despertar, influido como estaba por la lectura de *La regenta*, le vino a la mente Pauline, viuda de un hombre mucho mayor que ella. En realidad seguía sin saber de sus orígenes, de la razón de esa boda con el señor Murat, que le triplicaba la edad, de las circunstancias de su muerte... No quería imaginarla entre los brazos de un viejo, ella que era la juventud, la lozanía, el esplendor... Sintió deseos de volver a verla, de escuchar de nuevo su risa, de sentir una vez más el fogonazo de su mirada, la calidez de sus besos... Por fortuna, al día siguiente podría abrazarla de nuevo. Bajó con paso lento al monasterio sin seguir por el camino, salvando los desniveles con pequeños saltos. Siempre le molestaba sobremanera llevar sucios de barro o de polvo los zapatos, pero en ese momento ni le importó. Después del pequeño descanso se encontraba ágil y ligero. Cuando llegó a la hospedería se encontró con el cochero en la puerta.

—¡Ah, le estaba buscando!

—¿Qué ocurre, François?

—Nada, doctor, solo que la cena se va a servir de aquí a diez minutos.

Entraron los dos y se dirigieron directos al refectorio. Los demás ya estaban sentados a la mesa. Estaban ellos solos. Esta vez la cena consistía en ensalada de hortalizas y asado de buey. La hermana Anne-Marie parecía tranquila.

—Bueno, doctor —dijo el capellán—, ¿cuál es para usted el balance de este viaje?

—Pues... muy satisfactorio, desde luego. He conocido «el pueblo más bonito de Francia» —dijo mirando a la joven religiosa con intención, remarcando sus palabras con una sonrisa— y he participado en la recolección de un producto tan noble como la lavanda. ¡Qué más puedo pedir!

—Esto en París no lo hubiera aprendido —añadió Poulet.

—Eso desde luego, François. Además, me olvido de lo principal..., de la satisfacción de haber convivido con ustedes estos días, lo digo con total sinceridad; para mí ha sido un placer, un viaje que no voy a olvidar nunca, ténganlo por seguro

—dijo con solemnidad.

—¡El año que viene a repetir! —exclamó el capellán levantando su vaso de vino. Poulet lo imitó y después Aldave, quien para sus adentros pensaba «qué será de mí dentro de un año».

El joven monje de Saint-Jean-Pied-de-Port de nuevo les servía. Se acercó a Galo y, en un tono de voz normal, de modo que todos le oyeron, dijo:

—Me olvidé de decirle que ayer entregué al correo su carta, como me encargó.

—¡Ah, sí!, muchas gracias —balbuceó Aldave un tanto azorado al notar que los demás le observaban.

—Aquí uno viene a olvidarse del resto del mundo, doctor —añadió bromeando el capellán.

El español podría haber inventado alguna excusa, pero no se le daba bien mentir. Optó por callar y esperar a que cambiaran de tema, aunque la verdad es que se hizo un silencio que Aldave interpretó como impregnado de Pauline en cada una de las mentes de sus compañeros.

—¿A qué hora es la salida mañana, Poulet? —preguntó Tamisier interrumpiendo la pausa.

—Lo mejor es tener preparado todo para partir después del desayuno, sobre las ocho. Mi intención es parar para almorzar de nuevo en Cavaillon y llegar a Saint-Rémy, si todo va bien, antes de la puesta del sol.

—¿Qué libro es ese, doctor? ¿Está en español? —preguntó Tamisier. Aldave lo había dejado al lado de su plato.

—Es una novela de un autor novel español, apenas conocido. Una gran novela, diría yo, aunque mi padre cuando me lo envió me decía en una carta que en España no ha gustado a todo el mundo. No deja en demasiado buen lugar al clero y eso en mi país... es una herejía. Usted lo debe de saber, hermana —comentó dirigiéndose a la cocinera. Esta, por respuesta, esbozó una mueca.

—Bueno..., a nadie le gusta que le critiquen... —añadió el capellán—, aunque en este país los religiosos estamos acostumbrados a todo...

—¿Sabe una cosa que me llama la atención de Francia? —inquirió Galo—. Siendo como es un país laico, y tras vivir varias revoluciones..., siguen apareciendo nombres de santos por todas partes..., tanto o más que en la católica y apostólica España... Y los ejemplos los tenemos cerca: Saint-Rémy, Saint-Paul, Saint-Jean-Pied-de-Port..., y así innumerables poblaciones, instituciones, museos, hospitales...

—Los franceses somos así de contradictorios, ya ve —respondió el capellán encogiéndose de hombros.

Todos se retiraron a sus habitaciones tras la cena. El médico intentó leer un poco antes de acostarse, pero la lámpara tenía poco petróleo y apenas iluminaba. Como no le apetecía tumbarse todavía salió al exterior a dar un paseo. Un grillo impertinente

no dejaba de gritar a pocos metros de la puerta. Parecía mentira que un ser tan pequeño poseyera una energía tal capaz de producir semejante sonido. Se sentó en el banco que había compartido dos noches antes con la hermana Anne-Marie y volvió a cortar inconscientemente una ramita de ajedrea. Pensó de nuevo en todo lo que ella le había relatado, en el episodio del callejón y de su pregunta inoportuna... El viaje a Gordes había resultado satisfactorio, por supuesto, pero la relación con su ayudante, con la joven religiosa, sin duda había cambiado y no sabía si para bien. Por un lado, se había sentido muy cercano a ella al conocer la infelicidad de su infancia, pero por otro apreciaba un conato de inquietud en su interior que no sabía precisar bien y, lo más importante, no tenía intención de indagar, él, que tanto le gustaba conocerse y hacerse preguntas. Por un momento se arrepintió de haber emprendido este viaje y deseó fervientemente que a la llegada al sanatorio todo volviera a ser como antes de partir..., pero la vida no tiene marcha atrás.

Empezó a refrescar. Al levantarse se dio cuenta de que detrás del banco, oculta tras una madreselva, había una portezuela que, por la situación de esa ala de la abadía, debía de llevar al corredor de la hospedería, en el extremo opuesto de la puerta principal. Para no tener que recorrer todo el camino paralelo a la pared hasta llegar a ella, empujó la portezuela con energía y se abrió sin demasiada dificultad. Como había supuesto, conducía al pasillo de las habitaciones de los hospedados. Con la poca luz de la lámpara apenas distinguía las puertas cercanas y mucho menos el final del corredor. Todas las puertas eran iguales a ambos lados y ninguna estaba numerada. Cuando entraba por la entrada principal tenía que contar hasta llegar a su habitación, pero desde esa nueva dirección y sin apenas luz era complicado orientarse. Comenzó a avanzar recordando que la puerta de su celda tenía una pequeña muesca en la madera en uno de los extremos superiores. Una tras otra iba recorriendo todas levantando la lámpara en busca de la señal. Todo estaba en completo silencio, tan solo oía sus propios pasos y el eco que producían en la estrecha estancia abovedada. Por fin encontró la muesca y abrió. La sorpresa le dejó paralizado: no era esa su habitación. Al fondo, frente a él, alumbrada por la luz de un quinqué, temblorosa pero nítida, la hermana Anne-Marie en forma de una auténtica mujer se estaba desvistiendo. Tenía el pelo rubio, como sus cejas, brillante y ondulado, y una belleza diáfana y etérea como no había contemplado nunca. Llevaba una especie de camisa larga y fina, blanca, con tirantes, que mostraba la hermosura de su cuello, sus hombros y hasta el nacimiento de sus senos, y el cabello, en vez de llevarlo ralo como otras religiosas, le caía con gracia por la frente hasta el mentón, ocultando parcialmente el rostro. Desde donde la contemplaba, enmarcada por el halo de la lámpara, mirándole a él entre el desconcierto y la timidez, semejaba una doncella de un cuadro del Louvre. Galo, sin pensar, quiso retener en su mente esa extraordinaria imagen, casi divina, estremecedoramente humana, cargada de

sensualidad y misterio, convencido de que jamás volvería a verla, de que jamás iba a repetirse. También él estaba ofuscado y, tras unos segundos, cerró la puerta. Permaneció impávido, sin moverse, sugestionado por lo que había visto y por la repercusión que iba a tener este breve episodio en sus vidas. Volvió a su celda con una gran agitación interior. Pensaba que había tardado demasiado en cerrar la puerta, más de lo que hubiera debido, y lo había hecho sin pedir ni una disculpa. Temía también que la joven pudiera suponer premeditación por su parte, oportunismo, malas intenciones... Pero lo que realmente le inquietaba, lo que no le dejaba dormir y hacía desbocar su corazón, una vez tumbado ya en la cama, era el recuerdo de su expresión, su gesto, la naturalidad con que ella le había mirado a pesar de su confusión, la intensidad de esa mirada, sin aspavientos ni boberías, con una gran madurez, como una verdadera mujer mira a un hombre.

CAPÍTULO 20

Los campesinos de Saint-Rémy regresaban a sus casas con los carros a rebosar cuando Aldave y los otros entraban en la localidad. El cielo todavía estaba azul, pero cubriendo a algunas nubes, como si de un pañuelo de seda se tratara; una larga estela rosada embellecía de color la última hora de la tarde. Poulet, con su simpatía habitual, saludaba a todos, bien levantando el brazo, bien emitiendo unos sonidos ininteligibles, la mayoría interjecciones en provenzal que casi ensordecían al español. A mitad de camino habían parado nuevamente en Cavaillon para comer y descansar. El tabernero había invitado a los hombres a una ronda de pastis, la bebida nacional francesa, amarga y anisada a la vez. «¡Buena siesta me voy a echar después de esto!», había exclamado el cochero tras apurar su copa. Durante todo el viaje Galo y la hermana Anne-Marie no habían cruzado ni media palabra. El médico había procurado evitar a la joven y era evidente que ella había hecho lo mismo. Nadie de los demás parecía haberse dado cuenta, ni siquiera el avisado capellán, entre otras cosas porque el médico había acompañado durante todo el trayecto a Poulet en el pescante del carro y las mujeres habían permanecido dentro del coche cubierto. A pesar de la intensidad de lo acaecido la noche anterior, Galo, deliberadamente, evitaba revivirlo sin intentar discernir el porqué de aquella negación, si por respeto a la religiosa o por otras razones que no quería ni pensar...

—¿Va a venir usted con nosotros hasta el sanatorio o lo acerco a casa antes? —preguntó el cochero a Aldave.

Poulet tenía que llevar el carro al Saint Paul, descargar los sobrantes de lavanda que habían traído y después, con el coche pequeño de un caballo que utilizaba para desplazarse, ir a su casa a descansar.

—Déjeme aquí y voy hasta su casa andando. Ya me traerá el bolso cuando venga usted.

El cochero paró la comitiva. El español bajó del carro y se despidió de Tamisier y de las dos religiosas. La hermana Anne-Marie se ruborizó cuando Galo asomó la cabeza por la ventanilla del coche, aunque el médico tan solo la miró un segundo. La cocinera parecía cansada.

—Que descansen. Mañana nos veremos en el sanatorio —dijo.

Como la ausencia de Aldave se reducía a menos de una semana, el doctor Peyron había desestimado contratar a otro médico internista para suplirle y el ayudante del director, el doctor Larroque, aunque solo poseía los conocimientos de medicina interna que había adquirido en los años de carrera, se había quedado al frente de su labor. Galo, cuando Poulet le preguntó sobre su intención de proseguir con ellos en el carro hasta el Saint Paul o no, dudó, pero, sin dar demasiadas oportunidades a su

conciencia, se decidió por la opción que de manera más inmediata le reclamaba su corazón. Durante el viaje a Gordes había pensado intermitentemente en Pauline, la había añorado, pero también la había olvidado, no la había tenido tan presente en su pensamiento, mañana, tarde y noche, como las semanas anteriores, en que era imposible quitársela de la cabeza y de los sentidos. En Saint-Rémy todo le recordaba a ella, el pasillo del sanatorio donde se la presentaron, la barbería desde donde la vio en la calle, el bulevar donde juntos presenciaron el paso de la trashumancia, la carretera de Tarascon, que tantas noches y tantos amaneceres había recorrido exultante... Por eso, al vislumbrar a lo lejos, desde el carro cargado de lavanda, la silueta de esa ciudad que ya sentía como propia, Pauline Murat, su amante, la mujer cautivadora, la que le había inyectado el veneno del amor pasional, había regresado a él tumultuosamente y ya no pensaba en otra cosa que acudir a su regazo cuanto antes. Para que Poulet no se percatara de que cambiaba de dirección o para llevar a cabo lo que necesitaba con más apremio en ese momento, asearse después del largo viaje, fue directo a casa del cochero. Charlotte, su mujer, estaba sentada en la puerta con otras dos muchachas. Bordaban unas telas con muchos colores mientras charlaban animadamente. Un poco más adelante, Claire jugaba con un grupo de niños. Fue la primera que lo vio.

—¡Mamá, es el doctor, es el doctor!

La mujer de Poulet elevó la vista y, al verle, se levantó de la silla. Las otras dos mujeres miraban la escena de reojo, calladas, sin dejar de mover la aguja.

—¿Ya han regresado, doctor? —dijo con alegría.

—Sí, Charlotte, hemos regresado un día antes, después de haber concluido todo el trabajo. François llegará de aquí a un rato. Ha ido al sanatorio a descargar el carro... Si no le importa..., desearía darme un baño... Después tengo una cita, no me esperen a cenar.

—Ahora mismo le preparo el agua, doctor.

La joven se despidió de las vecinas, recogió su labor, la silla y desapareció escaleras arriba. Aldave esperó un rato en la sala que servía de comedor hasta que Charlotte lo llamó para indicarle que el baño estaba listo. Galo quería lavarse pronto, antes de que apareciera Poulet en la casa, porque no quería darle ninguna explicación de adónde iba ni por qué no cenaba allí, aunque suponía que el cochero lo imaginaría.

Cuando salió a la calle ya había oscurecido. La gente se había retirado a sus casas y se oía el tintineo de platos y cucharas en todas las ventanas, abiertas al frescor de la noche. La mujer de Poulet le había dispuesto un plato con peras y ciruelas en la mesa de su habitación y ese simple detalle le había conmovido, le había transmitido el calor de un hogar, la ternura de una mujer... Pensó una vez más en Pauline y deseó tenerla consigo más que nunca, compartir con ella los grandes momentos, pero también los pequeños instantes de la vida diaria, los que nos conmueven de manera inexplicable y

nos conducen placenteramente a la felicidad... Como siempre, atravesó Saint-Rémy en dos zancadas y tomó la carretera de Tarascon hacia la mansión de los Murat. Esa noche iba a presentarse por sorpresa. Con casi absoluta seguridad, la carta que envió a Pauline desde la abadía de Sénanque no había llegado todavía. Ella no le había hablado de ningún viaje pendiente y por eso Aldave ni se había planteado la posibilidad de que no estuviera en su casa esa noche. Por la hora que era, estaría a punto de cenar, quizás acompañada..., pero a Galo esa eventualidad no le importaba en ese momento, estaba dispuesto a compartir la mesa con quien fuera por estar al lado de su amante. Cuando llegó, la verja de la entrada a la propiedad estaba entreabierta, cosa rara a esas horas. En la casa, desde los ventanales del piso bajo que daban a la biblioteca, salía luz; en cambio, los del salón, a la izquierda, estaban a oscuras. Aldave emprendió el camino del jardín que conducía al edificio con cierto reparo, pues Pauline no solía frecuentar la biblioteca y menos a esas horas. Ella, si estaba sola, prefería descansar o leer en sus habitaciones personales del primer piso. Al acercarse, gracias a la iluminación procedente de dentro, pudo ver, en el flanco derecho, donde aguardaban habitualmente los carruajes de los invitados de la familia, el coche más lujoso de Pauline con los dos caballos, como dispuesto para salir. «¿A estas horas?», pensó Aldave. Como no se oía ni se veía a nadie por allí, pensó que, de la misma manera, nadie le había visto entrar a él y dudó en esconderse detrás de cualquier árbol a la espera de observar lo que pudiera ocurrir. Si la viuda aparecía sin más para dirigirse a algún sitio podría salir de su escondrijo como si acabara de llegar, y si se asomaba algún invitado *non grato* para él, siempre tendría tiempo más tarde de fingir que acababa de entrar en la finca. Mientras andaba con estas cavilaciones, antes de que hubiera tomado una determinación, una voz detrás de él le sobresaltó.

—Doctor..., no le esperábamos.

—¡Ah, Henri, qué susto me ha dado! —El mayordomo permanecía impávido frente a él, sin ofrecerle pasar dentro—. Es verdad, me he presentado sin avisar..., pero seguro que a la señora Murat no le importará recibirme..., ¿o es que va a salir? —interrogó al criado señalando el coche.

—No, doctor, el coche está preparado para llevar a una visita de la señora directamente a la estación.

—¡Ah! Tiene una visita... —intervino Galo, como si no lo hubiera sospechado antes.

—Sí, señor. La señora está ocupada con una visita —replicó Henri, subrayando la última frase, queriendo dar a entender que no tenía tiempo para él, lo que irritó al español.

—De acuerdo..., en ese caso... esperaré en el salón... o en las habitaciones de la señora —dijo dirigiéndose con resolución a la puerta de la casa.

El mayordomo entonces se adelantó, abrió la puerta y le permitió el paso. La biblioteca, como temía Aldave, estaba cerrada. Aguzando mucho el oído, podía distinguirse un leve murmullo de una o dos voces, pero sin apreciar el sexo de quien las emitía. No quiso poner en un compromiso al criado y pasó al salón siguiendo su indicación. En el espacio de tiempo que permaneció allí, miles de conjeturas se enredaron en su cabeza: «¿sería el farmacéutico?, ¿uno de los hijos de su marido?, ¿alguien con quien tenía negocios?, ¿un “compañero” de alquimia?, ¿algún pariente?». Unos quince minutos más tarde oyó abrirse la puerta de la biblioteca. Galo se aproximó a la del salón, pero no escuchó nada, ni un suspiro siquiera. Estuvo tentado de abrir y descubrir a la visita misteriosa, pero temió el enfado de Pauline por su desconfianza y también ponerla en evidencia ante una persona que bien pudiera mantener con ella una relación plausible. Se acercó al ventanal más lejano intentando alcanzar una buena perspectiva para distinguir algo del exterior, pero ni la posición ni la oscuridad le ayudaron y finalmente desistió al oír, ahora sí, los pasos de Pauline acercándose.

—¡Qué pronto has regresado, querido! —Pauline entraba sonriente, bellísima, pero con un mínimo matiz en su rostro y en su voz, casi imperceptible, que indicaba, para el que la conocía bien, que estaba algo nerviosa.

—¡Tenía tantas ganas de verte! —Aldave la abrazó dichoso de tenerla de nuevo entre sus brazos, aspirando su inconfundible fragancia de rosas.

—¿Subimos a mi habitación? —Pauline era la seducción hecha mujer. Tomó la mano del español y este se dejó guiar hasta la alcoba.

Esa noche ella llevaba una falda verde esmeralda y una blusa blanca con un volante en el escote que a Galo le gustaba mucho. Antes de subir el primer peldaño de la escalera, el médico miró de refilón la puerta de la biblioteca, semiabierta, pero no dijo nada. Ya sacaría después el tema como quien no quiere la cosa. No deseaba estropear su ansiado reencuentro a solas con Pauline. Desde su posición privilegiada, la difunta señora de Murat, la suegra de Pauline, parecía mirarlos, desde el impresionante cuadro del vestíbulo, con cierta condescendencia. Al llegar a la habitación principal de la viuda, el ventanal que daba a la terraza estaba abierto y a su través oyeron perfectamente unas voces que hablaban alto en el jardín. Pauline permaneció atenta unos instantes.

—¿Tu visita no se ha ido todavía? —preguntó Galo desajustándose el corbatín.

—Sí..., creo que ya se ha ido —respondió cerrando la ventana—. Era uno de los proveedores de nuestra fábrica de tejidos de Nîmes. Ha venido a que le firmara unos papeles para evitarme el desplazamiento hasta allí. Ya está todo solucionado. Ya estoy completamente libre para ti, mi querido y añorado doctor...

El brillo de su mirada y la tersura de su piel lo embelesaron una vez más. Mientras la sujetaba por la cintura iba acariciando con suavidad el volante de su blusa

y después su cuello y sus labios, todo sin dejar de beber con sus ojos los suyos, colmándose de ellos, de la pasión y el deseo intenso que le transmitían. El centro del universo, ese imán alrededor del que todo gravita, estaba entre aquellas cuatro paredes esa noche, y Aldave obviaba el resto de lo divino y de lo humano cuando sentía tan cerca el palpito vital de aquella mujer que en algunos momentos todavía se le mostraba como una desconocida.

—¡Señora!..., ¡señora! —Una criada llamaba a la puerta.

Se arreglaron un poco y Pauline abrió.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué llamas de esa manera?

—Señora, un chico del sanatorio de Saint Paul está abajo y busca al doctor. Dice que se trata de algo urgente.

Galo lo oyó desde dentro y enseguida contestó:

—¡Ahora bajo! ¡Que espere un segundo!

Pauline volvió junto al español, que no podía ocultar su contrariedad, máxime cuando sabía que su deber le exigía haber pasado por el Saint Paul nada más llegar a Saint-Rémy.

—¿Qué puede ocurrir para que vengan a buscarte aquí? ¡No tendrás que irte precisamente ahora, después de estar tantos días sin vernos! —le espetó a Aldave algo irritada, como si todo fuera un capricho del médico.

—Espero que no, Pauline —dijo con suavidad, tomándola de las manos, susurrándole al oído—. Sea lo que sea, intentaré solucionarlo desde aquí, pero tengo que bajar a ver de qué se trata. Debes comprenderlo, llevo unos días sin estar en el sanatorio y ha podido suceder cualquier cosa..., y no será ninguna tontería si han venido hasta aquí a buscarme.

La viuda se desasíó de él y, dándole la espalda, se dirigió al ventanal y lo abrió de nuevo.

—Está bien, baja cuanto antes. Yo te espero aquí, aunque... me temo que vas a tener que irte —vaticinó seria.

—En todo caso, querida, así es mi profesión...; y he de confesarte que antes de venir a tu casa hubiera debido visitar el sanatorio por si me necesitaban tras estos días de ausencia... Sin embargo, mis deseos de verte han debilitado mi obligación como médico —reconoció sereno.

—Pero yo no te he pedido que no cumplieses con tus obligaciones —replicó ella en un tono cortante—. Podrías haber ido al sanatorio primero y después venir aquí..., o incluso mañana... Al fin y al cabo yo no te esperaba hoy. No me responsabilices de nada.

Aldave se sintió herido. Había incumplido con su deber por ella y se lo agradecía de esta forma. Hubiera preferido oír a una amante entregada, satisfecha por el apremio de Galo en verla, comprensiva con sus obligaciones y con sus deseos.

—No te responsabilizo de nada —respondió aparentando aplomo, pero sofocado por dentro—; estoy demasiado enamorado de ti, ese es el quid de la cuestión, nada más.

Ella, entonces, hizo un ademán de acercarse, pero Aldave, sin percatarse, ya había dado media vuelta y había salido de la habitación. La criada le condujo hasta el piso de la calle y le indicó la biblioteca.

—El chico del sanatorio le espera aquí, doctor.

Galo entró. De pie, cerca de la puerta, con una gorra en las manos, esperaba uno de los chicos del Saint Paul que se encargaban de las tareas más sencillas: hacer recados, llevar de aquí para allá bultos, colaborar con los ayudantes en el lavado y sujeción de los enfermos, rellenar las lámparas de petróleo, ayudar al jardinero...

—¿Qué ocurre para venir a buscarme aquí, muchacho? ¿Quién te envía?

—Doctor, me envía el doctor Larroque. Primero he ido a buscarle a casa del cochero, pero su mujer ha dicho que no estaba allí, que seguramente se encontraría en la casa de los señores Murat y por eso he venido aquí. El doctor Larroque me ha dado esta nota para usted.

Mientras el chico le daba las explicaciones, Aldave, como buen forense, oteaba bien toda la habitación buscando algún indicio de la visita que un rato antes estaba allí con Pauline. A simple vista, todo estaba perfectamente colocado, sin objeto alguno fuera del orden habitual de aquella biblioteca, sin ninguna butaca descolocada ni ningún libro fuera de su estante. En la mesa del fondo tampoco se veía ninguna pluma dispuesta descuidadamente tras una firma precipitada, ni ningún tintero abierto..., y hasta la papelerera estaba vacía, sin siquiera un pedazo de papel secante abandonado tras su uso. Sin embargo... un buen forense, como muy bien le había enseñado su maestro el profesor Leroy, debía utilizar los cinco sentidos los 365 días del año, y en este caso es el sentido del olfato el que Galo estaba poniendo a trabajar al percibir un olor peculiar en aquella estancia, sin duda procedente de la misteriosa visita que Pauline había despedido tan solo media hora antes... Lo que más le hacía cavilar era que el aroma en cuestión no le era desconocido, lo había percibido en alguna otra ocasión, pero no recordaba cuándo ni dónde. Estaba claro que se trataba de un perfume de hombre, seco, amaderado..., que se entremezclaba con un olor a tabaco de pipa e, indudablemente, con la fragancia de rosas que utilizaba Pauline. Recordó los seminarios para identificar olores en la Facultad de Medicina de París, en su etapa de formación como forense, y su ineptitud y la de sus compañeros durante las primeras clases. «Todo se aprende, señores, con entrenamiento tendrán las mejores narices de Francia», decía uno de los profesores en medio de la risotada general. Ahora se estaba poniendo a prueba todo aquello. El olor de la biblioteca le resultaba tremendamente familiar y eso para él significaba que había compartido un espacio físico alguna vez con la persona que llevaba ese perfume. «¿Habría mentido

Pauline cuando le dijo que se trataba de un desconocido proveedor?». Esa idea se le incrustó como un dardo en la cabeza.

—Doctor, ¡la nota!

El chico le estaba mostrando un sobre manuscrito con su nombre. Lo abrió.

Estimado compañero, doctor Aldave:

Necesito urgentemente su presencia en el sanatorio. Ha ocurrido un nuevo caso de posible intoxicación, esta vez en el señor Van Gogh, el pintor. Le ruego encarecidamente acuda aquí cuanto antes.

Doctor Larroque

Galo, rápidamente, se volvió hacia la doncella:

—Juliette, por favor, dígame a la señora Murat que debo ir urgentemente al sanatorio.

—¿No cenará aquí, doctor? —preguntó la muchacha.

—No. No cuenten esta noche conmigo. Tendré trabajo hasta muy tarde. Buenas noches, Juliette.

Aldave salió del edificio y el chico detrás. Echó una ojeada por el jardín, sumido ya en completa oscuridad, y no vio ningún carruaje ni oyó ningún caballo, ni siquiera el del Saint Paul.

—¿Has venido andando? —preguntó al chico.

—No, el coche está fuera. Poulet nos espera.

A Aldave le dio un vuelco el corazón. Había venido Poulet hasta allí, pero se había traído a un chico para no entrar él en casa de Pauline. ¿Por qué?, ¿tanto la odiaba?, ¿tanto rechazaba su relación? También le reconcomía su propia irresponsabilidad acudiendo como un animal en celo a casa de los Murat antes de pasar por el sanatorio a velar por sus enfermos. Era ya tarde y, por su falta de escrúpulos, había hecho venir hasta allí al cochero, cansado del viaje desde Gordes, sin tener siquiera tiempo de besar a su mujer y a su hija ni de saborear la fruta que Charlotte seguramente le habría preparado. Se avergonzó de sí mismo cuando llegó al carruaje. Casi sin mirar a Poulet dijo a media voz:

—Buenas noches, François: al sanatorio, por favor.

Y subió al asiento del coche en vez de al pescante, como solía hacer siempre, cediendo ahora ese sitio al chico. Eso le dio un margen de tranquilidad. No habría soportado compartir asiento codo con codo con su entrañable cochero, en medio del silencio de la noche, sin argumentos ni justificación alguna para su proceder... No se cruzaron con nadie en la carretera de Tarascon. Todo estaba en silencio y tanto Poulet como el chico también estaban callados. Durante el trayecto su mente trabajaba al cien por cien pasando de un tema a otro a velocidad vertiginosa. Las palabras de Pauline le habían inquietado. Siempre que salía de su casa sin despedirse

cariñosamente estaba intranquilo. En el fondo de su corazón temía perderla, temía perder su amor y su entrega, el fuego de su mirada y la gracia de su presencia. No habían discutido, pero si la separación de dos amantes ya es un pequeño drama en sí misma, si además no va precedida de una mirada de complicidad o de una caricia..., puede convertirse en algo insoportable. También pensaba en el maldito olor de la biblioteca, perteneciente a un hombre que fumaba en pipa y usaba una potente fragancia que recordaba a la madera cortada. ¿Podría ser el administrador de fincas del príncipe de Mónaco? Galo intentó recordar si fumaba durante la cena de la noche de San Juan. Quizás lo hubiera visto con una pipa cuando entró en la biblioteca y se encontró con el resto de los invitados esperándole allí..., pero, en todo caso, no recordaba ningún perfume de esa clase, tan solo el de las señoras: de rosas el de Pauline, de muguet el de la maestra. El coche tomó el último tramo del camino que conducía al sanatorio. Al frente se divisaba la verja de entrada y una luz de antorcha portada por alguien que sin duda estaba esperándolos. Esto estaba yendo demasiado deprisa. Otro residente enfermo, posiblemente intoxicado. Como fuera, debía dar con la causa de semejante enfermedad. Poulet estacionó el carruaje y Aldave bajó en un brinco.

—François, puede irse a su casa a descansar.

—Pero, doctor, cómo va usted a regresar a Saint-Rémy... ¡Andando a estas horas y con lo oscura que está la noche!

—No se preocupe por mí, François, si soy capaz de encontrar otras casas a oscuras cómo no voy a encontrar la suya, que es mi hogar aquí —contestó convencido. Como el cochero dudaba entre hacerle caso y permanecer allí, el español continuó intentando persuadirle—. Por favor, François, su familia lo está esperando, váyase a casa cuanto antes. Yo no sé a qué hora voy a terminar. Si es necesario, me quedaré aquí a dormir.

Ante la insistencia del médico, Poulet afirmó con la cabeza y enfiló el coche hacia el camino de salida.

—Muy bien, doctor, no quiero discutir con usted. Que pase buena noche. Mañana nos vemos.

El carruaje se alejó y Aldave, junto con el chico y el ayudante que los esperaba, entraron en el Saint Paul. Una lechuza gritó cerca, tal vez la misma que le acompañó la primera noche que pasó oculto en el sanatorio.

CAPÍTULO 21

Las pisadas de los tres hombres, casi al unísono, sonaban amplificadas en el camino de tierra que conducía, una vez dentro del recinto del Saint Paul, desde la verja exterior hasta el edificio principal. Se estaba levantando un poco de viento y los cipreses y los tilos de los parterres comenzaban a bambolearse ligeramente. El ayudante había dicho que Larroque le esperaba en la habitación del enfermo y allí se dirigieron. En el primer piso del ala de los ingresados varones, Vincent van Gogh disponía de dos habitaciones, una de ellas para guardar todo su equipo de pintura y la otra como estancia habitual. Las dos daban a la parte de atrás del sanatorio, al huerto y los campos cultivados, y ese paisaje divisado desde su ventana le había servido de inspiración para muchos de los cuadros que Aldave veía por allí a diario. Todos ellos tenían la misma peculiaridad: eran asombrosamente estrambóticos, pintados con colores estridentes y trazos ondulados, desorganizados, insólitos, tanto que en ocasiones llevaban a mirar hacia otro lado y a pensar cómo la mente humana, aunque sea de un loco, puede albergar semejante visión de la realidad.

El enfermo se encontraba tendido en su cama, con aspecto sudoroso y somnoliento. A su lado, la hermana Anne-Marie estaba abrochándole los botones de la blusa limpia mientras una sirvienta recogía del suelo varias prendas que olían a vómito. El doctor Larroque, al verlo entrar, le tendió efusivamente la mano mientras le estrechaba fuertemente el brazo con la otra.

—¡Gracias a Dios está usted ya aquí, doctor Aldave!

—¿Qué ha ocurrido, Larroque?, ¿cómo está el enfermo?

—Está mal, doctor, acaba de expulsar un vómito oscuro y después ha sufrido un intenso y prolongado ataque de tos que ahora por fin ha cedido..., y ya ve, no responde a estímulos verbales, está casi en estado de coma.

El español se acercó al pintor y le tomó el pulso; era rítmico y potente. Después le pellizcó suavemente la piel sobre las clavículas para comprobar su estado de hidratación y posteriormente le pellizcó con algo más de fuerza los pezones, maniobra habitual para averiguar la profundidad de un estado de coma. Van Gogh emitió un quejido, lo que el médico interpretó como un estado comatoso de moderada intensidad, puesto que respondía ante los estímulos dolorosos.

—¿El vómito semejaba a los posos del café? —preguntó a su compañero mientras le levantaba los párpados al enfermo e inspeccionaba sus pupilas.

—No. Si a lo que usted se refiere es si se trataba de una hemorragia estomacal, no creo, más bien era contenido gástrico alimenticio mezclado con una especie de pasta oscura.

La sirvienta, al oír a los facultativos, les mostró los restos del vómito en la ropa

del enfermo.

—No, no parece una hemorragia de estómago —apostilló Galo—, tiene usted razón. Guardaremos estas ropas por si necesitamos realizar algún análisis.

El enfermo comenzó de nuevo a toser sin apenas abrir los ojos. Entre Larroque y Aldave lo incorporaron un poco. Profería una tos seca, aguda y repetitiva. Por momentos parecía que se iba a quedar sin respiración. Todos estaban en silencio, sobrecogidos por el sufrimiento que le originaba al paciente.

—Hermana —dijo Aldave a la religiosa—, vaya a mi despacho y traiga el estetoscopio.

—Ahora mismo.

La hermana salió rápidamente del cuarto. Galo indicó al ayudante que le relevara en la tarea de incorporar un poco al paciente en la cama y comenzó a escrutar toda la habitación ayudado por la lámpara que portaba el chico. De una de las paredes colgaba un grabado de la *Pietà* de Delacroix. El médico iluminó alternativamente el cuadro y el rostro del enfermo y, sorprendentemente, el Cristo difunto y el señor Van Gogh parecían la misma persona, tal era el estado en el que se encontraba.

—Larroque, ¿tiene alguna idea sobre el origen de esto?

—No, doctor Aldave —contestó el psiquiatra—. Lo han encontrado así cuando han pasado revista a las habitaciones después de la cena. El señor Van Gogh hoy no había bajado a cenar, diciendo que estaba desganado, pero esta tarde ha merendado con todos y, aunque más decaído que en los últimos días, su aspecto era normal. Yo mismo lo he visto.

—¿Ha tomado bien toda la medicación pautada por ustedes?

—En este momento el único tratamiento que tenía prescrito eran dos dosis diarias de hidrato de cloral, que se las ha administrado la hermana que sustituía a la hermana Anne-Marie y ella misma ha asegurado que las ha tomado correctamente.

El enfermo continuaba con su acceso de tos, lo que originaba un cierto nerviosismo entre los presentes. Una hoja de la ventana estaba abierta y el viento de la calle, que estaba envalentonándose, comenzaba a moverla y a hacerla chirriar. El chico que había ido a buscar a Galo no sabía si cerrarla o no y miraba dubitativamente a los médicos, sin atreverse a interrumpir su conversación para consultarles qué hacer. Al ruido de los goznes se unía el del cortinaje bailando al son de la corriente.

—¿Por qué cree que esto se debe a una intoxicación, doctor Larroque? —preguntó Galo.

—Hace unas horas se encontraba perfectamente, no tiene fiebre, no ha tenido síntomas catarrales... Dígame usted qué puede ser, si no.

Aldave no contestó. Había encontrado un objeto bajo la mesilla de noche.

—¿Alguien sabe qué es esto?

El español estaba mostrando con la mano en alto una especie de pequeña garrafa de cristal con un líquido oscuro y denso en su interior.

—¡Dios mío! —exclamó el chico—, ¡es el petróleo de las lámparas! ¡Dios mío! Cogió el recipiente de manos del médico sin dar crédito a lo que veía.

—¿De dónde demonios lo habrá sacado? —manifestó extrañado.

Galo volvió a coger la garrafa, retiró el tapón de corcho y aspiró el inconfundible aroma del petróleo.

—¿Quién se encarga de guardar y reponer el petróleo de las lámparas? —preguntó al chico.

—Yo mismo, doctor. Se guarda bajo llave en un pequeño almacén contiguo al almacén general y yo me encargo de llenar todos los días las lámparas después de la comida de mediodía para que estén listas para la noche.

—En ese caso... tú debes buscar la respuesta...

El chico, que tenía cara de espabilado, instintivamente se llevó la mano a un bolsillo de su chaleco.

—¡Diantres, la llave!, ¡me la han robado!, ¡la llave del almacén!

En ese momento entró la hermana Anne-Marie con el estetoscopio del médico. El enfermo estaba algo más aliviado de la tos. Lo reconoció Aldave mientras Larroque y el ayudante seguían sujetándolo.

—Sí —afirmó, ofreciendo el aparato a su compañero para que pudiera él también auscultarlo—, tiene estertores finos basales en los dos campos pulmonares, sin duda por una aspiración de petróleo a la vía aérea durante el vómito. Ahora es de una importancia vital que no vomite más.

—Pero ¿cómo vamos entonces a combatir el tóxico? ¿No sería mejor hacerlo vomitar con jarabe de ipecacuana para que lo eliminara antes de que pase al intestino? ¿O prefiere que le practiquemos un lavado de estómago?

—Ninguna de las dos cosas, Larroque. Ahora que tenemos claro cuál ha sido el origen del mal, de la intoxicación, como usted muy bien supuso, no podemos eliminarlo por la boca como cualquier otro tóxico porque al sacar el petróleo por vía oral podríamos producir otra vez una erosión de las mucosas al pasar de nuevo por el esófago y, sobre todo, originarle una pulmonía por aspiración todavía mayor de la que ya tiene, lo que le produciría la muerte irremediamente.

—¿Entonces?

—Entonces, debemos impedir que vuelva a vomitar y, si lo conseguimos, la naturaleza tendrá la última palabra. Es muy improbable que haya ingerido una gran cantidad de petróleo por dos razones: la primera es que la garrafa está bastante llena, y la segunda es que por las características organolépticas del producto es muy difícil tragar una gran cantidad de él.

Aldave se dio cuenta de la expresión de ignorancia del chico y del ayudante.

—Me refiero —explicó— a que tanto la densidad como el sabor y el olor del petróleo hacen tremendamente difícil que alguien, aunque esté muy mentalizado para ello, pueda ingerir una cantidad mortal.

Tras las palabras de Aldave todos se tranquilizaron un poco; además, el pintor había dejado de toser y descansaba.

—¿El farmacéutico no estará a estas horas en el sanatorio, verdad? —preguntó Galo.

—No creo —respondió la hermana—, se va a media tarde. Además, al pasar delante de la farmacia no he visto luz alguna, pero si lo necesita pueden ir a buscarlo a su casa —dijo señalando al chico, que permanecía cariacontecido tras el hallazgo de la garrafa de petróleo y la desaparición de la llave.

—No, no —respondió inmediatamente el español, sin intención alguna de encontrarse con Clermont—. Si me buscan la llave de la farmacia, yo mismo encontraré por allí algún antiemético.

Por supuesto, Aldave recordaba que tenía en su poder la llave maestra con la que abría todas las puertas del sanatorio, pero no quería ponerlo en evidencia delante de todos. Larroque guardaba una en su despacho, en previsión de que surgiera alguna urgencia como la de esa noche.

—Muy bien, Larroque. Lo mejor será que me la traiga aquí; mientras tanto velaré yo al enfermo. Después cambiamos los papeles y voy yo a la farmacia.

Al salir el psiquiatra, Galo indicó con la cabeza al ayudante y este cerró la ventana, por la que ya entraba bastante corriente.

—Es el mistral, doctor —indicó el ayudante—. El viento endiablado de la Provenza. Nunca trae nada bueno. Ya ve, pobre hombre —añadió señalando a Van Gogh, como si el viento fuera responsable de su desgracia.

No transcurrieron ni diez minutos cuando Larroque ya estaba allí con la llave en la mano. Aldave organizó todo.

—Tal vez necesite ayuda en la farmacia, ¿podría venir usted conmigo, hermana?

—Por supuesto, doctor.

—Usted, Larroque, quédese aquí con el enfermo hasta que vengamos, y usted —dijo dirigiéndose al ayudante— acompañe para incorporar de nuevo al señor Van Gogh si lo precisa. Tú, chico, será mejor que vayas al cuarto donde guardáis el petróleo a ver si la puerta está cerrada, como exigen los reglamentos, y mira bien por todas partes por si encuentras la llave. Y usted —ordenó a la sirvienta—, por mi parte, puede retirarse.

La mujer se agachó para llevarse la indumentaria sucia del enfermo que todavía estaba abandonada en un rincón.

—¡No, deje todo ahí! Cuando vuelva quiero examinar detenidamente toda la ropa. No se preocupe, yo mismo la llevaré al lavadero una vez haya terminado.

La mujer obedeció. Salieron todos menos Larroque y el ayudante, como había indicado Galo.

—Yo, doctor... —gimoteaba el chico mientras bajaban los dos tramos de escaleras—, siento mucho lo que ha pasado... Espero que se cure el señor pintor..., pobre de mí si no se cura..., seguro que me echan del sanatorio.

—No te preocupes por eso —le animó la religiosa con dulzura—, todos sabemos que tú no has tenido ninguna culpa. Seguramente te habrá robado la llave en un descuido. Ahora, vete a ver el almacén, como te ha ordenado el doctor.

Aunque era ya muy tarde, se seguían oyendo voces en el ala de las habitaciones de las mujeres que sugerían que alguna de ellas estaba agitada e intentaban contenerla. Aldave recordó la frase del ayudante sobre el mistral, el viento turbulento de la Provenza, «sí, el mistral está animando la noche», pensó. Cuando llegaron a la farmacia, el español abrió la puerta con facilidad y se dirigió directamente al estante donde se guardaban los principios activos más comunes. Antes, iluminó cuanto pudo la habitación con la lámpara para obtener una panorámica general, y enseguida observó algo que le llamó la atención. A ambos lados del ventanal situado al fondo estaban dispuestas dos estanterías idénticas repletas de libros científicos. Recordaba con nitidez que la noche que entró allí a indagar sobre el farmacéutico todos ellos estaban perfectamente colocados, sin que sobresaliera ni un ápice de un lomo. Sin embargo, ahora un libro distorsionaba ese orden, estaba puesto en la fila más alta, tumbado sobre los demás, como abandonado allí precipitadamente y luego olvidado... Los anaqueles estaban cerrados con llave. Sin pensarlo dos veces, Aldave sacó la ganzúa que guardaba siempre consigo junto a la llave maestra del prefecto y abrió sin dificultad. Se encaramó un poco hasta alcanzar el libro y, cuando lo tuvo en la mano, un escalofrío le recorrió de arriba abajo: trataba de los indios del Amazonas y de las técnicas de caza que utilizaban, sobre todo de las cerbatanas y el curare. Ahora ya no quedaba ni el mínimo ápice de duda: el farmacéutico había sido su agresor la noche en que le lanzaron los dardos envenenados. En décimas de segundo pasó ante él toda la escena del ataque, parapetado el farmacéutico por el silencio y la oscuridad. Si llega a acertar en la diana, tan solo un milagro le habría salvado de una muerte segura. Pero ahora no podía dedicar ni un minuto más de tiempo a ese asunto. Un hombre yacía grave intoxicado por petróleo y su obligación era socorrerlo y salvarle la vida. Volvió a colocar el libro en su sitio y cerró. La hermana Anne-Marie estaba esperando en completo silencio. Sin perder más tiempo, Galo revisó los frascos de las medicinas y cogió uno de color ámbar etiquetado como *Tintura de Echinacea purpurea* y otro con esencia de eucalipto.

—Esto nos podrá servir, vamos, hermana.

Mientras volvían a la habitación del enfermo, Aldave se sintió de pronto cansado y cayó en la cuenta de que también la religiosa debía de estar agotada tras el largo

viaje y el inesperado enfermar del pintor holandés.

—Hermana, gracias por todo, pero ahora debe irse a descansar.

Mientras le decía estas palabras al pie de la escalera, alumbrados por la luz cada vez más débil de la lámpara, Galo sintió una cierta turbación al percibir que de nuevo se encontraban a solas rodeados de la oscuridad y el silencio. Recordando lo sucedido la noche anterior en la abadía de Sénanque, a punto estuvo de disculparse ante la joven, pero una fuerza interna lo retuvo. Solo le dijo, con cariño, a media voz:

—Hágame caso, hemos tenido un día muy complicado y debe dormir. El sueño es el mejor bálsamo y el más poderoso reconstituyente. Váyase a la cama, mañana tenemos mucho que hacer.

La hermana, tras unos segundos de indecisión, consintió con la cabeza.

—De acuerdo, es verdad que estoy muy cansada. A primera hora me acercaré a la habitación del señor Van Gogh. Confiemos en que el Señor lo sane pronto.

La enferma que gritaba minutos antes ahora ya no se oía. Galo regresó al cuarto del enfermo, que volvía a toser.

—¿Ha encontrado algo, doctor? —preguntó Larroque.

—Sí, tintura de equinácea, un antiemético.

—¿Y algo para la tos..., codeína por ejemplo?

—He traído jarabe de eucalipto, que le aliviará la tos. La codeína puede producirle molestias estomacales e inducirle el vómito, por lo que no nos interesa.

Le administraron los preparados, que a duras penas tragó. Después acordaron turnarse lo que quedaba de noche. Como Galo quería hablar a solas con Larroque, mandó al ayudante a echar un vistazo al resto de los ingresados, lo que habitualmente hacía cuando tenía guardia.

—Tenía muchas ganas de que nos quedáramos solos, doctor Aldave —reconoció Larroque—. ¿Usted cree que este es un caso similar a los demás?

—En absoluto, doctor Larroque, estoy convencido de que lo que le ha ocurrido al señor Van Gogh es un hecho aislado, provocado por él mismo, y que no tiene relación alguna con los demás.

—Sí, eso es lo que parece.

—Hemos encontrado el tóxico, y esto puede llevar a pensar: ¿el resto de los enfermos puede estar intoxicado también con petróleo?... La respuesta, al menos la mía en este momento, es no. Si el petróleo fuera la causa del enfermar de los ingresados, en los cuerpos autopsiados se hubieran hallado en el estómago restos de sustancia similares a los que ha vomitado el señor Van Gogh, y también los pulmones estarían afectados, como lo están en este momento los de este hombre. Sin embargo, en ninguna de las dos autopsias encontré nada relacionado con el petróleo.

Mientras Galo hablaba, iba observando detenidamente toda la ropa que le habían retirado al enfermo, incluidas las sábanas.

—¡*Voilà!* —exclamó—, ¡aquí está la llave!

En un bolsillo interno del pantalón había descubierto una llave de la que pendía un pequeño letrero: Almacén 2.

—¡Le robó al chico la llave en un descuido! —dijo Larroque.

Cuando regresó el ayudante, como el enfermo estaba más tranquilo, decidieron retirarse a descansar los dos médicos, cada uno a su despacho. Galo se acostó directamente en la camilla de la sala de exploraciones, sin sábanas, ni manta, ni almohada, anhelando tan solo una superficie horizontal donde reposar un rato. A los dos segundos ya estaba dormido. Multitud de sueños se sucedían a velocidad vertiginosa en su mente: Pauline, Gordes, Poulet, la cocinera, Van Gogh delirando, la hermana Anne-Marie semidesnuda... La luz del amanecer lo despertó. Estaba completamente vestido, ni siquiera se había quitado los botines de lo cansado que estaba. Se sentó en la camilla con los pies colgando, sudoroso, con el corazón acelerado, todavía alterado por el brusco despertar. Recordaba vívidamente el último sueño que había tenido. Él era ciego. Estaba casado con Pauline y sospechaba que ella le engañaba. Esa tarde había bajado a la biblioteca pensando que estaba vacía, pero presintió la presencia de Pauline con un hombre, por sus perfumes y su respiración acelerada. Aunque los llamó, no le contestaron. Entonces comenzó a recorrer palmo a palmo la estancia abriéndose camino entre los muebles con su bastón de invidente, rabioso de sufrir una traición en su propia casa, percibiendo el roce de la falda de Pauline y sus risas entrecortadas... Cuando despertó, cayó de repente, ya sabía quién era la visita que había recibido Pauline Murat horas antes, el fumador de pipa que se perfumaba con una fragancia que recordaba a la madera recién cortada... Recordó de pronto con absoluta nitidez dónde había percibido ese aroma tres meses atrás cuando todavía no conocía a Pauline ni había pisado Saint-Rémy, ni la Provenza... Lo había aspirado en un lujoso despacho del centro de Marsella, en el despacho de Cabasset, el poderoso prefecto del Departamento de Bouches-du-Rhône.

CAPÍTULO 22

Cabasset, Cabasset..., un nombre que se repetía sin cesar en su interior. ¿Por qué? ¿Qué relación le unía a Pauline? ¿Por qué ella mintió diciéndole que se trataba de un proveedor? ¿Qué pintaba él mismo en todo aquello?... Por primera vez desde que comenzara toda aquella historia, se sintió como un títere al que lo visten, lo colocan sobre un escenario y lo hacen danzar, pero no acertaba a alcanzar a qué manos iban a parar los hilos que lo manejaban, ni las intenciones que perseguían ni, por supuesto, el desenlace que preveían los manipuladores. ¿Y quiénes eran estos? ¿Quién había planeado todo y lo había situado a él en el centro de una... quizás conspiración? ¿Cabasset? ¿El director Peyron? ¿La misma Pauline? Por supuesto, quedaba descartado su maestro, el profesor Leroy, cuñado del prefecto Cabasset. Conforme pasaban las horas, una idea se afianzaba en su mente: esa misma noche tenía que descubrir el enigma, al menos en lo que se refería a Pauline. No podía dejar pasar ni un día más sin averiguar quién era en realidad, qué ocultaba tras su apariencia de joven viuda, y esto le obligaba a acudir de nuevo a su casa y no salir de allí hasta que todo quedara aclarado.

Afortunadamente, el señor Van Gogh mejoró algo, recobró totalmente la conciencia y reconoció el intento de acabar con su vida bebiendo el petróleo que previamente había robado en el almacén. Todos intentaron ayudarle en su desconsuelo, pues su sufrimiento era mayor por el estado de ánimo en que se encontraba que por las consecuencias físicas del veneno. Pensaba sobre todo en la persona que más quería en este mundo, su hermano Théo, y rogó a los médicos que no le comunicasen el incidente para evitarle un padecimiento añadido a la preocupación constante que tenía por Vincent. La hermana Anne-Marie era la persona del sanatorio con la que el pintor tenía más confianza y ella se quedó cuidándole. Al mediodía, el doctor Larroque apareció en el despacho de Aldave.

—Doctor Aldave, acaba de llegar una carta de París a su nombre. La remiten desde la Facultad de Medicina. Seguramente será el resultado de los análisis que solicitó.

Efectivamente, el equipo del laboratorio de la Facultad había analizado las muestras de la última autopsia y determinaba que no se había encontrado ninguna sustancia tóxica en ellas. Respecto al líquido enviado procedente de un recipiente de la farmacia del sanatorio, se trataba de curare, como muy bien había supuesto Galo. «Estoy como al principio. Esto es desesperante —pensó—. De nuevo sin evidencias sobre el tóxico que envenena en el Saint Paul. Me rindo». Pero antes de rendirse, tenía que poner las cartas boca arriba, al menos las que concernían a la mujer que todavía era su amante y a la que se había entregado incondicionalmente. Estaba

inquieto, desazonado, casi rabioso, como en el sueño en el que Pauline era su mujer y lo engañaba. No podía olvidarse del prefecto y era incapaz de elaborar una conexión congruente entre Pauline, Cabasset y él mismo. Le acudían a la cabeza múltiples hipótesis, como que los otros dos eran amantes, pero en ese caso no lograba establecer su propio papel en medio de toda la historia. Rememoraba a Pauline, sus momentos de maravillosa intimidad, y le parecía imposible que una mujer pudiera fingir aquella ternura, aquella pasión, aquel amor de una forma tan convincente. Otra posibilidad, nada desdeñable, era que Cabasset y la viuda Murat tuvieran negocios juntos y, como ella afirmó, fuera él proveedor de algún artículo para las fábricas de la familia, pero, en ese caso, ¿por qué no le dijo claramente el nombre de la «visita» con la que se había entrevistado en la biblioteca, tratándose, además, de un hombre tan influyente?... O tal vez por eso, por tratarse de una personalidad importante, preferían no mencionar nombres, porque verdaderamente Pauline desconocía la relación entre el prefecto y él... ¿O no?

Con determinación, le envió una breve nota para comunicarle que esa misma tarde acudiría a su casa para cenar y se quedaría a pasar la noche. Al escribirla no pudo evitar sentir un escalofrío. Pensaba en lo que podría encontrar allí y en su propia situación después...

La barbería era uno de los lugares de Saint-Rémy que le gustaba frecuentar. Desde el primer día que entró, había establecido una relación cordial con su dueño, que nunca preguntaba sobre asuntos personales, pero con quien todo el mundo se desahogaba contándole sus alegrías y sus penalidades. Galo no era de esos, pero le entretenía oír a los paisanos arreglar el mundo a su manera mientras les enjabonaban la barba porque le recordaba, a pesar de la distancia, la cháchara que se montaba en la barbería de Tudela cuando él era un mozalbete y tenía que aprender bastante de la vida. Lo mismo se hablaba de mujeres que del tiempo, de política o del último afilador que había aparecido por la localidad. Cuando llegó esa tarde, no había ningún cliente y enseguida comenzó a enjabonarle el oficial primero de la barbería. Hablaban del tiempo, de lo que había empeorado de un día para otro y de la llegada del mistral. Se oyó la puerta y entró un cliente. Nada más oír «Buenas tardes», a Galo le pareció reconocer la voz y se puso en guardia.

—¡Ah, es el doctor Aldave! ¡Cuánto tiempo sin saber de usted!

El perfumista de Tarascon, amigo de Pauline, le tendía la mano mostrando su sonrisa de hombre interesado. Se sentó al lado del español. El dueño se apresuró a atenderlo.

—Hace mucho que no le veía, doctor, ¿cómo va todo?

El médico solo pudo responder con una pequeña afirmación de cabeza, porque el barbero estaba acercándole la hoja de la navaja.

—La otra noche le echamos de menos en casa de los Murat. ¿Recuerda la cena

que compartimos hace no mucho tiempo? Pues repetimos otra parecida, pero con la diferencia de que después nos pusimos manos a la obra..., ya sabe..., la señora Murat había adquirido nuevos... «ingredientes» —dijo subrayando la palabra— para poder «cocinar» —en el mismo tono— las «recetas» que llevamos entre manos. Estamos muy cerca de elaborar el magnífico «postre» del que le hablamos. Todavía estamos esperando que usted se anime a colaborar con nuestro grupo.

Afortunadamente, Aldave no se encontraba en disposición física de contestar porque ni siquiera había querido procesar una respuesta. Estaba claro que todavía se reunían para practicar la alquimia y Pauline había aprovechado su ausencia de Saint-Rémy para citarlos. La sola presencia allí del perfumista y la mención de que frecuentaba la casa de Pauline le calentaban la sangre, y hasta la entonación de su voz, aflautada y tendente a alargar las palabras finales de cada frase, le irritaban. Intercambió únicamente con él cuatro palabras de cortesía y partió sin perder un minuto hacia su ineludible destino esa tarde: la casa de los Murat. Al pasar por la rue Carnot divisó a la mujer que vendía flores y le encargó un ramo, esta vez de rosas amarillas.

—Hoy lo llevaré yo mismo, señora.

Al final de esa calle, un hombre se ganaba la vida alquilando carruajes y transportando él mismo a pasajeros a pequeñas distancias. No lo había premeditado, pero al pasar por allí y sin pensarlo dos veces alquiló una calesa para conducirla él mismo. Llegaría antes a casa de Pauline y, en caso de necesitarlo, saldría de allí también más rápidamente. El primero en extrañarse fue Henri, el mayordomo, pues era la primera vez que lo veía conducir un coche. Lo acomodó en la zona reservada a las cabalgaduras de los invitados y le ofreció entrar. La mesa estaba ya dispuesta y la cena a punto de servirse. Pauline parecía haber olvidado la frialdad de la noche anterior y estaba como siempre, radiante y afectuosa. A Aldave no le quedaba otra que fingir normalidad, pero en su fuero interno algo bullía.

—¡Qué contenta estoy de que te quedes a pasar la noche!

Cenaron donde a ella tanto le gustaba, en la terraza de su habitación, sobre los jardines perfumados de nardos, alumbrados por dos velones que habían ido consumiéndose con el paso de las noches, envueltos por el misterioso velo del firmamento estrellado. El mistral había amainado y solo se oían los grillos y las lechuzas. Aun en la oscuridad, Galo contemplaba la magnífica higuera bajo la cual habían conversado tantas noches y se habían besado en silencio arropados por su frondosidad.

—¿Bajamos a pasear al jardín? —propuso ella cuando finalizaron la cena.

Recorrieron de la mano, pausadamente, la parte de la finca más cercana a la mansión. Galo intentaba guardar para sí las imágenes, los sonidos y olores que iba captando en esa casa una vez más, temiendo que se convirtiera en la última. Esa idea

le perseguía desde que cruzó con la calesa la verja de entrada, y hubiera dado todo lo que poseía por poder lanzarla al vacío, por atestiguar que Pauline le amaba realmente y él no era una víctima de una confabulación o de algo parecido.

Volvieron al interior y se acostaron. Galo esperaba que Pauline depositara la sortija de la esmeralda en una bandeja donde dejaba todas sus joyas, pero no lo hizo, no se la quitó del dedo y, por supuesto, él no dijo nada. El español lo tenía todo planeado, pero tenía que actuar con cautela. Al poco de que ella se durmiera, encendió una lámpara y la colocó en una mesa auxiliar para que la luz le permitiera ver sin deslumbrar a Pauline y despertarla. El primer paso, la obtención de la llave oculta en la sortija, ya se había complicado. Tenía que conseguir abrirla sin sacarla del dedo de Pauline y, desde luego, sin que ella se diera cuenta. En ese momento tenía la mano fuera de la sábana. Galo se tumbó de nuevo fingiendo estar dormido y tentó la mano de su amante acariciando el anillo, como si lo hiciera en sueños. Con el contacto, ella cambió de postura y trasladó la mano un poco más lejos. Aldave volvió a intentarlo sin rozarla demasiado. Con la táctica de acariciar la sortija pudo delimitar los engarces y percibir un pequeño saliente en uno de los vértices en los que asentaba la esmeralda. Al presionarlo, la piedra preciosa se levantó como la portada de un libro y Galo, incorporándose, vio una minúscula llave en el interior de un receptáculo de oro. Era muy difícil alcanzarla con sus dedos de hombre, no le quedaba otro remedio que rotar la mano de Pauline para que, por la fuerza de la gravedad, cayera su contenido. Delicadamente lo hizo y la llave cayó sobre la sábana. Aldave volvió a colocar la esmeralda en su sitio y respiró tranquilo. La primera parte de su plan había sido un éxito. Pero solo se trataba del principio. Cogió la llave y se dirigió sin más preámbulos al mueble antiguo. Sin mirar, para estimular más el sentido del tacto, fue tentando la madera hasta que encontró el pequeño agujero que ya había descubierto semanas atrás cuando Pauline sacó de allí la llave del sótano. Introdujo la llavecilla y volvió a escuchar unos sonidos encadenados que indicaban que algo se había abierto. Efectivamente, como por arte de magia, habían surgido múltiples manecillas de la madera para que, simplemente tirando de ellas, pudieran extraerse los cajones. Fue abriéndolos uno por uno. Algunos estaban vacíos, pero otros, la mayoría, contenían cajas con joyas, documentos y, el más alto, una llave de buen tamaño que estaba señalada con un signo. Aldave acercó la lámpara: «s». La depositó encima del mueble, junto a la bandeja de las alhajas que Pauline se había quitado, y comenzó a sacar los documentos. Iba leyendo rápidamente de qué trataban, la mayoría títulos de propiedad que no le interesaban, pero enseguida encontró lo que andaba buscando: pliegos testamentarios y cartas. Bajó la potencia de la lámpara y se vistió rápidamente. Tomó la llave, el fajo de pliegos y salió sigilosamente de la habitación. Pauline seguía durmiendo, ajena a todo.

Aldave conocía perfectamente el camino hacia el sótano. En una ocasión, la viuda

Murat se lo había indicado, añadiendo: «cualquier día te enseño lo que tengo dentro, no te lo esperas». Ahora iba a verlo él solo. Bajó por la escalera, que estaba en completo silencio. Los sirvientes dormían en la última planta y sabía perfectamente que ninguno permanecía despierto vigilando la finca. Atravesó la cocina, un pequeño pasillo donde se encontraba la gran despensa de la mansión y por fin, tras bajar un pequeño tramo de escaleras, llegó a la puerta cerrada siempre con llave. La abrió sin dificultad, encendió una lámpara que descansaba en un soporte de la pared, para así tener más iluminación, y cerró por dentro, con el fin de evitar la sospecha de alguien que pudiera merodear por allí. La estancia no era demasiado grande y estaba repleta de botellas, decenas, cientos, quizá mil o más, casi todas cubiertas de polvo, colocadas ordenadamente en hileras de estructuras de madera donde se disponían como dos vertientes de un tejado. También las paredes estaban forradas de estanterías con botellas etiquetadas. Giró sobre sí y recorrió el cuarto buscando algo más que justificase tanto misterio. Examinando detenidamente todos los estantes, se percató de que un fragmento de madera estaba más limpio, casi libre de polvo y telarañas. Tiró de él y el anaquel se deslizó, abriéndose y dando paso a una puerta cerrada. La llave de la puerta del sótano no servía. Debía de andar cerca de allí la que la abriera, pues en los cajones de Pauline no había ninguna otra. Echó un vistazo rápido y, como no vio nada, sacó su ganzúa y en pocos minutos logró su objetivo.

Casi no podía creer lo que estaba contemplando. Delante de sus ojos, una enorme sala de paredes lujosamente enteladas, de las que colgaban multitud de cuadros, todos ellos con la figura de Nostradamus representada por diversos artistas o con la de discípulos suyos practicando la alquimia. En el centro de la estancia, una enorme mesa rectangular de caoba, con las patas extraordinariamente cinceladas y el tablero compuesto por cientos de piezas de maderas nobles dispuestas con maestría formando dibujos geométricos. Sobre ella, todos los instrumentos y artilugios necesarios para la práctica de la alquimia: matraces, pipetas, morteros, un reloj de arena, un alambique... y hasta una calavera. En un extremo del cuarto, un horno, y en una de las paredes, una estantería con frascos etiquetados que, en teoría, contenían diversas sustancias, desde metales hasta hierbas medicinales...

Hasta ese momento, Aldave había puesto en tela de juicio las «prácticas alquimistas» de Pauline y sus amigos. Pensaba que se trataba de un juego de intenciones, de mera palabrería alrededor de una mesa, pero al ver aquello comprendió que había estado equivocado, que allí «hacían cosas» aunque, por supuesto, ni la piedra filosofal ni *la píldora rosa*. Le vino a la cabeza su odiado farmacéutico Clermont. Por su profesión, él sí podía elaborar sustancias con aquellos utensilios y de manera subrepticia..., quién sabe si el veneno que hacía enfermar y mataba a los pobres pacientes del Saint Paul... Pero ahora Galo no disponía de tiempo ni de capacidad para llevarse de allí muestras que, una vez analizadas,

pudieran dar luz en aquel caso tan extraño. Antes del amanecer debía acabar con la tarea que se había autoencomendado y que era, ni más ni menos, desenmascarar a su amante, si es que el rostro que le mostraba no era el auténtico.

Hizo un hueco en la mesa, colocó una lámpara y, al lado, los papeles de Pauline. Primero, una copia del propio testamento de la viuda, quien dejaba todos sus bienes a sus hermanos, residentes en Mas-Blanc-des-Alpilles. Después, el testamento del señor Murat, extenso y complejo. Galo lo leyó detenidamente, punto por punto y sin saltarse siquiera las disposiciones adicionales. En resumen, legaba una tercera parte de sus bienes a sus dos hijos, residentes en Nîmes, y las dos terceras partes restantes a su esposa Pauline en usufructo hasta su muerte, momento en el cual todo pasaría a manos de los hijos o sus herederos. Mientras tanto, ella podía disponer de su parte a su antojo: tomar decisiones en los negocios, recibir, por supuesto, sus ganancias y las rentas de sus propiedades, disfrutar por entero de la casa y de toda la finca de Saint-Rémy..., con una única excepción: si se volvía a casar o tenía un hijo de otro hombre, lo perdía todo. No decía nada referente al sanatorio de Saint Paul ni a una posible dádiva otorgada por la familia.

Aldave se sorprendió de que entre los papeles apareciera la copia de un tercer testamento a nombre de Michel Murat, el hermano del marido de Pauline, el que, según ella contó, enloqueció de repente, sanó gracias a la atención del doctor Peyron en el Saint Paul y murió accidentalmente en una cacería. Su redacción era clara: dejaba todos sus bienes a su único hermano, el marido de Pauline, con una obligación añadida: este debería donar anualmente una cuantiosa cantidad de dinero al sanatorio de Saint Paul en agradecimiento a los cuidados que había recibido, por lo que el montante líquido de los bancos y sus intereses debería conservarlo para tal fin. A la muerte del hermano, sus negocios e inmuebles pasarían a los herederos que obtuvieran menor proporción de la herencia y el dinero del banco iría a parar al heredero principal, obligándole a salvaguardarlo para continuar indefinidamente con la donación al Saint Paul. Quedaría eximido de esta carga y, por lo tanto, podría disfrutar del capital en el momento en que se cerrara el Saint Paul por cualquier circunstancia.

Galo se quedó atónito. No era esa la versión que le había contado Pauline. Ella le dijo que otorgaba la limosna al sanatorio por voluntad propia, pero que no tenía ninguna obligación contractual con el Saint Paul tras la muerte de su marido; incluso le confesó, y él la creyó, que prefería verse en la ruina antes que no entregar su donativo. Le había mentado. El dinero del cuñado, el reservado para el Saint Paul, era su única fortuna en caso de un hipotético matrimonio, pero para disfrutar de él el sanatorio no debía existir, debía cerrar «por cualquier circunstancia». Como el prisionero al que tapan los ojos con un pañuelo para llevarlo a un lugar lejano y después se lo retiran y ve la luz del sol tras días de oscuridad y desorientación,

Aldave comenzó a vislumbrar una realidad que hasta entonces había permanecido neciamente velada. Desvió su mirada hacia la mesa, repleta de chirimbolos. Estaba todo muy claro: la elaboración de un veneno, la colaboración del farmacéutico, que amaba a Pauline, la muerte de los enfermos, la defenestración del sanatorio, su cierre, el cobro de la herencia... Sintió náuseas. Comenzó a encontrarse mal. Pero todavía no había acabado. Le faltaban las cartas, clasificadas en dos paquetes. Desató las cintas. Las del primero estaban todas firmadas por el ecónomo Gastineau, y las del segundo por Cabasset, el prefecto de Marsella. Todas ellas convergían en un mismo asunto: el ecónomo estaba chantajeando a Pauline y al prefecto porque habían sido amantes y Gastineau disponía de pruebas que lo constataban. Las cartas de Cabasset confirmaban la preocupación por la extorsión y daban a entender que la relación amorosa entre ambos había finalizado hacía tiempo.

En muchos de los juicios que al español le correspondía asistir por su condición de forense aparecía alguna persona, bien testigo, bien acusado, que se bloqueaba ante el tribunal, ante el relato de los hechos, y era incapaz de articular una palabra inteligible y hasta de mover un solo músculo de su cara y de su cuerpo. En una situación similar se encontraba Aldave en ese momento. Había confiado en encontrar algo que esclareciera la personalidad de Pauline, pero nunca esperó hallar semejantes revelaciones. Le dolía la cabeza cada vez más. Las lámparas estaban consumiéndose. Metió las cartas en los sobres, los ató, recolocó todo en la mesa y salió de allí. Eran ya las cinco de la mañana. Se le había hecho más tarde de lo que había planeado. A las cinco y media aparecían los primeros sirvientes por la casa y la finca. Tal vez ya se estuvieran levantando. Cerró la puerta del sótano con la llave de Pauline. No se oía todavía nada, tan solo algún gallo cantando detrás de la mansión, en la zona de los huertos. Cuando estaba a punto de entrar en la habitación de Pauline, oyó unas pisadas en el piso superior y temió que pudiera despertarse porque no tenía preparada ninguna excusa si lo veía con los documentos en la mano. Afortunadamente, ella seguía durmiendo y, con un mínimo hilillo de luz procedente de la lámpara, pudo colocar todo en los cajones. Le faltaba dejar la llavecilla en la sortija de la esmeralda y a esas horas lo más probable es que, si le rozaba la mano, Pauline lo notara. No sabía qué hacer. No debía haber cerrado el compartimento de la sortija. No le quedaba más remedio que utilizar un recurso que había reservado para un momento complicado como aquel. Sacó un pequeño frasquito con cuentagotas de un bolsillo de su levita, vació cinco gotas en su pañuelo y lo acercó hasta la nariz de la viuda. Al notar el contacto con la tela, ella intentó abrir los ojos, pero sin conseguirlo y, simplemente, quedó más profundamente dormida. Galo aprovechó esta circunstancia para abrir de nuevo la sortija, introducir la llave, cerrar..., y ya estaba todo concluido. Con la mínima cantidad de cloroformo que le había administrado dormiría una o dos horas más de lo habitual, quizás se despertaría con dolor de cabeza, pero era

imposible que sospechara algo y tampoco le iba a originar ninguna otra complicación. En el sótano había preparado una nota en la que se despedía de ella sin demasiados halagos, pero en un tono cercano al habitual, para que no sospechara nada. Por el momento no quería destriparlo todo, porque quedaban muchos cabos sin atar y, sobre todo, porque él mismo necesitaba tiempo para digerir todo aquello. Dejó la nota encima de la mesita de noche. Antes de salir de la habitación de Pauline, la miró, tan bella como siempre o incluso más, con su maravilloso pelo negro extendido sobre las sábanas... Sintió un latigazo interior de rabia consigo mismo, de impotencia, de soledad... Había entrado esa noche en la casa con la recóndita esperanza de encontrar datos que confirmasen la lealtad de su amante, su honradez..., y salía con la convicción de que ella le había engañado en todo, le había herido en lo más profundo de su masculinidad y de su orgullo.

En la puerta se encontró con el mayordomo.

—¿Ya se marcha, doctor, tan pronto?

—Sí, Henri. Prepáreme, por favor, el coche.

—Claro, doctor. ¿No quiere desayunar antes?

—No, gracias, Henri. Tengo prisa por llegar al sanatorio.

Se alegró de haber alquilado la calesa, porque lo último que le apetecía en ese momento era ir andando hasta Saint-Rémy o que lo acercara algún sirviente de Pauline. Devolvió el coche a su dueño y, al llegar a su habitación en casa de Poulet, se acostó vestido en la cama, sacó el frasco de cloroformo, echó en el pañuelo una cantidad indeterminada y aspiró profundamente.

CAPÍTULO 23

Los días siguientes al descubrimiento de los documentos de Pauline, Galo los vivió poco más o menos como los supervivientes de un terremoto, que vagan horas enteras absortos entre las ruinas sin sentirse capaces de retirar un escombros o recomponer un mueble destrozado. Acudía al sanatorio, cumplía con la obligación de atender a los pacientes, pero había desaparecido de su vida la ilusión y solo pensaba en la forma de alejarse de allí sin que, al regresar a París, el profesor Leroy le recriminara su modo de «abandonar el barco». Había recibido varias notas de Pauline en las que le invitaba a pasar por su casa, pero él se había excusado poniendo como pretexto el trabajo desbordado en el Saint Paul. No se sentía con ánimo para enfrentarse a ella, para verla cara a cara y hacerle confesar sus mentiras, sus medias verdades y su pasado. Todas las tardes, al finalizar su trabajo, en vez de reunirse con Pauline, sin perder ni un minuto, entraba en la capilla del Saint Paul. Era la hora de la oración de las monjas, y sus cantos, acompañados por la armoniosa melodía de la cítara, apaciguaban su corazón agitado. Ese día, Tamisier, el capellán, le acompañó sentado en el banco de atrás. Al salir, Aldave le cogió del brazo.

—Padre Tamisier, ¿puedo hablar con usted?

El sacerdote le miró a los ojos y comprendió que no se trataba de una charla banal lo que le pedía el médico.

—Claro que sí, doctor. ¿Por qué no vamos a mi casa? Allí no nos molestará nadie.

Tamisier vivía en una casita adyacente a la capilla. El pequeño salón, pintado de verde, estaba atiborrado de objetos que reflejaban la rica personalidad del dueño: libros de teología, un sextante, partituras, instrumentos musicales, mapas, obras literarias, un astrolabio..., todo colocado en un orden imperfecto, sin simetría ni homogeneidad, pero en armonía, de manera que al entrar allí la sensación que uno recibía era de confortabilidad.

—Voy a preparar té, ¿le apetece?

El capellán le invitó a pasar a una exigua estancia contigua que hacía de cocina. En un espacio tan pequeño como aquel parecía mentira que cupiese de todo: víveres, utensilios y, por supuesto, hasta carbón para alimentar el fogón. En un instante encendió la lumbre, calentó el agua y la vertió en la tetera ya dispuesta con tres raciones de té inglés que, según explicó, le traía del mismo Londres un amigo que de ciento en ciento pasaba a visitarle. Aunque varias monjas del sanatorio se ofrecían continuamente y con insistencia a limpiarle la casa, él prefería arreglárselas por sí mismo antes de dejar que nadie entrara, y menos mujeres, a husmear en lo suyo. En lo único que transigía era en el lavado de la ropa, que cada semana llevaba sucia en un capazo hasta la lavandería de las monjas y recogía dos días más tarde, limpia y

planchada. La comida del mediodía la realizaba en el comedor común de las religiosas y el resto se las apañaba en su cocinilla de carbón. Mientras le contaba todo esto al español, pasaron de nuevo al salón y se sentaron en dos envolventes sillones de cuero desgastado. Aldave no quería perder el tiempo con alguna otra conversación fútil que le desviase de su objetivo, y, tras acomodarse, fue directo.

—Padre, voy a hacerle una pregunta que me reconcome por dentro desde hace un tiempo: ¿qué sabe usted de Pauline Murat?

Tamisier, mientras bebía el primer sorbo de té caliente, frunció el entrecejo como diciendo «¡ah, era eso!». Dejó la taza encima de un libro que descansaba sobre una mesita a la derecha de su butaca y se tomó su tiempo antes de contestar.

—Al poco de llegar usted aquí le aconsejé que se alejara de ella. Evidentemente, no tomó en cuenta mi consejo y, por supuesto, yo no puedo reprochárselo, pero... ¿es que no hay otras mujeres en Saint-Rémy? —inquirió bajando el tono de voz y acercándose al médico.

Aldave se puso colorado.

—Como ella no —respondió rápidamente, convencido—. Pero no ha respondido a mi pregunta, padre. ¿Quién es Pauline Murat en realidad? Estoy seguro de que usted conoce todo o casi todo de ella.

—Bueno... —repuso Tamisier con una sonrisa irónica—. Uno tiene cierta edad, ha nacido y crecido aquí y... sí, conoce a las personas y algunas de sus circunstancias. Podíamos decir que la señora Murat es una mujer que se ha servido de su belleza para pasar de la miseria a la riqueza. Así de sencillo —resolvió.

El capellán volvió a coger la taza de té esperando la reacción de Galo.

—Me gustaría que fuese algo más explícito, padre Tamisier. —Aldave no ocultaba su impaciencia—. Tengo verdadera necesidad de saberlo todo sobre ella; ahora sí, se lo ruego.

El capellán suspiró profundamente, como cogiendo fuerzas antes de comenzar, ya decidido a contarle todo.

—Pauline Aubry, ese es su nombre de soltera, es natural de un pueblecito muy cerca de aquí, de Mas-Blanc-des-Alpilles, por lo que todo Saint-Rémy la conoce prácticamente desde que nació. Como habrá podido comprobar, además de atractiva es una mujer muy inteligente, con una gran perspicacia. Entró de jovencita a trabajar al servicio de los Murat y pronto se convirtió en primera doncella. Poco después, tras el fallecimiento repentino de la primera señora Murat, se casó con el viudo señor Murat, un caballero muy rico. En cuanto se supo la noticia, el escándalo en toda la comuna fue mayúsculo, porque los dos, uno por su riqueza y la otra por su belleza, eran personas muy conocidas. Los dos hijos del señor Murat no aceptaron la nueva situación y dejaron de hablarse con el padre. Las malas lenguas decían que Pauline había sido amante del hijo mayor y hasta se llegó a divulgar la sospecha de que la

difunta señora Murat había muerto envenenada, porque al señor Murat se le acusaba de practicar la alquimia. Poco a poco se fue aceptando la nueva situación mientras Pauline se transformaba en la dueña de la propiedad y se alejaba de su auténtica familia. Pero las amistades de los Murat, las familias influyentes de la zona, no admitían que una criada se convirtiera en una señora de la noche a la mañana, y Pauline tuvo que desplegar todos sus encantos para convencer a los amigos de su marido de que estaba a la altura de cualquier circunstancia, usted ya me entiende... Es una mujer muy ambiciosa y ha encontrado el modo fácil de escalar puestos: conquistando a los hombres. Ahora, eso sí, hombres con dinero o con poder, independientemente de su edad o de su encanto personal.

Aldave escuchaba un relato que ahondaba en la herida que todavía llevaba sangrante. Se atrevió a continuar.

—¿Conoce usted al señor Cabasset, al prefecto?

—Por supuesto que lo conozco. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Sabe que él y Pauline Murat han sido amantes? —dijo el español algo nervioso.

El capellán se incorporó un poco del sillón para alcanzar la tetera que había dejado en una mesa baja entre las dos butacas, y volvió a llenar su taza lentamente, como alargando el momento de proseguir.

—Claro que lo sé, doctor Aldave —respondió con tranquilidad, intentando transmitírsela a su contertulio.

—¿Usted sabe más de lo que aparenta, padre Tamisier! —exclamó Galo levantándose del sillón.

—Cálmese, doctor, no merece la pena que continúe en ese estado. Yo le voy a explicar todo lo que sé, le doy mi palabra, pero debe intentar recomponerse. Lleva unos días demasiado alterado, todo el mundo se está dando cuenta en el sanatorio, y eso no es bueno para nadie, ni para los enfermos, ni para sus compañeros, ni, por descontado, para usted. Siéntese de nuevo, hágame caso, sigamos charlando..., pero no tenga miedo de conocer la verdad. Es la única que nos hace libres, recuérdelo.

Las palabras de Tamisier le aplacaron en parte. Se sentó dispuesto a oír lo que fuera con tal de acabar con aquella desazón que le consumía.

—¿Cómo ha descubierto que Pauline y Cabasset han sido amantes? ¿Alguien se lo ha dicho? —preguntó el capellán.

—No, no me lo ha dicho nadie. Lo he averiguado por casualidad, por una concatenación de acontecimientos.

—¿Y ha averiguado algo más, algo que desconocía sobre alguno de ellos?

—He descubierto que Pauline me ha mentado. Es otra mujer diferente a la que yo imaginaba. El amor y el deseo me han obcecado y me temo que he sido víctima de un complot que no acabo de comprender en toda su dimensión. Lo que tengo claro es

que me han utilizado los dos, Pauline Murat y el prefecto, pero desconozco el objetivo final que pretenden. En este momento estoy terriblemente desorientado, sin saber dónde encaminar mis pasos, ni en lo personal ni en lo profesional. Por eso recurro a usted, padre, porque confío en usted y porque mi intuición me conduce a refugiarme en usted, sin que la razón confirme si voy por buen camino. Ya ve, estoy en sus manos.

—Bueno, bueno, no es necesario dramatizar... Pero puede estar tranquilo aquí, entre estas cuatro paredes, testigos de infinidad de historias y de vaivenes de la vida. Voy a intentar ayudarle, querido doctor. Es mi obligación como cristiano y, aunque no lo fuera, tengo que confesarle que desde el primer día en que nos conocimos supe que era una buena persona. Esa es otra importantísima razón para ayudarle. ¿Sabe lo que son dos hermanos de leche?

—Dos niños de distinta madre amamantados por la misma mujer.

—Exactamente. Pues bien, el prefecto Cabasset y yo somos hermanos de leche. A los dos nos amamantó a la vez mi madre, una mujer humilde que se ganaba la vida vendiendo su leche a la vez que alimentaba a sus propios hijos. Imagínese si lo conozco. Él procede de una familia adinerada y ya sabe que las mujeres de cierta posición no dan de mamar a sus hijos. Nacimos a la par y crecimos juntos en Saint-Rémy. Compartimos escuela, juegos, confidencias de niños y, al llegar a la adolescencia, su familia, generosamente, porque no tenían conmigo ninguna obligación, sufragó los gastos de mi educación religiosa en Avignon. Allí se separaron nuestras vidas porque él fue enviado primero a Aix-en-Provence y después a París, pero jamás perdimos el contacto ni la amistad, pese a que nuestros caminos ya nunca confluyeron. Siempre que ha podido ha regresado a su casa familiar en Saint-Rémy y, cuando viene, no falta a su cita con una taza de té en esta humilde casa. Hace algunos años, cuando conoció a Pauline en casa de los Murat, quedó impresionado no solo de su belleza, sino de cómo una criada de Mas-Blanc-des-Alpilles se había transformado en una mujer tan fascinante. Como usted sabe, el cargo de prefecto de Bouches-du-Rhône es uno de los más influyentes de Francia después de los ministros, y eso Pauline también lo sabía. Se convirtieron en amantes en vida ya del señor Murat, a pesar de que, como a usted, yo le había desaconsejado semejante relación. Se veían muy discretamente, siempre fuera de Saint-Rémy, y nadie sospechó nada. Cuando murió el señor Murat, también de forma inexplicada, hubo quien murmuró comparando su desaparición con la de su primera esposa, y Pauline anduvo de nuevo de boca en boca, pero los médicos atestiguaron una muerte natural y ahí quedó la cosa. Pauline estaba convencida de que el testamento de su marido la iba a beneficiar, porque ya se había encargado ella de allanar el camino indisponiendo al señor Murat en contra de sus hijos, pero cuál no sería su sorpresa cuando comprobó que, efectivamente, era la gran beneficiaria de la fortuna familiar

siempre y cuando no se volviera a casar o tuviera un hijo de otro hombre. Por una enfermedad del notario, la lectura del testamento se retrasó cuatro meses y, para entonces, Pauline ya estaba esperando un hijo del prefecto. Su primera intención al saberse encinta fue alegar que se trataba de un hijo póstumo de su marido, pero las fechas no cuadraban y se encontró con la tremenda situación de que, en cuanto naciera su hijo, iba a quedarse en la calle o, como mucho, iba a pasar de ser la potentada señora Murat a convertirse en la oculta mantenida del prefecto en algún barrio periférico de Marsella. Una noche, Cabasset se presentó aquí sin avisar. Me contó que Pauline, embarazada de tres meses, había viajado a Marsella a firmar unos contratos, se había encontrado indispuesta y había perdido el hijo que esperaban. Él acababa de dejarla en su casa, todavía convaleciente. Nadie del servicio se había enterado de nada. Estaba muy nervioso, demasiado. Yo solo le pregunté si necesitaba confesión y él declinó mi ofrecimiento. A lo largo de su relación y, sobre todo, durante el embarazo y el aborto, que tanta preocupación les originaron, cometieron la imprudencia de escribirse, de dejar pruebas, pasto potencial de personas sin escrúpulos. El ecónomo del sanatorio, Gastineau, un hombre vicioso, bebedor, jugador, frecuentador de prostíbulos, que se gasta el dinero más deprisa de lo que lo gana, obtuvo, aún no sabemos cómo, alguna de esas misivas y desde entonces los está extorsionando. Si sale todo a la luz y los hijos de Murat llevan el caso a los tribunales, unos buenos abogados pueden fallar a su favor y retirarle la herencia a Pauline. Por parte de Cabasset, el escándalo afectaría a su familia, a su mujer y a sus hijos y, qué duda cabe, a su brillante carrera profesional. Sin duda, lo hundiría.

Durante toda la relación de los hechos, Aldave permaneció escuchando, con la mirada fija en la mesa baja que tenían delante, repleta de libros. Le preguntó al capellán:

—¿Todo esto tiene algo que ver conmigo?

—Espere un poco más, todavía no he terminado. Hace unos meses, Cabasset vino a verme. Estaba muy preocupado. Gastineau los seguía chantajeando a pesar de que ya le habían entregado mucho dinero y de que ya no eran amantes. Además acababa de recibir información acerca del sanatorio de Saint Paul, responsabilidad última de su prefectura, sobre un elevado número de muertes entre los pacientes ingresados. Desde el Ministerio se proponían realizar una investigación al respecto. Él temía que, llegado el caso, Gastineau, si tenía algo que ver en el asunto y aprovechando el río revuelto, acabara acusándole a él de adulterio y, quién sabe, incluso de aborto provocado. Vino a pedirme consejo. No sabía por dónde tirar. Yo mismo le recomendé traer a algún experto para que investigase el caso antes de que los inspectores se presentasen y pusieran patas arriba todo, incluyendo el prestigio del centro y la encomiable tarea de los doctores, sobre todo del director. Ya ve, fui yo quien sugirió que viniese alguien como usted a Saint-Rémy, y no para utilizarlo en un

hipotético contubernio como usted sospecha, sino simplemente para descifrar el enigma de por qué mueren los dementes del Saint Paul. ¿Quién cree que le dio la llave maestra al prefecto? Todo lo demás, su historia con Pauline..., ha ocurrido sin que yo haya podido evitarlo, porque, al verlo tan enamorado de ella, imaginaba las consecuencias.

—Y, ¿por qué no me ha dicho nada en todo este tiempo?, podría haber sido de gran ayuda para mis pesquisas.

—Esa fue la condición que me impuso Cabasset. Él cree que de esa manera usted puede investigar mejor, sin ninguna idea preconcebida.

Aldave se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

—¿Conoció usted al cuñado de Pauline, al hermano de su marido?

—Por supuesto, lo conocía.

—¿Sabe a favor de quién testó?

—No.

Galo le explicó el hallazgo de la copia del testamento y su contenido. Tamisier se quedó pensativo.

—Es curioso, no creo que Cabasset conozca lo que me acaba de contar.

—Ahora, padre, con el corazón en la mano, ¿cree usted capaz a Pauline Murat de envenenar directamente o a través de terceras personas a los enfermos del Saint Paul para forzar un cierre de la institución y recibir así la herencia de su cuñado? —Aldave se había acercado a la butaca del capellán y emitió la pregunta en un tono de voz más bajo, como temiendo que alguien pudiera oírlos.

—Sinceramente, no —respondió convencido Tamisier, moviendo negativamente la cabeza—. Como le he dicho, Pauline Murat es una mujer extraordinariamente ambiciosa, capaz de seducir a cualquier hombre del que pueda obtener un beneficio, pero de eso a ser una asesina... No, no creo que lo sea. De la misma manera, nunca he creído que tuviera algo que ver en la muerte de su esposo o en la de la señora Murat, como dicen las malas lenguas. Podría decirle que estoy casi convencido, pero si usted cuenta con pruebas fehacientes..., puede hacerme cambiar de opinión.

Galo suspiró.

—No, no cuento con ninguna prueba, tan solo con suposiciones y, después de hablar con usted, se van desmoronando. Con este caso estoy perdiendo hasta la vocación por mi trabajo, puede creerme.

—¡Pobre Cabasset! —exclamó el capellán—, este va a ser su final. ¡Bendita la hora en que renuncié a los placeres de la carne!

—No me va a decir que no tiene tentaciones y que nunca ha sucumbido a alguna.

—¿Tentaciones? Ya lo creo que las tengo, querido doctor, como cualquier otro hombre. El mundo está lleno de mujeres hermosas y los sacerdotes estamos hechos del mismo material que ustedes los seglares: de barro —admitió, remarcando la

palabra—. Pero nuestra fe nos fortalece, no lo dude. De otra manera..., caeríamos como cualquiera —concluyó bajando el pulgar, al modo de los emperadores romanos en el circo.

Aldave sonrió ante la sinceridad de Tamisier.

—¿Algo más en que le pueda ayudar, doctor?

—Sí, padre, una última cuestión. ¿Qué pinta en todo esto Adrien Clermont, el farmacéutico? ¿Es solo amigo de Pauline, ha sido su amante...? Hace varias semanas alguien estuvo a punto de herirme amparado por la oscuridad de la noche, tal vez de asesinarme, y estoy convencido de que fue él.

Ante la mirada atónita del capellán, Galo le contó lo sucedido con los dardos impregnados de curare y el hallazgo en la farmacia del veneno de los indios amazónicos. Mientras narraba los hechos, Tamisier movía la cabeza incrédulo.

—Usted se habrá sorprendido con mi relato —reconoció al español—, pero no tanto como yo con lo que me está contando..., pero a él..., aunque sea osado por mi parte decirlo..., sí, a él sí lo creo capaz de eso —añadió lentamente, como rumiando lo que iba diciendo—. Es un hombre muy extraño a quien nadie del sanatorio ni de Saint-Rémy conoce realmente. Llegó al Saint Paul hace unos tres años y enseguida entró en el círculo de amistades de Pauline, incluso cuando era amante de Cabasset. Yo estoy convencido de que está enamorado de ella y a la vez celoso de todo el que se le acerque, usted por ejemplo. Pero de la misma manera, no creo que Pauline le haya correspondido. Clermont ni es rico, ni tiene influencias, ni siquiera es apuesto como usted... Eso sí, a este tipo de mujeres les encanta tener a un pelele al lado que les diga a todas horas lo maravillosas que son y que les sirva para satisfacer cualquier capricho momentáneo. Por cierto, ¿lo ha denunciado a las autoridades?

—No. No podría hacerlo sin desenmascarar mi auténtica personalidad. Tampoco quiero implicar a Pauline, al menos por ahora.

CAPÍTULO 24

Los orígenes de Saint-Rémy se remontan 500 años antes de Cristo, cuando los celto-ligures erigieron un emplazamiento urbano en torno a un altar dedicado al dios celta Glanis. En el siglo I antes de Cristo los colonizadores romanos apreciaron la belleza y la tranquilidad del valle y fundaron una pequeña ciudad denominada Glanum, que dedicaron a la restauración de la salud, tanto física como espiritual. En el 260 después de Cristo, tras su invasión de la Galia, el pueblo alemán destruye Glanum y sus habitantes se desplazan hacia el sur y fundan la ciudad de Saint-Rémy. Los supuestos poderes renovadores del valle obraron un milagro al florecer un cayado clavado en el suelo, y el fervor religioso aprovechó este hecho para conservarlo como reliquia, crear primero un oratorio y finalmente el monasterio de Saint-Paul-de-Mausole, cuya construcción comenzó en el siglo XI. Tras su fundación, el monasterio se convirtió en un lugar de acogimiento de peregrinos de todas partes, en especial los que buscaban un lugar sereno y apartado del mundo donde aliviar sus mentes alteradas y sus abatidos espíritus. Durante el siglo XVII una congregación de franciscanos, para ayudarse económicamente, comenzó a cuidar enfermos mentales, tarea que de una u otra manera se llevó a cabo en el Saint Paul, con la excepción de los años de la revolución, cuando fue clausurado. A principios del siglo XIX el monasterio se transforma definitivamente en un sanatorio laico para enfermos mentales.

El padre Tamisier le había contado la historia del Saint Paul a la hermana Anne-Marie en numerosas ocasiones cuando, casi una niña, llegó al sanatorio. El capellán había conocido en sus años de sacerdote a un buen número de novicias, pero ninguna con el candor y la lucidez de la joven de Gordes. Ambas cualidades, tanto la ingenuidad como la perspicacia, es harto difícil que vayan unidas en la misma persona, y mucho menos en una aspirante a monja. La mayoría de las novicias suelen ser jovencitas ingenuas y cándidas (algunas incluso temerosas y retraídas), pero también las hay aguerridas y temerarias, de esas a las que nada, excepto la madre superiora, se les pone por delante. Estas últimas suelen proceder de aldeas aisladas, donde han tenido que bregar con animales y tierra cual si de hombres se tratara. La hermana Anne-Marie no se podía catalogar en ninguno de los dos grupos a los que con una sola mirada y un breve intercambio de palabras el padre Tamisier clasificaba a cada una de las jóvenes de la congregación de Saint Joseph que iban llegando al sanatorio. Nada más verla, nada más sentir frente a él sus ojos brillantes y sus palabras frescas, supo que se trataba de una criatura diferente, sin duda bendecida por la gracia divina. Enseguida se interesó por ella, conoció de labios de la superiora su triste historia personal y experimentó por la joven un sentimiento nuevo, un amor

humano inmenso, pero no de varón, sino algo puro y desinteresado que él interpretó «como un padre amaría a una hija».

Siempre respetando las distancias entre una religiosa y su capellán, Tamisier se volcó en ella, además de como padre, en el más amplio sentido de la palabra, incluido el espiritual, también como preceptor, sobre todo en relación a los vastos conocimientos sobre música, arte, literatura y ciencias naturales que poseía. Como la receptora de semejante sabiduría contaba con una mente despierta, muy pronto comenzó a aprehender ese caudal de conocimientos que el sacerdote le transmitía, hasta llegar a disfrutar con él de temas que hasta entonces apenas conocía. Era una satisfacción para el capellán verla madurar como mujer y como persona cultivada en la que se ha ido sembrando poco a poco las semillas del interés por la vida y el saber y va floreciendo y va dando sus frutos. Lo único que le entristecía era verla en medio de aquella institución mental, rodeada de locos mañana, tarde y noche. Ella lo hacía por amor a Dios y, por ende, a los hombres, pero Tamisier rezaba para que su próximo destino fuera un lugar más agradable, más acorde con lo que ella merecía.

Por su parte, la hermana Anne-Marie también reparó pronto en el capellán. Cuando se lo presentaron la saludó con simple corrección, pero la sonrisa afectuosa que acompañó al saludo le agradó enormemente. A partir de entonces sus cualidades humanas, su comprensión, la manera que tenía de adivinar sus pensamientos solo con mirarla, su dedicación a ella enseñándole música o latín o historia, fueron forjando un cariño hacia él mucho más allá del respeto con el que la trataban otras monjas. Sin duda era su mayor apoyo desde el punto de vista espiritual —y no solo religioso—, y sus enseñanzas y sus consejos sobre la vida calaban en ella cimentando su carácter y su visión del mundo. Era un hombre adelantado, mucho más completo y moderno que el resto de gente —hombres y mujeres— que pululaban por allí, incluidos médicos, monjas y visitantes... ¿Cómo no iba a atraerle su personalidad? Los escasos ratos que disfrutaba de su compañía los vivía intensamente porque sabía que a continuación iba a permanecer una noche entera en vela pendiente de que una demente se agitara. En los momentos de flaqueza recordaba los orígenes del sanatorio, la ciudad romana de Glanum dedicada al reposo y al restablecimiento de la salud, en medio del silencio del valle..., y fantaseaba con historias aprendidas en los textos latinos. De alguna manera era feliz porque sabía vivir con lo que la vida le había deparado. Y sabía apreciar la belleza de un amanecer y se acostaba cada noche con el corazón en calma después de un día trabajoso y del deber cumplido.

En ambientes cerrados, las noticias, e incluso los rumores, se expanden a velocidad inusitada. Enseguida se difundió la novedad de que nada menos que un médico procedente de París iba a ocupar la plaza vacante del jubilado doctor Jalou. La verdad es que la hermana Anne-Marie no le dio mayor importancia al tema, a pesar de que iba a ser su jefe inmediato en el sanatorio y, simplemente, se dispuso a

esperar su llegada sin pensar en la edad que tendría, en su aspecto físico o en su carácter. El doctor Jalou tenía muchas manías, pero ella se había acostumbrado a todas convirtiéndolas en parte de su trabajo y hasta habían llegado a entenderse y a adivinarse en el ir y venir diario visitando a los internos.

El nuevo médico español era un hombre joven, apuesto y, desde luego, educado. Además, bajo su mirada inteligente se vislumbraba un discreto poso de timidez que la hermana Anne-Marie captó al vuelo y le sirvió la primera vez que lo vio para superar la propia, bromeando ante la madre superiora y el mismo Aldave sobre la lindeza del médico. Se puede decir que simpatizaron mutuamente y que su relación profesional era pura cordialidad, aun con la distancia normal entre un facultativo y su ayudante. Le gustaba su trabajo y siempre había acudido contenta a la primera reunión de la mañana con el doctor Jalou, donde ella le exponía las novedades de los enfermos; pero desde que estaba el doctor Aldave en el Saint Paul no solamente acudía contenta al despacho del médico, sino que aguardaba el momento con cierto nerviosismo y muchas ganas, casi impaciente mientras finalizaban los rezos en la capilla. La explicación que ella misma se daba era la fascinación que le había causado el método y la manera de trabajar del español: un exquisito trato a los pacientes y un enorme interés por llegar al fondo de sus padecimientos. Jamás pautaba un remedio a tontas y a locas sin antes interrogar al paciente, examinándolo después pormenorizadamente y, si era necesario, consultando los libros pertinentes. Además, en vista del interés de su ayudante, toda su actuación médica estaba aderezada por constantes explicaciones a la hermana en un lenguaje fácil de entender.

¿Cuál fue el momento en que se dio cuenta de que su estima por Aldave sobrepasaba los límites de una relación estrictamente profesional o, como mucho, de amistad? Era difícil establecer un instante porque jamás se había enamorado antes de ningún hombre, y las sensaciones y sentimientos nuevos que de repente la anegaban no le daban oportunidad de racionalizar su estado, ni tan siquiera ponerle un nombre. Eso sí, el día que presencié cómo miraba la señora viuda de Murat a Galo y cómo este se ruborizaba ante ella supo que el ardor y la rabia que brotaron de su corazón rayaban el pecado y, peor aún, que jamás se atrevería a confesarlo al padre Tamisier. Desde entonces anduvo de la alegría más arrebatadora en los ratos compartidos con el médico a la pena más honda, abonada por los celos y el sentimiento de culpa. Ella confiaba en su fe, hasta entonces al menos, inquebrantable; en sus votos, en la ayuda divina y en alguna fuerza interna que presentía iba a guiarla por el camino bueno, por el del amor sin pecado, puro. Y confiaba en que los días se sucedieran de esa forma, entre sus obligaciones como religiosa y las benditas horas de trabajo compartidas con Aldave. Él no tenía por qué saber de sus sentimientos, no debía ni presumirlos. A ella le bastaba su presencia para ser dichosa. El día que se percató de ello a punto estuvo de solicitar un traslado de destino a la madre Épiphane, pero la debilidad humana la

venció y se convenció a sí misma de que la oración y el tiempo aplacarían ese indómito volcán que en su interior comenzaba a bullir.

La tarde estaba declinando y Galo Aldave se disponía a salir de su despacho cuando llamó a la puerta el capellán. Llevaba en la mano algo parecido a una careta de esgrima.

—¿Ya se marcha, doctor?

—Ahora mismo, estaba recogiendo ya.

—¿Le gustan las abejas?

—¿Las abejas? —preguntó extrañado.

—Sí, bueno —rectificó Tamisier—, quiero decir las colmenas, la miel, la apicultura...

—Pues... no sé qué decirle...

—No me diga nada, ya me lo dice todo. ¿Ha visto alguna vez una colmena de cerca?

—No, nunca.

—Pues si quiere verla, sígame antes de que se ponga el sol.

Aldave no lo pensó dos veces: cualquier cosa para levantar su lamentable estado de ánimo.

—Es una de mis aficiones —le explicó Tamisier mientras avanzaban por los pasillos del Saint Paul—. Mi padre era un gran apicultor y me enseñó todos los secretos de este oficio milenario. Ahora tengo medio centenar de colmenas distribuidas por los terrenos del sanatorio. Dos están muy cerca del huerto y la hermana Concepción ha enviado a una novicia a decirme que les están molestando. Voy a cambiarlas de sitio. Si quiere, puede ayudarme.

¿Cómo iba a negarse? Entraron en la cocina. La hermana Concepción estaba enfrascada en el fuego y a su lado, dándole conversación, la hermana Anne-Marie.

—¿Está aprendiendo a cocinar, hermana? —dijo el capellán a la joven.

—¡Ah, son ustedes! Siempre hay que estar aprendiendo y más cuando se tiene una buena maestra.

—Huele muy bien, hermana Concepción —dijo Galo.

—Muchas gracias; mejor sabrá, doctor —respondió la monja.

Por tratarse de una compatriota, Aldave, desde que llegó al sanatorio, intentaba una y otra vez congraciarse con la cocinera, pero nunca estaba seguro de conseguirlo.

—Vamos a trasladar de sitio las colmenas, hermana —informó el capellán.

—Me alegro, padre. Esta misma mañana le ha picado una abeja a la novicia que me ayuda cuando ha salido a coger unas hojas de laurel. Esos... —la monja vaciló buscando la palabra idónea— animales son un auténtico peligro para nosotras —dijo

con un tono de voz firme.

—Tranquila, tranquila, hermana Concepción. En unos minutos lo solucionamos entre el doctor Aldave y yo.

—Pero solo lleva una careta, padre Tamisier —intervino la hermana Anne-Marie con cierta preocupación—, ¿el doctor va a ir con la cara descubierta?

—¡Claro que no! No sufra, hermana, la careta es para él. Yo ya no necesito nada. Me conocen tanto que ni se me acercan. Además, vamos a acabar en un santiamén. Doctor Aldave, quítese la levita y déjela aquí, así podrá maniobrar mejor, pero no se le ocurra subirse las mangas. No debe quedarle ni un centímetro de piel al aire.

El capellán salió al huerto por la puerta de la cocina y Galo le siguió santiguándose con teatralidad mientras giraba la cabeza hacia las dos religiosas que los observaban desde los fogones.

—¡Tenga cuidado, doctor! —exclamó la hermana Concepción.

Aldave sonrió. No hubiera esperado esa reacción de cariño de la cocinera.

A unos treinta metros de la puerta, debajo de un cerezo, se distinguían dos colmenas y cientos de abejas pululando formando círculos a su alrededor. Tamisier se detuvo y ofreció al médico la careta y unos guantes que llevaba en los bolsillos del pantalón.

—Póngaselo todo y no tema. Cuando empecemos, no debe titubear. Cogemos entre los dos la primera colmena y la trasladaremos hasta aquel sembrado —advirtió, señalando un terreno unos cuarenta metros más adelante—; después llevaremos la otra. No pesarán mucho, porque corté la miel hace unas semanas y están casi vacías.

Galo se colocó la careta y el capellán le ayudó a atársela. Los guantes le venían un poco pequeños, pero logró ponérselos.

—Ya estoy listo. Cuando quiera.

Se dirigieron con decisión hacia su objetivo.

—Empezaremos con la de la izquierda —indicó el sacerdote.

Efectivamente, el peso no era el problema. Un hombre solo podría haberla transportado, pero el ejército que los seguía... sí suponía una complicación añadida. Aldave no comprendía cómo Tamisier podía andar con la cabeza descubierta y sin guantes. A él ya estaban intentando picarle a través de la ropa y estaba empezando a ponerse nervioso.

—¡Maldita! —exclamó el capellán en el momento en que llegaban al punto acordado. Una abeja le acababa de picar en el dorso de la mano—. Es mejor extraer cuanto antes el aguijón, si es que se puede...; bueno, en esta ocasión lo he conseguido. ¡Vamos a por la otra!

La primera colmena, rodeada por su anillo de abejas, como el de Júpiter, ya estaba ubicada. A simple vista, la segunda parecía tener menos «compañía».

—¡Esto es pan comido, padre! —repuso el médico mientras se agachaba para

asirla.

En esas décimas de segundo, al flexionar el cuello, le quedó al aire un pedazo de piel entre el cuello de la camisa y el borde trasero de la careta y, como si fuera el talón del propio Aquiles, varias abejas dirigieron despiadadamente hacia allí sus afilados dardos hincándolos con tesón. Inmediatamente, Galo soltó la colmena y dio un paso atrás sin darse cuenta de que tenía tan solo a unos centímetros una rama del cerezo. La rama rompió la tela de la camisa y le hirió la espalda.

—¡Por el amor de Dios, doctor, está sangrando! —exclamó el capellán asustado.

—No se preocupe, padre, seguro que la herida es poco profunda; además, ahí no hay ningún órgano vital, tranquilo. ¿Acabamos con esto? —preguntó señalando la colmena.

—¡Por supuesto que no!, usted no ha visto cómo sangra. Vamos a curarle cuanto antes.

Las religiosas todavía estaban en la cocina. Al verlos, se alarmaron.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha ocurrido? —exclamó la hermana Anne-Marie.

—Se ha herido con una rama. Vaya enseguida a curarle.

—¡Espere, hermana! —terció la cocinera—. Será mejor que vaya usted a buscar lo que necesite para la cura y que el doctor espere aquí tranquilo. No va a cruzar en este estado todo el sanatorio —añadió acercándole el taburete que ella habitualmente utilizaba.

—Tiene razón, hermana —intervino Aldave—. Pero no se alteren tanto, será solo un rasguño. Vaya tranquila, que yo me quedo aquí.

—¡Esto es culpa mía por quejarme de las abejas! —soltó la hermana Concepción, cariacontecida.

—¡Claro que no, hermana! Es simplemente un accidente sin importancia. En cuanto me cure la hermana Anne-Marie, volveremos a terminar el trabajo.

—¡Eso sí que no! —interrumpió Tamisier—. Lo haré yo solo mañana. No hay ninguna prisa. Váyase quitando la camisa, doctor, y así veremos la gravedad de la herida. Yo le ayudo.

Aunque trataba de disimularlo, le dolía la herida de la espalda y también las picaduras del cuello.

—¡Ah!, no es gran cosa, doctor —le tranquilizó Tamisier.

—Ya les he dicho. La sangre es muy aparatosa —añadió Galo.

—Hermana —dijo el capellán sin girarse—, acérqueme un paño limpio mojado con agua mientras viene la hermana Anne-Marie.

Como no oyó ni respuesta ni movimiento alguno, Tamisier se volvió.

—¡Doctor! ¡Mire a la hermana!

Aldave, sin levantarse, giró la cabeza. La cocinera estaba apoyada en la mesa central, pálida como el mármol, con el rostro bañado en sudor, los ojos desencajados

y la mano derecha agarrándose el cuello, como intentando decir algo sin poder. Al final, mirando fijamente a Galo, aterrada, emitió un sonido:

—¡No! ¡No!

Y cayó fulminada al suelo. Los hombres acudieron rápidamente a auxiliarla.

—¡Hay que quitarle esta ropa! —exclamó Aldave, sin saber por dónde empezar con tanto ropaje. Echó una mirada por la cocina—. ¡Tráigame esa tijera! —El capellán obedeció.

Le cortaron la toca, el hábito y todas las prendas que llevaba debajo y Aldave se apresuró a comprobar la presencia del pulso radial, del latido cardiaco, de signos de vida..., sin hallarlos.

—No se puede hacer nada por ella —dictaminó abatido—. Está muerta.

CAPÍTULO 25

—Lo que usted me pide, doctor, es imposible —afirmó con determinación la madre Épiphane, la superiora—. Permita a la pobre hermana Concepción descansar en paz. Ella lo merecía.

Aldave, agotado de desgranar argumentos ante la monja para que le permitiera realizar la autopsia a la fallecida, afirmó con la cabeza asintiendo y abandonó el despacho. Había sentido profundamente la muerte de la cocinera. Una muerte más en el sanatorio, pero de alguien especial y próximo. No podía quitarse de la cabeza la expresión de la hermana Concepción antes de que salieran al huerto a trasladar las colmenas: «¡Tenga cuidado, doctor!». Se había preocupado sinceramente por él, una mujer que hasta entonces consideraba fría y hermética. Le había transmitido con esa simple frase una calidez inesperada que ahora le removía su interior. A cualquier precio debía averiguar la causa de su muerte, de las enigmáticas muertes del Saint Paul. Debía encontrar al culpable o a los culpables, ahora con más razón que nunca. La hermana había fallecido ante sus ojos sin que él pudiera hacer nada por salvarla, y eso era motivo suficiente para que retomara su misión con más empuje si cabe hasta llegar al final. Para empezar, era imprescindible realizar la autopsia al cuerpo de la religiosa. Había que confirmar si los hallazgos eran similares a los de las otras dos anteriores y había que encontrar alguna pista nueva que recondujese el caso. Él era el médico de medicina interna del centro y, por lo tanto, el encargado de firmar el parte de defunción de la cocinera. Si en él declaraba la causa de la muerte como «muerte natural», todo se paralizaría allí; en cambio, si la definía como «muerte inexplicada», inmediatamente actuaría el juez y enviaría al forense de la comuna a realizar la autopsia. De ninguna manera podía permitir que otro forense se inmiscuyera en el Saint Paul. Mandó llamar a su despacho al doctor Larroque y a la hermana Anne-Marie, muy conmovida por lo ocurrido, para exponerles la necesidad de diseccionar el cadáver. En un primer momento, la joven monja se negó a colaborar con ellos, pero el propio doctor Larroque, ante la gravedad de los hechos, con tres muertes irresolutas en dos meses, logró convencerla. Ella fue la que les dio la clave de lo que podrían hacer para conseguir su objetivo. El funeral de la hermana iba a celebrarse al día siguiente. Aunque su familia de Alcañiz había sido avisada mediante un telegrama, debido a la enorme distancia que los separaba de la Provenza informaron de que, muy a su pesar, no podrían asistir al sepelio. Esa noche el cuerpo iba a ser velado por las religiosas en turnos de dos cada tres horas. La solución estaba clara. La hermana Anne-Marie debía conseguir que su pareja de turno fuera una monja anciana con predisposición al sueño. De manera natural o con la ayuda de algún somnífero, mientras cabeceara, trasladarían el cadáver a la sala de autopsias para devolverlo

después a la capilla sin que nadie se diera cuenta de nada.

Lo que parecía tan sencillo se complicó cuando la superiora asignó las parejas y a la hermana Anne-Marie le tocó con otra monja joven en el primer turno. Con su resolución habitual, habló directamente con la pareja de una religiosa anciana, le dijo que estaba muy cansada tras lo ocurrido y necesitaba reposar un rato antes de velar a la difunta, y la monja accedió a permutarle el turno, con lo que ya estaba emparejada con una monja de avanzada edad. Larroque y Aldave decidieron quedarse en el sanatorio y acostarse unas horas antes de llevar a cabo su plan. Habían dispuesto la única camilla con ruedas del Saint Paul en un cuarto cercano a la capilla para, de esta forma, perder el mínimo tiempo posible en el traslado. Aldave tardó en dormirse. Se encontraba muy inquieto. Sin autorización por parte de la familia (en este caso, la congregación) y del sanatorio era ilegal e incluso delictivo manipular un cadáver. Si alguien los descubría, las consecuencias podían ser nefastas y no solo para él, sino, lo que sería aún más grave, también para Larroque y la hermana Anne-Marie. Dudó si proseguir con todo aquello o si tirar de una vez la toalla, pero estaba tan cansado que le venció el sueño. A la hora convenida, antes de comenzar su turno, la joven religiosa los despertó. Ella ya se había asegurado de que no había nadie por los pasillos, y Larroque estaba dispuesto a lo que fuera. Se dirigieron al cuarto donde habían dejado la camilla y los dos hombres esperaron a que la hermana los avisara tras el cambio de turno. La señal era el sonido de la cítara. La hermana le había dicho a su compañera que iba a tocar a la vez que oraba por el alma de la difunta. A los cuatro acordes, la anciana ya estaba en duermevela. Como habían acordado, Aldave entró detrás de las mujeres por una puerta lateral. El cadáver estaba expuesto delante del altar, rodeado de cuatro velones encendidos. Avanzó sigiloso con el pañuelo impregnado del somnífero y lo acercó a la nariz de la monja durante unos segundos. Inmediatamente después, Larroque apareció con la camilla. Las ruedas no estaban bien engrasadas y chirriaban escandalosamente. Los tres miraban expectantes a la anciana que, por el momento, roncaba con absoluta placidez.

Aunque el cadáver pesaba mucho, entre todos se las arreglaron para transportarlo hasta la sala de autopsias. Mientras Aldave se ponía el mandil y lo preparaba todo, la hermana y Larroque comenzaron a desvestir dificultosamente a la cocinera. Tardaron más de lo que Galo había previsto y comenzó la disección con prisa. Primero abrió el abdomen y extrajo uno por uno todos los órganos observándolos detenidamente, seccionándolos y tomando muestras de cada uno de ellos. Después continuó con la caja torácica: pleura, pulmones, tráquea, esófago, corazón... Observó detenidamente el pericardio, de color opalino amarillento, con abundante depósito adiposo, lo abrió de arriba abajo para sacar el corazón y poder estudiarlo pormenorizadamente... ¡Allí estaba la clave de la muerte! La porción inferior del ventrículo izquierdo se diferenciaba del resto, tenía un color rojo oscuro, hemorrágico, y una consistencia

blanda, signos indicativos de un infarto agudo de miocardio reciente. Buscó la arteria que irrigaba la zona, la arteria coronaria derecha, la abrió sagitalmente y halló la causa del infarto: un trombo de enorme tamaño que obstruía por completo la luz del vaso estenosado. Ese había sido el origen de la muerte de su compatriota. Recordó entonces la indisposición de la religiosa semanas antes, coincidiendo con el fallecimiento de una de las enfermas. Se había encontrado mal repentinamente y los síntomas, ahora lo veía claro, coincidían con los de una angina de pecho, síndrome precursor en muchas ocasiones de un infarto fatal como el que acababa de costarle la vida. Mientras cerraba el cadáver, iba dando explicaciones a sus compañeros.

—Lo que sí tengo claro es que la hermana Concepción no murió de la misma enfermedad que los ingresados. El corazón de los otros dos cuerpos autopsiados estaba indemne.

—Entonces —dijo Larroque—, ¿estamos como al principio?

—Poco más o menos. Bueno, ya he concluido. Vamos a vestirla. ¡Un momento, esperen! —les dijo—. Con tanta premura, he cometido un error de principiante. No he inspeccionado la parte posterior del cadáver. No es necesario que le demos completamente la vuelta, pero ayúdenme a colocarlo en decúbito lateral para poder verlo bien. Solamente son unos segundos.

La hermana y Larroque pasaron a la izquierda de la mesa. El psiquiatra se situó a la altura de los hombros y la religiosa a la altura de la pelvis. Aldave permaneció en el lado derecho portando la lámpara con la que la joven había iluminado todo hasta entonces. Al unísono rotaron sobre sí mismo el cuerpo, y lo que Aldave consideró una inspección rutinaria se convirtió en un inesperado y tremendo hallazgo para él. Le mudó el semblante, comenzaron a temblarle las piernas y se le cayó la lámpara al suelo.

—¿Qué le ocurre? —exclamaron a la vez los otros dos, sin soltar el cadáver.

Otra lámpara que alumbraba la sala quedaba algo alejada y ahora no podían distinguir con precisión el rostro desencajado del español.

—Dejemos el cadáver como antes, hermana —terció Larroque—, algo grave le está ocurriendo al doctor.

Galo estaba reclinado en una mesita accesoria donde descansaba el material que había utilizado.

—¡No puede ser, no puede ser! ¡No puede ser realidad! —exclamó elevando el tono de voz, ocultando su rostro con las manos.

Larroque le acercó una silla. No se atrevía ni a hablar y temía que alguien los oyera. Aldave estaba ofuscado, nervioso, fuera de sí, parecía otra persona, como si alguien le hubiera administrado una droga. Al ver las caras del psiquiatra y de la monja delante de él, preocupados por aquella súbita reacción, se calmó algo y les hizo una señal con la mano para que ellos también se tranquilizaran. La hermana le

ofreció un vaso de agua.

—Gracias, hermana, gracias a los dos —balbuceó. Después de beber, pudo continuar—. Me ha sucedido algo terrible —dijo dirigiéndose a la joven, que le miraba expectante—, algo terrible, hermana. Usted conoce toda mi historia. Ayúdeme, por favor, dígame si lo que estoy viviendo es un sueño.

Sin dar otra explicación, se levantó, se quitó el mandil y la camisa. Con el pecho al descubierto se dio la vuelta mostrándoles la espalda. Todavía se distinguía la herida lineal del cerezo, ya seca.

—Acerquen aquella lámpara y observen mi escápula derecha.

Aldave tenía una mancha roja en forma de estrella de mar de cinco puntas, una de ellas, la de la parte inferior derecha, más larga que las demás.

—¿Se refiere a este antojo? —preguntó Larroque.

—Sí. ¿Lo han visto bien? Vamos a girar de nuevo el cadáver, pero ahora yo me colocaré en el otro lado para que ustedes puedan observarlo detenidamente.

Así lo hicieron. La hermana seguía llevando la lámpara. Aldave lo rotó y la sorpresa de los otros dos fue mayúscula cuando vieron una mancha idéntica, del mismo tamaño, del mismo color, con la misma punta alargada y en el mismo lugar que la del médico. Larroque no entendía nada, pero la hermana palideció.

—¿No pensará...? —dijo en un murmullo.

El día después del funeral, Galo se encontraba sentado en el despacho de la superiora, frente a ella. Desde que realizó la autopsia, el desasosiego se había apoderado completamente de él. Ni pensaba en Pauline, ni en el prefecto, ni en el enigma del Saint Paul. Una única idea le taladraba la cabeza: ¿podría ser su auténtica madre la hermana Concepción? Multitud de dudas le invadían. Ella era natural de Alcañiz, una ciudad cercana a Zaragoza, donde estaba el orfanato en el que le habían criado. No era descabellado pensar que le llevaran allí de recién nacido, fruto de una relación prohibida de la monja. Sin embargo, recordaba haber oído hablar a su padre del hospital de San Nicolás de Bari de Alcañiz. En España no era infrecuente que un hospital tuviera también una casa cuna donde se recogían los recién nacidos abandonados. De ser así, lo lógico sería que el niño permaneciera allí y no lo trasladaran al orfanato del hospital de Gracia de Zaragoza. Otra cuestión que lo mantenía en vilo era que las manchas congénitas como la suya no siempre se transmitían de padres a hijos; en ocasiones podían aparecer en otros miembros de la familia, por ejemplo en sobrinos o nietos. Tal vez la cocinera fuera una tía suya. En todo caso, la similitud de la forma, color y localización era tal que resultaba imposible no pensar que eran miembros de la misma familia. Recordaba una y otra vez la advertencia de la monja, «tenga cuidado, doctor», quién sabe si por primera y

última vez esa expresión fuera una muestra de cariño de su verdadera madre. A pesar de la inquietud, había preparado bien su conversación con la superiora. Debía obtener toda la información posible sobre la difunta, pero sin levantar sospechas. Estaba seguro de que, desde que le pidiera diseccionar el cuerpo, la madre Épiphane le miraba con recelo.

—Usted dirá, doctor.

—Madre Épiphane, estoy muy conmovido por la muerte de la hermana Concepción. —La superiora lo miraba seria—. Ya sabe que éramos compatriotas, pero no solo eso, las ciudades de las que procedemos están próximas, las dos en el valle del río Ebro. Desde que llegué al sanatorio, la hermana se convirtió en un lazo que de alguna manera me unía a mis orígenes españoles. La apreciaba sinceramente. Falleció ante mis ojos sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Es una escena que nunca olvidaré, se lo aseguro. Le agradecería me facilitase la dirección de su familia para poder visitarlos cuando viaje a España, seguramente dentro de unos meses.

La religiosa se tomó su tiempo antes de responder.

—Doctor Aldave, le agradezco sus condolencias. Ya sabe que, desde que una religiosa toma sus hábitos, su familia es la congregación a la que pertenece. Usted no debe verse obligado a nada más. A su familia de origen ya le hemos transmitido todas las explicaciones sobre su repentino fallecimiento y ellos nos lo han agradecido. No hace falta más, de verdad. De todas formas, es un gesto que le honra, doctor.

—¿Hace muchos años que llevaba de religiosa la hermana?

—Sí, por supuesto. Ingresó en nuestra orden con unos veinte o veintidós años, no recuerdo exactamente. Ahora tenía cincuenta y uno..., haga usted cuentas.

—¿Y cómo es que vino a Francia? En España hay multitud de órdenes femeninas.

—Ella tenía una tía segunda de madre francesa religiosa en nuestra orden, la hermana Josephine. La trajo hasta nuestra casa central de Vesseaux y le enseñó nuestro idioma. Después nos trasladamos todas a la nueva casa central de Aubenas, en la región de Rhône-Alpes. A Saint-Rémy primero vine yo y al poco tiempo la reclamé porque era una excelente religiosa y necesitaba a una persona de mi confianza. También para mí su muerte ha significado un duro golpe, doctor... Pero pensemos que en este momento se encuentra cantando con el Cordero...

—¿Con el cordero? ¿Es esa alguna expresión francesa que desconozco?

—No, doctor, no es ninguna expresión de nuestro idioma, es un dogma de fe: las mujeres vírgenes y puras son las únicas que en el cielo pueden estar cantando con el Cordero, es decir, al lado de Nuestro Señor Jesucristo.

A Aldave le hubiera gustado añadir «¿está usted segura de que era virgen la hermana Concepción?», pero estaba claro que, aunque lo supiera, no iba a confesárselo a nadie y mucho menos a él, prácticamente un desconocido y, además, hombre.

—Antes de que finalice el año tengo intención de viajar a España para ver a mis padres. ¿No cree que una carta de condolencia manuscrita y firmada por usted y entregada en mano por mí le agradecería a su familia?

Ante la insistencia del médico, la mujer por fin accedió.

—De acuerdo. Mañana la redactaré por si más adelante se nos olvida, pierda cuidado.

—Muchas gracias, madre. También necesitaré la dirección de la familia... Por cierto, ¿de quién se trata?... ¿algún hermano, sobrinos, acaso padres...?

—Los padres fallecieron. Su familia más cercana es una hermana con la que mantenía contacto epistolar habitualmente. A ella nos hemos dirigido estos días. Sus señas estarán en el sobre, no se preocupe.

Estupendo. Había conseguido su objetivo. En cuanto terminó con sus obligaciones en el sanatorio pidió a Poulet que lo llevara hasta la oficina de telégrafos. Se había hecho ya tarde y quedaba poco tiempo para que cerraran. Tenía muy claro lo que quería enviar. Primero, un telegrama a la inclusa del hospital de Gracia de Zaragoza en el que solicitaba información acerca de las localidades de las que habían recibido niños huérfanos, bien recién nacidos, bien desvezados, durante el año 1860; y después uno similar dirigido al hospital de San Nicolás de Bari de Alcañiz, para recabar información sobre el destino de los niños abandonados en la localidad ese mismo año. En los dos telegramas se presentaba como un médico que estaba realizando un trabajo acerca de ese tipo de instituciones en España. Una vez remitidos, y sin saber muy bien por qué, respiró aliviado, como si parte de su agobio se hubiera esfumado con los mensajes. Esperaría las respuestas y actuaría en consecuencia.

Cuando ya se disponía a salir de allí, alguien entró precipitadamente. Era Pauline. Iba acompañada de Juliette, su doncella. Al verlo, enrojeció como una muchacha. Le tomó de las manos.

—¡Galo, querido, qué maravillosa suerte la mía encontrarte aquí! ¿Por qué no vienes a verme? ¿Tanto trabajo tienes en el sanatorio... o es que te has olvidado de mí?

Aldave estaba terriblemente azorado. No se le había pasado por la cabeza toparse con ella y no sabía cómo salir de aquel entuerto.

—Estoy muy atareado, Pauline. Además, un familiar de España está enfermo y estoy muy preocupado —improvisó—, acabo de mandar un telegrama para preguntar por él.

—¿Un familiar? ¿Uno de tus padres? —preguntó Pauline alarmada.

—No, gracias a Dios mis padres están bien. Se trata de un primo hermano.

—Lo siento mucho, querido..., espero que se mejore —dijo con aparente sinceridad—. Vente a casa y hablamos, seguro que te hará bien. Espérame cinco

minutos y veinte conmigo, tengo aguardando el coche fuera.

—Imposible, Pauline, me he comprometido con Poulet y su familia para cenar juntos en su casa. Otro día será.

La expresión de la viuda Murat cambió de repente.

—¿Qué te ocurre, Galo? —preguntó intranquila—. ¿Por qué no quieres verme? Dime qué es lo que ocurre —le instó apremiante.

—No levantes la voz, Pauline —le indicó Aldave casi en un susurro—, no me ocurre nada. Ya te lo he dicho, tengo mucho trabajo. En cuanto pueda, voy a verte.

—Prométemelo —requirió ella algo excitada.

—Te lo prometo, pero no te prometo cuándo... Será cuando pueda.

—¡Señora! —voceó el telegrafista—, vamos a cerrar. ¿Quiere enviar un telegrama?

—Sí, disculpe, ahora mismo voy. De acuerdo —dijo dirigiéndose al español, esforzándose por parecer más relajada—, te espero... —se acercó al oído de Galo—, amor mío.

Al oír su voz tan cercana y al percibir el contacto de sus labios rozándole, no pudo evitar sentir un escalofrío interior. Salió de allí abruptamente, sofocado, confuso, avergonzado de sí mismo porque en el fondo de su corazón hubiera deseado decirle «sí, te espero, me voy contigo para pasar juntos esta noche y quizás muchas otras más». Subió de un salto al coche de Poulet, aparcado delante del de los Murat. El cochero no le dijo nada, pero precisamente por ese silencio Aldave adivinó que se había dado cuenta de la presencia de Pauline y de su propia turbación. Ya en casa, sentado a la mesa, rodeado de François Poulet, de su mujer, Charlotte, de su suegra y de la pequeña Claire, intentó obviar la cantidad ingente de preguntas que le poblaban la cabeza y, entre risas y buena comida, casi lo logró.

Dos días más tarde ya había recibido las contestaciones a sus telegramas. Las dos coincidían en lo mismo: todos los niños abandonados en el hospital de San Nicolás de Bari de Alcañiz eran enviados al orfanato del hospital de Gracia de Zaragoza. Por lo tanto, sí era posible que su auténtico lugar de nacimiento fuera Alcañiz y que su madre fuese la hermana Concepción o, tal vez, alguien de su familia. Estaba claro que la cocinera, al quitarse él la camisa cuando se hirió con la rama, le había visto la mancha de la espalda y, de la impresión, había sufrido un infarto mortal. Llegado a ese punto, debía continuar, debía llegar hasta el final, tenía que saber con certeza quién era él, de dónde venía y si aquella mujer era su verdadera madre. Escribió a Cabasset, el prefecto de Marsella, pidiéndole permiso para ausentarse de Saint-Rémy debido a la enfermedad de un familiar imaginario en España. Entre líneas, en la carta dejaba entrever el escaso éxito de sus averiguaciones y la voluntad de entrevistarse con él en Marsella a la vuelta de su viaje a España. También habló con el doctor Peyron, el director del Saint Paul, transmitiéndole el mismo pretexto. Y fue

preparando su viaje.

—Es una sensación extraña, hermana. Jamás se me había ocurrido poder encontrar a mi auténtica madre, jamás.

—¿Y nunca tuvo interés en buscar algún indicio que le pudiera llevar a sus orígenes, usted, con lo inteligente que es y con la profesión que tiene?

Aldave y la hermana Anne-Marie caminaban a paso lento por el claustro del sanatorio. Ella era la única persona en Saint-Rémy que conocía la verdad de su pasado y fue a ella a quien había abierto su corazón semanas atrás y también en el momento en que descubrió la mancha en la espalda de la cocinera. Sentía verdadera necesidad de desahogarse con ella, de descargar de dudas y desazón su alma, porque en ella encontraba siempre comprensión y, algo fundamental para él, paz. Por muy apurado que anduviese, por muy apenado o por muy descreído, su sola presencia, sus palabras, su alegría le reconfortaban, penetraban en él armoniosamente, como el sonido de la cítara, templando su ira, su comezón, su pena y hasta su escepticismo por la vida. La miró con ternura, como no se podía mirar de otra forma a esa criatura bendecida por el cielo.

—¿De verdad usted cree que soy inteligente?

—¿Cómo no lo voy a creer? Es usted muy inteligente y lo sabe perfectamente, doctor.

—Créame si le digo que lo dudo —aseveró Galo con convicción—. Pero, en todo caso..., la inteligencia no es ninguna virtud. Solamente es un don. La virtud radica en otras cosas, en la bondad, en la generosidad...

—¿No dudará usted de su bondad? A mí me consta.

—Usted me mira con muy buenos ojos, hermana. Pero, volviendo a su pregunta: no, nunca me planteé buscar a mis verdaderos padres, investigar sobre mis orígenes. Tuve tanta suerte con mis padres adoptivos, mis queridos padres —subrayó Galo, cerrando los ojos, como interiorizando con fuerza ese cariño—, que no quise tener otros. Muchos de mis compañeros de orfanato siguieron allí, sin que nadie los adoptara, hasta su mayoría de edad, en que debieron enfrentarse al mundo ellos solos. Imagínelo. En cambio yo fui un afortunado. Si ahora analizo todo mi pasado, mis emociones, mis impulsos, mis anhelos..., todo se orientaba en el sentido opuesto, en la opción de «mirar hacia otro lado» porque, ahora me doy cuenta, no deseaba encontrarme con una realidad seguramente trágica o, al menos, molesta, hiriente, para un corazón ya de por sí herido. Pero ahora todo ha cambiado. Y no solo por haber hallado sin buscarlo una posible seña de mi genuina familia, sino por tratarse de la hermana Concepción. Rememorando todos y cada uno de los momentos que compartí con ella, he descubierto unas muestras de afecto hacia mí, casi imperceptibles, pero que para mí son suficientes viniendo de una mujer tan reservada. Esa pequeña muestra, ese detalle, aun cuando ella ni sospechaba que yo pudiera ser hijo suyo...,

me colma, hermana, me colma, y debo confesarle que si descubriera que la hermana no es mi madre me invadiría una gran desilusión.

Ahora se encontraban frente a frente. La joven estaba reprimiendo las lágrimas, pero pudo hablar.

—¡Tiene usted razón, doctor! Debe averiguar toda la verdad, aunque esté en juego el honor de una religiosa. Yo quería mucho a la hermana Concepción y ella también me quería. Desde que llegué al sanatorio, muy joven, ella fue como una madre para mí y, créame, siento un gran vacío desde que nos dejó. Tampoco yo tengo muy claro todo esto. No puedo entender cómo una madre puede abandonar a un hijo, pero conociéndola a ella, si en realidad es su madre, sus razones tendría, ni lo dude. Por eso pienso que lo mejor para usted es que intente conocer lo que ocurrió, si es que el camino que ha hallado es el verdadero. Yo rezaré por usted día y noche, doctor, para que encuentre la verdad, pero también para que la verdad no lo hiera todavía más, sino que le cure todas sus heridas.

Galo se emocionó con las palabras de la hermana Anne-Marie, con su tono decidido, valiente, con su mirada brillante y limpia. La abrazó efusivamente, con lágrimas también él en los ojos, deseando decirle «esto nunca me lo ha dicho una mujer, jamás se ha entregado a mí una mujer así, jamás me ha amado una mujer de esta manera tan generosa», pero solo le dijo:

—Hasta pronto, la mantendré informada, y yo también rezaré por usted.

Desde una de las ventanas del primer piso que daban al claustro, alguien los estaba observando. Era Pauline Murat.

CAPÍTULO 26

Por supuesto, cuando Pauline Aubry se casó no estaba enamorada de su marido. El señor Murat casi le triplicaba la edad y a ella, como a todas las jóvenes, no le gustaban los viejos. Sin embargo, la transformación que su vida experimentó nada más contraer nupcias le compensó con creces del hecho de compartir la cama con él. Como la boda se celebró casi en secreto, sin anuncios, sin avisar apenas a nadie para que nadie pudiera interferir con su opinión, no estaba al tanto ni tan siquiera el resto del servicio de la casa, y Pauline pasó, literalmente, de un día para otro, de servir en la cama el desayuno al señor Murat a ser ella la señora a la que le sirven el desayuno en la cama. Un sueño para una muchacha que nació pobre. Los Murat, es decir, los hijos y el resto de familia más lejana no podían creer la noticia y no la aceptaron. Ni que decir tiene, la familia de la difunta. Las amistades se dividieron en dos bandos: los que debían algo al señor Murat, que criticaron por detrás, pero siguieron acudiendo a su casa; y los demás, que los evitaban, sobre todo las mujeres, que no soportaban que una doncella, a la que habían mirado por encima del hombro envidiosas de su belleza, estuviese ahora compartiendo su mesa.

Una de las muchas aficiones del señor Murat era la alquimia. Le había introducido en ese mundo mezcla de ciencia y esoterismo uno de los profesores del colegio de Avignon donde, al igual que Nostradamus, estudió el bachillerato. A la sombra del palacio papal tenía una casucha donde vivía y realizaba sus experimentos. Cada curso reclutaba a algún alumno listo para iniciarle en lo que él llamaba *la verdadera filosofía* y todos se reunían en secreto para leer libros antiguos y elaborar pócimas. Cuando Murat pudo disponer de hacienda y dinero propios, lo primero que hizo fue adquirir todo lo necesario para poder montar un laboratorio de alquimia. Su primera mujer no entendía que pasara parte de su tiempo en el sótano, bajo tierra, con secretismo, pero Pauline sí. Antes ya de fallecer la primera señora Murat, su marido había iniciado a la entonces primera doncella en el conocimiento del arte de transformar los metales innobles en oro.

Cuando murió el señor Murat, como el tiempo todo lo cura, casi todas las antiguas amistades de la familia habían vuelto al redil y frecuentaban de nuevo la casa. Pero, tras las exequias, todos se fueron esfumando poco a poco, excepto el reducido grupo de «alquimistas»: el administrador del príncipe de Mónaco, su mujer, el perfumista de Tarascon y Adrien Clermont, el farmacéutico. La situación de Pauline en ese momento era desesperada: la abandonaba todo el mundo, esperaba un hijo del prefecto de Marsella y el testamento de su marido la dejaba atada de pies y manos. De Cabasset tampoco estaba enamorada, tenía aproximadamente la edad de su marido y además era poco favorecido físicamente, pero, una vez más, la ambición

y la vanidad le pudieron, y vivió como un triunfo que un hombre del poder del prefecto anduviese loco detrás de ella hasta conseguirla. Tras el aborto, su relación se ensombreció y, sin que ninguno de los dos diera un paso antes que el otro, terminaron por alejarse definitivamente, unidos tan solo por su lucha común contra el ecónomo del Saint Paul y su continua extorsión. Se reunían de vez en cuando, bien en Marsella bien en casa de Pauline, para buscar un freno a ese hombre sin escrúpulos que les estaba haciendo la vida imposible.

Mientras tanto, Adrien Clermont, enamorado de la viuda desde el día que la conoció, fue ganando espacio en la casa. Desconocía la relación de Pauline con el prefecto y, por supuesto, el embarazo y posterior aborto de la viuda, pero intuyendo que ella no era feliz, pensaba que la razón era la muerte de su marido y aspiraba a ocupar su lugar algún día. Sabía que el camino sería largo, pero no tenía prisa, el premio era de tal magnitud que no le importaba avanzar despacio, primero como amigo y más tarde... Pauline aceptaba la compañía del farmacéutico, que la distraía, la acompañaba en momentos de soledad e incluso la aconsejaba a la hora de tomar decisiones en asuntos de las fincas o de los negocios que compartía con sus hijastros. Pero nunca pensó en Clermont como un posible amante. Físicamente le repelía, no tenía fortuna y su influencia social era nula.

Antes de que Galo Aldave pusiera por primera vez sus pies en Saint-Rémy, Pauline ya soñaba con él de una manera romántica. A los hombres de la localidad, y hasta de todo el cantón, la viuda los conocía de sobra y ninguno de ellos le despertaba el más mínimo interés en ningún sentido. Desde el fallecimiento de su marido, su vida de relación había quedado muy mermada y los únicos momentos de verdadero esparcimiento para ella eran sus breves viajes a Nîmes o a Marsella, donde, además de firmar en unos cuantos bancos y oficinas, le gustaba encargarse de la ropa, pasear por sus bulevares y, de cuando en cuando, asistir a alguna representación teatral o algún concierto (siempre sola), que le recordaban los que ofrecían los príncipes de Mónaco a sus invitados y la colocaban de algún modo, ahora, a la altura de aquella clase social a la que había servido. Como principal benefactora del sanatorio de Saint Paul, el director, el doctor Peyron, puso en su conocimiento que la persona que iba a relevar al jubilado doctor Jalou en su puesto de médico internista era español, joven y venía de París. Solo esos tres datos, que la madre superiora ya le había adelantado, fueron suficientes para que Pauline esperara con anhelo su llegada, abierta a cualquier expectativa...

Estaba enterada del día de la llegada del nuevo médico y, aunque desconocía la hora, se presentó en el Saint Paul con una excusa. Cuando ya se marchaba, cansada de esperar, lo vio de frente avanzando ante ella por el camino principal del sanatorio, alto, elegante, guapo..., mucho mejor todavía de lo que había imaginado. Su corazón dio un vuelco y se prometió a sí misma que iba a conquistarlo. A partir de entonces

todo su afán se centró en hallar la manera de acercarse a él. Con el cruce de miradas durante el breve saludo del primer día, ella ya sabía que le había gustado. Era un buen comienzo. Conforme fueron encontrándose, unas veces fortuitamente, otras de forma premeditada por Pauline, la joven viuda fue enamorándose perdidamente de Galo. Por primera vez en su vida estaba experimentando la pasión de un amor genuino. Aldave no era rico ni influyente, ni siquiera era francés, pero nada de eso le importaba; su única aspiración era poseerlo en cuerpo y alma, lograr que enloqueciera de amor por ella y que ella fuera el centro de todo su universo. Cuando lo consiguió, cuando cayó rendido ante su persona, supo lo que era la auténtica felicidad, la que está por encima de los bienes terrenales, la que no había experimentado ni siquiera al conseguir, con su matrimonio, colocarse en lo alto del escalafón social, su aspiración desde niña.

Pero con el amor van inherentes otras pasiones menos honorables. Cada vez que Pauline visitaba el sanatorio y veía de lejos a Galo hablando distendidamente con la hermana Anne-Marie, los celos penetraban en ella como un parásito que entra en nuestro cuerpo por un pequeño orificio de la piel y avanza por músculos, venas, cavidades, contaminándolo todo... Sabía que Aldave la amaba, pero la sola constancia de que, por unos instantes, se estuviera riendo con otra mujer y no estuviera pensando en ella, como le prometía en los momentos de apasionado amor («pienso en ti en todos y cada uno de los segundos del día»), la consumía. Ella sí lo tenía presente a todas horas, y el día se le hacía interminable hasta que llegaba el atardecer y, con él, Galo acudía solícitamente a su regazo. Este estado de enamoramiento era evidente para todos los que frecuentaban a Pauline, pero sobre todo para Adrien Clermont. Enseguida se dio cuenta del cambio de carácter de la viuda, más alegre, más distraída, más vital, y de las constantes visitas de Aldave a su casa desplazándole a él, aunque siempre con alguna absurda justificación de Pauline que, por supuesto, no se creía («viene a cenar un proveedor», «espero a un familiar de mi marido»). Él sí estaba carcomido por los celos. Ahora que su relación con Pauline avanzaba, ahora que había conseguido su confianza, que se empezaba a abrir a él contándole sus problemas, agradeciéndole su compañía..., aparecía ese engreído extranjero y se convertía... en su amante. Qué palabra. Solo con pensarla le venía una arcada a la boca. Tenía que acabar con todo aquello, con aquella nube de verano que cegaba a Pauline, y la única forma de hacerlo era eliminando al extraño que había llegado allí inesperadamente arrebatándole el sueño de mujer que tenía tan cerca. No tenía nada que perder fuera de Pauline y por ella era capaz de arriesgarlo todo. La viuda también percibía la tormenta interior del farmacéutico, pero le importaba poco, escasamente el potencial peligro que pudiera suponerles, pues estaba al tanto de la personalidad de Clermont, un hombre amargado por su desagradable aspecto físico y su agrio carácter, capaz de cometer cualquier barbaridad sin remordimiento alguno.

Pero la mayor preocupación de Pauline una vez afianzada su relación con Galo era su futuro en común. Ella era una mujer tremendamente perspicaz y, a la vista del testamento de su marido, sabía que si se volvía a casar perdería toda la herencia. A diferencia del señor Murat y del prefecto, Aldave era joven, estaba soltero y lo más razonable es que quisiera casarse y tener hijos. Su duda era constante. Había momentos en que Pauline renegaba de todo lo conseguido hasta entonces y se decantaba por vivir con él, casarse y olvidarse de todo su pasado, aun perdiendo su fortuna, pero en otros, la mujer ambiciosa que llevaba dentro la retenía, pues inevitablemente no iba a llevar la misma vida de lujo en París, siendo la esposa de un médico extranjero que está comenzando su carrera, por muy buen profesional que fuera. Por supuesto, ni se planteaba la posibilidad de casarse con Galo y seguir viviendo en Saint-Rémy con el escaso sueldo del Saint Paul.

En medio de estas vacilaciones, su historia de amor continuaba. Pauline, muy de tarde en tarde, seguía reuniéndose con el grupo de alquimistas. No quería romper su relación con ellos por miedo a sus habladurías, pero no tenía la misma ilusión que antes desde que Aldave había desestimado el ofrecimiento de que se uniera a ellos. Tampoco le había mostrado el fabuloso laboratorio del sótano porque los comentarios escépticos del español sobre la alquimia la habían detenido. Intelectualmente, Galo era muy superior a ella y temía una reacción de desprecio si se lo enseñaba.

Pero la vida avanza, las relaciones amorosas maduran, como las frutas en verano que, llegado su momento, caen al suelo por su propio peso... o por un incidente inesperado: una fugaz ventisca, el impacto de una piedra de granizo, la pezuña de un animal... La noche en que Aldave consiguió la llave y lo inspeccionó todo fue como una tormenta, como un rayo que fulminase el árbol donde su relación se sustentaba. Esa noche Pauline durmió, gracias a las gotas de cloroformo, más profundamente que nunca. A la mañana siguiente se despertó más tarde de lo habitual, con algo de dolor de cabeza, e inmediatamente se dio cuenta de que la sortija de la esmeralda estaba abierta y faltaba la llave. Buscó entre las sábanas y la encontró, pero no se quedó tranquila porque sabía que la había dejado perfectamente cerrada al acostarse, ya que, automáticamente, el último gesto que hacía todas las noches antes de dormir era comprobar con el tacto si estaba bien cerrada. Se levantó de un salto y se dirigió al mueble antiguo. Lo abrió y empezó a sacar compulsivamente todos los cajones... En efecto, los papeles y documentos no estaban desordenados, pero tampoco estaban dispuestos tal y como ella los colocaba. Alguien los había leído... y ese alguien no podía ser otro que el hombre que había compartido su lecho: Galo Aldave. Comenzó a temblar de pies a cabeza. Lo primero que le vino a la mente es «¿por qué?», por qué había hecho eso a sus espaldas. ¿Había sido capaz de abrir la sortija mientras dormía, vaciarla, abrir el mueble, consultar los documentos, tal vez visitar el sótano...? ¿Por qué? ¿Acaso desconfiaba de ella? ¿Acaso dudaba de su amor? Sintió un dolor agudo

en el estómago, algo así como si le clavaran una espada. Inmediatamente después comprendió la magnitud de aquello. Galo había averiguado toda la verdad sobre el testamento de su marido y, más importante, sobre el de su cuñado en relación al sanatorio, percatándose de que ella le había mentado. De nuevo, el dolor de la espada clavándose aún más. Pero ahí no quedaba todo. De pronto, entre los papeles advirtió la presencia de las cartas del ecónomo chantajeándola por su relación con Cabasset. La espada la atravesó por completo y se echó a llorar con desesperación, con furia, convencida de que había perdido para siempre al único hombre al que había amado de verdad.

Cuando, horas después, se tranquilizó un poco, comenzó a considerar la situación todo lo fríamente que pudo. Si Galo la había espiado con premeditación, con alguna intención perversa que a ella se le escapaba, volvería a su casa como si nada, no se delataría..., por el momento. Sin embargo, si el hallazgo de todos sus secretos había sido fruto de la casualidad o de la simple curiosidad, él debía de haberse sorprendido, en esos momentos debía de estar furioso contra ella, decepcionado y, conociéndolo, lo más probable es que se tomara su tiempo para reflexionar antes de volver a aquella casa. Fuera cual fuera la razón de lo que el español había hecho, aprovechando el momento del sueño, traicionándola..., le seguía amando y estaba convencida de que él, al menos hasta esa misma noche, también la amaba. Ahora ella tenía dos opciones: correr rápidamente en su busca o esperar. Tanto en una como en otra llegaría un momento en que el tema saldría a relucir y para entonces debía tener preparada una versión de los hechos que no contradijera lo que Galo había descubierto, pero que la exculpara a ella, la justificara, la convirtiera en una víctima de todo. Era la única forma de no perderlo. Y esperó.

Pero él no regresaba. Transcurrida una semana, impaciente, con auténtico temor de no volver a verlo, comenzó a enviarle notas para invitarle a su casa, en vano.

Anualmente se reunían todos los particulares que concedían de forma regular donaciones al sanatorio, con Pauline Murat a la cabeza, bajo la presidencia del doctor Peyron, el director del Saint Paul, quien les mostraba el balance de las cuentas y las futuras previsiones del centro. Por esos días, Pauline estaba muy intranquila, tremendamente indecisa, sin saber cómo actuar para mantener un encuentro a solas con Aldave, en el que, con todo el poder de seducción que poseía, pudiera convencerlo de su amor, pudiera ofrecerse a él incondicionalmente para forjar un futuro en común, aun con el riesgo de perder todo lo material que en este momento poseía. El día de la reunión dudó entre asistir o enviar una nota de disculpa, pero sabía que sin su presencia no se llevaría a cabo y a los convocados, algunos de localidades lejanas del cantón, les iba a incomodar volver en otra ocasión. Temía encontrarse cara a cara con Galo acompañado, como solía ocurrir, de terceras personas, sin darle margen para tratarlo íntimamente, como ella buscaba. Se vistió

como siempre, impecable, con un vestido gris perla ribeteado en blanco, con tocado y guantes a juego, y salió hacia el sanatorio. La tarde estaba nublada, como a punto de llover, y se estaba levantando el mistral, el frío y seco viento del noroeste, raro en verano, pero reiteradamente presente ese estío. Al llegar al sanatorio, calculando el tiempo que solían durar las reuniones, largas y tediosas, envió a su cochero a casa a realizar varios encargos, conminándolo a volver al cabo de dos horas. Al llegar a la sala de reuniones, en el primer piso, ya estaba el doctor Peyron hablando animadamente con tres caballeros y una señora, todos ellos conocidos. Los saludó. Faltaban dos personas más. Mientras los esperaban, Pauline, distraída con sus ideas, pensando obsesivamente en Galo, sabedora de que andaría próximo, se acercó a la ventana. El cielo todavía estaba cubierto. Bajó la vista hacia el claustro y los vio. No podía creerlo. Impensable ni en la más remota de sus suposiciones. La hermana Anne-Marie y Galo abrazados en medio de los parterres. La ira se apoderó de ella en cuestión de segundos. Perdió la noción de todo, de la hora, de dónde se encontraba, de su posición, de su nombre..., se giró rápidamente, roja de rabia, dispuesta a bajar y separarlos a cualquier precio..., pero en ese mismo instante habían acabado de entrar los dos contertulios que faltaban y, tras cumplimentar al resto de los presentes, se dirigían a ella para saludarla. Su expresión enfurecida los paralizó.

—¿Qué le ocurre, señora Murat? ¿Se encuentra mal? —se interesó una anciana rica de Le Paradou.

Los demás se acercaron. Pauline se vio rodeada por una serie de individuos que la miraban boquiabiertos. El doctor Peyron la tomó de un brazo y la hizo sentarse contra su voluntad. Era médico, la conocía desde hacía tiempo, y adivinó que la causa de esa transformación de su habitual personalidad era algún problema nervioso.

—Descanse un poco, señora Murat, esperearemos a que se reponga para empezar la reunión, no se preocupe.

Otro asistente le ofreció un vaso de agua. Pauline comprendió que no se podría zafar de aquello hasta que concluyese.

—Estoy mucho mejor —dijo con la mayor normalidad que pudo—. Comencemos, por favor. Eso sí, le ruego, doctor Peyron, abrevie en lo que pueda porque ha debido de sentarme algo mal y tengo ganas de descansar.

Durante la hora que duró la charla todos la miraban de reojo. No parecía la misma, distraída, nerviosa, como fuera de sí. Al concluir, le preguntó al director:

—¿Sabe dónde puedo encontrar al doctor Aldave?

Peyron consultó el reloj.

—O en su despacho o camino de España. Sale para allí esta misma tarde porque ha enfermado gravemente un pariente suyo.

Pauline abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Camino de España? ¿Esta misma tarde? ¡Pero yo debo hablar con él

inmediatamente! —exclamó elevando el tono de voz.

Los demás, que se estaban despidiendo en corrillos, la miraron extrañados, pero nadie se atrevió a decir nada.

—Bueno..., quizás lo pille todavía en el sanatorio, no sé a qué hora partía —añadió Peyron.

Como una exhalación corrió escaleras abajo tratando de orientarse hacia la dirección de los despachos médicos. Se tropezó con Larroque en el pasillo.

—¡Doctor! Estoy buscando al doctor Aldave. ¡Necesito hablar con él urgentemente!

—El doctor Aldave ha salido del sanatorio hace una hora más o menos y no volverá hasta dentro de unos días. Si yo le puedo ayudar en algo...

—No... sí. ¿Adónde ha ido? ¿Quién lo va a llevar a la estación? ¿Ha ido por su propio pie?

—No lo sé..., lo más seguro es que haya ido antes a casa de Poulet a recoger su equipaje.

—Sí, claro, tiene usted razón. ¡Gracias, doctor!

Pauline corrió hacia la puerta del Saint Paul. Su intención era ordenar al cochero que la llevase presto a casa de Poulet y, si Galo ya no se encontraba allí, dirigirse rápidamente a la estación. Al salir al exterior, al jardín delantero del sanatorio, empezaron a caer unas gotas gruesas de lluvia. «Qué mala suerte —pensó—. Menos mal que dispongo del coche». E inmediatamente recordó que su cochero no la estaba esperando, todavía faltaba una hora para que viniese a buscarla. El mundo se hundió bajo sus pies. Todo se conjuraba en su contra; además, la lluvia arreciaba bamboleada por el mistral. Por unos segundos pensó en tirar la toalla, pero imaginó su casa sin Galo, acompañada de nuevo por Clermont en las interminables tardes de invierno, y se removió en su interior la Pauline más luchadora, la combativa, y echó a andar por el camino a Saint-Rémy. Afortunadamente, el viento le iba a favor y eso le daba ánimo, pero el agua la había calado de arriba abajo y había perdido hasta el tocado. A mitad de camino, cuando empezaba a flaquear, un coche que venía tras ella paró nada más pasarla.

—¡Señora! —le ofreció el cochero—, voy a Saint-Rémy, ¿quiere que la lleve? Voy de vacío.

—¡Sí, se lo agradezco!

—Yo voy a la estación, señora, pero la llevo adonde vaya.

—¿A la estación? ¡No lo puedo creer! ¡Yo también voy allí!

—¡Suba rápido, pues, o va a coger una pulmonía!

«Qué suerte la mía, qué suerte la mía», pensaba Pauline. No sabía qué le iba a decir a Galo, su estado de nervios no le permitía ni reflexionar, solo anhelaba llegar a la estación antes de que partiera su tren. Cuando llegaron, le pareció distinguir a

Poulet entre los coches aparcados, aunque no quiso acercarse. Entró en el pequeño vestíbulo, pero allí el español no estaba. Salió al andén, y tampoco. Al volver a entrar, lo vio frente a ella. Estaba acompañado de François Poulet, que le llevaba el bolso de viaje. Se quedaron mirándose unos instantes. Pauline tenía un aspecto desastroso, mojada, despeinada, con el rostro desencajado... Aldave no supo reaccionar. No la esperaba allí.

—Pauline..., ¿qué haces aquí? —preguntó confundido.

—Tengo que hablar contigo a solas, Galo —requirió ella apremiante.

—Mi tren está a punto de salir, Pauline. Cuando vuelva hablamos, te lo prometo.

—¡No me basta con una promesa! ¡No puedes irte, Galo, al menos hasta que hayamos hablado con tranquilidad! —exclamó en voz alta, en un estado de gran nerviosismo.

—Cálmate, Pauline, la gente nos está mirando, tranquilízate. Hablamos a mi vuelta. Te lo juro.

—¡No me jures nada! ¡No me sirve de nada tu juramento! —siguió en el mismo tono alterado—. ¡Lo que necesito es que hablemos, que volvamos a vernos! ¿Por qué no vuelves por mi casa? ¡Ni siquiera me has dado una explicación! ¡Merezco una explicación! Al menos, por los buenos momentos que hemos pasado juntos.

La viuda se echó a llorar. Galo, aturdido, consultó el reloj; faltaban siete minutos para que el convoy partiera. Poulet la miraba indignado, pero callaba a regañadientes. No estaba dispuesto a permitir que el médico perdiera su tren. Consciente del espectáculo que estaban organizando, Aldave la tomó del brazo y la condujo hasta un rincón. Se sentía impotente, pero estaba decidido a salir hacia España.

—Pauline, nuestra historia ha sido maravillosa..., pero debe terminar.

—¿Que debe terminar? ¿Por qué? ¡Dime por qué, necesito saberlo! ¡Algo ha sucedido y tengo que saberlo! ¡Dame esa oportunidad! ¡Dame la oportunidad de explicarme si has descubierto algo sobre mí que no te agrada! —exclamó Pauline desesperada.

—¡Pauline, por favor, no quiero perder ese tren! Te he dicho que hablaremos a mi vuelta. Ahora debo irme —insistió, mirándola fijamente a los ojos, intentando transmitirle su decisión irrevocable.

Giró sobre sí mismo y avanzó hacia el andén, deseando que ella no le siguiera. Poulet le entregó el bolso. Cuando estaba con un pie en la escalerilla del vagón, Pauline le sujetó el brazo. Tenía el aspecto de una mujer derrotada. Con un hilillo de voz le dijo:

—Si me abandonas..., quiero saber por qué... o por quién.

Esto último no lo esperaba Aldave.

—De acuerdo —dijo afirmando varias veces con la cabeza—, a mi vuelta.

Y el tren partió.

Esa noche Pauline estuvo agitada, febril, dando vueltas continuamente en la cama, intentando analizar pormenorizadamente el cambio de actitud de Galo, buscando la manera de que volviera a ella, de que la siguiera amando. Entre sueños le venía a la mente todo mezclado: el mueble antiguo, las cartas del ecónomo, la calavera del sótano y, sobre todo..., la hermana Anne-Marie. ¿Era ella la clave de todo? ¿Galo había dejado de amarla por aquella monja mosquita muerta? En cuanto amaneció se puso en pie. Había urdido un plan. Y debía llevarlo a cabo cuanto antes, esa misma mañana. Se sentía congestionada y tenía escalofríos, pero nada la retuvo. Se vistió, pidió al cochero que preparase la calesa y salieron hacia el sanatorio. Todavía se percibía el olor de la tierra mojada, pero las nubes y el mistral habían desaparecido y un tímido sol apuntaba en el horizonte. A pesar de lo temprano de la hora, el Saint Paul ya estaba en plena actividad. Se dirigió sin más preámbulos al despacho de la superiora, confiando en encontrarla allí.

—Madre Épiphane, ¿da usted su permiso?

—¡Pauline! ¡Qué sorpresa a estas horas! Pase, pase, por favor, tome asiento, querida. —Pauline obedeció—. ¿Le ocurre algo? La veo muy sudorosa.

—No es nada, madre Épiphane, tan solo unas décimas de fiebre. Ayer me sorprendió la lluvia y cogí algo de frío, pero lo que le tengo que decir es tan importante que me he visto obligada a venir.

La monja, que sentía un gran respeto, e incluso admiración, por la viuda (era joven, elegante, rica, generosa...), mudó el semblante.

—Usted dirá...

—Se trata, madre, de un tema extremadamente delicado y que, si es posible, no debe salir de estas cuatro paredes.

La superiora estaba seria, expectante.

—Como usted quiera, Pauline, lo que me diga quedará entre nosotras.

La viuda cogió aliento.

—Madre..., lo que debe usted saber es que dentro del Saint Paul... alguien está cometiendo un pecado muy grave.

La religiosa tardó en reaccionar.

—¿Un pecado muy grave? ¿Está usted segura?

—Sí, madre..., desgraciadamente sí.

—¿Y soy yo la persona indicada para saberlo?

—Sí, madre, porque de manera indirecta... le incumbe.

—¿A mí? —preguntó la monja extrañada.

—A usted, como superiora de su comunidad.

—No sé lo que pretende insinuar, Pauline. Dígame sin rodeos de qué se trata. El Señor me ha hecho afrontar grandes retos en esta vida. No será este el primero ni, seguramente, el último.

La viuda llevaba bien preparado el discurso.

—Está bien, madre, hablaré con claridad: una de las religiosas del sanatorio ha traicionado su voto de castidad, está teniendo relaciones ilícitas con un hombre.

La superiora se levantó de la silla.

—¿Cómo dice? Esa acusación es muy seria, Pauline, un verdadero pecado mortal. Debe estar usted completamente segura para realizar una afirmación así.

Pauline prosiguió.

—Lo estoy, madre, de otra forma ni se me hubiera pasado por la cabeza venir aquí.

La religiosa volvió a sentarse, pálida como una hoja de papel.

—¿Y en qué se basa, es que alguien le ha contado algo?

—No, madre, en ese caso yo misma lo pondría en tela de juicio. Nadie me lo ha contado. Lo he visto yo con mis propios ojos, ayer mismo.

—En ese caso, debe detallármelo todo, por crudo que sea —exigió la religiosa, digna.

—Comprenda, madre, que esta conversación no es nada agradable para mí, pero mi conciencia me obliga a referirle todo lo que vi para que usted haga lo que crea conveniente. —La superiora esperaba, conservando a duras penas la compostura—. Ayer por la tarde, antes de la reunión anual con los benefactores del sanatorio, comencé a encontrarme mal. Como no quería indisponerme en medio de todos ellos, me dirigí al despacho del doctor Aldave para que me examinase. La puerta estaba cerrada y, aunque llamé, nadie contestó. Como al doctor le gusta pasear por el jardín salí a ver si lo encontraba. Allí me di cuenta de que las contraventanas de su despacho estaban entreabiertas y me acerqué por si estaba enfrascado en sus estudios y no me había oído. ¡Ojalá no se me hubiera ocurrido mirar!... ¡Lo que vieron mis ojos a través del cristal no podré olvidarlo nunca, nunca! —exclamó, dramatizando fabulosamente, tapándose la cara con las manos.

—Siga, por favor —pidió la monja sofocada.

—Vi al doctor Aldave y a la hermana Anne-Marie medio tumbados en la camilla... ¡besándose apasionadamente! —La madre Épiphane la miraba perpleja, incapaz de pronunciar ni una palabra—. ¡Y no solo eso! ¡Ella se había quitado la toca y se le veía perfectamente el cabello y el cuello! Figúrese, madre, debieron de cerrar con cerrojo la puerta y olvidaron juntar del todo las contraventanas. Inmediatamente di media vuelta y me fui, tremendamente ofuscada, a la reunión. Por supuesto, todos los presentes intuyeron que algo me ocurría, pero improvisé una excusa. Imagínese qué noche he pasado, hermana, sin poder dormir, dudando si contárselo a usted o callarme y aguardar un posible escándalo. Finalmente, mi conciencia me ha conducido hasta su despacho.

La superiora apoyó los codos sobre la mesa y la frente en las palmas de las

manos. Al cabo de unos segundos, que a Pauline se le hicieron eternos, añadió:

—Es algo gravísimo lo que me ha contado, Pauline. He de darle las gracias por habérmelo comunicado a mí personalmente. Ahora soy yo la que debo comprometerla a no divulgar semejante hecho. —La viuda asintió con la cabeza—. En este momento debo reflexionar a la luz de la fe sobre lo sucedido, esa es mi primera tarea como responsable de la comunidad.

—¿Ya sabe lo que va a hacer al respecto?

—Ante un problema de esta envergadura no se pueden tomar decisiones precipitadas, Pauline. Además, tendré que oír el testimonio de la hermana.

Pauline se impacientó. Eso no entraba en sus planes.

—¿Cómo que el testimonio de la hermana? ¿Acaso cree que ella le va a contar con pelos y señales lo que ocurrió? Ella lo negará, como pasa siempre.

—Eso ya lo veremos. Hay que darle la oportunidad de arrepentirse y, para ello, debe confesar su culpabilidad, y no solo ante el Señor, sino también ante mí, que soy la madre superiora.

—Pero... con el arrepentimiento no basta, madre. Una conducta así no es digna de este sanatorio. Una persona que pierde de esa manera su honra no puede permanecer en el Saint Paul. Además, seguro que alguien más los ha visto o ha sospechado que existía un lazo más fuerte que la amistad entre ambos. Imagínese el escándalo si se propaga la noticia entre los familiares de los pacientes, y no digamos entre los benefactores; incluso la presencia de su congregación en el Saint Paul correría peligro, madre. —Pauline se acercó más a la mesa, mirando de lleno a la monja, persuasiva—. Debe tomar una determinación rápida que corte el asunto de tajo. Así es como se solucionan estas cosas. La hermana Anne-Marie debe abandonar cuanto antes el sanatorio con cualquier justificación y el problema estará resuelto. De otra forma, ese germen que ha nacido entre ellos crecerá y las cosas se complicarán fatalmente.

La religiosa se tomó unos segundos antes de responder a la sugerencia de la viuda.

—Es usted una mujer muy sensata, Pauline. En este momento no puedo negar que estoy muy afectada no solamente por el desgraciado hecho en sí, sino sobre todo porque la protagonista sea la hermana Anne-Marie, muy querida en la comunidad. Pero la vida es así. Los humanos somos así, pecadores, y nuestro Señor, en su misericordia, nos ofrece siempre el perdón... Pero tiene usted razón, es un tema muy complicado y si se siguen viendo los dos... solo Dios sabe en qué puede acabar todo...

CAPÍTULO 27

Arles, Nîmes, Montpellier, Béziers, Perpignan... El ferrocarril iba avanzando hacia la frontera dejando atrás los campos de girasoles y amapolas, los bosques de fresnos, las vides... Aldave meditaba sobre lo vivido en los últimos tres meses, en el vuelco radical que había dado su existencia. ¿Había sido fortuito? ¿O era fruto de la predestinación? Qué curioso, no había solucionado el enigma de las muertes del Saint Paul, que es lo que buscaba y, sin embargo, estaba a punto de resolver el misterio de su propio origen, que nunca pretendió descifrar. La noche penetraba ya todos los rincones y el vaivén del convoy lo sumió en un apacible sopor. Pauline Murat, la hermana Anne-Marie, la hermana Concepción, incluso Camille Bruneau vinieron a su mente, una tras otra, casualmente todas serenas y sonrientes. Galo las contemplaba en silencio, obligado por una fuerza superior a elegir a una entre todas. Ellas se acercaban, le tendían una mano mientras le ofrecían un regalo con la otra: una flor, un pañuelo, una caracola... La única que no llevaba nada para obsequiarle era la hermana Concepción, que le tendía las dos manos. Él las aceptó, las apretó con fuerza y en ese mismo instante ella desapareció. Aldave despertó del sueño. Habían llegado a España y un policía le pedía la documentación. Sus compañeros de departamento, todos despiertos, estaban ya mostrando la suya. A su lado viajaba un comerciante catalán que regresaba de cerrar un sustancioso negocio en Niza.

—Ha dormido bien, ¿eh?

Aldave le contestó con una media sonrisa. No tenía ganas de hablar. A la media hora de subir al tren, el hombre ya le había contado su vida y, pese a sus indirectas, Galo no quiso entrar en su juego teniendo que contarle la suya. Volvió a cerrar los ojos. Oía cómo el comerciante hablaba en francés con el matrimonio que compartía con ellos el departamento. Venían de Marsella y visitaban por primera vez España, de vacaciones. Barcelona iba a ser su primer destino. Él les describía lo mejor de la ciudad, lo que no podían perderse. Cuando Galo despertó de nuevo, ya había amanecido y ahora eran sus tres acompañantes los que dormían. Abrió un poco la ventana para que entrara el aire. Hacía casi dos años que no pisaba su país, que no contemplaba los campos de trigo recién segados, los almendros, los pinos... Regresaba a casa, pero conforme pasaba el tiempo cada vez que lo hacía se sentía más extraño, más extranjero, a pesar de haber añorado el regreso en muchos momentos de soledad. Extranjero en Francia y extranjero en España. Era la misma sensación que le transmitía su madre cuando visitaba a su familia en Francia. También ella se encontraba extraña en su propio país, mientras que en España siempre sería *la Francesa*. Sintió ternura por sus padres, ya mayores. ¿Qué pensarían si supieran que en ese momento se dirigía a encontrar respuestas al gran interrogante

de su vida? Conociéndolos, su madre se entristecería, temiendo que eso supusiera un distanciamiento de ellos, y su padre la tranquilizaría, argumentando que él estaba en su derecho y que no por ello iban a perder su cariño.

Llegaron a Barcelona, a la estación que todo el mundo llamaba *de Francia*. En realidad era el lugar donde estacionaban los trenes procedentes del vecino país, de la Compañía de los Ferrocarriles de Tarragona a Barcelona y Francia. Un nombre largo que siempre le había llamado la atención. Se despidió del matrimonio francés y del comerciante catalán, que se había ofrecido a explicarle cómo llegar a la estación del Norte, desde donde partía el tren hacia Zaragoza.

—Muchas gracias, pero sé dónde está, en la calle Vilanova —especificó Aldave, dejando casi con la palabra en la boca a su interlocutor.

El tiempo en la ciudad bañada por el Mediterráneo era magnífico. Aunque conocía de sobra el camino entre las dos estaciones, cogió un coche de alquiler para llegar antes. Al entrar en la estación del Norte experimentó, como siempre, la sensación de regreso al hogar. Las gentes que pululaban entre andenes y cantinas eran bien distintas a las de la estación de Francia. En la primera predominaba una mayoría de negociantes, banqueros, nobles, burgueses..., todos perfectamente vestidos, con lujosos equipajes, acompañados algunos por sirvientes..., mientras que en la segunda sobresalían los pequeños comerciantes, los labradores, algún clérigo y las mujeres que llegaban a la capital para servir, todos ellos de las tierras del Ebro: riojanos, navarros, aragoneses, leridanos..., ataviados de múltiples maneras, desde baturros a payeses, desde humildes maestros de pueblo hasta señoras de la aristocracia rural que acudían a Barcelona a adquirir los últimos tejidos de la temporada. También se veían y se oían y hasta se olían animales de todos los pelajes: gallinas, conejos, perdices, cochinitos... Ya estaba en casa. Preguntó por la hora de salida del primer tren hacia Zaragoza. Faltaba una hora y veinte minutos. Compró el billete y se dirigió a una de las tabernas de la estación a tomar algo. Había lentejas y coca con sardinas. Mientras comía, el guirigay le recordó al de la estación de Marsella el día que llegó a la Provenza. También allí comió algo típico de la región y, mientras lo probaba, le vino a la mente la gitana que le leyó la palma de la mano. Le había vaticinado que el viaje que estaba realizando iba a cambiar el curso de su vida. Al fin y al cabo, la gitana había tenido razón, su presagio se estaba cumpliendo. Un ligero nerviosismo se adueñó de él por un instante.

Llegó a Zaragoza pasada la medianoche. A su lado había viajado un matrimonio de mediana edad que regresaba de Barcelona de asistir a la boda de un pariente. Él era sastre y había aprovechado el viaje para encargarse de telas. Les preguntó sobre alguna casa de huéspedes próxima a la estación, pero ellos insistieron en ofrecerle la suya, a solo dos manzanas de allí. Como estaba cansado y dudaba que le abrieran a esas horas en alguna posada, aceptó la invitación. Aunque no le preguntaron nada, por

agradecimiento a su generosidad les explicó que venía de Francia y se dirigía a Alcañiz a solucionar unos asuntos. De cara a la continuación de su viaje al día siguiente, le indicaron un local donde alquilaban coches con y sin conductor para realizar un trayecto largo como el que pretendía hacer. Siempre llegaría antes con un coche ligero que con la diligencia Zaragoza-Alcañiz, que paraba en todos los pueblos. A primera hora de la mañana se presentó allí. El propietario del local le propuso compartir un coche con un herrero de Aguaviva, una villa a ocho leguas de Alcañiz, para compartir los gastos. A Aldave le pareció una idea estupenda y cerraron el trato. Salieron poco después con la intención de llegar antes del anochecer.

El herrero viajaba con el más pequeño de sus hijos, un chiquillo con pecas, algo pelirrojo y cara de espabilado. Entre ellos hablaban un dialecto raro, una especie de mezcla entre el castellano, el catalán y el valenciano. Siempre acudían a Zaragoza con su propio carro para cargarlo de material para la herrería, pero había sufrido un pequeño percance en la ciudad y debían regresar ya a casa. Volverían con el coche de alquiler cuando estuviera reparado el carro. Conducía el herrero. Vestía el traje típico de la tierra aragonesa: pañuelo estampado anudado en la cabeza, blusa blanca enjaretada, chaleco negro, pantalones marrones, medias y calzones beis, faja de rayas, espinilleras negras y alpargatas blancas. Durante el viaje hablaron de todo, de sus respectivas vidas, de la vida, del paso de las estaciones, del oficio de herrero, de la profesión de médico, de la guerra y hasta del pequeño rey y la reina regente. Era un hombre afable y educado. Mucho más instruido que la gente de su nivel social que Aldave había conocido. Podría decirse que, a su manera, sabía interpretar la vida, sabía aprender de la vida y era un hombre sabio. Con pocas palabras, sin grandes argumentaciones, sus frases estaban llenas de conocimiento y también de esperanza. El chicuelo los escuchaba con los ojos abiertos, sin querer perderse nada, pero sin pronunciar palabra, a no ser que Aldave o su propio padre le preguntasen algo. Entonces respondía siempre con rapidez, pícaro y alegre, apuntando después con su tirachinas a la primera sargantana que viera durmiendo al sol. Con las prisas, Galo no llevaba encima ni un altramuz que llevarse a la boca, pero el herrero compartió con naturalidad los bocados de la olla que les había preparado su mujer, consistentes en pedazos de cerdo y longaniza en adobo y, por supuesto, la bota de vino.

Iban atravesando poblaciones que Aldave conocía de oídas, todas regadas por el padre Ebro: El Burgo de Ebro, Fuentes de Ebro, Quinto de Ebro... Al sentir tan de cerca la presencia del río, recordó un poema de un poeta judío expulsado de Tudela: «Río Ebro, regresaré aunque solo sea para morir en tus orillas». Sintió añoranza de su casa, de sus correrías por la huerta tudelana, de sus amigos de infancia, los mismos que le despreciaron cuando llegó del orfanato, pero que poco más tarde, afortunadamente, le ofrecieron su camaradería. Observaba al hijo del herrero, de una edad parecida a la que él mismo tenía cuando lo adoptaron. Era evidente cómo

admiraba a su padre cuando conducía el coche por terrenos difíciles, cuando detallaba el procedimiento de forjar una herradura, cuando callaba, erguido, con la vista en el horizonte. También él con esos años, en Zaragoza, fantaseaba con un padre al que poder obedecer y admirar. El destino quiso que su sueño se hiciera realidad el día en que un caballero elegante y distinguido le abrazó y le llamó por vez primera *hijo*. Ahora, como el deseo del poeta judío, estaba regresando, estaba recorriendo en sentido contrario el camino por el que alguien le condujo cuando era un recién nacido. A punto de recalar en el nacimiento del río de su vida, trataba de embeberse de todo lo que le rodeaba: vegas, ganados, colinas, campesinos..., intentando retenerlos en su memoria.

El camino era bastante bueno y, como no llevaban apenas carga, el herrero calculó llegar a Alcañiz rondando la caída del sol. Él y su hijo harían noche allí, en casa de unos parientes. A Galo ya le había recomendado una posada. A unas tres leguas de la ciudad el paisaje cambió. Un terreno árido, despojado de vegetación, dio paso a los olivos, a los almendros y a los campos de cereal recién segado. Pequeños cerros enmarcaban el horizonte, y las gentes con las que se topaban, casi todos labradores que regresaban a casa con los carros llenos, les saludaban con cordialidad. A punto estaba el sol de desaparecer cuando llegaron a un extenso embalse para riego al que llamaban *La Estanca*. Los últimos rayos se reflejaban en el agua, dotándola de infinidad de colores. Nada más dejarlo atrás, divisaron Alcañiz. Galo no lo había imaginado así, tan armonioso. Sobre un cerro, un castillo dominaba toda la extensa llanura, y a su alrededor, las casas dispuestas una junto a otra, entre las que destacaba una gran iglesia. El río Guadalupe lo rodeaba todo, como si de un cinturón de seda se tratase. Su vega se extendía a ambos lados de la carretera de entrada a la ciudad, repleta de verduras y de frutales cargados de joyas: ciruelos, higos, melocotones, peras... El herrero paró. «Es el huerto de un amigo. Si se entera de que he pasado y no he cogido algo..., se ofende». Recogieron entre los tres algunas piezas que estaban en el suelo. «Esto, para la cena». Antes de cruzar el puente se despidieron. Los otros dos se quedaban allí porque al día siguiente finalizaban el viaje hasta su pueblo. Galo cogió su bolso, ya de noche, y cruzó el puente. Hasta ese momento, distraído por la conversación y la compañía del herrero y su hijo, apenas había meditado en lo crucial que podía ser la jornada siguiente en su vida. Conforme subía por la calle Mayor, la principal, sintió una ligera inquietud. Preguntó por la posada Barnolas a un hombre joven que bajaba con una espiga de trigo en la boca. «Un poco más arriba. ¿Ve usted ese palacio a mano derecha? Pues en esa bocacalle de enfrente la tiene». La posadera era una mujer entrada en años y en carnes con el pelo gris y unas pronunciadas ojeras. Cojeaba de la pierna derecha, circunstancia que no le impedía ir de aquí para allá con una vitalidad rara en una persona de su edad y sus kilos. Era una mujer callada, pero, sin duda, observadora. En un segundo taladró con la mirada al médico de arriba

abajo, con estudiado disimulo. Le condujo a una sencilla habitación y algo más tarde le llevó un poco de cena, como Galo le había pedido: una gran taza de caldo de gallina y una torta de pimiento, tomate y jamón. El cuarto tenía humedad, y Aldave se acostó pronto, cansado del largo viaje. No se pudo dormir hasta muy tarde, del nerviosismo que le invadía, pero al final concilió el sueño.

A la mañana siguiente la calle Mayor estaba llena de actividad. Los comercios de todo tipo —telas, alimentos, vinos, boticas— estaban abiertos y la gente entraba y salía sin cesar. A pesar de lo empinado de la vía, unas cuantas mujeres portaban en sus cabezas grandes tinajas cargadas de agua. Todas vestían trajes similares, unas faldas plisadas o abullonadas cubiertas con delantales, alpargatas y pañuelos de colores que les cubrían el tronco dejando entrever la pequeña puntilla de la blusa a la altura del cuello. Llevaban la cara y la frente despejadas, peinadas con moños de trenzas cerca de la nuca. La casa de la familia de la hermana Concepción estaba ubicada en la zona alta de la ciudad. Galo llevaba consigo la carta de la madre Épiphanie y esto le daba cierta seguridad a la hora de iniciar el contacto con ellos. Pasó por la plaza, con el edificio del ayuntamiento y la lonja, magníficos, y con la monumental iglesia que había distinguido el día antes a lo lejos.

La calle que buscaba en realidad era una callejuela corta y estrecha, sin salida, con algo de desnivel, que partía de la calle de San Juan. Todas las viviendas estaban adornadas con flores en las ventanas y hasta en los quicios de las puertas, en el mismo suelo, lucían esplendorosas una hilera de macetas. Una mujer barría su portal y, en cuanto lo vio titubear mirando los números de las casas, le espetó:

—¿Busca usted a la Tomasa?

—Sí, señora. Es esta su casa, ¿verdad?

—Esta misma es, pero no hay nadie, la Tomasa está a comprar, no tardará. Si quiere le saco una silla y la espera en mi patio.

—No, muchas gracias, señora, no se moleste, la esperaré aquí.

Antes de que acabara la frase, ya estaba la vecina con una silla baja en la mano.

—Si no quiere entrar en casa, no entre, pero no se quede ahí como un pasmarote. Siéntese un poco que enseguida vendrá.

Aldave no quiso contradecirla.

—¿Y viene usted de lejos? —le preguntó la mujer, sin dejar de barrer, dándole la espalda.

—Sí, señora, de bastante lejos.

—Igual viene usted de Zaragoza.

—Un poco más lejos. De Francia.

—¡Ah...! —exclamó asombrada, mirándole de arriba abajo—. Ya decía yo que vestía usted muy elegante. ¿Quiere beber agua? Tengo el botijo con agua fresca a mano.

—No, gracias, por ahora no.

—Mire, ahí viene la Tomasa. ¡Tomasa, que tienes visita!

Galo se puso en pie bastante nervioso.

Al verlo, la mujer, extrañada, ralentizó el paso.

—Buenos días, señora Tomasa —se presentó quitándose el sombrero y tendiéndole la mano. La mujer estaba cohibida—. Soy Galo Aldave, el doctor Aldave, vengo de Francia, de Saint-Rémy. Le traigo una carta de la madre Épiphane.

La mujer enrojeció. Tras unos segundos de vacilación, le indicó la puerta de su casa. Estaba solamente entornada y entraron. Aunque con la toca era difícil precisar la edad de una monja, su hermana Tomasa parecía mayor. Subieron a una habitación del primer piso que servía de cocina y comedor. Todo era muy sencillo, pero daba sensación de limpieza y pulcritud. Sin apenas mediar palabra, mientras Aldave esperaba sentado en la mesa del centro de la estancia, la mujer entró en una habitación contigua y salió con un plato con pastas y una botella de licor.

—Gracias, están muy ricas.

—Recién hechas, de ayer.

—Esta es la carta de la que le he hablado —indicó Aldave acercándole el sobre.

Tomasa no lo cogió de encima de la mesa. Galo supuso que no sabía leer.

—Es el pésame de toda la congregación por la muerte de su hermana. Era una persona muy querida. Yo tenía previsto viajar a España y me he prestado a traérsela en persona.

—¿Usted conoció a mi hermana?

—Por supuesto que la conocí. Y no solo eso, le tenía un cariño muy especial. No sé si están enterados de cómo ocurrió, murió de repente y, además, delante de mí, sin que pudiera hacer nada por salvarla. No lo olvidaré nunca. ¿Hace mucho tiempo que no se veían?

—Casi treinta años.

A Aldave le dio un vuelco el corazón.

—¿Desde que se metió monja?

—Sí, pero nos escribíamos.

—¿No tienen más familia?

—Nosotras no. Bueno, yo tengo a mi marido y a mi hija que está casada aquí en Alcañiz.

La mujer permanecía sentada en su silla, frente a Galo, amable, pero seria y concisa en sus respuestas. Tan solo movía los músculos faciales que precisaba para contestar a Aldave y el resto de su cuerpo transmitía cierta rigidez. Galo intentó tranquilizarla hablando de lo mucho que le había gustado la ciudad y de la singularidad de una fuente de setenta y dos caños a la entrada desde Zaragoza. Poco a poco, Tomasa se fue abriendo contando detalles de la localidad y de su vida

cotidiana. Cuando Aldave intuyó que comenzaba a simpatizar con él, se aventuró a preguntar.

—Señora Tomasa, voy a hacerle una pregunta un poco especial. ¿Cómo es que su hermana se metió monja?

La mujer se volvió a sonrojar. Encogiéndose de hombros dijo:

—Ella lo quiso así.

—¿No hubo ninguna razón especial? —preguntó Galo, lo más cálido que pudo.

—Que yo sepa no —respondió la mujer sin mirarle a los ojos.

Aldave decidió jugarse todo a una carta. No podía salir de allí sin averiguar la verdad, y debía hacerlo antes de que llegara su marido.

—Soy el médico del sanatorio donde vivía su hermana y los dos trabamos una gran amistad, tanto que llegamos a sincerarnos el uno con el otro, quiero decir que llegamos a confesar cosas de nuestras vidas que nadie conocía. —La mujer cada vez estaba más impresionada—. ¿Sabe lo que quiero decir?

La mujer no contestó, ni siquiera con la cabeza. Galo bebió un trago.

—Señora Tomasa..., su hermana guardaba un gran secreto, algo de su pasado, de su juventud, que la atormentaba...

La mujer apoyó los codos en la mesa y se tapó la cara con las manos. Aldave no sabía si seguir o dejar que ella estallara.

—La hermana Concepción me contó todo, se desahogó conmigo, tal vez porque yo también era español.

Tomasa, con gran serenidad, retiró las manos del rostro.

—Y usted... ¿a qué viene aquí? Eso es algo que pasó hace muchos años y mi hermana ya está muerta. No hay que revolver esas cosas. La pobre ya pagó todo con creces —susurró entre lágrimas.

—No me interprete mal, por favor. No he venido a remover nada, mucho menos la memoria de su hermana, pero tengo que decirle algo muy importante, tremendamente importante, Tomasa.

Ante la vehemencia de Galo, la mujer se puso en guardia.

—Respóndame tan solo a una pregunta, una sola, y después me iré, se lo prometo.

La mujer, más calmada, hizo un gesto de asentimiento.

—¿Alguien de su familia tenía una mancha en la espalda, además de su hermana?

—¿Cómo sabe que mi hermana tenía una mancha?

—He sido su médico y la he reconocido en alguna ocasión. Ella me dijo que era algo hereditario en su familia —improvisó.

—Sí, la tenían también mi padre y mi abuela. La Concepción la heredó.

—¿Y su hija la ha heredado?

—No, ni mi nieto. Solo se hereda de padres a hijos. ¿Por qué me pregunta estas cosas?

—No se asuste, Tomasa, se lo ruego, pero voy a enseñarle algo.

La mujer, como adivinando que algo grave se avecinaba, permaneció inmóvil en la silla, con los ojos como platos. Aldave se levantó, se quitó rápidamente la levita, el corbatín y la camisa, sin mirar directamente a Tomasa; después, con el torso desnudo, se volvió.

—¡Ah! —profirió ella con un hilillo de voz.

Galo se giró. Estaba con la mano en el pecho, pálida, asustada. Le recordó a la hermana Concepción y temió que también a ella le diera un ataque. Se acercó rápidamente y, arrodillándose, le tomó las manos.

—Tomasa, tranquilícese —le dijo con cariño—. Yo también estoy muy nervioso. Para mí también es muy difícil esta conversación. ¿Ahora comprende por qué he venido hasta aquí a verla? Su hermana nunca supo que yo también llevo la mancha de su familia, nunca sospechó que yo pudiera ser... Pero yo debo conocer toda la verdad, entiéndame, ¡comprenda lo importante que es para mí! —exclamó Galo sollozando, sin poder ya contener toda la tensión que llevaba dentro.

La mujer continuó en silencio, pero sin soltar las manos de Galo ni retirar su cabeza del regazo. También lloraba sin consuelo, como si en todos los años de separación de su hermana no hubiera podido derramar ni una lágrima.

—¿Cuántos años tiene usted? —le preguntó cuando pudo.

Aldave, al oír su voz cercana, se serenó, se levantó y acercó su silla a la de la mujer.

—Veintinueve. Cumpló treinta el mes que viene.

—Es usted el hijo de mi hermana —dijo Tomasa con plena convicción.

—¿Está usted segura?

—¿Viene usted de la inclusa de Zaragoza?

—Sí.

—Entonces estoy segura.

Permanecieron unos segundos en silencio, sin saber Aldave cómo continuar, de lo afectado que estaba. Al reparar en su desnudez, se levantó y comenzó a vestirse.

—Tiene el mismo tipo que mi padre, el mismo andar —reconoció la mujer para sí misma, cargada de emoción.

Galo volvió a sentarse junto a ella.

—Tomasa, no tiene que temer nada de mí, no he venido a pedir nada, eso quiero que quede claro y, si usted lo desea, esta conversación quedará entre nosotros, no tiene que saber nadie lo que hemos hablado aquí..., pero usted debe contarme cómo sucedió todo, cuál fue la verdadera historia de su hermana..., lo comprende, ¿verdad?

La mujer asintió sin mirarlo.

—Yo se lo voy a contar —musitó con voz entrecortada después de pensarlo unos segundos—, pero usted debe jurarme delante de un crucifijo que lo que le cuente no

va a salir de estas cuatro paredes en la vida.

—De acuerdo, le doy mi palabra.

Ella se levantó y desapareció por la puerta. Regresó con una cruz plateada que descansaba en un pequeño pedestal de madera. La dejó encima de la mesa. Galo aguardaba a que la mujer dijera algo, pero como permanecía en silencio pensó que estaba esperando su juramento. Levantó la mano derecha mientras rozaba con la izquierda el crucifijo.

—Juro por Dios mantener en secreto durante toda mi vida lo que hablemos hoy aquí.

Tomasa suspiró.

—Usted es médico y viene de Francia. Allí las cosas no serán como aquí. Nosotros, ya lo ve, somos gente pobre. Mi padre era labrador y a nosotras, en cuanto fuimos un poco mocicas, nos pusieron a servir. Yo primero, porque le llevaba a mi hermana seis años. La Concepción empezó a los doce años en casa del señor notario, que era una de las mejores casas de Alcañiz porque la señora era muy buena con la gente empleada. Mi hermana era muy espabilada y llevaba la casa de maravilla. A los veinte años yo me casé y me quité de servir. Mis padres se murieron al poco, con un año de diferencia, y nos fuimos a vivir con mi hermana a la casa de mis padres. Cuando la Concepción tenía diecisiete años llegó a la notaría un escribiente de un pueblo cerca de Valencia y la engatusó. Aunque no nos decía nada, se veía que le gustaba porque no hacía otra cosa que mentarlo: el Vicente por aquí, el Vicente por allá, y eso que era poco habladora. Yo lo conocía de verlo por la calle y a mí no me gustaba nada, un señoritingo pero sin haberes, usted ya me entiende, muy estirado para este pueblo. Como la vida te enseña, yo tenía miedo de que perdiera la cabeza por uno así, que, además, estaba de paso, porque el notario había pedido destino en Zaragoza. Le dije mil veces que no era hombre para ella, que era una simple criada, que solo quería aprovecharse de una chica sin malicia..., pero no me hizo caso. Nadie los vio nunca juntos porque el gran sinvergüenza ya se guardó de ir con ella por la calle para no comprometerse. Un día la Concepción vino a casa diciendo que al notario ya le habían dado la plaza de Zaragoza y en dos meses levantaban la casa. Nos lo contó mientras estábamos cenando y mi marido y yo nos quedamos como si no pudiéramos hablar, sin decir ni palabra. No nos atrevíamos a preguntarle si le habían dicho de ir con ellos o si iba a buscar otra casa en Alcañiz, pero la vimos contenta y pensamos que se iría. Cuando llegó el día, vino a casa y se echó a llorar, usted no sabe cómo. La señora le había dicho que en el trato con el notario de Zaragoza, que se acababa de jubilar, habían acordado que se quedarían con el servicio de la casa de Zaragoza, con criados y escribientes. Ni al Vicente ni a ella se los iban a llevar. Aunque nos dio pena verla así, nosotros nos pusimos contentos porque se quedaba en Alcañiz y además él tenía que volver a su tierra. Yo, que la conocía bien,

sabía que ella confiaba en que el Vicente buscara trabajo con el nuevo notario o en otro sitio de por aquí, pero no, se fue. Desde ese día ella no parecía la misma, no comía, no se levantaba de la cama, estaba blanca como una muerta... Los vecinos empezaron a murmurar porque no salía de casa para nada. Tuvimos que inventarnos que tenía anemia... Hasta que salió la verdad: estaba encinta. —Tomasa miró a Galo—. Usted no sabe la deshonra que es eso, para ella y para toda la familia. Yo pensaba que me iba a morir. Y, además, mi hermana estaba muy mala, devolviendo todo el día y llorando. Lo primero que hizo mi marido fue escribir al notario a Zaragoza para que le diera las señas del Vicente. El señor notario, que parecía que algo se había oído, nos mandó una carta diciendo que no nos las mandaba porque había quedado mal con él, y además había vuelto a su tierra donde le esperaban su mujer y sus hijos. ¡Imagínese cuando nos enteramos! No sabíamos qué hacer porque la intención de mi marido era ir a buscarlo adonde fuera y obligarle a que se casara con la Concepción. Pasamos unos días muy malos, pero al final mi marido le contó la verdad a mi hermana. Ella a lo primero no se lo creía, pensaba que era un embuste nuestro para que se olvidara de él. Parece ser que, estando aquí, le había prometido matrimonio el muy canalla. A mi hermana le había enseñado letra la mujer del señor notario y cuando leyó la carta... se derrumbó. Yo había servido en casa de uno de los médicos del hospital y me quería mucho la familia. Desesperada, fui a hablar con él y le conté todo. Se quedó de piedra porque no se esperaba una cosa así de mi hermana, pero me dijo que nos iba a ayudar, pero que le teníamos que dejar pensar cómo arreglarlo todo. Una tarde se presentó en casa y habló a solas con la Concepción. Estuvieron hablando más de hora y media en su habitación. Mi marido y yo aguardábamos aquí. Cuando salieron, mi hermana tenía mejor cara. El doctor nos explicó que teníamos que decir que tenía tisis y no podía salir de casa para curarse y para no pegársela a nadie. En cuanto diera a luz, llevarían al niño a la inclusa y ella se iría a Francia con una pariente nuestra lejana que se había metido monja. El doctor ya le había escrito y ella estaba conforme. También mi hermana parecía estar conforme con todo. Y así pasó: cuando se puso de parto, mi marido fue corriendo a avisar al doctor y a la mañana siguiente llevó al niño... —Tomasa calló unos segundos—, a usted..., a la puerta del hospital donde se dejaban los niños para la inclusa. Y a los quince días el doctor en persona llevó a mi hermana a Zaragoza a coger el tren. Ya no la hemos visto más.

La narración de la mujer estremeció a Galo. Desde que sospechó que la hermana Concepción podía ser su madre había ideado mil conjeturas sobre el porqué de su abandono, casi todas parecidas a lo que realmente había sucedido, pero al conocer la verdad de una manera tan descarnada en boca de su propia hermana, que la había vivido tan de cerca, en el mismo escenario donde ahora se encontraban..., un dolor sordo, profundo, comenzó a horadarle el pecho, la garganta, y no pudo evitar, de

nuevo, el llanto. Entonces Tomasa se levantó, se acercó a él y le acarició la cabeza, como si fuera un niño. También ella lloraba.

Cuando Galo salió a la calle ya no estaba la vecina de antes. Un anciano reposaba sentado en el portal de otra casa, pero a Aldave le dio la impresión de que no le veía, quizás por ceguera. Tenía claro que su vida había cambiado radicalmente después de aquella visita. Tomasa y él se habían despedido de una forma casi dramática, con la mutua convicción de que no se volverían a ver, por deseo expreso de ella. Él le había dejado su tarjeta de visita con la dirección de París y se había ofrecido para lo que pudiera precisar de ese momento en adelante, pero la intención de Tomasa era firme: a pesar de la emoción de conocerlo y del amor que sentía por su hermana, la presión social que le supondría a la familia reconocer el pasado le impedía establecer un lazo familiar con su sobrino. ¿Qué hubiera opinado de todo esto la hermana Concepción? Jamás lo sabría. Las calles estaban muy animadas, con niños por todas partes y jóvenes en grupos, jocosos y dicharacheros. En la posada, al recoger sus cosas, le dijeron que al día siguiente se celebraba la fiesta del patrón, el Santo Ángel Custodio. Quizás por eso Tomasa tenía las pastas recién horneadas.

CAPÍTULO 28

En el viaje de regreso a la Provenza, Galo Aldave era otro hombre. El vuelco esencial que había dado su vida le hacía sentirse un extraño, un ser desconocido incluso para sí mismo. Todavía estaba conmovido por el dramático relato de Tomasa, y también por haberla conocido, por haber sentido su calor y haber compartido su pena en aquel largo abrazo regado por las lágrimas, por haber pisado las calles donde su madre fue joven y donde lo abandonó. Hacia ella experimentaba sentimientos encontrados, de pronto ternura y piedad por el drama de su desamor, del rumbo indeseado que había llevado su vida; de pronto desazón y rabia por el abandono, por la incapacidad de entregarse a un hijo enfrentándose a las normas de una sociedad atroz. En Tudela él había conocido a alguna mujer soltera que había sido madre. Sus hijos estaban marcados para siempre. ¿Eso es lo que él quería para sí mismo? Sin poder evitarlo, esos pensamientos le atormentaban. Por momentos deseaba no haber visto jamás la mancha en la espalda de la hermana Concepción, pero muy pronto se arrepentía y sentía una inexplicable plenitud de espíritu al recordarla. Como una olla cerrada con agua hirviendo a punto de estallar, su corazón necesitaba un desahogo, un pequeño espacio por donde aliviar la presión y la zozobra que le consumían. Anhelaba llegar a Saint-Rémy, el final del trayecto, para poder contárselo todo a la única persona que podía comprenderlo, que con una sola frase y una mirada cómplice podía devolverle la paz y el sosiego que tanto necesitaba..., la amable, la inocente, la vital hermana Anne-Marie.

Había telegrafiado al sanatorio anunciando su vuelta. Poulet ya lo estaba esperando. En la estación, tal vez por lo temprano de la hora, no había tanta gente como en otras ocasiones. El cochero estaba serio, aunque se esforzaba por aparentar la simpatía de siempre. A Galo se le pasó por la cabeza que quizá esa actitud se debiera a que Pauline se encontraba por allí y, algo nervioso, miró a su alrededor sin divisarla.

—¿Ocurre algo, François? —preguntó dándole una palmada en la espalda.

—No, nada, doctor Aldave. Me alegro de verle otra vez por aquí. Le echábamos de menos, sobre todo mis mujeres.

—¿Está todo en orden en el sanatorio?

—Yo creo que sí, doctor, al menos en lo que a mí concierne.

El español subió a la calesa con la mosca detrás de la oreja. Algo había ocurrido durante su ausencia y Poulet no se atrevía a decírselo. Seguramente algo relacionado con Pauline. Recordaba con suma claridad la sonrojante escena en la estación unos días antes. El largo viaje desde Alcañiz, entre otras muchas cosas, le había servido para reflexionar en profundidad sobre ella y la relación entre ambos. Aquello no

podía continuar. Sus mentiras, su ambición desmesurada, su pasado con otros hombres... pesaban demasiado en el platillo de la balanza. Galo se había desencantado de Pauline. En ese momento crucial de su vida ni siquiera le importaba que le hubiera podido utilizar para algún fin que ni imaginaba, no quería echar la vista atrás, a lo que habían representado para él, para sus sentimientos, los tres meses anteriores, ni quería averiguar las razones por las que ella se había dejado seducir por él. Ya no le interesaba ahondar en la herida. El único propósito firme con el que llegaba de nuevo a Saint-Rémy era concertar cuanto antes una entrevista con el prefecto de Marsella y presentar la dimisión. Volvería a París, a la facultad, a proseguir su carrera. En cierto modo, su estancia en la Provenza había sido un absoluto fracaso. Cuanto antes acabara, mejor.

—¿Vamos a casa o al sanatorio?

—Al sanatorio directamente, François.

—¿No quiere descansar un rato?

—No te preocupes, he dormido en el tren.

Nada más llegar al Saint Paul, Aldave se dirigió hacia su despacho, pero en el pasillo se topó con Larroque. Tenía el aspecto desaliñado y abstraído de siempre, pero le reconfortó verlo.

—¡Ah, doctor Aldave!, ¡ya está usted aquí!

—Sí, aquí estoy de nuevo. ¿Alguna novedad en estos días?

—Ninguna que no pudiéramos solventar entre el doctor Peyron y yo. Pero, de todos modos, estamos más tranquilos si se encuentra usted en el sanatorio, por lo que pueda surgir.

—Confía usted demasiado en mí, doctor Larroque, seguramente más que yo mismo.

—Qué cosas tiene. Un médico debe confiar en sí mismo si quiere ejercer correctamente la medicina. Y usted es un gran médico; si nadie se lo ha dicho, se lo digo yo.

Galo sonrió.

—Basta, basta, doctor Larroque, no prolonguemos esta conversación tan sin sentido. ¿Ha visto a mi ayudante, la hermana Anne-Marie? Tengo que hablar con ella.

—¿Su ayudante? ¿Es que no se ha enterado? La hermana Anne-Marie ya no es su ayudante, la han sustituido por una religiosa que ha venido de otro hospital de la congregación. ¿No se la han presentado?

—¿Qué está usted diciendo? —preguntó atónito Aldave—, eso no es posible, nadie me ha consultado ni existe motivo alguno para que la cambien de puesto. Ahora mismo voy a hablar con el director para que la restituyan —concluyó con decisión.

—Espere un momento —le conminó Larroque cogiéndole del brazo, sin dejarlo marchar—. Igual me he expresado mal. No es que a la hermana Anne-Marie le hayan

adjudicado otro puesto en el Saint Paul, sino que la han trasladado a otro lugar, ya no está aquí con nosotros. ¿Cómo puede ser que nadie se lo haya comunicado a usted?

Aldave no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Eso no es posible, Larroque! ¡Usted debe de estar equivocado! ¡Si me despedí de ella justo antes de mi partida! ¡No ha podido suceder todo tan rápidamente! ¡Esto es un equívoco! ¿No se confundirá usted de religiosa? —protestó alterado.

—Cómo me voy a confundir, doctor Aldave, por Dios, no diga tonterías. Yo también me enteré hace dos días, con la cuestión reciente, y también me chocó.

—Pero... ¿por qué? ¿Quién lo ha decidido? ¿Cuál ha sido la razón? —le increpó manifiestamente excitado.

—Pues... seguramente no habrá razón alguna. Ya sabe, cosas de monjas y del voto ese de la obediencia. La necesitarían en otro sitio y de la noche a la mañana tuvo que hacer la maleta y acatar la orden. No busque tres pies al gato, que no los encontrará.

—Pero ¿habrá sido decisión del director?

—¿De Peyron?, no, no creo. Él no toma decisiones sobre las religiosas. La que manda en la congregación es la superiora, la madre Épiphane. Ella es la que ha tenido que dar esa orden.

—¡Ahora mismo voy a hablar con ella!

Antes de que su compañero pudiera advertirle del riguroso carácter de la religiosa, Aldave ya había desaparecido. Estaba irritado como nunca, con una furia interior que le impedía reflexionar sensatamente. Su único objetivo era conocer por qué habían trasladado a su amiga y dónde. La puerta del despacho de la superiora estaba entreabierta. Entró sin llamar.

—Madre Épiphane —dijo, conteniéndose en lo que pudo—, le ruego me informe inmediatamente dónde se encuentra mi ayudante, la hermana Anne-Marie, y por qué se la ha apartado del puesto que ocupaba.

La religiosa, nada más verlo entrar, se asustó. Lo tenía como un hombre educado y afable, y ahora irrumpía en su despacho sin pedir permiso, levantando la voz y con talante airado. A pesar de su experiencia de la vida, no había esperado de él semejante reacción. Le había resultado muy difícil tomar la decisión de apartar del sanatorio a la hermana Anne-Marie. Ella había negado cualquier relación ilícita con el médico, pero el llanto que había derramado confirmaba, a ojos de cualquier testigo avisado, que estaba enamorada de él. Ni vaciló: debía abandonar Saint-Rémy antes de que el español regresara.

—Doctor, tranquilícese, por Dios, tranquilícese —le exhortó, señalándole la silla al otro lado de la mesa.

—¡Me tranquilizaré cuando me responda a esas dos preguntas! —exclamó Galo, sin sentarse, apoyando las manos en la mesa frente a la religiosa.

Al verlo así, la monja se levantó y, casi temblando, trató de apaciguarlo.

—Doctor, seamos razonables, siéntese, seréense y hablemos con calma. Tal como está usted en este momento, es imposible que yo pueda contestar a ninguna pregunta porque no me va a escuchar.

Aldave titubeó unos segundos y, por fin, se sentó. Entre el cansancio del viaje y el disgusto tenía el rostro demacrado y la boca seca.

—Por el amor de Dios, madre, contésteme, ¿dónde está la hermana Anne-Marie? —preguntó abatido.

—La hermana Anne-Marie está lejos de aquí, en un lugar de descanso donde va a profundizar en sus votos de religiosa. El sanatorio de Saint Paul es un lugar muy duro y usted lo sabe. De vez en cuando nosotras también necesitamos un cambio para alejarnos del mundo y afianzar nuestra fe. Eso es todo, doctor. No hay ningún misterio. Nuestra vida de religiosas es así. Nosotras la elegimos al ofrecer nuestra vida en cuerpo y alma al Señor.

—No va a decirme dónde se encuentra la hermana, ¿verdad? —reconoció Aldave desalentado.

—Comprenda que no puedo. Usted no es familia directa suya. Me resulta imposible decírselo, ni a usted ni a nadie. Además, debo preservar el deseo de la hermana de que su partida pasase lo más desapercibida posible.

—¿Quiere decir que fue ella quien tomó la decisión de irse de Saint-Rémy? ¡Eso sí que no me lo creo, madre, eso sí que no! —exclamó irritándose de nuevo.

—Si ella hubiera querido despedirse de usted, le hubiera dejado una nota, doctor. ¿Acaso le ha dejado alguna? ¿A que no? Pues no hay nada más que hablar. Usted, igual que llegó un día, se irá y, probablemente, sin dar explicaciones a nadie. Déjenos a nosotras seguir nuestro camino de entrega al Santísimo. Solo a Él debemos dar explicaciones porque nuestra vida está en sus manos.

Galo, convencido de que no iba a sacar nada de la madre Épiphane, respondió, todo lo afable que pudo:

—Madre, yo soy una persona de palabra y sé que usted también lo es. No voy a sonsacarle más sobre el lugar donde se encuentra la hermana, pero yo voy a ser sincero a cambio de que usted también lo sea. —Como la religiosa no movió ni un músculo que indicara asentimiento, prosiguió—. Entre la hermana y yo en estos meses ha surgido una profunda y fraternal amistad que nos ha unido espiritualmente. Esta amistad no ha sido fruto de la casualidad, sino del reconocimiento de dos personas con pasados similares que se encuentran en un momento y un lugar determinados. Como usted sabe, la hermana es huérfana, perdió a su familia en circunstancias muy dramáticas; pues bien, yo también he sido huérfano y fui acogido en un orfanato hasta que mis actuales padres me adoptaron. Esa circunstancia común fue el origen de nuestra amistad, de nuestro entendimiento, que a los dos nos ha

servido de medicina, de alivio, para poder vivir el presente sin la angustia de recordar el pasado. No puedo creer que la hermana Anne-Marie haya desaparecido por su propia voluntad sin comunicármelo. Lo siento, madre, pero no me lo creo, aunque no haya dejado ninguna nota para mí. Lo que sí creo, por cómo ha ocurrido todo y por cómo usted está intentando que la olvide para siempre, es que ha debido de haber una poderosa razón para que usted haya ordenado su partida. Yo me he sincerado con usted, ahora le pido que usted corresponda de la misma forma y saldré de este despacho para no entrar a molestarla más.

La religiosa sudaba bajo su toca y el sudor le caía por las cejas y las mejillas. Sacó un pañuelo blanco de un bolsillo oculto y se secó nerviosamente. Aldave sabía que, aunque intentaba dar una imagen de serenidad y firmeza, interiormente estaba alterada. Al intuir en ella cierta fragilidad, Galo había recuperado la compostura y permanecía erguido en la silla, mirándola fijamente a los ojos como diciendo «hasta que no me responda, no me muevo de aquí».

—Usted sabe perfectamente por qué me he visto obligada a tomar una decisión así, o mejor dicho, por qué la ha tomado la hermana Anne-Marie, con mi consentimiento, a la luz de los hechos —alegó con tono severo.

Aldave tardó unos segundos en reaccionar.

—¿A la luz de los hechos? ¿De qué hechos está usted hablando? ¿Qué pretende insinuar?

—Si usted quiere que hable claro, hablaré, aunque hubiera preferido zanjar este tema sin tener que dar explicaciones a nadie y menos al culpable de todo —exclamó encarnada.

—Yo... ¿culpable?, ¿sabe lo que está diciendo?... Culpable ¿de qué?

—¡Culpable de que un alma inocente como la de la hermana Anne-Marie haya cometido un grave pecado contra nuestro Señor! ¡No intente disimular, conmigo no! —profirió con los ojos salidos de las órbitas.

Galo se levantó furibundo. Si la monja hubiera sido hombre, la hubiera cogido del cuello.

—¡Eso es una gran mentira, una absoluta y colosal mentira que implica a una persona que no conoce el mal! ¡Es una descomunal difamación y no voy a tolerar que nadie, ni siquiera usted, ponga en entredicho la honorabilidad de la hermana Anne-Marie! —exclamó Galo levantando con furia el dedo índice. La superiora parecía de nuevo atemorizada ante la reacción del médico—. ¿Cómo puede usted haber pensado una cosa así? —dijo Aldave llevándose las manos a la cabeza—. ¿Qué mente lóbrega puede albergar para suponer una relación deshonrosa entre dos personas a las que solamente las une la amistad? —El español comenzó a caminar nervioso por la habitación.

—Yo no tengo la mente de ninguna manera especial, doctor. Entre una religiosa y

un hombre una relación de amistad entraña sus riesgos..., por eso mismo es mejor evitarlos.

—¡Pero usted me ha acusado de seducirla!

La superiora calló, fijando su mirada al frente. Al observarla, Galo intuyó un sufrimiento interior en aquella mujer que acababa de calumniarle, y en sus ojos pequeños y brillantes pudo atisbar por un instante la víbora de la duda. Desde que llegó al sanatorio jamás había oído a nadie calificarla de arbitraria y tampoco él, en vista de las decisiones que tomaba a diario, la consideraba injusta, por lo tanto, ¿por qué había levantado semejante falsedad? ¿Alguien que les quería mal había sido el causante de la insidia? Lo que estaba claro es que la decisión de apartar de allí a la joven religiosa estaba ejecutada. Y no tenía marcha atrás. Salió tempestuosamente del despacho, sin despedirse, y se dirigió al suyo. Buscó en la mesa y en los cajones algún sobre que pudiera contener una nota de la hermana Anne-Marie, pero no halló nada. Se puso la bata y sin pensarlo dos veces voló hasta la casa del capellán. Tamisier no estaba. Lo encontró en la sacristía de la iglesia. Nada más verlo, el sacerdote le dijo:

—Ya sé a qué viene, doctor Aldave. Yo también estoy desolado, como huérfano. La hermana era la alegría de este lugar tan triste. No sé cómo voy a acostumbrarme a estar sin ella.

—¿Pero usted sabe por qué la han trasladado?

—Yo creo que nadie lo sabe —lamentó Tamisier—. Se ha corrido la voz de que ha sido ella la que pidió un traslado rápido porque no soportaba más el sanatorio, aunque, evidentemente, yo no me lo creo.

—¿Y no ha hablado usted con la madre Épiphane o con el director?

—¡Claro que he hablado con ellos! ¡Y con todas las monjas de la congregación! Pero ya sabe usted cómo son, autónomas en todo lo concerniente a la comunidad y con secretismo absoluto de sus problemas y tejemanejes. Puedo decírselo abiertamente: ni en confesión ha tocado ninguna este tema.

—Y... ¿sabe usted dónde está? ¿En algún otro sanatorio de la congregación?

—Ni siquiera eso lo dicen. Yo, por lo que he podido sondear, pienso que la habrán mandado a algunos ejercicios espirituales o a un retiro prolongado..., pero tampoco estoy seguro. No se despidió de mí y estoy convencido de que no se lo permitieron.

—¡Esto no se puede tolerar! ¡Hemos de hacer algo para saber dónde está y volver a traerla aquí! —propuso Aldave apremiante.

—Usted no sabe lo que dice, doctor. La hermana Anne-Marie es una religiosa, ha prometido voto de obediencia y si su superiora le ha ordenado partir hacia otro lugar, ella debe acatar esa disposición y ni usted ni nadie pueden hacer nada por evitarlo. —El capellán miró de soslayo al español, comprensivo—. Doctor..., olvídese de ella... En este mundo todos estamos de paso, pero hay unas personas que están más de paso

que otras... y la hermana Anne-Marie, por ser religiosa, pertenece a ese grupo de personas... *peregrinas*, podíamos llamarlas, que no echan raíces. Yo también tendré que olvidarla, confiando en que un día no lejano vuelva por aquí y yo no me haya ido para siempre de este mundo. Allá donde esté llevará consigo la alegría y la paz. Afortunados los que puedan compartir con ella sus vivencias.

—Yo no puedo olvidarla tan fácilmente. Es muy largo de explicar, pero la necesito, no sabe usted cuánto —reconoció Galo apesadumbrado.

—Doctor, si sigue por ese camino, tendré que alegrarme de que esté lejos de usted.

—¡Estoy terriblemente desorientado, padre! En pocas semanas mi vida ha dado un cambio radical y dudo hasta de quién soy yo en realidad y qué demonios hago en este mundo.

—¡Uy! ¡Y esta no será la última vez que dudará de todo! Eso es consustancial a la naturaleza humana, querido amigo, y me atrevería a decir que aún más consustancial a la naturaleza de los varones...; las mujeres no dudan tanto. Pero respecto a lo que nos concierne, mi consejo es que a partir de ahora mire más a otro tipo de mujeres distintas a las que ha mirado en Saint-Rémy..., usted ya me entiende: mujeres solteras, por supuesto seglares, virtuosas, libres de votos... Hay cientos, miles de mujeres así..., ¿por qué algunos hombres tienden a fijarse solamente en el resto?

Galo sonrió.

—A usted no lo van a trasladar, ¿verdad? —preguntó a Tamisier con simpatía.

—¿A mí? ¡Ni aun queriendo!

La nueva ayudante de Aldave era una monja mayor, de pocas palabras, recién llegada desde Avignon. Se notaba que estaba acostumbrada a trabajar en un hospital porque con solo tres días ya conocía a todos los internos y se manejaba de maravilla. De diferentes maneras, Galo probó a recabar información sobre el destino de la hermana Anne-Marie, sin éxito. Todo estaba en orden, y pronto terminaron el pase de visita. Por la tarde era costumbre volver a examinar a los enfermos, pero como esa mañana, entre unas cosas y otras, habían comenzado a última hora, Aldave decidió aplazarlo para la jornada siguiente. Tenía ganas de llegar a casa de Poulet y descansar. Hacia la salida pasó por el corredor donde estaba la farmacia y vio que la puerta estaba entreabierta. Como si lo estuviera esperando, apareció Adrien Clermont, quien permaneció quieto apoyado en el quicio, mirándole pasar, con una risilla sardónica y mascullando algo entre dientes. Aldave se encendió. Se giró de repente y, encrespado, le dijo al farmacéutico:

—¿Qué es lo que dices?

—¡Que eres un maldito extranjero, un pobre español! ¡Y que te vuelvas a tu sucio país! —contestó sarcástico, mirándolo con desdén, sin apenas levantar la voz.

Lo que le faltaba por oír. La llama que prendía la mecha. Galo soltó la cartera que

llevaba en la mano, adelantó en un segundo los tres pasos que lo separaban de Clermont y lo cogió del cuello. De un solo gesto lo metió en la farmacia y cerró la puerta. El farmacéutico intentaba desasirse de la potente mano del español sin conseguirlo. Abría los ojos desmesuradamente, espantado de la imprevista reacción de Aldave, que lo miraba con desprecio y furia.

—¿Qué tienes que decir ahora? ¿Qué tienes tú que decirme, miserable? ¡Atrévete a insultarme ahora, a mí o a mi país! ¿Ahora no te atreves, verdad? ¡Cobarde!

De un empujón lo tiró al suelo. Clermont se llevó las manos al cuello, dolorido, mientras, atemorizado, vigilaba el siguiente paso de Aldave, inmóvil por el miedo.

—¡Pero si ni siquiera te sabes defender! ¡Ni siquiera eres hombre para eso! ¡Y te atreves a faltarme! ¡No te pego una paliza aquí y ahora porque no quiero! Pero debes saber que tengo pruebas de que intentaste asesinarme con los dardos envenenados. Pruebas que pondré a disposición de las autoridades en cuanto me plazca. ¿Lo oyes bien? Conque vete con mucho cuidado conmigo. ¡No se te ocurra volverme a provocar porque lo vas a sentir en lo que te queda de vida, desgraciado!

Galo se dio la vuelta y, antes de salir, oyó al farmacéutico decir algo sobre Pauline, «Pauline se va a enterar de esto», o algo así. Sin girarse, le dijo con sorna:

—¡Ya puedes correr hasta sus faldas y contárselo todo! ¡Vuela, que se entere Pauline Murat de quién es Galo Aldave, que os enteréis bien los dos y todos los que revolotean a su alrededor!

Salió al pasillo desencajado, pero con una tremenda sensación de alivio. Respiró hondo, cogió el maletín y salió al exterior. Desde hacía semanas había sentido el impulso de coger al farmacéutico por el cuello y se había contenido, pero todo tenía un límite. Estaban casi a mediados de septiembre y las temperaturas habían bajado, pero esa tarde presidía el cielo un sol acariciante que le reconfortó un poco el ánimo. Aborrecía la violencia, pero no se arrepentía de lo que había sucedido. Estaba seguro de que no le había hecho apenas daño a Clermont, pero sí le había asustado, le había parado los pies a un hombre envanecido que había pretendido matarle. Ese era el único lenguaje que entendería a la primera y para siempre. La fuente sonaba monótona en medio del silencio. Delante del sanatorio, mirando hacia el edificio, Vincent van Gogh trabajaba concentrado en un cuadro de tamaño algo mayor que los que solía pintar. Aldave no tenía ganas de conversación y hubiera pasado de largo, pero temió herir la susceptibilidad del interno, que llevaba una temporada estable, y se colocó a su altura observando el lienzo casi concluido. Representaba el edificio principal del Saint Paul y algunos de los árboles de los jardines con un colorido distinto al real, infinitamente más intenso, y con los contornos de las cosas —edificio, árboles, plantas, suelo— muy marcados y totalmente distorsionados, dibujados con líneas sueltas que parecían bailar unas junto a otras creando una imagen cuanto menos caótica. El sanatorio quedaba en un segundo plano, de amarillo azafrán, y en

primer plano aparecían los árboles ocupando la totalidad del cuadro de arriba abajo. Daba la impresión de que podía estar casi concluido. Galo no se atrevió a decir que le gustaba porque en aquel momento no podía fingir. Se estaba enfriando el ardor de la trifulca y ahora comenzaba a sentir una intensa desazón en la boca del estómago. Permaneció tres o cuatro minutos al lado del pintor, prestando atención a sus movimientos, rápidos y seguros, mientras pensaba en Clermont, cobarde, tendido en el suelo...

—Ella está en La Camarga, doctor —soltó Van Gogh sin mirarle. El médico no supo a qué se refería.

—Disculpe, pero no le entiendo, señor Van Gogh.

—La monja, la hermana Anne-Marie. Se ha ido a La Camarga.

Galo sintió su corazón dando un tumbo.

—¿A La Camarga? ¿Está usted seguro? —preguntó nervioso.

—Ya lo creo. Al menos es lo que ella me dijo cuando se despidió.

—¿Se despidió de usted? ¿Cuándo?

—Antes de irse. Vino a mi habitación. Estaba muy triste, a punto de echarse a llorar, muy diferente de cómo es ella. Yo también he sentido mucho su partida porque es una gran mujer, un gran apoyo para nosotros, al menos para mí. —Van Gogh había dejado de pintar—. Tuvo el detalle de venir a despedirse de noche y medio en secreto. Me comprometí a no decírselo a nadie... excepto a usted si me lo preguntaba. Creo que usted iba a preguntármelo y me he adelantado. Eran ustedes muy amigos.

—Sí, señor Van Gogh —acertó a decir Aldave emocionado—, muy amigos. ¿Recuerda dónde iba a ir exactamente, a qué lugar de La Camarga?

—Sí, a un pueblecito de la costa, a Les Saintes-Maries de la Mer. ¿Lo conoce?

—No.

—Es un pueblo de pescadores en la desembocadura del Ródano, de unos ochocientos habitantes, rodeado de un paisaje impactante: el mar y las marismas. Yo le dije que allí iba a ser muy feliz. Yo estuve viviendo allí unos meses y fui muy feliz, doctor, aunque le cueste creerlo. Fue para mí un período de gran creatividad, de grandes descubrimientos desde el punto de vista pictórico. Lo recuerdo todavía: las casitas de los pescadores, los arrozales, las cabañas de los guardianes de los toros..., porque allí hay unas ocho mil cabezas de toros... Es un lugar mágico, doctor, distinto a lo que yo haya visto en toda mi vida. Me da el pálpito de que la hermana va a ser feliz allí.

—Gracias, señor Van Gogh. Usted sí me ha hecho feliz hoy a mí, inmensamente feliz. Mi inmensa gratitud —manifestó Galo, estrechándole la mano, pletórico.

Aldave miró hacia todas direcciones a ver si estaba por allí el cochero. «Cómo puede cambiar el destino de una persona en un instante», pensó, ilusionado ante la

perspectiva de encontrar a la mujer que en ese momento más necesitaba. Preguntó por Poulet al guardián de la puerta principal y este le indicó las caballerizas. Cantando a voz en grito una canción en provenzal, el cochero daba de comer a los caballos.

—¿Qué hace usted por aquí, doctor? ¡Y qué contento está!

—Sí, François, estoy más que contento, ¡estoy feliz! ¿Sabías que han trasladado a la hermana Anne-Marie, verdad?

Poulet asintió con la cabeza, temiendo lo que iba a venir después, en vista de la alegría del médico.

—¡No puedes imaginar lo mal que lo he pasado pensando que no la iba a ver nunca más! Pero, por pura casualidad, o por designios divinos, o... por lo que sea, ¡sé dónde se encuentra! ¡Y voy a ir a verla, François, no puedo consentir que la hayan apartado de nosotros a la fuerza, que la aíslen del mundo con lo joven que es y la vida que le queda por delante!

Se acercó al cochero con confidencialidad.

—Está en La Camarga. En Les Saintes-Maries de la Mer. ¿Has ido por allí alguna vez?

Poulet contestó a regañadientes.

—Sí. A llevar o a traer alguna monja. Tienen una pequeña escuela y una casa donde viven dos o tres monjas, no más. Pero le juro que yo no la llevé ni sabía dónde estaba.

—Ya lo sé, François.

—¿La superiora sabe que usted va a ir?

—¡Por supuesto que no! ¡Ni debe sospecharlo!

Poulet, serio, movió la cabeza.

—¿Por qué haces eso? ¿No te alegras de que sepamos dónde está?

El cochero, pensativo, acarició al caballo que tenía al lado. Al fin contestó.

—No sé dónde le va a llevar todo esto, doctor... Ella es una monja, ¡una monja! En España hay monjas también, ¿no? Y serán como las de aquí. Lo mejor sería que se olvidara de ella. La va a meter en un lío... y también usted se va a meter en otro. ¡Con las mujeres que hay en el mundo, doctor!

—No voy a encontrar a nadie que me comprenda —lamentó Galo desencantado—. Confiaba en que tú, mi buen amigo, podrías ayudarme, pero ya veo que, una vez más, estoy solo.

—Doctor —intervino Poulet cogiéndole por el brazo—, yo no he dicho que no vaya a ayudarle, solo que tengo miedo de las consecuencias, de lo que pase después si vamos a verla.

—A ti no te va a pasar nada, François, te doy mi palabra. Lo que nos pase a ella y a mí es responsabilidad nuestra —replicó Aldave convencido.

—¿Está usted seguro de que la hermana Anne-Marie quiere que vayamos?

—Completamente seguro, François, de lo contrario respetaría su decisión. A través de una tercera persona, de forma velada, me ha enviado un mensaje de socorro y debo acudir a su lado simplemente a verla, a hablar con ella. Lo que suceda después es una incógnita. No me puedo quedar con la incertidumbre de no saber qué nos depara el destino tras ese encuentro. Me arrepentiría toda mi vida si no voy.

Tras unos segundos de vacilación, el cochero concluyó:

—De acuerdo, doctor, veo que está decidido. Le acompañaré.

—¡Gracias, François, gracias! —exclamó Aldave abrazándole, alborozado.

CAPÍTULO 29

Esa misma tarde dejaron todo arreglado, permisos, pautas de tratamientos, recados..., y a la mañana siguiente, a primera hora, partieron. El cochero, antes del amanecer, había pasado ya por el sanatorio para dejarle preparados los caballos al compañero que le iba a suplir. Cogieron el primer tren de la mañana hasta Arles. En la misma estación siempre había esperando algún coche de alquiler. Poulet conocía de sobra a los dueños. Se fue directo al que parecía más ligero y tenía los caballos más ágiles. En diligencia el trayecto hasta Les Saintes-Maries de la Mer duraba unas cinco horas, pero con ese vehículo y poco peso calculó que en menos de cuatro llegarían. La mañana estaba muy brumosa. Galo, sintiendo la humedad, se arrepintió de no haberse puesto ropa de más abrigo con las prisas. «Luego levantará la calina y saldrá el sol», dijo el cochero. Al alejarse de Saint-Rémy habían dejado atrás las montañas de Les Alpilles y ahora tenían ante ellos una extensísima llanura que los conduciría al mar. Iban avanzando en silencio entre la neblina, con el acompasado sonido de los cascos de los caballos como único testigo de su viaje, sumido cada uno en sus propios pensamientos. Aldave no podía quitarse de la cabeza la visión de la hermana Anne-Marie a medio vestir a la luz de una lámpara en la abadía de Sénanque. Esa escena la había revivido en sueños con múltiples variantes: él entraba y la besaba, él se quedaba en la puerta y al verlo ella gritaba y le hacía huir, en la habitación aparecía una tercera persona observándolos... Ahora lo rememoraba tal y como fue, y la mirada de la joven, a pesar del tiempo transcurrido, le seguía imantando igual o más que aquella noche inolvidable. Era una monja, sí, pero ante todo era una mujer. Tenía alma de mujer y cuerpo de mujer, y Galo ya no concebía la felicidad, la vida, sin ella. Lo curioso era que, hasta que no le informaron de su partida, no supo que la amaba. Pero desde ese momento todas sus fuerzas, todos sus anhelos se encaminaron a luchar por ella, a conseguir su amor, por muchas barreras que tuviera que vencer.

—Vamos a parar aquí a que beban los caballos —propuso Poulet.

Bajaron de la calesa cerca de un riachuelo remansado. El cochero probó el agua.

—No me fío. Podría ser agua salada. Ya sabe que por aquí se junta el agua del río con el agua del mar.

La niebla se estaba levantando. Cerca de allí se oía el rugir de algunos animales.

—Son toros bravos. Ya le dije que en La Camarga se crían. Unos se sacrifican en las corridas de Nîmes, Arles y otras poblaciones, y otros son para carne. A ver si sale el sol de una vez y los podemos ver, porque ellos seguro que nos huelen.

—¿Están sueltos?

—Sí, bueno..., los pastores los llevan a sitios lejos del camino, pero es mejor estar al tanto porque de cuando en cuando ya se oye que han empitonado a gente. —

El cochero se dirigió a la parte posterior de la calesa—. ¡Nosotros también tendremos que comer! Mi mujer me ha preparado un queso y una cantimplora con vino. También he traído algo de pan y unas almendras y nueces que me ha puesto en un saquillo la cocinera del sanatorio. ¡Hemos de coger fuerzas, doctor!

Se sentaron encima de dos piedras. Cada uno sacó una navaja del bolsillo. Poulet cortó un pedazo de queso y otro de pan y se los pasó al médico. Permanecieron un buen rato en silencio mientras comían, envueltos en los sonidos de la naturaleza, que en ese momento y en ese lugar se mostraba serena, pero, como siempre, con infinitos destellos de vida.

—François —el español rompió el mutismo.

—Dígame, doctor.

—Quiero que sepas —a Aldave le costaba seguir— que te considero un verdadero amigo.

—Gracias, doctor, yo...

Galo le interrumpió.

—Espera, François, déjame terminar. Te considero un amigo, un gran amigo —dijo enfatizando—. Pero este sentimiento nada tiene que ver con este viaje. Quiero decir que, aunque hubieras rehusado acompañarme, mi amistad hacia ti sería la misma, inquebrantable y para toda la vida. Ha sido para mí un gran hallazgo e incluso un gran honor haberte conocido, mi querido François, y solo tendré pensamientos de agradecimiento para ti y tu familia mientras viva.

Poulet, habitualmente tan parlanchín, permanecía callado sin saber qué contestar. Al final, titubeando dijo:

—Doctor, yo..., nosotros... le hemos cogido mucho cariño..., el honor ha sido nuestro... Nosotros no somos nadie, yo soy un humilde cochero..., pero le agradezco lo que me dice, doctor, porque sé que le sale del corazón, no sabe lo que se lo agradezco. Nosotros tampoco le olvidaremos, eso téngalo por seguro. —Después de una breve pausa, añadió—: Y que tenga mucha suerte.

Un ratoncillo pasó en ese momento ante ellos fugaz, de un arbusto a otro.

—¿Crees que estoy loco, François?

—¡Uf! —contestó el cochero mirando al cielo—, ¡qué difícil contestar a eso! Bueno... —rectificó enseguida—, loco como los del sanatorio ¡por supuesto que no! Si lo que quiere decir es si va a cometer una locura con este viaje..., yo no soy quién para decirlo... y menos a usted... Ya conoce mi opinión, doctor...: ella es una monja..., ¡nada menos!, con todas las complicaciones que eso lleva... Pero supongo que ya lo habrá pensado y le habrá dado vueltas al asunto; si no, sería mejor que volviéramos a Saint-Rémy ahora mismo y se olvidara de la hermana. Al fin y al cabo, ella ha elegido esa vida, ¿no?...

—¿Crees que la expongo demasiado?

—Hombre, yo... La verdad es que en Les-Saintes-Maries de la Mer solo hay tres o cuatro monjas... Si habla usted con ella discretamente... ¡Ay, doctor!..., no sé, no le puedo contestar.

El pobre Poulet no sabía cómo ayudar. Por una parte se había ofrecido de cochero hasta La Camarga en un arranque de valor, sin meditarlo dos veces, para ayudar al español porque creía que era casi una obligación moral, pero no por eso dejaba de advertir lo arriesgado de la aventura, tanto para la religiosa como para Aldave. En ningún momento le había preocupado la repercusión que podía tener para su puesto de trabajo. Seguro que Galo daría la cara por él en el caso de que hiciera falta. Pero el futuro de la pareja verdaderamente sí le preocupaba.

—Siempre me has dado muy buenos consejos, François..., aunque yo no los haya seguido...

—En cuestión de faldas, doctor..., es muy fácil dar consejos... Desde fuera se ve todo muy bien..., pero cuando uno está dentro... la cosa cambia. Los hombres nos volvemos muy tontos, muy ciegos, cuando una mujer nos come el seso... Y ¡ay de quien quiere abrirnos los ojos!, ¡pobre de él!... Pero no se preocupe, si lo dice por Pauline..., seguirá engañando a uno y a otro hasta que, de vieja, ya no se fije nadie en ella... Lo chocante de estos casos es que yo creía que a los talentos como usted no les pasaban estas cosas, ¡que las veían venir!

A Galo le hizo gracia la expresión.

—¿A los talentos como yo? ¡Ya ves para lo que me sirve mi talento! ¡Seguro que tú tienes más talento que yo! ¡Al menos te sirve más que a mí: mira qué mujer más extraordinaria tienes!

Los dos se levantaron riendo. Poulet llevaba pantalón y chaleco de pana, blusa blanca de algodón, una faja roja en la cintura y un pañuelo de colores al cuello. Ese día, en vez de su gorra habitual, se había colocado un sombrero de paja que se ponía y se quitaba repetidamente para rascarse a gusto la cabeza. Metió las sobras de la comida detrás y rápidamente reemprendieron la marcha. Al poco, el cielo se aclaró.

—Mira, François, ya sale el sol.

—Sí, ya le he dicho que la bruma era pasajera. Mejor, así vemos si viene alguien de frente, aunque ya ve qué poco tránsito tiene esta carretera.

—Carretera..., por llamarla de alguna manera.

—Bueno, pues... camino. ¡Pero no me dirá que la vista no es bonita!

Aldave giró sobre sí.

—Maravillosa, François... ¡Qué llanura! ¿Qué es aquello de allá?

—Unas salinas. Todo aquello blanco son salinas. El mistral seca la sal y queda blanca como la nieve. Después las veremos de cerca.

En pocos minutos la niebla había desaparecido por completo. El cielo exhibía un azul luminoso salpicado de cúmulos y nimbos de algodón. Bandadas de aves

sobrevolaban incesantemente por encima de sus cabezas en perfecta formación, y de vez en cuando se veían dos o tres solitarias planear en amplios círculos al capricho de las corrientes. En escasas millas habían cambiado por completo de paisaje, de las colinas frondosas de Les Alpilles a la inmensa planicie de La Camarga. Comenzaban a atravesar una zona pantanosa, con lodazales poblados de juncos y cañas. En el momento en que aparecía un pequeño recodo con agua, allí afloraba una familia de patos nadando, volando o paseando entre los carrizos, acompañada de todo tipo de insectos. Al salvar una curva, cerca del horizonte, una pléyade de flamencos rosados, cientos, miles, parecía haberse reunido para asistir a un gran acontecimiento. Desde lejos, el pausado movimiento de sus cuerpos simulaba al de la marioneta que interpreta un papel de relleno en una función de títeres y permanece estática en la escena, pero con un ligero bamboleo. El color rosa de su plumaje brillaba bajo los rayos reflejados en el agua del mar, muy próxima.

—¡Mire a la derecha, doctor!

Un grupo de caballos salvajes galopaba paralelo a ellos. Aunque no eran más de una decena, el espectáculo que ofrecían era majestuoso, todos a la par: las crines al viento, la cabeza erguida...

—¿No quedarán atrapados en el fango? —apuntó Aldave.

—¡Ah, no! Ellos ya saben por dónde ir. Esa zona ya no es pantanosa, ahí comienzan de nuevo las salinas. ¿Ve aquellas dunas a lo lejos? Detrás corre un arroyo, un brazo del Ródano, con agua dulce. Van a beber allí.

—¿Y no se topan con los toros?

—No. Los pastores ya tienen cuidado de apartarlos de los caballos. Aquí hay terreno para todos.

Doblaron otra curva y a lo lejos divisaron unas figuras puntiformes que iban agrandándose conforme avanzaban. Poulet muy pronto adivinó que se trataba de una caravana de gitanos. Estaban aparcados en un terreno baldío, sin apenas vegetación, cerca de un arroyuelo. Media docena de niños revoloteaban entre las carretas pintadas de un azul desvaído mientras los caballos, sueltos, masticaban lo que podían llevarse a la boca. Uno de los carros disponía de una chimenea que en ese momento estaba humeante. Delante de la escalerilla que conducía a su puerta, una anciana confeccionaba una cesta de mimbre, sentada en una silla baja mirando al camino. Al paso de la calesa, la mujer les mostró su desdentada sonrisa mientras les ofrecía con un gesto la cesta que estaba terminando. Un poco más adelante vieron a tres mujeres lavando cacharros en la corriente, rodeadas de dos perros que lamían con fruición las escasas sobras de comida de unos platos. Las tres vestían ropas vistosas, llevaban la cabeza cubierta con pañuelos estampados y, arrodilladas como estaban, mostraban las plantas de sus pies, libres de calzado, oscuras como el betún.

—Y los hombres, ¿dónde están? —preguntó Galo.

—Habrán ido a pescar algo por ahí o a cazar..., aquí hay alimento de sobra si no le haces asco al pelaje del animal.

Cuando llevaban unas tres horas de camino otearon una cabaña. Tenía un gran techo de cañizos que llegaba casi al suelo, y las paredes, recién pintadas de blanco, dejaban asomar dos tímidos ventanucos del color de la menta.

—Aquí vamos a parar, doctor. No es ninguna posada, pero la familia es muy acogedora y agradecen que el viajero pare. Descansaremos nosotros y los caballos. De aquí al pueblo hay una hora más o menos.

Galo se intranquilizó un poco.

En la cabaña conocían al cochero. La mujer estaba preparando la comida. Les ofrecieron compartirla, pero ellos se excusaron por la prisa que tenían. Su intención era coger el último tren de Arles a Saint-Rémy a las nueve de la noche y no debían entretenerse demasiado si no querían perderlo. Poulet sacó el tema de la escuela de Les Saintes-Maries de la Mer porque se acordaba de que tenían una niña.

—Sí, tiene seis años. Mi marido la lleva todos los días en carro a la escuela y por la tarde la va a buscar. Como usted dice, acaba de llegar una monja nueva. Yo no la conozco, pero la niña nos ha dicho que es joven y muy buena. Vino desde Saint-Rémy, según creo.

Se empeñaron en que tomaran unos caballos de refresco mientras los que habían traído descansaban unas horas hasta que volvieran a pasar de vuelta. Eso sí lo aceptaron y emprendieron de nuevo el viaje, seguros de que la hermana Anne-Marie se encontraba en el lugar hacia donde ellos se dirigían. Cada vez Aldave estaba más serio, más preocupado por la reacción de la joven al verle y por lo que pudiera acontecer después. Por momentos le surgía la duda de si se había precipitado, de si no hubiera sido mejor enviar a la joven previamente una misiva con algún mensajero de confianza (incluso el propio Poulet) para tantearla, para anunciar la visita, para no asustarla ni apremiarla, pero a la vez reconocía que las verdaderas decisiones, las importantes, si se amasan demasiado se corre el riesgo de encontrar el horno ya apagado. Había llegado hasta allí y debía seguir hasta el final. En realidad no tenía nada planeado de antemano. Deseaba volver a verla y suponía que todo lo que tuviera que suceder fluiría naturalmente.

De repente, una enorme sombra oscura casi ocultó por unos segundos el sol. Una gran bandada de aves, cual alfombra voladora, cubría el cielo de La Camarga.

—¿Qué aves son esas, François?

—Son garzas, doctor. Seguramente van a parar cerca de aquí, por la zona de los arrozales. ¡Mire cómo vuelan, mire la envergadura que tiene cada una!

Las garzas tardaron un rato en despejar el cielo. Al observar detenidamente su colosal tamaño en las alturas casi producían temor, parecía que en cualquier momento los iban a rodear porque comenzaban a acercarse a ellos, pero sin más cambiaron de

dirección y se perdieron como una estela en el horizonte.

Como Poulet había calculado, una hora después de abandonar la cabaña avistaron las primeras casas de Les Saintes-Maries de la Mer. Unos kilómetros antes habían oído primero el mar y luego lo habían contemplado, de un azul irisado, en toda su inmensidad. Las olas iban y venían visitando las dunas y los matorrales, y las gaviotas escoltaban como fieles lugartenientes a los primeros barcos pesqueros que regresaban a puerto. Nada más entrar en el pueblo divisaron, a lo lejos, la iglesia. El cochero le había explicado que la escuela y la casa de las monjas estaban enfrente del templo. Poulet sugirió aparcar el coche en las afueras. Era la hora de la comida y había poca gente por las calles. Galo había oído hablar de los gitanos de La Camarga y ahora comprobaba por los rasgos de algunos transeúntes que, efectivamente, había muchos gitanos viviendo en las marismas.

—Esa casa es —indicó Poulet señalando una puerta con el letrero «Escuela de niñas»—. Será mejor que entre usted solo, doctor. Yo voy a dar una vuelta por ahí. Le esperaré en aquel banco, debajo del olmo. No tenga prisa, tenemos tiempo de sobra.

Cuando el español estaba a punto de llamar a la puerta, el cochero exclamó:

—¡Que tenga suerte, doctor!

Poulet se dio media vuelta aguzando el oído por sentir si le abrían. Oyó una voz femenina que no reconoció y, después, la puerta que se cerraba. Aunque no era la primera vez que visitaba la población, nunca había callejeado por allí porque sus viajes se limitaban a dejar o coger a una monja, dormitar un rato mientras descansaban los caballos y regresar cuanto antes a Arles. Ese día, por hacer tiempo, comenzó a recorrer las calles flanqueadas por humildes casitas blancas. Él también estaba nervioso pensando en cómo iba a terminar todo aquello. No habían hablado de la posibilidad de que la hermana Anne-Marie regresase con ellos, pero sabía que podía ocurrir y entonces, de alguna manera, él sería en parte responsable. Podía llegar a perder su empleo en el sanatorio, porque la madre Épiphane ostentaba un gran poder en el centro. Aun así, más que su propio trabajo le preocupaba la situación personal del médico y la religiosa. Por los dos sentía un profundo afecto. Estaba claro que entre ellos había surgido el amor y que Aldave confiaba en que la hermana renunciara a sus votos para poder casarse con ella (Poulet no creía a Galo capaz de pretender otro tipo de relación con la joven). ¿Qué consecuencias podría acarrearles semejante paso? ¿Cuántas barreras les quedaban por vencer si decidían unirse para el resto de sus días? Cuando uno se enamora, todo lo ve posible y sencillo, pero la vida... es mucho más complicada. Tras un tiempo prudencial, el cochero volvió al banco cerca de la iglesia, que permanecía vacío. La puerta de la escuela seguía cerrada. Dos jóvenes marineros cargados con unas redes le saludaron afablemente. Tenían la piel curtida y, con toda seguridad, aparentaban más edad de la que tenían. Él se consideraba un afortunado con la vida que llevaba. Su trabajo en el sanatorio le

ocupaba muchas horas, pero se sentía apreciado y valorado por todos y se acostaba feliz todas las noches cuando llegaba a casa con la satisfacción del deber cumplido. Tenía una hermosa mujer y una hija que era la luz de sus ojos, ¿qué más podía pedir? Un sonido algo chirriante detuvo sus cavilaciones. Era la puerta de la escuela que se abría. Desde el ángulo donde se encontraba no la alcanzaba, pero no se levantó. Comenzó a palparle rápido el corazón aguardando a quién iba a ver segundos después. El español apareció ante sus ojos, solo. Sin decirle nada, se sentó a su lado. Poulet no le quitaba los ojos de encima. Parecía relajado. Miró de refilón al cochero, sonrió y le dijo:

—Lo va a pensar.

—Pero... ¿vamos a esperar aquí a que lo piense?

—No, François, va a meditarlo con tranquilidad. Yo se lo he pedido. Una decisión así no puede improvisarse. —Permanecieron callados unos segundos—. ¡Vamos, aquí ya no hacemos nada! —le animó el español dándole una pequeña palmada en el muslo.

Los dos hombres abandonaron la plaza cuando la gente comenzaba a salir después del descanso del mediodía. Reconocieron al unísono que tenían hambre y el cochero señaló el zurrón que llevaba al hombro. Galo propuso comer a la orilla del mar, cerca de donde tenían los caballos. Poulet lo encontraba más sosegado que antes. Se moría de ganas de saber realmente lo que había pasado dentro de la escuela, pero ni por asomo se atrevía a preguntarle nada más a Aldave. Seguro que en el camino de regreso el médico se animaría a contar algún detalle. Por lo menos le habían evitado el trago de regresar con la hermana al sanatorio. El cielo estaba de nuevo nublado, pero sin neblina. Se sentaron en unas rocas frente a las olas. Delante de ellos, una playa de arena finísima se extendía desde la población hasta el inicio de la marisma. El agua estaba tranquila, de un color gris plata asombroso. A lo lejos se distinguía algún barco, pero en la zona de rocas no había nadie. Poulet sacó todo lo que llevaba y comieron con ganas, en silencio. El sonido de las olas los acompañaba, interrumpido de vez en cuando por el gruñido de dos gaviotas que vigilaban sus movimientos. El cochero tiró un pedazo de pan a una especie de cuenco natural horadado en una roca y las dos se lanzaron prestas a cogerlo. Solo una capturó el botín. El médico tiró otro y la segunda fue quien lo apresó.

—¡Anda! —exclamó el cochero—. ¡Se ha acabado el vino! En la calesa tengo otra cantimplora, ¿quiere que me acerque a buscarla?

—¿No llevas otra cosa?

—Espere..., la cocinera me ha puesto otra cantimplora con té. Si quiere...

—Sí, no me gusta demasiado, pero nos servirá para acabar la comida.

Aldave elevó la cantimplora y bebió un buen trago.

—¡Puaj! —exclamó escupiendo lo que le quedaba en la boca—. ¡Qué amargo!,

¡esto no se puede beber! ¿Con qué hacen este té?

—Me ha dicho que es té de ajenjo. Deben de hacerlo las monjas.

—¡Pues esto no hay quien lo beba! —protestó Galo, vaciando el contenido de la cantimplora en el hueco de la roca—. Terminemos pronto y ya beberemos un buen trago de vino cuando lleguemos al coche.

Poulet abrió un saquillo con nueces y almendras, y un frasco con miel.

—Esto para el postre, doctor. ¡Tenemos que coger fuerzas para la vuelta!

Mientras el cochero lo repartía, Aldave iba partiendo en pequeños trozos el pan que les había sobrado y lo echaba en el cuenco natural de la roca, como si estuviera preparando unas sopas de té. Tan pronto lo vieron, las dos gaviotas enfilaron hacia ellos de nuevo y en varias pasadas acabaron con el pan embebido en la infusión. Ya estaban recogiendo todo cuando Poulet señaló al cielo. Los dos miraron boquiabiertos lo que sucedía: las dos gaviotas volaban de forma extraña, en zigzag, por momentos casi chocándose entre ellas; después comenzaron a hacer unos extraños movimientos, como si estuvieran sufriendo fuertes convulsiones, extendiendo y recogiendo sus alas espasmódicamente, a la vez que su cuerpo temblaba y sus cabezas caían como si de muñecos de trapo se trataran; por último, profirieron un grito terrible y cayeron fulminadas sobre la arena, a unos dos metros la una de la otra. Poulet y Aldave se quedaron mudos ante semejante espectáculo. Las gaviotas yacían inertes en la playa, muertas, y ellos parecían haberse contagiado de su falta de vida, porque permanecían quietos, absortos, como si esperasen la resurrección de los animales.

—¡Es el té! —profirió Galo en voz alta de pronto—. ¡Es el té!

El cochero lo miró extrañado.

—¡El té es el causante de todo, François! —espetó al sorprendido Poulet, cogiéndolo de los brazos—. ¡No tengo ni la más mínima duda! —Aldave comenzó a moverse, abstraído, mirando al suelo—. Las convulsiones, la muerte fulminante... Las aves son los animales más susceptibles para los venenos. El té ha envenenado a las gaviotas... y a los enfermos del sanatorio. ¿Con qué has dicho que está elaborado, François? —preguntó visiblemente excitado.

—Es té de ajenjo, doctor. El ajenjo no es ningún veneno, doctor, otra cosa es que a usted le guste o no.

—¿Tú lo has probado?

—No, a mí no me gustan ese tipo de cosas.

—François, dime una cosa. De todo el sanatorio de Saint Paul, el único edificio que no conozco es el pabellón donde viven las monjas. ¿Ellas tienen cocina y cocinera propias?

—Sí, seguro. Allí llevo yo sus propios víveres cuando compramos en el mercado. Su cocinera es una de las monjas más ancianas de la congregación, que nunca sale del

pabellón. Usted ni la conocerá.

—François, ¡hoy es un gran día para mí! ¡Un gran día para mi carrera como médico! Había perdido toda esperanza de solventar un problema profesional tremendo, pero acabo de dar con la solución. ¡Acabo de descifrar el enigma del Saint Paul! ¡Vamos pronto a Saint-Rémy!

CAPÍTULO 30

La antesala del despacho del prefecto de Marsella estaba adornada con los retratos de sus predecesores. El oficial que le había conducido hasta allí le estaba explicando que el primero de ellos, nombrado poco después de que estallara la revolución cien años atrás, era pariente de un bisabuelo suyo, participante, junto a otros quinientos voluntarios marseleses, en la marcha hasta París de 1792 para defender al gobierno revolucionario. Cantaban durante el camino *La marselesesa*, una marcha que se había convertido en el himno nacional. El hombre se enorgullecía de su antepasado y ponía tanto énfasis en el relato de los hechos que no se percató de que la imponente puerta de dos alas se abría. Aldave tuvo que hacerle una señal para que se diera cuenta de que el secretario personal del prefecto estaba ante ellos, hierático, aguardando.

—Don Galo Aldave —proclamó con tono solemne—, puede pasar, el señor Cabasset le espera.

Nada más cruzar el umbral, Galo reconoció el perfume del prefecto mezclado con el aroma del tabaco de pipa. La última vez que lo había percibido era en la biblioteca de Pauline Murat, minutos después de que Cabasset y la viuda se entrevistaran a sus espaldas. El prefecto estaba sentado tras su fastuosa mesa de caoba y, al verlo entrar, se levantó educadamente y se acercó a su encuentro. El magnífico despacho seguía igual que la primera vez que Aldave lo visitó y el prefecto mantenía intacto su aspecto de hombre poderoso, pero la actitud del español hacia su anfitrión ya no era la misma. Ahora se presentaba ante Cabasset con la difícil misión cumplida, pero, ante todo, con el convencimiento de que había descubierto no solo el secreto del sanatorio de Saint Paul, sino también las debilidades del hombre más poderoso de Marsella. Nada más llegar a Saint-Rémy tras su breve viaje a La Camarga, Galo había comprobado y verificado su hipótesis y había atado los hilos que aún quedaban sueltos para completar toda la investigación que le había llevado hasta allí. Uno de ellos le había mantenido en vilo, intrigado, hasta el último momento: las reuniones de los alquimistas en el laboratorio clandestino de los Murat. Desde que lo descubrió en el sótano, y siendo consciente de los conocimientos de química y de las rastroas intenciones del farmacéutico, temió que alguno de los brebajes que allí se elaboraban pudiera ser la causa de la enfermedad de los internos del sanatorio. Para descartar por completo esta hipótesis, tras regresar de Les Saintes-Maries de la Mer, se presentó de improviso en casa del perfumista de Tarascon. Sin necesidad de demasiadas coacciones, este le confesó asustado que el único interés de todos los asistentes a las reuniones era Pauline Murat y estar a bien con ella. El administrador de fincas y su mujer perseguían su amistad para conseguir gestionar también los bienes de la viuda y poder sacar la mayor tajada posible. Adrien Clermont sentía, a todas luces, deseos

libidinosos respecto a Pauline y él mismo aspiraba algún día a hacerla su esposa. Ninguno de ellos creía en la alquimia ni en las pócimas que allí se elaboraban. Ninguno, excepto... la propia Pauline Murat, ignorante hasta la médula, embebida por las teorías de su difunto marido, pero... una mujer por la que merecía la pena cometer más de una tontería.

—¡Doctor Aldave, bienvenido! —exclamó el prefecto saludándolo efusivamente—. ¿Recuerda el día en que nos conocimos, aquí en este mismo despacho? —Cabasset continuó su alocución sin dar tiempo a que su invitado respondiera—. Pues... con su apretón de manos supe que usted era el hombre que yo necesitaba... ¡Y no me equivoqué! Cuando recibí su carta explicándomelo todo, hubiera tomado inmediatamente el primer tren hasta Saint-Rémy para darle un fuerte abrazo si mis obligaciones me lo hubieran permitido. ¡Ya ve lo contento que estoy! ¡Y usted pretendía salir hacia París sin pasar por Marsella! ¡Pero hombre de Dios! ¡Privarme del placer de abrazarle! Sentémonos, sentémonos, que tengo aún que hacerle unas cuantas preguntas.

Mientras el español se acomodaba, Cabasset se dirigió a la mesa de los licores.

—¿Qué prefiere tomar, doctor Aldave..., *cognac*, *chartreuse*... o quizá una copa de burdeos? Por cierto..., ¿ya ha probado el nuevo burdeos, mitad francés, mitad americano?

—Voy a probar el burdeos —se decidió Aldave.

Cabasset guiñó un ojo, mostrando su satisfacción por la elección.

—La epidemia de filoxera acabó con nuestras vides —explicó el prefecto mientras acercaba dos copas a la mesa principal—. Es tremendo que tuviera que ser una vid americana la que, injertada en nuestras maltrechas viñas, hiciera renacer estos caldos milenarios... A ver si le agrada esta nueva cosecha. ¡*Vive la France!* —brindó elevando su copa.

A Galo no le quedó otra que imitarle.

—El resultado ha sido excelente —afirmó el médico tras probar el vino.

—Me alegro de que le guste —celebró satisfecho el prefecto mientras se acomodaba en su butaca—. Ya me encargaré de que le envíen a París dos cajas de esta cosecha. Es lo menos que puedo hacer por usted, doctor Aldave. ¡Quién nos iba a decir que todo el problema del sanatorio se limitaba a un desgraciado accidente! Pero... debe explicarme mejor lo del ajenjo, doctor... Que yo sepa, el ajenjo es una planta inofensiva con la que se elaboran productos muy populares, como nuestra bebida nacional, la absenta.

—El ajenjo, señor Cabasset, no es tan inocuo como la gente cree —interrumpió Galo—. Cuando se ingiere en dosis bajas sí resulta inofensivo, pero este no es el caso. Yo le voy a exponer lo que ocurrió en el Saint Paul, lo que ha llevado a los internos a enfermar y a algunos de ellos a morir. Como le dije en mi carta, la antigua

cocinera, ya fallecida, la hermana Concepción, era española. Cuando llegó a la casa central de la congregación, en Vesseaux, le adjudicaron el papel de cocinera y le enseñaron los guisos típicos de Francia que ella desconocía. Todo lo que iba aprendiendo lo anotaba en un cuaderno que, poco antes de morir, todavía utilizaba. Aunque hablaba bastante bien el francés, en ese momento no dominaba el lenguaje escrito y sus recetas las transcribía al español. Cuando llegué a la conclusión de que era el té de ajenjo el causante de las muertes, rápidamente fui a pedirle el cuaderno a la actual cocinera, ayudante durante tres años de la hermana Concepción. En la receta de la infusión aparecía lo siguiente: «10 o 20 gramos de ajenjo en 1 litro de agua, añadiendo después miel, anís o menta». La cocinera, al escribirlo, sin duda con prisas por tenerlo que traducir al instante, había colocado la tilde de la «o» a la derecha de la letra, en vez de situarla encima de ella, por lo que aparentemente podía leerse «100'20 gramos de ajenjo en 1 litro de agua...», es decir, multiplicaba por diez la dosis correcta y convertía una inocente infusión en un veneno mortal..., porque, señor Cabasset, el ajenjo en dosis elevadas y reiteradas es letal para los mamíferos. Un simple error de transcripción fue el desencadenante de semejante desastre.

—¡Dios mío!

—Así de importantes son las pequeñas cosas de la vida. Este es un ejemplo clarificador.

—Pero, doctor..., las monjas ¿no se han envenenado con su propio té?

—No, porque no bebían el té de la hermana Concepción. Ellas tienen su propia cocina y hay otra religiosa cocinera que elabora el té de ajenjo... con la dosis adecuada. También interrogué a la cocinera actual, la que ha sustituido a la hermana Concepción. Me dijo que a esta no le gustaba el té de ajenjo porque en España no es costumbre tomarlo. Ni siquiera lo probaba. Y ella misma lo probó en alguna ocasión, pero al comprobar su fuerte sabor amargo lo desechó, sin decirle nada a la cocinera por temor a que se sintiese ofendida. Yo, por mi parte, tengo que decirle que lo he probado y es tremendamente desagradable.

—Y los internos... ¿cómo podían tomarlo?

—Es lo que yo me pregunté, ¿cómo soportaban el sabor? Los primeros días de su estancia en el sanatorio parece ser que a ninguno le gustaba y solían expresar su desagrado, pero conforme pasaban las semanas, acostumbrados poco a poco a los desagradables sabores de los remedios y preparados que a los pobres desgraciados les obligamos a tomar..., ni el sabor amargo del ajenjo les incomodaba. A las cuatro semanas, la tujona, que es la sustancia tóxica del ajenjo, comienza a envenenar, produciendo náuseas, pérdida de apetito, pérdida de peso, temblor, convulsiones y, finalmente, la muerte.

—¿Le ofendo, doctor, si le pregunto si está usted completamente seguro? — insinuó el prefecto, acercándose a Galo.

—Lo estoy, señor Cabasset. En este detallado informe —atestiguó Aldave sacando unos papeles de su cartera— se recogen todas mis averiguaciones y la conclusión final, fehacientemente demostrada. Una vez que presupuse que el ajenjo era el responsable de todo, la investigación se desarrolló rápidamente. En la Facultad de Medicina de París, un compañero, también discípulo de su cuñado, el profesor Leroy, está realizando un importante estudio sobre los efectos nocivos de la absenta en el organismo humano, sobre todo en el cerebro. Ya sabe usted que la absenta se elabora con tres sustancias: el ajenjo en mayor proporción, el hinojo y el anís. Los descubrimientos de mi compañero están demostrando que el ajenjo, en las proporciones empleadas por los fabricantes de absenta, produce daños muy graves en el cerebro. Cuando estas investigaciones concluyan, las autoridades sanitarias tendrán que tomar medidas. Quizá llegue el día en que la absenta sea una bebida prohibida.

—¡Qué dice usted! ¡Eso es imposible! ¡Francia entera se levantaría en armas si prohibieran la absenta! —exclamó riendo el prefecto.

—Pues... acuérdesese de mí ese día... porque estoy seguro de que llegará.

—Bueno, bueno, doctor..., ¿cómo podría agradecerle toda su dedicación en estos cuatro meses, en un lugar tan aburrido para usted como Saint-Rémy?

—¿Aburrido? —El prefecto puso cara de extrañeza—. Solo por disfrutar de esta maravillosa tierra de la Provenza ha merecido la pena venir, señor Cabasset. Además, he conocido a personas muy interesantes, por ejemplo..., al señor Tamisier, el capellán del sanatorio.

—¡Ah, Tamisier, mi buen amigo! Poeta, músico, clérigo... y fiel, fiel hasta la muerte. Qué hombre tan inteligente. ¿Sabe usted que nos une una gran amistad? He recurrido a él muchas veces, doctor, en situaciones de mi vida en que las dudas o las tribulaciones me acosaban..., y siempre me ha aconsejado bien. Eso no se paga con dinero. Si en algún momento usted encuentra un amigo así, consérvelo por encima de cualquier otra cosa. Será su mayor tesoro.

—También he conocido a otras personas en el Saint Paul —prosiguió Aldave, midiendo sus palabras— de las que quería hablarle, señor Cabasset. No tienen nada que ver con el señor Tamisier, quiero decir que, moralmente, están en el extremo opuesto al capellán. Son dos personas que ostentan puestos importantes en el sanatorio y que, con sus actuaciones, pueden poner en peligro el buen funcionamiento y hasta la continuidad a largo plazo del centro.

Cabasset se puso muy serio, expectante por lo que pudiera apuntar el español.

—¿Quiere usted decir que han tenido algo que ver con el asunto del envenenamiento? —sugirió.

—No, en absoluto —intervino Galo—. Pero son dos personas que el sanatorio no se merece. El resto del personal se entrega en cuerpo y alma a los enfermos y a la tarea de curarlos y cuidarlos, por eso mismo me siento en la obligación de exponerle

mi opinión sobre estos dos individuos. El primero es Adrien Clermont, el farmacéutico. Se trata de una persona acomplejada, pero llena de vanidad y carente de compasión, capaz de cualquier cosa para conseguir sus propósitos. En la farmacia del Saint Paul guarda un veneno, curare, prohibido en Francia, y mucho más en un establecimiento sanitario. En este informe adjunto detallo dónde lo oculta. Si usted lo estima oportuno, puede adjuntarlo al informe principal cuando pasen los inspectores del Ministerio. Solo con verificar este dato, el farmacéutico tendrá que rendir cuentas a las autoridades. —Aldave consumió su copa de burdeos—. La segunda persona, tremendamente nociva para el sanatorio, es Olivier Gastineau, el ecónomo. —El prefecto enrojeció de repente, pero no movió ni una ceja—. Gastineau es un ser oscuro con múltiples vicios. Cuando registré su despacho buscando pruebas para la resolución del caso, revisé los libros de contabilidad. Yo no soy ecónomo, por lo que no puedo asegurar al cien por cien lo que voy a decirle, pero me dio la impresión de que las cuentas no cuadraban, probablemente porque lleva una doble contabilidad... Aunque tampoco tenga nada que ver con la enfermedad de los internos, los inspectores deben conocer este dato y son ellos los que pueden requerirle los libros y hacer las oportunas verificaciones. En confianza, señor Cabasset, estoy seguro de que Gastineau roba al sanatorio y no es difícil probarlo.

El prefecto respiró profundamente, sin duda aliviado. Llamaron a la puerta. Se trataba del secretario personal de Cabasset. Le recordaba la siguiente cita acordada en el orden del día con Benjamin Abram, alcalde de Aix, que esperaba fuera. Los dos hombres se levantaron. Aldave tendió la mano al prefecto, pero este la rechazó abriendo sus brazos para agasajarle con un fuerte abrazo.

—¿Cómo podré yo agradecerle lo que ha hecho por mí, por el sanatorio? Estoy en deuda con usted, doctor Aldave, no lo olvide. Si en el futuro necesita algo de este humilde servidor de la República, cuente conmigo.

Al salir del majestuoso edificio de la prefectura, Galo Aldave tuvo la impresión de pasar la última página de un capítulo de su vida. Atrás quedaban Saint-Rémy, el sanatorio de Saint Paul, Poulet y su familia, Larroque, la madre Épiphane... y hasta Pauline Murat. Abandonaba la Provenza, la tierra de la luz y del color, para regresar al gélido y gris invierno de París. El nuevo capítulo que iba a iniciar estaba plagado de incógnitas e incertidumbres, pero también, sin duda alguna, de emociones y, probablemente, de dicha. Entró apresuradamente en la estación de Saint Charles a recoger su equipaje en la consigna. Su tren estaba a punto de salir. Antes de subir al vagón se llevó la mano al bolsillo interior de la levita. Allí estaban los dos billetes. Instintivamente la buscó entre los pasajeros que asomaban sus cabezas por las ventanillas, pero no la vio. Estaba seguro de que le aguardaba dentro.

ACLARACIÓN

En *El sanatorio de la Provenza* aparecen una serie de personajes reales que existieron en el lugar y el tiempo que señala la narración: el prefecto Cabasset, el cochero Poulet, el director doctor Peyron, la madre Épiphane, el capellán Tamisier y, por supuesto, el pintor holandés Vincent van Gogh, así como el pastor de Arles que le acompaña hasta Saint-Rémy. Todas las frases pronunciadas por Van Gogh en el texto están basadas en pensamientos del pintor entresacados de las cartas que envió a su hermano Théo desde el sanatorio de Saint Paul de Mausole durante su ingreso, desde el 8 de mayo de 1889 hasta el 16 de mayo de 1890. También es real su intento de autoenvenenamiento en las circunstancias que recoge la novela. El resto de los personajes y la totalidad de la trama son pura ficción, inspirados en un viaje a la Provenza en el que, casi por casualidad y en el último momento, visité el sanatorio de Saint Paul en Saint-Rémy.

AGRADECIMIENTOS

Mi padre, hace unos cuantos (bastantes) años, me dio este consejo: de todas las decisiones que tomes en esta vida, la más importante, con mucha diferencia, es la del hombre con el que te vayas a casar. Tomé una buena decisión y me casé con un hombre que, además de tener una vida propia riquísima, me ha alentado, ayudado, impulsado a llevar a cabo mis proyectos (cuerdos unos, locos otros) ¡de principio a fin!, por caminos no siempre rectilíneos, y, para colmo, como anatomopatólogo que es, en este último se ha implicado en realizar él mismo la autopsia de los pobres pacientes del Saint Paul retrotrayéndose más de un siglo (¡lo que hubiera disfrutado él en el sanatorio diseccionando los cadáveres!). ¡Gracias, gracias, gracias, mi querido doctor Monzón!

Gracias también a mis hijas, Sara y Aitana, por acercarse a mí sigilosamente cuando estaba frente al ordenador, interesadas por la trama, estimulándome a seguir.

Gracias a mi maravillosa editora, Adelaida Herrera, por marcar mi número de teléfono ¡aquella inolvidable mañana de marzo!, para informarme de que había decidido publicar mi novela. Gracias por tratarme, desde el primer segundo..., ¡como si yo fuera alguien!, no creo que a un autor consagrado le traten mejor. ¡Gracias por apostar por mi novela y por mí!

Gracias a Satur Napal, amigo, urólogo, escritor, editor..., por empeñarse, desde que le mostré una novela inédita de mi juventud, ¡en que tenía que escribir otra! Esa insistencia ha sido una de las razones por las que comencé este proyecto. Y quizá la razón más importante por lo que lo terminé fue el apoyo de su mujer, la estupenda enfermera Chus Roncal, que fue leyendo pormenorizadamente capítulo a capítulo la novela, aportándome sugerencias y, sobre todo, ¡animándome a continuar para conocer el desenlace!

Miguel Ibáñez, amigo, librero de Alcañiz, amante apasionado de la gran literatura, gracias por tus comentarios, por tu crítica certera, por tu implicación y entusiasmo. ¡No se puede pedir más!

Gracias a Carlos Aurenanz, veterinario y escritor, y a su mujer, mi querida Maricruz, por sus palabras de aliento cuando leyeron la novela y su alegría cuando supieron que iba a ver la luz.

Y, para finalizar, ¡gracias, Élida!, mi amiga, mi compañera, mi enfermera, gracias por abrazarte a mí ¡y llorar!, cuando pasé a tu consulta para decirte, el mismo día de tu cumpleaños, que iban a publicarme *El sanatorio...* ¡Nunca lo olvidaré!



ROSA BLASCO (Alcañiz, Teruel). Es médico especialista en Medicina Familiar y Comunitaria y Doctora en Historia de la Medicina.

Aunque su vocación es la Medicina, su gran pasión, desde que aprendió a leer, es la Literatura. Se inició a la lectura disfrutando con las aventuras y los misterios de Enid Blyton y poco a poco fue ampliando su horizonte literario introduciéndose en las obras de los grandes maestros, desde Stendhal hasta Pérez Galdós, desde Leon Tolstói hasta Naguib Mahfuz...

Ha publicado numerosos artículos en revistas científicas. Ha sido colaboradora en los años 90 del periódico *La Comarca del Bajo Aragón*, mediante una columna de opinión.

Ha publicado el libro *El Hospital de San Nicolás de Bari de Alcañiz (1418-1936)* y recientemente *el sanatorio de la Provenza*.

Actualmente ejerce de médico de familia en Tudela (Navarra).